

fermedad, en la que toleró con indecible paciencia agudísimos dolores, creciendo los consuelos celestiales hasta que entregó su espíritu en manos de su amado Esposo, en el día 11 de marzo del año 1070, hallándose presentes su madre Amuna, D. Pedro, Abad del Monasterio de San Millan, con Nuño, Monge, que escribió la historia de esta gloriosa heroína.»

Fue sepultado su santo cadáver en un sepulcro abierto en la piedra viva, erigiéndola después una ermita en el sitio mismo de la casa en que nació.

SAN EULOGIO, DOCTOR, Y SANTA LEOCRICIA, VIRGEN, MARTIRES, ESPAÑOLES.

No hay *Año Cristiano*, Colección de Vidas de Santos, ni Diccionario biográfico de hombres ilustres en santidad y letras, donde no figure SAN EULOGIO; pero apenas se encuentran dos vidas ó biografías que consignent hechos iguales; y no porque los escritores al redactarlas los ignorasen, sino porque cada uno, según la idea que más dominaba su mente, se ocupaba de los hechos en su concepto más interesantes para la historia. Unos se ocupan latamente de la santidad de su vida, y se cuidan poco de sus escritos y demás trabajos; y otros, dando el primer lugar á la ciencia, dejan casi en silencio su santidad y demás heroicas virtudes. Solo la *España Sagrada*, que nosotros miramos como el libro oficial en materia de historia eclesiástica, dá la vida de SAN EULOGIO como creemos deben escribirse, tocando todos los puntos con ciencia y conciencia, y dando á cada hecho el lugar que de justicia le pertenece.

En su virtud, pues, ponemos á continuación la vida tal cual se lee en aquella monumental obra, á la que va unida la de la Virgen y Mártir SANTA LEOCRICIA.

Su vida (dice el Maestro Enrique Florez, hablando del

Mártir SAN EULOGIO) la escribió quien fue testigo de ella, su íntimo amigo Álvaro Paulo, de cuyo escrito y de los propios del Santo resulta lo siguiente:

*Vida y martirio del glorioso Padre y Doctor San Eulogio.*

«Nació en Córdoba, de padres nobilísimos, descendientes de familia senatoria, y sobre esto muy cristiana, pues del abuelo del Santo, llamado también Eulogio, refiere el mismo Santo en el *Apologético*, núm. 6, que al oír las voces con que los ministros de los moros convocaban desde las torres al pueblo para ir á la mezquita al punto hacia en la frente la señal de la Cruz, y entonaba con gemidos las palabras del Salmo 82: *Dios mio, ¿quién puede ser como tú? No calles, ni enmudezcas, pues sonó la voz de vuestros enemigos, y los que te aborrecieron han levantado la cabeza.* A este modo, heredando SAN EULOGIO la piedad, clamaba cuando oía aquellas voces: «Sálvanos, Señor, del mal sonido: ahora »y para siempre sean confundidos todos cuantos adoran la »ficción, y los que se glorían en sus simulacros.»

»La madre se llamó *Isabel*, como refiere el Santo en la carta al Obispo de Pamplona, donde añade que tuvo el mismo SAN EULOGIO dos hermanas, llamadas *Niola*, y *Anulo*, ó *Anulona*, juntamente con otros tres hermanos, *Alvaro*, *Isidoro* y *José*. Este era el menor de todos. De *Anulo* sabemos por el autor de la vida y pasión del Santo, que era virgen consagrada á Dios, y que á esta avisó SANTA LEOCRICIA sobre que deseaba verse en sitio seguro de publicar la fé, que ocultamente profesaba, con lo que SAN EULOGIO, y la espresada hermana, dispusieron sacarla de casa de sus padres, en la conformidad que luego se dirá, sirviendo ahora la mencion, en prueba de la bondad de *Anulo*, no solo por haber consagrado á Dios su virginidad, sino por el mucho amor con que SANTA LEOCRICIA suspiraba por ella. De suerte, que no solo por nobleza, sino por la pie-

dad, era ilustre la familia del Santo, perseverando todos en la verdadera Religion, y dando cada uno sus pruebas; pues por esta causa los dos hermanos Alvaro é Isidoro tuvieron que peregrinar á lejas tierras. José fue privado del cargo que tenia en Palacio: el abuelo sacaba bien del mal: la hermana se ofreció toda á Dios: algunos de los parientes fueron Mártires (como prevenimos en San Pablo, San Luis y San Cristóbal); con que viendo tambien Santo á EU-LOGIO, podemos decir que tenia en la sangre la virtud.

»Desde la primera edad se aplicó á los estudios eclesiásticos, y aprovechando cada dia más y más por el esmero en la virtud, llegó á esceder á todos los de su tiempo, y á ser hecho doctor de los maestros. Era muy pequeño de cuerpo, pero grande en las potencias, de suerte, que aunque en la estatura y en la edad no fue el mayor, escedió á todos en la prudencia y sabiduría, teniendo perpétuo estudio de la Sagrada Escritura, á quien nada anteponia, y de dia y de noche meditaba en ella. Dedicóse al estado eclesiástico, y la iglesia en que sirvió y se crió fue la de San Zoilo, sobresaliendo tanto en el deseo de ser bien instruido, que no contento con oír á los Maestros de su iglesia, acudia á otros afamados, buscando hora oportuna, en que sin faltar, ni desairar á sus Doctores, aprendiese de los de mas.

»Entre estos tuvo por maestro al escelente Abad Esperraindeo, acudiendo á él con frecuencia: y allí empezó á tratarse con Alvaro Paulo, quedando desde entonces tan intimamente enlazados en amor, que nunca se llegaron a separar. Ejercitábanse mutuamente en disputas sobre la Sagrada Escritura, siguiendo la variedad de opiniones y dictámenes propios, no con tema ni desazon, sino con blandura y deseo de encontrar la verdad, procurando adelantar cada dia más y más. Este amor y aplicacion continua de uno y de otro, empeñó tanto el ardor de aquella primera

edad, que no contentos con la familiar comunicacion que tenian por papeles en prosa y en versos rímicos, llegaron á escribir libros sobre cuestiones superiores á sus fuerzas; tanto, que advirtiéndolo luego en años de madurez, resolvieron romperlos, quedándose con el fruto de la fervorosa aplicacion, pero cortando el esceso juvenil.

»Creciendo con los años y estudios de SAN EULOGIO la ciencia y la virtud, llegó á ser ordenado de diácono; y como cada grado era nuevo aumento en la perfeccion, le concedieron luego el de presbítero, quedando el Santo colocado entre los maestros por el carácter del orden y por la honestidad de costumbres. Su humildad, su bondad y caridad se conocia bien por el amor de todos, que cada dia iba á más, por aumentarle la amabilidad con la meditacion, penitencia, modestia y celo de la perfeccion en que sobresalia, procurando ser todo para todos sin faltarse á sí. Visitaba frecuentemente los Conventos como buen sacerdote: vivia entre los clérigos como si fuera Monge: en una parte enseñaba, en otra aprendia, en todas edificaba. Erale el mundo molestia, y puesto su corazon en el cielo, sentia el peso corporal que le impedia el vuelo. Deseó pasar á Roma, pretendiendo rendir el cuerpo con la peregrinacion y fatiga del camino: pero conocido el ánimo por Alvaro y por otros, se echaron todos sobre él á contenerle, por no perder el bien y consuelo de su trato, logrando detener el cuerpo, más no el mérito de la resolucion.

»Ya que por entonces se mantuvo en casa de su madre y hermanos, fue preciso ausentarse despues, por causa de la misma familia, con motivo de que los dos hermanos Alvaro é Isidoro estaban peregrinando fuera de España, y en mucho tiempo no hubo noticia de ellos, lo que la seria á la madre muy sensible: y de hecho, para consuelo de todos, resolvió SAN EULOGIO salir en busca suya, como lo hizo cerca del año 848. Andaban los hermanos por los dominios

de Francia; y aunque el Santo, sin reparar en la molestia de tan largo y desconocido camino, salió de su patria á Cataluña, acompañado de un diácono llamado Theodemundo, no pudo proseguir por allí á causa de las hostilidades que turbaban la Galia Narbonense y confines de Cataluña, por la guerra movida contra el Rey Cárlos el Calvo, de parte de Uvillelmo, hijo de Bernardo, conde de Tolosa y Barcelona, al cual Bernardo mandó matar Cárlos el Calvo en el año de 844, y el hijo Uvillelmo, por vengar la muerte de su padre, se levantó contra el Rey Cárlos, confederándose con Abderraman, Rey de Córdoba, segun refiere SAN EULOGIO en la carta al Obispo de Pamplona. Con motivo, pues, de esta guerra no pudo el Santo caminar por aquella tierra, y resolvió pasar hacia Pamplona, creyendo que por allí habria paso franco, lo que tampoco fue así, pues todos los confines de Pamplona y Sobrarve se habian puesto en armas contra el Rey de Francia, por faccion del conde Don Sancho Sanchez.

»Impedido por una y otra parte, se halló en la pena de no poder pasar en busca de los hermanos: pero templaba su dolor la singular humanidad con que Uviliesindo, Obispo de Pamplona, le hospedó, asistiéndole con tanta liberalidad y caridad, que no tenia el Santo que sentir otra cosa más que la ausencia de los hermanos y el desconsuelo en que dejaba á su familia. Consolábale el buen Obispo, compadeciéndose de su tribulacion, y como el Santo tuvo tanto consuelo en frecuentar los Monasterios de su patria, no quiso privarse de él en su peregrinacion, acudiendo á visitar los que habia en aquella tierra, especialmente el de San Zacarías, que tenia su situacion á la raiz del Pirineo, junto al nacimiento del rio *Arga*, y era por su santidad muy famoso en todo el Occidente. El Obispo de Pamplona no quiso dejar de obsequiarle ni aun ausente, y así le dió personas que le fuesen acompañando; y el Santo empezó por el Mona-

terio de *San Salvador de Leyre*, donde se detuvo muchos días por hallar allí varones muy señalados en el temor de Dios, cuyo Abad se llamaba *Fortunio*: y como tambien era grande el deseo de instruirse en documentos antiguos, revolió aquella biblioteca, apuntando lo que despues nos dió en el *Apologetico* contra las maldades de Mahoma. Por las memorias con que al fin de la carta saluda el Santo á los Padres de otros Monasterios, se infiere que visitó tambien al Celense (de San Martin de Cillas), cuyo Abad era *Atilio*; al Hurdaspalense (de Hurdaspal ó de Urdax, segun esplican Moret y Pellicer, *Annal.*, lib. V, núm. 53), donde presidia el Abad *Dadila*; al Igalense (de San Vicente de Igal), cuyo Abad se llamaba *Scemeno*, y á otros que no se nombran.

»Llegó, en fin, al deseado Monasterio de San Zacarías, donde era Abad *Odoario*, varon de gran ciencia, y de suma santidad, que le recibió con imponderable humanidad, como refiere el mismo SAN EULOGIO. Componiase aquella venerable Comunidad de más de cien Monges, los cuales brillaban como estrellas, cada uno en su particular modo de virtud. Detúvose allí algo SAN EULOGIO, y al querer ausentarse, se postraron los Padres, doliéndose de que los dejase tan presto, y encomendándose á sus santas oraciones. El venerable Abad Odoario salió con el Prior, llamado Juan, acompañando al Santo en la primer jornada, y conversando todo el dia en cosas celestiales, se despidieron por la tarde con ósculo de paz, restituyéndose SAN EULOGIO con su diácono Theodemundo á Pamplona.

»El Obispo Uviliesindo continuó en obsequiar al Santo, y éste, como tan humilde, le correspondió manifestando, que todas las honras recibidas de aquellos Santos Monges provinieron de la recomendacion del buen Obispo. Queriale detener; pero no podia el Santo reposar, considerando el desamparo de su madre y hermanas; por lo que siendo preciso

restituirse á Córdoba, le pidió Uviliesindo que le enviase alguna reliquia del Mártir San Zoilo, para ilustrar con ella su iglesia, y el Santo lo ofreció, y lo cumplió, como se dirá.

»Salió, en fin, SAN EULOGIO de Pamplona hácia Zaragoza, por decirse que sus hermanos habian llegado allí con unos mercaderes de la Francia ulterior; pero no fue así, pues al llegar á la ciudad encontró á los mercaderes, y estos le dieron noticia de cómo sus hermanos se hallaban en *Manguncia*, ciudad que el Santo dice ser de las muy notables de Bayoaria; y realmente se hallaban allí entonces, segun digeron depues los mismos hermanos, cuando se restituyeron á Córdoba antes de escribir SAN EULOGIO á Uviliesindo, en cuya carta del año 851 refiere lo que vamos proponiendo.

»Detúvose algunos dias en Zaragoza con el Obispo *Senior*, que era muy ejemplar en sus buenas costumbres, y de allí bajó á Sigüenza, donde presidia el prudentísimo *Sisemundo*, pasando á Alcalá, y luego á Toledo, cuyos Obispos, *Venerio* y *Uvistremiro*, le hospedaron dignamente. Restituido á Córdoba en el año de 849 (si no fue en el mismo de 48), halló á su madre, hermanas y hermanos con salud; pero á éste (que se llamaba *Jose*, y era el menor de la familia) le habia privado en aquellos dias de su empleo la crueldad del Rey, enemigo de la cristiandad. El gozo con que el Santo fue recibido correspondió á lo mucho que les faltaba á todos en su ausencia, que fue de largo tiempo (*post longum tempus*), á lo ménos de muchos meses. Vinieron despues los hermanos, que andaban comerciando por Alemania y Francia; y aunque el Santo tenia muy presentes los beneficios que habia recibido del Obispo de Pamplona, y lo que le habia ofrecido, con todo eso no pudo corresponderle hasta noviembre del año 851, por causa no solo de la distancia, sino por la dificultad de portador, pues las guer-

ras continuas entre moros y cristianos no permitian comerciar, ni el Santo se atrevia á fiar las reliquias á persona que no fuese muy segura, como afirma en la prosecucion de la carta, de que luego volveremos á tratar.»

*Prision del Santo, y de lo que hizo en ella, con lo que luego se siguió.*

«Viviendo en este cuidado, sobrevino otro mayor con motivo de los muchos que se presentaron á confesar en Córdoba la fé en el verano del año de 851, desde el dia 3 de junio, en que padeció martirio San Isaac, pues su triunfo infundió vigor en otros, y el de estos sobresaltó tanto á los infieles, que procuraron contenerlos, no solo amenazando mas rigor contra la Iglesia, sino valiéndose de los mismos eclesiásticos. Entre estos hubo muchos que se pusieron de parte de la córte, impugnando á los Mártires; otros defendian su causa firmemente, como se vió en Saulo, Obispo de Córdoba; y sobre todos manifestó SAN EULOGIO su ciencia y su piedad, pues no contento con la fuerza de sus palabras, tomó la pluma en defensa de los martirios, y escribió la obra intitulada *Memorial de los Santos*, que tenia casi acabada cuando le fueron á prender, como refiere en la carta remitida á Alvaro desde la cárcel.

»A la enemistad de los malos cristianos contra los fieles servidores de Jesus, por el heroísmo con que daban su vida por la fé, se juntaba la declarada voluntad del Rey Abderraman, que pretendia cerrar la boca á los cristianos en obsequio de su falso profeta; y en efecto, logró atraer á su partido al metropolitano Recafredo, el cual, cediendo al terror de los castigos, ó alucinado con los argumentos de los que impugnaban los martirios, se puso de parte de la córte, empezando á perseguir á los que debiera defender, pues de pastor se convirtió en lobo, encarcelando al Obispo de Córdoba, y á los sacerdotes que pudo recoger, especial-

mente á SAN EULOGIO, que como era más sobresaliente en el celo de la causa de los Santos, se habia hecho el blanco de los enconos y dicterios de todos los que impugnaban á los Mártires, siendo no poco lo que en esta línea padeció por medio de aquel magnate, que tenia el alto empleo de exceptor, el cual, como mal cristiano, persiguió al Santo cruelmente, y al cabo se consumó en la maldad, renegando de la fé en el principio del reinado de Mahomad, por no perder los intereses temporales, verificándose en él la sentencia del Apóstol: *Radix omnium malorum est cupiditas, quam quidam appetentes erraverunt a fide.*

»Metieron, pues, al Santo en la prision; pero no pudieron impedir que continuase en su celo, antes bien, parece que el cielo le condujo á la cárcel para bien de los Mártires, pues actualmente se hallaban allí presas por la fé las santas Flora y Maria, á quienes los enemigos tentaron por mil modos para hacerlas apartar de la verdad; y como llegasen casi á desfallecer, dispuso Dios que sacasen al Santo del calabozo, pasándole á otra pieza, en que tuvo comodidad de tratarlas, confortando sus ánimos, no solo con viva voz, sino por escrito, enviándolas algunas cartas, en que las esforzaba á la constancia, y componiendo en la misma cárcel el tratado intitulado *Documento Martirial*, que escribió y dirigió á estas dos vírgenes: y en efecto, perseverando constantes en la fé por los documentos del Santo, consumaron gloriosamente su martirio en el dia 24 de noviembre del año 851.

»Ademas de aquellas cartas y libro del *Documento Martirial*, compuso SAN EULOGIO otras obras en la prision; pues los grillos y el encierro que á otros les abatian el ánimo, eran en el Santo continuo despertador para la vigilancia, empleándose de dia y de noche en la leccion y meditacion de la Sagrada Escritura, sin cesar en promover el bien de los demas.

»Como era universal é infatigable la solitud del Santo, y la cárcel no era prision de su ánimo, cuidó allí aun de cosas menudas, enseñando las reglas para el metro, ó el modo de hacer himnos y versos latinos segun arte, pues con la turbacion de la entrada de los bárbaros estaban olvidadas las leyes de los metros, y el Santo, con su indefensa aplicacion, las pudo restaurar con motivo del viaje a Navarra, en que recogió muchas obras de poetas latinos, conviene á saber, la *Eneida* de Virgilio, los *Poemas* de Juvenal, de Horacio, de Porfirio, de Adhelelmo, de Avieno, y de otros escritores católicos, juntamente con la obra de N. P. San Agustín *sobre la ciudad de Dios*. Ilustrado, pues, el Santo con el conocimiento de aquellas reglas, las comunicó á otros en la prision, y á su amigo Alvaro despues de salir de ella, pues como todo lo aprendia sin aficion, lo comunicaba sin envidia.

»A este tiempo llegó el deseado por el Santo en orden á cumplir la promesa de remitir á Pamplona las reliquias de San Zoilo, que Uviliesindo le pidió, pues salia entonces de Córdoba para Navarra un caballero, llamado Galindo Iñiguez, con el cual, por ser de toda satisfaccion, envió el Santo al Obispo espresado la canilla de un brazo de San Zoilo, añadiendo con liberalidad otra del Martir San Acisclo, aunque no se la habia pedido, pues así manifestaba la suma gratitud con que vivia reconocido al buen hospedaje que le hizo. Renuévale la palabra que el Obispo le dió de edificar capilla ó iglesia á las santas reliquias, y dale gracias de los favores recibidos, refiriéndole la afliccion en que actualmente gemia la cristiandad de Córdoba en el dia 15 de noviembre, en que firmó la carta.

»Cerca de este dia rogó el Santo á las vírgenes Flora y María que cuando se viesen en la presencia de su Esposo en el cielo le pidiesen la libertad de aquellos pobres encarcelados, y prontamente se vió por el efecto lo grato que fue

á Dios el ruego de unos y otros, pues á los seis dias del martirio de las Santas salieron todos libres en el dia 29 de noviembre del mismo año 851.

»Muy poco despues escribió el Santo dos cartas, una á Baldegoto, hermana de Santa Flora, y otra á Alvaro, dándoles cuenta del martirio de las Santas, con las individualidades.

»Aquella libertad que lograron los encarcelados se efectuó dando fiadores de que no se ausentarian, y que estarían á las órdenes del Metropolitano Recafredo. Desde aquí empezó para SAN EULOGIO otra dura servidumbre, viéndose, como los demas, precisado á comunicar con tal Metropolitano, á quien no podían resistir por el decreto del Rey, ni apartarse de allí por las fianzas. Estrechados todos en esta conformidad, seguían las humildes ovejas al terrible pastor, procurando evitar por aquel medio el total estermínio del rebaño: pero como la fuerza era exterior, cedieron precisamente en el cuerpo, no en el ánimo, sujetándose á comunicar con el Metropolitano por el terror, no por amor, ni por aprobacion de su conducta.

»El bendito SAN EULOGIO, que antes habia sido intrépido defensor de la causa de los Mártires (de donde se originaba la molestia), gemía íntimamente la constitucion en que se hallaba, doliéndose de que ni podia hablar, ni dejar de comunicar con un Prelado que andaba fuera del camino de la verdad. Cada dia se le aumentaba la pena, pues su esmerada cenciencia no le permitia desatender la herida, ni hallaba modo de curar el dolor. A este tiempo, estando un dia con su Obispo Saulo en compañía de otros, y de su amigo Alvaro, sucedió que este dió á un diácono la carta que San Epifanio escribió á Juan, Obispo de Jerusalem, para que la leyese en presencia de todos, y habiendo oido SAN EULOGIO, entre otros puntos de la Epistola, que los Presbíteros San Geronimo y Vicente se abstuvieron de sacrifi-

car por cierta causa, creyó el Santo que era aviso de Dios para dirigirle en el delicado estado en que se hallaba, y mirando á su amigo Alvaro, se volvió al Obispo, diciendole con íntimos suspiros: «Si las luces de la Iglesia y las columnas de nuestra fé se abstendian de sacrificar, ¿qué debemos hacer los que nos hallamos oprimidos por el peso de nuestras culpas? Tened (Padre) entendido, que desde hoy me doy por privado de la licencia de sacrificar.»

»Con este arte procuró el humilde sacerdote satisfacer los recelos que por la comunicacion forzada con Recafredo turbaban el esmero de su conciencia; y bien hallada su profunda humildad en aquella penitencia voluntaria, no hubiera vuelto al primitivo estado, si no fuera porque el Obispo Saulo, conociendo el merito del Santo, interpuso su autoridad, mandándole con terror de excomunion que continuase en ofrecer á Dios sus sacrificios, á lo que puntualmente se rindió, porque la verdadera humildad es más pronta en ceder que en sentenciar.

»En esta angustia vivia la cristiandad de Córdoba desde el fin del año 851, hasta el verano siguiente de 852, en que sobrevino otra novedad, pues deseando el Rey Abderraman impedir por todos medios los martirios, hizo que se tuviese un Concilio de metropolitanos y Obispos de su reino, con el fin de que prohibiese la confesion de la fé, y que anatematizasen á los Mártires. A esta junta concurrió el malvado esceptor (ya mencionado), esforzando los intentos de la Côte, y publicando el encono que tenia contra los Santos, especialmente contra SAN EULOGIO, de quien en presencia de los Padres dijo cuantas calumnias le sugirió su ceguedad, mirándole como principal defensor y alentador de los Mártires (segun lo era en realidad), y por tanto debía ser su enemigo el que estaba declarado contra los Santos. La resolucion del Concilio no fue en todo de la aprobacion de SAN EULOGIO; pero lo más notable es, que

ni las artes del Rey ni de los Obispos fueron capaces de impedir lo que pretendian, por ser mayor la fuerza con que la gracia del Espíritu Santo movió á algunos á confesar la fé, y detestar las abominaciones de Mahoma, aun con más vehemencia que los Mártires precedentes, como sucedió en San Emila, San Rogelo y Serviodeo, que padecieron por setiembre del año 852.

»Con esto se siguió á una tempestad otra mayor, pues el Rey y su Consejo resolvieron descargar su último furor contra la cristiandad, mandando que todos fuesen presos, y dando licencia á los moros de que pudiesen matar á cuantos hablasen mal de Mahoma, lo que antes solo pertenecía á los jueces. Saulo, Obispo de Córdoba, fue metido segunda vez en un horrible calabozo: algunos apostataron de la fé, cediendo á tan furiosa persecucion: otros se ocultaban, y mudaban de sitio y de vestido: muchos que hasta entonces eran predicadores de los Mártires, ya los trataban de indiscretos, enderezando principalmente sus quejas contra SAN EULOGIO, como quien era la causa, incitando y confortando á los escogidos de Dios (lib. II, cap. XV). El mismo Santo fue uno de los que se ocultaron, por no juzgarse digno del martirio (como dice en el lib. II, cap. XIV), y porque Dios le tenia reservado para otros servicios.

»A este tiempo murió repentinamente el infeliz Abderaman, aunque no por eso nació la serenidad, pues el mal hijo Mahomad procuró adelantar la maldad de su padre en el odio contra los cristianos, y para tal tirano estaba reservado el quitar la vida á SAN EULOGIO, firmando el Santo con su sangre y con su ejemplo lo que habia persuadido á tantos de palabra.

»En esta linea de exhortar, defender y confortar á los que llamaba Dios para el martirio, fue el celo de nuestro Santo infatigable; pues no contento con la defensa de todos, y la instruccion de algunos en particular (como se vió en

Santa Flora y Maria, en San Aurelio, en San Leovigildo y en los discípulos San Sancho y San Cristóbal), refiere Alvaro que salia al encuentro á los que iban á morir por la fé, animándolos á la perseverancia, y venerando luego sus miembros, como que ya estaba destinado por Dios á la gloria de Mártir, aunque se la dilató mientras se cumplia el número de los demas hermanos.

»En todo este tiempo, y con tan altos ejercicios de virtud, iba el Santo creciendo tanto en santidad, que cada dia se hacia más humilde y descubria mas fondos de caridad, sirviendo á todos estados y condiciones, segun la necesidad de cada uno, y teniéndose por el menor entre los más bajos, al mismo tiempo que era el mayor de todos en ciencia, prudencia y gravedad. Su modestia respiraba en el rostro un singular agrado y veneracion: las palabras eran fuego; sus obras luz.

»Ilustrado con tanto cúmulo de prendas, corría su nombre y fama por las iglesias, despidiendo en todas partes tan buen olor, que vacando el arzobispado de Toledo en el año de 858, por muerte del venerable Uvistremiro, pusieron los Obispos de la provincia su atencion en SAN EULOGIO, eligiéndole por Arzobispo de Toledo con aprobacion de todos, y por tanto trataban de consagrarle en la Sede; pero no pudieron efectuarlo, á causa de los muchos estorbos que impidieron la salida del Santo, siendo el más principal la disposicion divina, que le tenía reservado en Córdoba, para darle alli la corona de Mártir, donde habia ocasionado la de tantos. De hecho los impedimentos fueron prolongándose; pero con todo esto perseveraban los Padres en su buena eleccion, esperando que luego se podria evadir, pues no eligieron otro mientras vivió.

»Con el nuevo honor de estar electo Metropolitano de Toledo creció más la veneracion del Santo, pues todos le miraban como ciudad puesta sobre el monte, y luz sobre el

candelero de la Iglesia, siendo entre los sacerdotes el primero; entre los confesores el supremo; entre los jueces no el infimo; y podemos darle categoria entre los Mártires; pues ya tenia como en posesion de su ánimo lo que tanto habia deseado y merecido en la preparacion.»

*Martirio de San Eulogio y de Santa Leocricia.*

«Con la pasion y muerte de SAN EULOGIO juntó Alvaro la de SANTA LEOCRICIA, por haber sido la una ocasion de la otra, en la forma siguiente:

»Al tiempo que por la cruel persecucion de Mahomad faltaban algunos á [la fé, y otros la confesaban gloriosamente, hubo en Córdoba una doncella noble en la sangre, y más ilustre en el ánimo, pues siendo hija de mahometanos, tomó de ellos el origen en lo que miraba á la distincion de su linage, más no en la bastardia del error. El principio de su nacimiento para el cielo provino de una parienta, que habia consagrado á Cristo su virginidad, la cual bautizó á la niña LEOCRICIA, y ocultamente la instruyó en los misterios de la fé. Su nombre era *Liciosa*; y como por la conexion del parentesco frecuentase la niña el trato y visitas de la religiosa parienta, inculcaba esta cada dia en el corazon tierno de LEOCRICIA la doctrina y finezas de su divino Esposo con tan dulces palabras, que la niña, hallándose ya en uso de razon, abrazó los Misterios. Fomentábalos cada dia más y más con meditaciones espirituales; y creciendo con estas y con la edad el conocimiento y el amor, llegó á manifestar en público el fuego que ya no podia contenerse en el pecho.

»Luego que los padres conocieron la cristiandad de la hija, procuraron atraerla al error en que ellos vivian, valiéndose de persuasiones continuas por medio de caricias y blandura, hasta que viendo la inutilidad de sus conatos,

recurrieron al terror y al castigo. Ninguno de estos medios bastó para arrancar de LEOCRICIA el fuego del amor á Jesus, que el mismo Redentor encendia en su pecho; pero viendo que de dia y de noche la azotaban, teniéndola duramente aprisionada, y temiendo no flaquear en tan continuo riesgo y soledad, resolvió buscar modo de asegurarse, solicitando irse á donde libremente viviese en la fé que confesaba.

»Como SAN EULOGIO sobresalía como sol entre los astros, y su celo por los Mártires estaba tan notoriamente publicado, no tuvo la Santa que deliberar en el medio de buscar el amparo, sino avisar al bendito Padre y á su hermana *Anulo* (virgen consagrada á Dios), dándoles cuenta del deseo en que estaba. Al punto SAN EULOGIO, como protector de los Mártires, dió orden, por el mismo que le llevó el aviso, del modo con que habia de evadirse, diciéndola que condescendiese por un rato con los padres, mostrando que haria lo que la mandasen, y que de propósito usase de las mejores galas, como que intentaba parecer bien al mundo. Con este arte alucinó á sus padres de tal modo, que ya se daban por seguros de que la hija no amaba á los cristianos.

»A este tiempo sucedió que hubiese entre sus parientes una boda, y adornándose la Santa con todos sus placeres, tuvo modo de meterse con ligereza y cautela en casa de SAN EULOGIO y *Anulo*, quienes, recibéndola con amor, la entregaron á unos amigos de toda satisfaccion para que la ocultasen. Los padres, que estaban esperando la vuelta de la hija, y no la vieron, conocieron que la condescendencia habia sido arte para burlarse de ellos, y llenos de un rabioso dolor, se maltrataban á si mismos, sin dejar sosegar á los demás, pues todo lo procuraban revolver y registrar por descubrir á la hija, acudiendo á conocidos y no conocidos, y usando de la autoridad del juez para prender y molestar con azotes y cadenas á todos los que recelaban ser

culpables, sin reparar en sexo ni en calidad, por ver si restauraban á LEOCRICIA.

»El Santo padre EULOGIO adelgazó tambien las finezas de su celo, para librar á la oveja del furor de los lobos, asegurándola por medio de mudarla con frecuencia de mansion, y recurriendo al patrocinio celestial, en que imploraba fortaleza para la Santa doncella, pasando á este fin las noches en oracion, postrado en el templo de San Zoilo. La bendita LEOCRICIA aumentaba de su parte el merecimiento, empleándose en su retiro en ayunos, vigiliass, silicios y cameunia, esto es, no teniendo más cama que la tierra. Deseaba ver á la hermana de SAN EULOGIO y al Santo, por el mucho amor que los tenia, y la consolacion que esperaba, y como el fin era honesto, la concedió el cielo su deseo, previniéndola en una revelacion que fuese allá por un dia solamente, y al punto se volviese á su retiro. Asi lo hizo la Santa; y no hay duda que seria un dia sin noche, todo luz y claridad celestial, por la conversacion angelical de aquellos abrasados espíritus, que se portaban ya como ciudadanos del cielo. La Santa les manifestó entre otras cosas, que hallándose en oracion se la llenó por dos veces la boca de licor de miel, y que admirada de la crasitud y dulzura del humor, no se atrevió á escupirle, y le pasó. El Santo la declaró que aquello era presagio de la dulzura del reino celestial que habia de gozar.

»Al dia siguiente, en que LEOCRICIA debia recogerse á su retiro, sucedió que la persona que habia de venir por ella no acudiese á la hora acostumbrada, sino despues de amanecer; y como era preciso andar de noche para evitar las asechanzas, resolvieron que se detuviese allí hasta que llegase la noche. Asi lo dictaba el consejo de la prudencia humana; pero más fue por disposicion de la Providencia divina, que tenia decretado coronar á los dos por aquel medio, pues en el mismo dia, sin saberse quién ni cómo,

tuvo noticia el juez del sitio en que se hallaba la suspirada hija, y enviando de repente soldados, cercaron toda la casa y prendieron á la Santa y al Santo, descargando sobre él no solo muchos dicitrios, sino golpes. De este modo presentaron á los dos ante el bárbaro juez, quien ideando quitar al Santo la vida á fuerza de azotes, y revistiéndose de un semblante terrible, que por todas partes respiraba cólera, le preguntó con palabras furiosas por qué habia ocultado en su casa á la doncella.

»Entonces SAN EULOGIO, sin perder su acostumbrada mansedumbre, le dijo con natural agrado: «Sabe, ¡oh juez, que á nosotros nos toca el cargo de predicar, y es de nuestra obligacion dar luz á cuantos nos pidan la de la fé, sin que podamos negar lo que es santo á los que caminan por las sendas de la vida. Esto es lo que corresponde á los sacerdotes: esto lo que pide la verdadera Religion: esto lo que nos enseñó nuestro Señor Jesucristo: que á todo el que desee beber las aguas de la fé le demos aun más bebida de la que pide: y como esta doncella me buscó para que la instruyese en la regla de la fé verdadera, fue preciso mirarla con atencion, á fin que se enardeciese su afecto. Ni era razon desechar á quien venia con tan buenos deseos, y mucho ménos debia desampararla el que está escogido para este fin por merced de Cristo. En fuerza de esto la enseñé y alumbré en el modo que pude, declarándola que la fé de Cristo es el camino del cielo, como con gusto lo ejecutaria contigo, si te sirvieses de consultarme en este punto.»

»Entonces, enfurecido el juez, mandó que trajesen las varas; y oyéndolo el Santo, dijo: «¿Que pretendes hacer con esas varas?» «Sacarte (respondió el juez) el alma por medio de ellas.» «Dispon (replicó el Santo) y aña el alfanje, con el cual podrá arrancar del cuerpo el alma, volviéndola á quien la dió; y no pienses que con las varas se

»disuelvan los miembros.» Empezó tambien el Santo á combatir á las claras las abominaciones de Mahoma y de su ley, predicando la verdad de nuestra católica Religión; y como aquello era lo más sensible y más grave para los moros, al punto le llevaron con velocidad al Palacio, presentándole ante los Consejeros. Uno de estos, que conocia al Santo por trato familiar, le dijo, compadeciéndose de su muerte: «Si los simples é idiotas son los que se arrojan á la »deplorable ruina de la muerte, ¿cómo tú, siendo sabio, y »adornado de costumbres honestas, caes tambien en la demencia de ofrecerte á morir; olvidándote del amor natural de la vida? Oyeme, pues: te ruego que vivas. Condesaciendo ahora con alguna palabra, y despues usarás libremente de tu fé, pues te ofrezco que de ningun modo se »continuará en pesquisas contra tí.»

»El bienaventurado mártir le respondió sonriéndose: «¡Oh, si supieras cuántos son los bienes preparados para todos los que observan nuestra fé; y si yo pudiera trasladar »á tu pecho lo que tengo reservado en el mio, qué poco »tentarias apartarme de mis propósitos, y qué gustoso »procurarias retirarte del empleo mundano que hoy ocupas!» A este tiempo, convirtiéndose el Santo á los Senadores, empezó á predicarles el Evangelio; pero ellos, no queriendo dar oido á la verdad, sentenciaron que fuese degollado.

»Sacáronle prontamente al lugar del suplicio, y al llevarle le dió una bofetada un eunuco del Rey. El Santo, teniendo muy presente el Evangelio, volvió la otra mejilla, diciéndole que no la dejase desigual; y descargando segundo golpe el infeliz, todavía tenia el bendito Padre paciencia para más, pues le ofreció la primera mejilla; pero no tuvo efecto, por el impetu con que los soldados le condujeron al suplicio. Viéndose en el teatro del triunfo, puso las rodillas en tierra, estendió los brazos al cielo, signóse con la

señal de la cruz, oró un poco, amó mucho, inclinó el cuello, cortóle el alfange, y subió al cielo el espíritu. Recibió las coronas de virgen, doctor y Mártir, *á la hora de Nona, en el dia quinto de los Idus de marzo* (esto es, á once de aquel mes), *dia sábado*, lo que fue propio del año 859.

»Arrojaron al rio el sagrado cadáver, y al punto bajó una cándida paloma á ponerse sobre él, viéndolo cuantos se hallaban allí; y aunque procuraron espantarla arrojando piedras, no se quiso apartar, hasta que intentaron ir á echarla la mano. Entonces, revoloteando, y como saltando alrededor del cuerpo, se puso en una torre que estaba cerca del cadáver, y aun allí significó ser misteriosa, pues se quedó mirando el cuerpo del purísimo Padre, que [habia sido templo del Espíritu Santo.

»Tampoco debe callarse otro prodigio que obró Dios sobre el cuerpo de su glorioso Mártir, pues un soldado, natural de Ecija, que hacia centinela por aquella parte, acudió á beber á un caño de agua, que corria en lo alto, y vió debajo, donde yacia el sagrado cadáver, que sobre el cuerpo del Santo habia unos sacerdotes revestidos de singular blancura, con luces muy brillantes, y cantando Salmos. Aturdido con la vision se retiró, huyendo hácia el sitio donde estaba el compañero, á quien contó la maravilla, volviendo con él al mismo sitio; pero no lograron verla segunda vez.

»Los cristianos recogieron la cabeza del Santo en el dia siguiente, y á los tres dias sacaron el bendito cuerpo, colocándole en la Iglesia de San Zoilo, en que habia vivido.

»Aquel glorioso celo que en vida respiró su corazon sobre conducir mártires al cielo, parece que palpitaba en él aun despues de la muerte, concediéndole que sobreviviese LEOCRICIA, para que despues de su triunfo hubiese todavia otro martirio, obtenido en virtud de su predicacion. Fue así, que estampadas altamente en el corazon de la discipu-

# SANTORAL ESPAÑOL



M.<sup>o</sup> Barcala

M.<sup>o</sup> de Escarpido.

MUERTE DE S. EULOCIO Y DE STA. LEOCRICIA



En las doctrinas del gloriosísimo maestro, se mantuvo tan firme en la confesion de la verdad, que sin embargo de estar procurando los infieles pervertirla por medio de caricias y promesas, en que la combatieron más de tres dias, ni estas, ni el terror de la muerte, bastaron á ladear el ánimo de la constantísima doncella: y viéndola tan firme, descargaron al cuarto dia sobre su delicado cuello el golpe del alfange, con que separada del virginal cuerpo la cabeza, subió el purísimo espíritu á recibir las palmas de Virgen y de Mártir. El sagrado cadáver fue arrojado en el rio Guadalquivir; pero más parecia cuerpo vivo que cadáver, pues no pudo sumergirse en las aguas, ni ocultarse á la vista, andando encima, con admiracion de todos. Sacáronle los cristianos, y le dieron honorífica sepultura en la iglesia de San Ginés, donde se mantuvo hasta la translacion que con el de SAN EULOGIO se hizo despues.

»Este fue el fin glorioso de aquel ilustrísimo Doctor. Vivió defendiendo á los Santos; murió del mismo modo, protegiendo á una Santa. Vivió encendiendo en muchos la luz de la verdadera Religion; murió abrasado del fuego celestial que encendió en los demás. Levantó la bandera con que muchos se alistaron para el cielo; perseveró con ella hasta la muerte, teniendo quien siguiese despues de esta su ejemplo, como él á los muchos que habia armado en vida. Fue, pues, como caudillo de Mártires, antorcha de la fé, muro de la Iglesia, columna de la verdad, luz entre las tinieblas, y verdadero doctor, que practicó lo mismo que enseñó.»

Los escritos que se conocen de SAN EULOGIO, son los siguientes: *Memoriale Sanctorum*, dos libros con sus capítulos escritos entre junio y noviembre de 851; *Epistola ad Alvarum*, enviándole la obra precedente; *Documentum Martyriale*, escrito en fin de octubre de 851; *Epistola ad Alvarum*

remitiéndole el documento precedente; *Epistola ad Uvilliesindum Episcopum Pampilonensem*, firmada en 15 de noviembre del mismo año; *Epistola ad Alvarum*, en que le da noticia del martirio de Santa Flora y María, escrita después de salir de la prision, en diciembre del mismo año; *Epistola ad Baldegotonem*, avisándola que su hermana Santa Flora consumó felizmente el martirio, escrita por el mismo tiempo; *Memoriale Sanctorum*, continuado en el año de 856; *Apologeticus Martyrum*, escrito en 857, última obra del Santo.—Siendo jóven escribió algunos libros, como ya se dijo, que rompió después; y en la prision compuso diferentes poemas é himnos á los Mártires, que no han llegado hasta nosotros.

Desde el día 13 de marzo en que enterraron los cristianos el cuerpo de SAN EULOGIO, permaneció en el mismo sitio hasta el 1.º de junio del propio año, en que le trasladaron á otro sepulcro de la capilla mayor de la misma iglesia de San Zoilo, donde permaneció 24 años, ó sea hasta el de 883, en el que fue trasladado á Oviedo con el de SANTA LEOCRICIA por un presbítero toledano llamado Dulcidio, á quien el Rey D. Alfonso III, el Magno, había enviado á Córdoba á tratar de la paz que le pedia Abuharith. Los santos cuerpos salieron de Córdoba en diciembre, y llegaron á Oviedo el 9 de enero de 884, saliéndoles á recibir el Rey, la familia Real, el Obispo, la clerecía, y casi toda la poblacion. Fueron encerrados en una caja de ciprés, que se colocó en la capilla de Santa Leocadia, debajo del Ara, dentro de un sepulcro de piedra, en el cual permanecieron hasta 5 de enero de 1305, en que, con motivo de haber logrado milagrosamente la salud por intercesion de estos Santos el Obispo D. Hernando Álvarez, mandó construir una caja de plata, de vara y cuarta de largo y tres cuartas de alto, en la que se metieron las santas reliquias, trasladándolas á la *Cámara Santa*. Últimamente, en el año de 1737 fueron lle-

vados á Córdoba los preciosos restos de SAN EULOGIO y SANTA LEOCRICIA, y colocados en la ermita de San Rafael el dia 11 de abril.

#### SAN PEDRO BETICO, ESPAÑOL.

Entre los Santos pertenecientes á la diócesi de Sevilla, pone la *España Sagrada* á SAN PEDRO BETICO, soldado y ermitaño, dando su vida tal cual la escribieron los PP. Jesuitas Antuerpienses. De ella resulta que SAN PEDRO vino al mundo en Sevilla, ó sus inmediaciones, de padres nobles y muy ricos; pero omite fechas, lo cual nos impide señalar la época en que nació y floreció este Santo. Tampoco la señala Ferrari en el *Catálogo de los Santos de Italia*, en que, por la circunstancia de haber concluido sus dias este Santo en el reino de Nápoles, hace mencion de su muerte espresando que era español.

Rodeáronle sus padres, desde muy pequeño, de sabios y virtuosos maestros, quienes, llenos de satisfaccion, veian hacer rápidos progresos en letras y ciencias á su jóven discípulo, que hubiera llegado á ser por su talento, aplicacion y virtud uno de los más esclarecidos Doctores de la Iglesia, si sus padres, á los que respetaba y obedecia ciegamente, no le hubieran hecho emprender la carrera de las armas. La nobleza de su nacimiento, la importancia que tuvieron siempre las riquezas, y su mérito real, aunque muy jóven todavía, le colocaron entre los Tribunos. Era hermoso y de bizarra presencia; pero más que por estas cualidades se hacia notar del público por su modestia, humildad, y por el desprecio que hacia de sí mismo, y de los trages que su posicion y obligacion le precisaban á usar. Su único placer y contento era socorrer y amparar á los desgraciados, enfermos y pobres, entre los que repartia sus cuidados y su dinero.

Aunque no contento, pues su deseo era vivir fuera de todo contacto con la sociedad, pasaba los días tranquilo, dedicando las horas que le dejaban libres sus obligaciones á la asistencia de los enfermos y la oración, cuando fue á turbar su calma una determinación de sus padres, que le puso en el más terrible conflicto. Determinaron estos que se casara, y se lo comunicaron, manifestándole que ya le tenían elegida esposa, que á su reconocida virtud unia todas las circunstancias de hermosura, nobleza y riqueza que podían apetecerse, y correspondían á su clase. Jamás PEDRO había opuesto la menor oposición á las órdenes de sus padres; jamás se había negado á complacerles en lo más pequeño, y contando ellos con igual aquiescencia siempre por parte de su humilde hijo, habían publicado su determinación, y el último que supo que iba á casarse fue el futuro esposo; pero este había hecho voto de castidad, no podía contraer matrimonio, y no tenía tampoco valor para faltar á sus padres, negándose á efectuar lo que deseaban, dejándoles en ridículo en la ciudad.

Horrible lucha sostenía el corazón de PEDRO. Su voto y su voluntad le impedían casarse, y su humildad y respeto no le permitían negarse á complacer á sus padres. Pasaban los días, y cada uno aumentaba el angustioso tormento de PEDRO, porque sus padres, deseando ver realizado cuanto antes su deseo, activaban los preparativos y se acercaba rápido el momento de la realización. Llegó por fin, sin que PEDRO hubiera podido reunir el valor suficiente para hablar á sus padres, y tomó ante el altar por esposa la joven que le habían destinado, dignísima por todos conceptos de unirse á él. En tal situación, y siéndole ya indispensable dar una solución al asunto, eligió la que juzgó más conveniente, aguardando la noche para ponerla en ejecución. Llegada la hora de recogerse, lo hizo su esposa, dejándola en el lecho sus doncellas, y esperando PEDRO á

que estuviese dormida, entró en la habitacion, y puesto de rodillas á los pies de la cama, la fió y encomendó á Dios, suplicándole que la conservase pura y limpia de todo pecado para encontrarla en el cielo, y con el mayor silencio salió de su casa para nunca jamás volver.

El amor á sus padres, la estimacion á aquella virtuosa jóven, y la consideracion del sentimiento que les originaria su ausencia, afectaron sobremanera su espíritu; pero la Religion, con sus dulces consuelos, templó su dolor y volvió la calma á su espíritu. Peregrinó por espacio de mucho tiempo, visitando los templos mas célebres por las reliquias que guardaban, decidiéndose despues á concluir sus dias en la soledad. Eligió al efecto un sitio retirado del trato humano, en territorio de la ciudad de *Babucúm* ó *Bauco*, en el Estado Eclesiástico, junto á *Sora*, en el reino de Nápoles, tomando por habitacion, en un cercano monte, una cueva espaciosa, aunque oscura. Allí se dedicó á constante penitencia con tal rigor, que cuando falleció y fue recogido su santo cadáver, no habia parte del cuerpo, esceptuando únicamente el rostro, donde no hubiera llagas producidas por las disciplinas y los cilicios. No encendió lumbre jamás, y pasaba las noches fuera de la cueva, para mortificarse más con la intemperie. No tomó otro alimento que bellotas y raices, y solo bebia agua por la noche en el rio que corria cerca de la cueva que habitaba.

A pesar de lo retirado del sitio, llegóse á conocer la existencia del Santo anacoreta, y le visitaban algunos devotos, y él comenzó en los últimos años á ocuparse tambien de cuidar á los enfermos de los caseríos, obrando el Señor por su intercesion muchos milagros, dando vida y salud á enfermos completamente desahuciados, y remediando instantáneamente necesidades apremiantes. Una gran sequía produjo tal escasez de alimentos en la comarca, que las gentes de pocos recursos perecian de necesidad. Hasta el Santo

se encontró sin alimento, porque ni había bellotas ni raíces comibles, y tuvo que apelar á pedir de limosna pan, que era con lo único que suplía la falta de raíces y bellotas. Llegose á la puerta de la casa de una devota mujer, que ya le habia dado pan en otras ocasiones, y que esta vez le dió un pedazo muy pequeño, lamentando con lágrimas en los ojos la necesidad en que estaba, y diciéndole que aquello era todo lo que tenia, y que esperaba morir de necesidad muy pronto. Dijola el Santo que fuese á reconocer el arca del pan por si habia quedado algo; pero la mujer se negó á hacerlo, porque dijo que era inútil, pues habia sacado el último pan que guardaba. Instola SAN PEDRO BETICO, y aunque con repugnancia, solo por complacerle, entró y abrió el arca, quedando extraordinariamente sorprendida al encontrarla llena de panes tiernos, blancos, y de una calidad tan excelente como jamás habia probado.

Este y otros muchos milagrosos acontecimientos dieron tal fama de santidad al ermitaño PEDRO, que especialmente de dia apenas estaba solo en la cueva. Pero en nada varió su género de vida, y nunca recibió de sus amantes devotos más que pan, cuando no tenia raíces útiles ó bellotas.

Cargado por fin de años y virtudes falleció, tendido en el suelo de la cueva, que habia sido su morada por tantos años. Inmenso número de gentes de la comarca y de la ciudad de Bauco acudió á honrar y recoger el santo cadáver, cuyo rostro despedía un celeste resplandor. Muchos milagros tuvieron lugar despues de su fallecimiento, y uno de ellos ocurrió dentro de la misma cueva, que iluminaron los devotos para entrar y adorar el santo cuerpo. Pasaban por delante de éste, é hincándose de rodillas, le besaban la mano: entre los que habian concurrido se encontraba un hombre impenitente, y que muchas veces se habia espresado con dudas y desden acerca de las virtudes y santidad

del ermitaño PEDRO; más á pesar de sus dudas, cuando le tocó el turno, se hincó de rodillas y se inclinó para besar la mano del Santo; pero este la retiró, dejando pasmados á todos los presentes, y á aquel hombre, que arrepentido entró en seguida en el buen camino.

Colocado el santo cuerpo en una caja, fue conducido á la ciudad, y al pasar por una calle, una mujer que estaba lavando á un hijo pequeño dentro de un baño le dejó en él, y se asomó á la ventana para ver pasar la procesion, y cuando volvió al lado del niño, le encontró ahogado. Tomole en brazos con gran fé y esperanza, y corrió con él á la iglesia, poniéndole á los pies del Santo, y pidiéndole la vida. El Todopoderoso, por intercesion de su Santo siervo, la concedió instantáneamente, volviendo la mujer á su casa con su hijo sano y salvo.

Las Santas reliquias de SAN PEDRO BETICO se conservan con gran veneracion en la iglesia de Bauco, donde se celebra su fiesta en este dia 11 de marzo.

SAN VICENTE, ABAD; SAN RAMIRO, Y DOCE MONGES MARTIRES,  
ESPAÑOLES.

Por los años 550 de Nuestro Señor Jesucristo arreció la persecucion de los suevos contra los cristianos á un grado que ofrecia dejar atrás en crueldad á las primitivas de los paganos. El arrianismo, aceptado por los suevos, cundia lastimosamente, aumentados de dia en dia sus sectarios, si no por conviccion, por evitar los tormentos y la muerte decretada contra los que no aceptasen la herética doctrina arriana.

Uno de los puntos de España que más probó la bárbara saña de los suevos fue Galicia, y en particular la ciudad de Leon. Hallábase de Abad del Monasterio de San Claudio, Lepercio y Victorico, de dicha ciudad de Leon, el ilustre español VICENTE, uno de los más fervorosos defensores de

la divinidad de Jesucristo, que era el punto cardinal de la reñida cuestion entre católicos y arrianos, cuando determinaron estos celebrar un conciliábulo en Leon, y llamaron á él al Abad VICENTE para controvertir, con la esperanza de derrotarle con sus razones. Gozosísimo admitió la invitacion el Santo, dando infinitas gracias á Jesus por que le proporcionaba aquella ocasion de alzar la voz delante de los principales sectarios del error para convencerlos de lo absurdo é impio de su doctrina. Mas como para él que se empeña en tener los ojos cerrados, las antorchas no tienen luz, del mismo modo, para la obcecacion terca y ciega de los arrianos que asistieron al conciliábulo, no tuvieron fuerzas las palmarias razones del Abad VICENTE. Encerrados los arrianos en una negativa absoluta, no escuchando razones ni argumentos de ningun género, y negándose á toda razonada discusion, le mandaron que aceptase inmediatamente la doctrina arriana, jurando seguirla y defenderla hasta la muerte. Con la más firme resolucion y dignidad les contestó: «Que ni creeria ni confesaria jamás otra fé que la definida en el Santo Concilio de Nicea, por cuya defensa estaba pronto á dar la vida una y mil veces.»

Furiosos los hereges al ver la firmeza del Santo, y creyendo que los tormentos le vencerian, le hicieron desnudar en seguida, y colocándole en medio del conciliábulo le azotaron horriblemente, sin que el Santo exhalase ni un suspiro de dolor, ni flaquease su espiritu ni su cuerpo, á pesar de la copiosa sangre que vertia. Convencidos de que nada por entonces conseguirian, y determinados á ensayar otros tormentos, le hicieron retirar, disponiendo que fuese encerrado en un oscuro y yerto calabozo. Lleno de alegría se dirigió á él el Santo Abad, dando las mas espresivas gracias al Todopoderoso por la gracia que le dispensaba de morir por su amor. «Y queriendo el Señor presenciar la heroica fortaleza de su fidelísimo siervo, hizo que bajase de repen-

te una celestial luz que dispó las tinieblas del calabozo, derramando al mismo tiempo sobre la dichosa alma de su ilustre confesor una dulzura divina, un consuelo de superior órden que le inundó de gozo. Tambien descendieron espíritus angélicos, que le curaron perfectamente todas las heridas, dejándose percibir los celestiales cánticos con que alababan á Dios; de manera que aquella horrorosa prision parecia haberse convertido en paraíso de delicias.»

Hiciéronle presentar segunda vez en el conciliábulo, y al verle en estado de la más perfecta salud, quedaron altamente sorprendidos; pero su sorpresa y admiracion llegó á un grado inexplicable cuando le desnudaron y vieron que ni señal quedaba en sus carnes de las heridas producidas por los azotes. Este patente milagro de la Divinidad, en lugar de iluminar la mente de aquellos fieros hereges y abrir sus ojos á la luz de la verdad, les produjo tal rabiosa ira por su derrota, que despues de golpearle horribilmente le sentenciaron á muerte, debiendo sufrir la sentencia á la puerta de su Monasterio, para escarmiento de los demas Monges. Inmediatamente fue llevado el heróico Abad y degollado á la puerta de su santa casa, dejando allí el mutilado cadáver, que aquella noche recogieron los Monges, y dieron sepultura junto á la que ocupaban los ilustres Mártires Claudio, Lupercio y Victorico, Patronos del Monasterio.

Hallándose en el coro á los pocos dias la Comunidad, se les apareció su glorioso Abad SAN VICENTE, y les dijo:

«Ya, hijos, llegó el tiempo de la inmolation: si alguno de vosotros desea lavar su estola en la sangre del Cordero, prepárese, bajo el seguro que será coronado el que pelear legítimamente; pero el que no se halle con fuerzas para el combate, busque otra mansion donde librarse: yo, como

veis, gozo de la vida eterna en compañía de los Mártires que derramaron su sangre en defensa de la fé ortodoxa.»

No tardó en realizarse el anuncio de SAN VICENTE; llegaron en seguida al Monasterio unos cristianos, y avisaron á los Monges que estaba decretada su muerte si no renegaban de la fé [y aceptaban el arrianismo, y que los suevos habian determinado matar á todos los Monges. Entonces SAN RAMIRO, que desde la muerte de SAN VICENTE hacia las veces de Superior, hasta que la Comunidad nombrase sucesor de este Santo, habló á la Comunidad en estos terminos: «Ya habeis oido, carísimos hermanos, lo que se ha dignado el Señor manifestarnos por boca de nuestro Santo Abad. Ya estais informados de lo que conviene hacer: bajo este supuesto, los que se hallen con fortaleza prepárense al sacrificio, y retírense los pusilánimes. Yo os ruego que no perdais la corona que se nos presenta, ni os prive de la vista del Señor respeto alguno del mundo, antes bien digamos todos con el Apóstol, llenos de firmeza: ¿Quién nos separará del amor de Jesucristo? ¿Por ventura la tribulacion, la angustia, el hambre, la desnudez, el peligro, la persecucion ó la misma muerte? Escrito está en las Sagradas letras que por la caridad de Dios somos mortificados todos los dias, llevados á padecer como las ovejas que se conducen al matadero; pero, por estos conflictos esperamos la vida eterna por Aquel que nos amó. No os acobarde, hermanos, el furor de los hereges, ni os aterren las crueldades que ejecutan con los defensores de la divinidad de Jesucristo, puesto que está con nosotros el Señor, que nos eligió para combatir contra los enemigos de la fé católica, para que triunfando de ellos con su divina asistencia reinemos en la gloria eternamente.»

Consultada la voluntad y valor de los Monges, doce se adhirieron á la resolucion de RAMIRO, el cual mandó á los

débiles y pusilánimes que se retiraran á las montañas, y marchando él con sus doce heróicos compañeros, bajaron á la iglesia á orar y dar gracias al Todopoderoso por la prueba á que los ponía. No se retardó esta; pues antes de que terminasen su oracion llegaron al Monasterio los soldados y verdugos, llamando á las puertas con estrepitosos golpes. Salió á abrir RAMIRO acompañado de los doce Monges, y entonando todos el simbolo Niceno, repitiendo las palabras que condenan la impia herejia arriana: entraron los verdugos, y profiriendo mil bárbaros dicterios, acuchillaron á los trece mártires, dejando los cadáveres esparcidos por el suelo. Recogieronlos los cristianos, y los dieron sepultura en el Monasterio, colocando juntos á los doce Monges, y por separado á SAN RAMIRO, cuyo cuerpo depositaron en un sepulcro de piedra tosca, donde permaneció hasta el dia 26 de abril de 1596, en que fue trasladado á la capilla de San Ramiro, metido en una preciosa caja mandada construir por el Abad del propio Monasterio, Fr. Alonso del Corral, en agradecimiento de haber recobrado la salud por intercesion del Santo. Cuando se abrió el primitivo sepulcro, á pesar de los siglos trascurridos, se encontró el cuerpo de SAN RAMIRO entero é incorrupto, lo que aumentó la gran veneracion en que ya estaba en León y toda su provincia.

#### DIA 12.

San Gregorio el Magno, Papa y Doctor, *Romano*.

#### DIA 13.

SAN LEANDRO, ARZOBISPO DE SEVILLA, CONFESOR, ESPAÑOL.

Severiano, caballero de ilustre linage y abundantes bienes de fortuna, vecino de la ciudad marítima de Cartagena, perteneciente á la provincia de Murcia, fue el ven-

turoso padre de los llamados cuatro Santos de Cartagena, Florentina, Isidoro, Fulgencio y LEANDRO, Santo de este día. Tanto el padre como los cuatro hijos profesaban la Religión cristiana; pero la madre, á quien unos llaman Turtura, y otros Teodora, sin poderse asegurar cuál de estos nombres llevaba, ó si tenia otro, como descendiente de godos, aceptaba y seguía los errores de Arrio. Las ideas religiosas del padre y de los hijos escitaron la saña del Monarca reinante á la sazón, Leovigildo, decidido partidario y protector de la heregía arriana, y Severiano, con toda su familia, fue desterrado de Cartagena. La madre, como arriana, pudo quedarse en su país natal; pero no solo prefirió á ello seguir á su marido y á sus hijos, sino que ingresó en el gremio del cristianismo, aceptando por completo la doctrina de Jesus. De modo que el destierro que se presentó como una desgracia, se convirtió en dicha, pues llevó al seno de aquella familia la paz y armonía que le proporcionaba la Religión cristiana, cuyos dulces y consoladores preceptos todos ya seguían.

Las penalidades y trabajos hicieron grande impresion en los padres de estos cuatro Santos, que fallecieron prematuramente en Sevilla, con el desconsuelo de dejar á sus hijos fuera de su patria, sin familia y sin protector.

LEANDRO, que era el mayor, se hizo cargo de sus hermanos, atendiéndolos con la esquisita solicitud del más amoroso padre. Era LEANDRO de talento vivo, pronta y profunda comprension, y de carácter dulce y compasivo. A pesar de sus pocos años, estaba muy versado en los escritos sagrados de los Doctores de la Iglesia, pues gozando su padre de desahogadísima posicion en su país natal, Cartagena, se habia esmerado en la educacion de su primogénito, que á su aptitud unia gran aficion al estudio, especialmente á las sagradas letras.

Habia colocado LEANDRO á su hermana Florentina

en un Monasterio de Religiosas, y á su hermano Isidoro en la Iglesia de Sevilla, á la que él tambien asistia; pero estaba tan escaso de recursos que determinó enviar á Fulgencio á Cartagena, para arreglar varios asuntos y procurarse algun auxilio en sus escaseces. Marchó, pues, el jóven Fulgencio; pero así que partió, se sintió LEANDRO arrepentido de tal determinacion, por el temor que le acometió de que la poca esperiencia de su hermano originase algun grave mal, y como dijimos en la vida de San Fulgencio, escribia LEANDRO á su hermana Florentina: «¡Triste de mí! ¡triste de mí! que he enviado inconsideradamente á Cartagena á nuestro hermano Fulgencio, cuyos peligros me tienen en un continuo sobresalto.» Propició el Supremo Hacedor, y escuchando benigno las constantes y fervorosas súplicas que en favor de Fulgencio le dirigian sus tres hermanos, le defendió de todo mal, y sano y salvo regresó á Sevilla.

Estando ya sus tres hermanos en edad y aptitud de no necesitar sus asiduos é inmediatos cuidados, determinó LEANDRO contentar su vocacion tomando el hábito de Religioso. Lo verificó, dedicándose de lleno, como deseaba, á la oracion, la penitencia y al estudio. Ordenose de sacerdote, y habiendo fallecido el Abad de su Monasterio, fue elegido por unanimidad; cargo que aceptó con repugnancia, porque era más afecto á obedecer que á mandar. Pero todavía le quedaba nueva pena á su humildad, pues el Señor le tenia reservado mas alto puesto.

Corrian los años de 578, y habiendo vacado la Silla Arzobispal de Sevilla, fue elevado á ella el Abad LEANDRO por unánime consentimiento del clero, del pueblo y del Monarca godo, Leovigildo, reinante á la sazón. Obligado á aceptar tan elevado cargo, y propuesto á desempeñarlo como su mente y su conciencia le indicaban, emprendió desde el momento la predicacion del Evangelio y la reforma del

clero. Con la primera aumentaba por momentos las conversiones de arrianos á la fé católica, y con la segunda moralizó las costumbres demasiado relajadas por las revueltas de los tiempos. Tambien ocupó su piadosa atencion la diversidad de prácticas que habia en las iglesias acerca del culto divino, y lo reformó, reduciéndole á una sola forma; y aunque no se consiguió la completa uniformidad en toda España hasta algunos años despues, ocupando la misma Silla su sucesor y hermano San Isidoro, cúpole á él la gloria del pensamiento y de haber planteado la reforma, añadiendo algunos himnos, salmos y oraciones, suprimiendo antiguas ceremonias. La Orden de San Benito tuvo en LEANDRO un activo y celoso protector, y para propagarla invirtió fuertes cantidades en la creacion de Monasterios, tanto para Monges como para Religiosas. A su hermana Florentina le envió la Regla, escrita por el Santo Patriarca, con algunas modificaciones y restricciones que juzgó conveniente introducir, teniendo en cuenta los tiempos. Remitióla tambien el precioso libro que escribió para ella sobre *El desprecio del mundo*.

Hallábase la Córte en Toledo en este año en que vamos, 580 de Jesucristo, siendo el décimosegundo del reinado de Leovigildo, y comenzaron á tomar carácter más sério y belicoso las enemistades de los arrianos y cristianos con motivo de la pugna por cuestiones de religion que reinaba entre la familia real, por las distintas creencias de las mujeres. El Rey Leovigildo estaba casado con la viuda del Rey Athanagildo, llamada Gosvinda, de quien dice el Maestro Florez «mala hembra, que no solo era tuerta en la vista corporal, sino ciega en el error arriano, y declarada enemiga de la Religion católica.» A esta se atribuye generalmente la persecucion que sufrieron por entonces los cristianos. Leovigildo tenia dos hijos, Hermenegildo y Recadero, y habiendo casado el primero en 579 con una hija del Rey de Metz

y Borgoña, Sigeverto, llamada Ingunde ó Inguntha, muy buena cristiana, se atrajo en seguida la saña de su suegra Gosventha. Ardía el Palacio en guerras y contiendas, y para remediarlas determinó Leovigildo, aunque contra la opinion de su mujer, separar la familia, distribuyendo el reino entre él y sus hijos, dando á Hermenegildo, en calidad de Rey, á Sevilla, con todas sus dependencias. Inmediatamente partió de Toledo Hermenegildo con su mujer, y tomó posesion del reino de Sevilla, dos años despues de haberla tomado del Arzobispado el Abad SAN LEANDRO.

Comprendió este inmediatamente la favorabilísima ocasion que se le presentaba de servir á la Religion católica, convirtiéndolo á ella al jóven Rey Hermenegildo, cuyos honrosos antecedentes, bondadoso carácter y la compañía de su esposa católica, eran casi seguras prendas que garantizaban un éxito feliz. Y lo fue en efecto, ingresando Hermenegildo al poco tiempo en el gremio del catolicismo, con el más sublime gozo del Santo catequista LEANDRO. La conversion del Rey de Sevilla produjo inmediatamente la guerra entre él y su padre; pero las fuerzas de Sevilla eran cortas, necesitaban protectores y aliados para hacerse respetar, y determinó Hermenegildo solicitar la alianza del Emperador de Constantinopla, á cuyo efecto partió LEANDRO en calidad de embajador.

El viaje de SAN LEANDRO á Oriente, si bien no produjo el efecto apetecido con respecto á la alianza, no fue perdido para las letras sagradas, porque al conocimiento que hizo de San Gregorio el Grande, á las conferencias habidas entre los dos, y á las instancias de SAN LEANDRO, se debe el que aquel gran Santo escribiese los dos libros de los *Morales*, que remitió á España, dedicados á nuestro Santo Arzobispo LEANDRO.

Gran pena esperimentó á su regreso á Sevilla, porque las armas del cristiano Rey Hermenegildo llevaban lo peor

de la partida. Al principio se declararon en su favor diferentes ciudades; pero habiendo reunido sus fuerzas Leovigildo, iba recobrándolas con la mayor rapidez. En el año de 584 puso sitio á Sevilla: sus habitantes defendieron la ciudad con el mayor heroísmo; pero careciendo de comestibles y de agua por haber cortado el rio, fue tomada por los arrianos. Pudo escapar el Rey Hermenegildo, que poco despues fue preso en Córdoba por las tropas de su padre, quien le mandó desterrado á Valencia.

Deseando Leovigildo afianzar su poder, reunió en Toledo un Concilio de Obispos arrianos, en el cual, como no podia ménos de suceder, se declaró culpable la conducta de los Obispos católicos y de todas las personas que habian ayudado con sus consejos y armas al Rey Hermenegildo, decretando contra ellas el destierro, con pérdida al mismo tiempo de sus bienes, honores y dignidades. El decreto comprendia de lleno al Arzobispo LEANDRO, cuya Silla ocupó un Obispo arriano, saliendo desterrado nuestro Santo, creyéndose comunmente que marchó á Cartagena. Durante su destierro escribió dos libros doctísimos contra el arrianismo, y un tratado contra un Obispo de Zaragoza, llamado Vicente, que habia declinado de la pureza de la fé, pasándose á los arrianos.

En el año de 586 enfermó Leovigildo, y como casi siempre la presencia de la muerte rasga el velo que cubre la vista de los impíos é incrédulos, iluminó la luz de la verdad la mente del moribundo Rey, que conoció y confesó sus errores, demostrando un sincero arrepentimiento y dolor por sus malas obras. Llamó á su hijo y sucesor Recaredo, y le mandó alzar inmediatamente el destierro á SAN LEANDRO y á todos los demás cristianos, á los que permitiria la libre práctica de los preceptos de su Religion, ordenándole que así que llegase el Arzobispo se pusiese bajo su direccion, si apetecia una vida santa y feliz.

Grande fue el júbilo que embargó el alma del Santo Arzobispo al saber el triunfo que el Todopoderoso había dado al cristianismo, é inmediatamente se restituyó á su iglesia, presentándose al nuevo Rey, con el que conferenció largamente, dándole los más sabios consejos sobre todos los asuntos, así eclesiásticos como civiles.

Recaredo dispuso en seguida congregarse un Concilio, que fue el tercero de Toledo, con asistencia de todos los grandes del reino y otros personages importantes, el cual debía presidir el Arzobispo SAN LEANDRO. En el mes de mayo de 589 tuvo lugar el Concilio, presidido por él, habiéndole ayudado á disponer los negocios de aquel Sinodo San Eutropio, Abad Servitano. El Rey Recaredo hizo á los Padres allí congregados una humilde y reverente exhortacion, y entregó en seguida por escrito la profesion de fé en nombre suyo y de la Reina, haciéndolo en seguida los Obispos arrianos y todos los grandes del reino. Concluido tan solemne acto, predicó al Concilio SAN LEANDRO, dando gracias á Dios y á todos los presentes por el altamente beneficioso cambio para la Iglesia que acababan de obrar. Este es el único sermón que sabemos haberse predicado en tiempo de los antiguos Concilios.

«Puestas ya en paz las cosas de la Iglesia, ordenó SAN LEANDRO que se diese noticia de todo lo sucedido al Santo Pontífice San Gregorio, y así, en nombre del Concilio y del Rey católico, se despacharon embajadores á Roma con muchos dones preciosos, y trescientos vestidos para los pobres de la iglesia de San Pedro. Llevaron también las actas del Concilio, con cartas de SAN LEANDRO, en las que recomendaba al Rey Recaredo, ponderando á Su Santidad, el celo y religion que había manifestado en el Concilio. El Santo Pontífice recibió á los legados con indecible regocijo, alegrándose muy mucho del impensado triunfo

que habia conseguido la Iglesia; y para demostrar mejor su contento, escribió al Rey Recaredo confirmandole en la fé recibida, y honrándole con un pedazo de la Cruz de Jesucristo, unos cabellos de la cabeza de San Juan Bautista, y dos llaves tocadas al cuerpo de San Pedro, engastada la una en porcion de hierro de las cadenas del Apóstol.

»A su íntimo amigo SAN LEANDRO escribió tambien San Gregorio con grandes espresiones, y dándole gracias por su aplicacion en beneficio de la Iglesia, encomendándole al Rey Recaredo, y dándole saludables consejos para que perseverase en la fé recibida, con cuya ocasion envió los libros de la esposicion de Job, el palio y la Carta pastoral. Desembarazado ya el Santo Arzobispo de los grandes negocios del Concilio, y bien instruido el Rey Recaredo, se volvió á su santa iglesia de Sevilla, en donde publicó luego los decretos del Concilio, y exhortó á todos á su debido cumplimiento con fervorosos y continuos sermones, en que no ménos mostraba su caridad y el celo ardiente que tenia por la salvacion de sus ovejas, que el pastoral cuidado con que incesantemente atendia á todas las necesidades de los pueblos, socorriéndolos liberalmente, para que no tuviesen jamás motivo de retroceder en la fé nuevamente recibida.»

Desde esta época, hasta el fallecimiento del Santo Prelado, ningun hecho notable consigna la historia que necesite especial mencion. Siguió constante correspondencia con sus hermanos, especialmente con Santa Florentina, dándola instrucciones y consejos para el buen régimen de los Monasterios de Religiosas que estaban á su cargo. Con su amigo el Pontífice San Gregorio tambien sostuvo activa correspondencia, consultándole cuantas dudas le ocurrian en las cuestiones que se suscitaban, y con particularidad sobre la célebre por aquel tiempo de si el Bautismo habia de hacerse con una sola inmersion, ó con tres.

Sintiendo debilitadas sus fuerzas, y más aquejado cada día de la gota, dolencia que venia sufriendo hacia años, como su amigo San Gregorio, comprendió que se le acercaba el deseado fin de su vida. Redobló las obras de piedad, dió la última mano á todos los asuntos que le estaban encomendados, y se dispuso á salir dignamente de este mundo. No le engañó su cálculo: agraváronsele sus dolencias, y despues de recibir con el fervor que es de imaginar los Santos Sacramentos, descansó en el Señor el día 13 de marzo del año de Nuestro Señor Jesucristo 599, siendo sepultado su santo cadáver en la iglesia de Santa Justa y Rufina, en un panteon que él habia mandado construir para sí y sus hermanos.

#### SAN RODRIGO Y SAN SALOMON, MÁRTIRES, ESPAÑOLES.

En el Obispado de Córdoba, y en la villa de Egabro, hoy Cabra, nació de padres cristianos, cuyos nombres y posicion social se ignora, el Santo Mártir SAN RODRIGO, y habiendo seguido la carrera de la Iglesia, llegó á la dignidad del sacerdocio, muy querido y estimado de sus paisanos y de cuantos le trataban, por la dulzura de su carácter, y por sus santas y ejemplares costumbres.

Tenia dos hermanos: el uno profesaba como él la Religion cristiana; y el otro, temiendo la persecucion sarracénica, habia aceptado la doctrina de Mahoma. Cuestionando un dia sobre sus respectivas creencias, se exaltaron tanto estos dos hermanos, que levantándose furiosos se dirigian el uno contra el otro, remitiendo á las manos la cuestion, al tiempo que entraba en la estancia en que se hallaban su hermano RODRIGO. Púsose por medio, reprimiéndolos una accion tan violenta é impropia de los lazos que les unian, y ofendido el mahometano se arrojó á él, golpeándole horriblemente, y dejándole tendido en tierra, sin sentido. No contento con esto, y deseando mortifi-

car cuanto más le fuera posible á RODRIGO, corrió la voz de que era un mal sacerdote, y que había renegado de su fé: voz que comprendía perfectamente que había de causar en el alma de RODRIGO la herida más dolorosa de cuantas pudieran causar á su cuerpo.

Vuelto en sí RODRIGO, y sabiendo lo que propalaba su hermano, formó la resolución de dejar la villa, persuadido de lo difícil que es convencer al vulgo de la falsedad de una noticia que llegó hasta él, y que nunca queda completamente lavada la mancha que produce la calumnia. Se retiró, pues, á la sierra de Córdoba, constituyéndose en ermitaño, y resuelto á pasar el resto de sus días dedicado á la contemplación y á la penitencia.

Habiendo bajado un día á la ciudad para proveerse de algun alimento, fue visto y delatado inmediatamente por su hermano, y en su consecuencia preso por los mahometanos, que en este año de 859 desplegaban su terrible saña contra los cristianos. Conducido RODRIGO al tribunal, le preguntó el juez cuáles eran sus creencias religiosas, y sin titubear le contestó RODRIGO: «que desde que nació era cristiano, y que moriría siéndolo.» El juez mandó que le condujeran inmediatamente á un calabozo, y en él encontró á otro cristiano, natural de Córdoba, llamado SALOMON, preso también para ser martirizado por sus creencias religiosas. La igualdad de religion, de sentimientos y de posición, creó la más pura y estrecha amistad entre RODRIGO y SALOMON, que pasaban las horas orando juntos y entonando cánticos de gracias y alabanzas al Señor, y jurando morir antes que demostrar la menor flaqueza en la confesión de la fé.

Sabiendo el juez por los carceleros lo firmes que estaban en sus creencias aquellos dos heroicos cristianos, creyendo que la compañía era la que robustecía su valor, los mandó separar, encerrando á cada uno en distinto calabozo, y pa-

sado algun tiempo sin haberlos dejado comunicar entre sí ni con persona alguna, los mandó llevar al tribunal, y recibéndolos muy afablemente, les hizo las más deslumbradoras ofertas si renegaban de Jesucristo y aceptaban la doctrina de Mahoma. Negáronse los dos cristianos, y á las promesas se siguieron las más aterradoras amenazas; y viendo por fin el juez que nada era suficiente á entibiar la fé de aquellos heróicos cristianos, los sentenció á ser degollados; pero queriendo que el terror de la muerte hiciera aquella noche impresion en la mente de los presos y debilitase su valor, ordenó que hasta el siguiente dia no se ejecutase la sentencia.

En la mañana del siguiente dia, 13 de marzo de 859, fueron sacados de los calabozos los dos Santos, y conducidos á la orilla del rio, que era el sitio señalado para la ejecucion. Volvieron á preguntarlos si querian aceptar la ley de Mahoma; pero estando los dos firmes en la fé, se hincaron de rodillas, y estrechando contra su corazon una cruz de madera que llevaba cada uno, entregaron su cuello á los verdugos.

Sus cuerpos fueron arrojados al rio, segun las órdenes del furioso mahometano. Los fieles discipulos de Jesucristo, que habian admirado en vida las gloriosas virtudes de los ilustres compañeros RODRIGO y SALOMON, buscaron con escrupuloso cuidado los cadáveres, y habiendo hallado la cabeza de RODRIGO, la condujeron con gran pompa y acompañamiento de himnos y cánticos al templo de San Ginés, sin tener en nada las penas crueles que el tirano imponia á los que sepultasen los cuerpos de los cristianos. Posteriormente hallaron tambien los fieles el cuerpo de SALOMON en la parte del rio del barrio de las Ninfas, y, sacándole de él, se le dió sepultura con la misma solemnidad que á su compañero en la iglesia de San Cosme y San Damian, de cuyo templo, del de San Ginés, ni del barrio di-

cho, no ha dejado el tiempo memoria alguna, y si solo la de los triunfos de estos gloriosos Santos, que enriquecieron á Córdoba con sus venerables reliquias.

#### DIA 14.

Santa Matilde, Reina, *Sajona*, y la traslacion de Santa Florentina, Virgen, *Española*.

#### DIA 15.

San Raimundo, Abad, y Fundador (1), y San Longinos, Martir, *de Judea*.

#### SAN MESITON, MARTIR, ESPAÑOL.

En este dia celebra como Santo propio la Iglesia de Granada la festividad de SAN MESITON, del cual hacen mencion los Bolandos en sus *Acta Sanctorum*, la *España Sagrada* en el tomo XII, y diferentes obras que tratan de vidas de Santos. Pero aunque están conformes todos en incluirle en el catálogo de los Santos Españoles, ni dan noticias de la época en que vivió, ni de la de su martirio, lo que nos impide á nosotros hacer más que colocar su nombre en este lugar que le corresponde, como reconocido que se halla por todos los escritores como Santo de nuestra patria.

#### SAN SISEBUTO, ABAD.

Poco pródiga se muestra tambien la historia con respecto á noticias de este Santo, que unos, los más, y entre ellos la *España Sagrada*, á quien seguimos, colocan en este dia 15 de marzo, y otros en el 1.º de mayo.

Conformes están los escritores más autorizados en que SAN SISEBUTO nació en el Obispado de Búrgos; pero nin-

---

(1) Esta vida corresponde al Apéndice.

guno señala el pueblo, el año, ni nos da noticia de su familia; solo se sabe « que á la edad suficiente abrazó la Regla de San Benito, y que en atencion á sus altos méritos y santidad fue elevado á la Abadía del Monasterio de San Pedro de Cardaña, cuyo cargo desempeñó con admirable acierto, sobresaliendo en virtudes y ciencias. Ayudado del conde Asures, fundó el Monasterio de Santa María la Mayor de Valladolid, dando á los Monges, en él establecidos, por norma de su religion la Regla de San Benito.

«Por último, despues de una brillante y gloriosa carrera de merecimientos y altas virtudes, dispuso el Señor premiar la constancia y santidad de su siervo con la preciosa corona que ciñen los escogidos en las celestes mansiones, y respirando tranquila santidad murió para el mundo el dia 15 de marzo (ó 1.º de mayo) de 1082.»

Fue colocado su santo cuerpo en un sepulcro de piedra en la capilla dedicada á Santiago Apóstol, en la iglesia del citado Monasterio de San Pedro de Cardaña. Todos los sábados, despues del oficio vespertino, se le hacia conmemoracion con antifona y oracion propia.

El Señor obró por su intercesion muchos milagros en favor de los devotos que acudian á implorar su proteccion delante de su sepulcro, y habiendo sido favorecida por el Señor con una cura milagrosa una mujer de familia acomodada de Búrgos, que estando completamente baldada se hizo llevar á la capilla, y sanó repentinamente delante del sepulcro de SAN SISEBUTO, mandó, en agradecimiento al Santo, hacer delante de la capilla un espacioso pórtico, y sustituir á una pared de la capilla una hermosa reja de hierro, para que los devotos del Santo pudieran ver á todas horas el sepulcro y orar delante de él, resguardados de las aguas y la intemperie. En el pórtico hizo pintar el

milagro. Despues fue trasladado el Santo cuerpo á la capilla mayor, próxima al tabernáculo del Sagrario, á una magnífica urna de escelente escultura.

**DIA 16.**

San Julian, Mártir, *Asiático*.

**DIA 17.**

San Patricio, Obispo y Confesor, *Escocés*.

**DIA 18.**

San Gabriel, Arcángel.

**BEATO SALVADOR DE HORTA, CONFESOR, ESPAÑOL.**

Nació este prodigioso varon en el primer tercio del siglo XVI, en Santa Coloma de Farnés, pueblo perteneciente al Principado de Cataluña, diócesi de Gerona. Eran sus padres pobres y de humilde condicion, y ganaban su sustento desempeñando el cargo de hospitaleros en aquel lugar. Desde muy pequeño dedicaron á SALVADOR á cuidar ovejas, habiéndole el Señor dado por segunda vez la vida á los siete años de edad, pues cayó, por una imprudencia propia de niños, en el cubo de un molino, y salió milagrosamente de él, vivo y sin ninguna lesion.

A los veinte años de edad tomó el hábito de Fraile lego de San Francisco, en el Convento de Santa María de Jesus de Barcelona, donde al poco tiempo admiró con sus virtudes á toda la Comunidad, revelando su santidad con los incesantes y pasmosos milagros que el Señor obraba por su mediacion desde novicio. Eralo todavía, cuando habiendo enfermado el cocinero le encargó de este servicio el Guardian, entregándole una noche las llaves para que al siguiente dia, en que tenian convidados en el Convento al regente y otros varios caballeros de la ciudad, guisase la comida. Poco despues de

amanecer se fue á la iglesia á orar, despues confesó y comulgó, y quedó de rodillas, dando al Señor gracias, tan abstraído y estasiado, que olvidó completamente su nueva obligacion de confeccionar la comida. Acercábase la hora de esta, y por consiguiente la de llegar los convidados, y habiendo advertido algunos Religiosos que todavía no se habia abierto la cocina, preguntaron al Guardian si habia dispuesto que se hiciese la comida fuera del Convento. Mucho sorprendió la pregunta al Superior, y la noticia de que no se habia abierto la puerta de la cocina, y deseando saber en qué consistía aquella falta, que tan desairado le iba á dejar con sus convidados, marchó en busca del nuevo cocinero, á quien encontró orando todavía en la iglesia. Respetando el lugar, nada más le dijo sino que fuera con él á la cocina, con ánimo de reprenderle en esta su falta y castigarle por ella. Siguiéndole SALVADOR, sacó las llaves y abrió la cocina, quedando altamente sorprendido el Guardian al ver la lumbre en las hornillas, y las ollas con la vianda en disposicion de servirse.

Al poco tiempo de este milagroso suceso, profesó con gran contento de todos los Religiosos; contento que se fue entibiendo en algunos, porque la traidora envidia comenzó á tomar posesion de los corazones de varios compañeros, y especialmente de algun Superior, que se creia rebajado por que el pueblo demostraba cada dia más respetuoso afecto al que le favorecia, solicitando y consiguiendo para él tantas gracias del Señor.

Desde el Convento de Barcelona pasó al de Horta, que fue en el que más años moró, y donde más florecieron sus relevantes méritos para con el Señor; de donde le quedó el sobrenombre de Horta, que muchos han tomado por apellido de familia, y que solo tuvo origen por comenzarle á llamar en el pueblo el Santo Fraile de Horta, ó el SANTO SALVADOR EL DE HORTA.

Yendo un día á visitar á Nuestra Señora de Montserrat, se le acercaron en el camino dos ciegos de nacimiento, vecinos de Villafranca del Panadés, y le pidieron que rogase á Dios les concediese vista. El BEATO SALVADOR les dijo con la mayor dulzura: «Id á la Virgen de Montserrat, donde yo voy, que, como piadosa Madre, rogará por vosotros á su Hijo, y confiad en Dios, que es Padre de misericordia, y la tendrá con vosotros.» Como eran ciegos de nacimiento, lo dudaron todos los que estaban presentes, y así se lo hicieron presente á SALVADOR, que contestó: «El uno verá, y el otro no tiene tanta fé que lo merezca.» Marcharon los ciegos en direccion al Santuario de la Virgen, y en el camino le dijo un ciego al otro: «Si este buen Padre puede darnos vista, ¿por que nos envia á Montserrat? ¿Quiere que nos quebreemos los ojos por el camino? El otro le replico: «Este Santo varon es muy devoto de Nuestra Señora, y quiere que de su mano recibamos este bien: yo, á lo ménos, allá quiero ir á confesar mis pecados, recibir al Señor, y esperar de su misericordia, que mayores cosas ha hecho Dios por este siervo suyo.»—«Yo tambien iré, dijo el otro; pero no puedo creer que ninguno de los dos haya de quedar con vista.»—Llegaron al Santuario, y el uno, lleno de confianza en Dios, en su Santísima Madre y en el lego FRAY SALVADOR, se confesó, y en el acto de comulgar quedó con vista, prorumpiendo en la misma iglesia en gritos de alabanzas y gracias al Señor y al intercesor. Seguido de gran número de personas y del otro ciego, corrió al encuentro de SALVADOR, que entretenido por el camino en dar consuelos y consejos á los que le salian al encuentro, no habia llegado todavia al Santuario, y así que le vió se arrojó á sus pies, exclamando con la efusion de la más grande alegría y reconocimiento: «¡Oh Padre! seas bendito de Dios, que por vuestros merecimientos la Virgen me ha dado vista!» El otro ciego habia quedado atrás,

y cuando el que habia cobrado la vista y FRAY SALVADOR llegaron á él, con más envidia que arrepentimiento de su desconfianza, dijo al Santo: «Yo, Padre, vine aquí, como digiste: mi compañero lleva vista, y yo me quedo sin ella, y tan ciego como antes.» A lo que respondió SALVADOR: «Hijo, no es mia la culpa, que tienes poca fé. Si te mandé á este Santo Templo, es porque más puede la Virgen con su Hijo, que yo; porque es su Madre, y yo indigno siervo.»

La noticia de este milagro atrajo un gran número de ciegos, cojos, mancebos, tullidos y enfermos de diferentes dolencias, que á gritos pedian la salud á FRAY SALVADOR, que por todas partes se veia asediado por los desgraciados, dolientes y devotos. Dirigióse á la iglesia, y parándose á la puerta, dijo á la multitud que le seguia: «Hijos míos, aquí teneis á la Virgen, fuente de misericordia, por cuyas manos recibo yo las que Dios me hace, ¿y venis á mí, que soy nada? Llegad á esta Señora Soberana, que ella os curará: no permita Dios que sea tan mal criado y descortés, que en la casa de su Madre haga yo más que Ella. Confesaos primero, y yo iré con vosotros, y todos juntos, con devocion, le pediremos ponga los ojos de su clemencia en vuestras necesidades; que muy cierto estoy no saldrá ninguno sin consuelo de su presencia.» Y así efectivamente sucedió.

Regresó á su Convento de Nuestra Señora de Horta, en donde comenzaba á significarse demasiado la enemistad de sus compañeros, que crecia á medida que aumentaba el amor de los fieles al *Fraille Santo*, como generalmente le llamaban. Tanto por la extraordinaria largueza con que socorra á los pobres, como por economizarle medios de congraciarse con el pueblo, le prohibió el Guardian que diese limosna de las provisiones del Convento, ordenando al despensero y cocinero que nada le permitieran que tomase. Súpose fuera del Convento esta determinacion del Guar-

dian, y los devotos ricos mandaban todos los dias á FRAY SALVADOR abundantes porciones de pan y varios comestibles para que contentase su caridad repartiéndolo entre los pobres. Viendo el Guardian las muchas y escelentes provisiones que le llevaban, le dijo «que tambien los Frailes eran pobres, y que primero habia de socorrer á los de casa que á los de afuera.» y el Santo le respondió: «Padre, no me lo dan para eso, sino para estos pobrecitos; que de los Frailes Dios tiene particular cuidado, y los provee por otra parte, y hasta ahora nunca he visto que por no tener que comer muera ninguno.» Una vez le dieron un pan muy blanco, y lo guardó en la manga: pidiósele el compañero, y el BEATO SALVADOR le dijo: «Sicalo tu de la manga.» Metió la mano para sacarlo, y la halló llena de rosas, y sonriéndose el Santo, le dijo: «Asi se engañan los golosos; déjalo, que otro lo habrá menester más.» Al llegar á la puerta del Convento, sacó el pan de su manga y se le dió á unos pobres que estaban esperando, y dijo al compañero: «No lo hallaste, porque lo guardó Dios para estos pobrecitos.»

Siguiendo cada dia más la animosidad de los Frailes, y las quejas que elevaban al Guardian, diciendo que no podian tener sosiego, ni tranquilidad, ni silencio para orar, por las muchas personas que de dia y de noche iban en busca de FRAY SALVADOR para que remediase sus enfermedades y desgracias, escribió el Guardian al P. Provincial en queja contra FRAY SALVADOR. Fue el Provincial al Convento de Horta, y llamando á Capitulo, reunió la Comunidad, y delante de todos reprendió al Santo, diciéndole: «¿Pensais con vuestras ocupaciones andar siempre entre seglares, escandalizando á vuestros hermanos, inquietando el Convento y la Comunidad? Yo desharé vuestras trazas y esa máquina de viento que traes en la cabeza.» En seguida escribió al Guardian del Convento de Reus, y mandó que aquella misma noche, acompañado de dos Frai-

les, que le impidiesen hablar con nadie, saliera del Convento de Horta y se dirigiera al de Reus, donde quedaria oculto, ordenándole al mismo tiempo que dejase desde aquel instante su nombre y llevara el de Fray Alonso Catalan.

Con la mayor humildad recibió la orden el Santo lego, y sin manifestar el más pequeño disgusto, salió aquella noche acompañado de dos Religiosos en direccion á Reus. Era el Guardian de este Convento hombre duro, áspero, y de muy desabrida condicion, y como ya tenia noticias de SALVADOR y de las quejas de sus compañeros, en cuanto se presentó, y antes de leer la carta del P. Provincial, le dijo: «Habeis inquietado el Convento de Horta con vuestros milagros, y ahora venís á inquietarnos el nuestro; más yo fio que no suceda así.» Hizo tocar á Capitulo, y leyó á los Frailes la carta del Provincial, en que mandaba no le llamasen por su nombre, sino por *Fray Alonso*, y lo ocupasen en la cocina. No se puede creer la alegría con que el BEATO SALVADOR aceptó el oficio que le daba la obediencia; pero el Guardian, que le contaba los pasos, así por su natural inclinacion, como por lo que le habia escrito el Provincial, no se descuidaba un punto. Al otro dia, luego que amaneció, fue á buscarle á la cocina, y no hallándolo en ella, marchó á la iglesia, donde estaba en oracion: mandó ir á la cocina, diciéndole:

«Ahí podreis, hermano, rezar y hacer milagros, y no allá fuera con los seglares, donde todos os vean: en la cocina los podreis hacer tras de los tizones, y rezar, fregando las ollas, que para esto tomaste el hábito, y para servir á los Frailes en oficios de humildad.»

En este Convento fue muy perseguido, y tuvo grandes trabajos, y el mayor de todos no poder ejercer la caridad

auxiliando á los pobres y menesterosos en sus escaseces y desgracias, que era lo que le afectaba, sufriendo por lo demas sin pena, sentimiento ni queja los infinitos malos tratamientos de que era objeto.

«A esta persecucion se siguió otra muy grande, pues se levantaron contra él émulos y envidiosos de su santidad y milagros, que lo denunciaron á la Inquisicion: pero solo con ver los inquisidores la gran sinceridad y pureza de que el Señor lo habia dotado, le dieron por libre, y dijeron: «PADRE FRAY SALVADOR, ruegue por nosotros á Dios, y vuelva á su Convento.»

Hallándose dispuesto por aquellos dias para partir á Cerdeña el Comisario de aquella provincia, Fray Vicente Ferro, determinó SALVADOR marchar con él para concluir allí sus dias. Con gran gusto le admitió en su compañía Fray Vicente, y juntos llegaron á la villa de Caller, por el mes de noviembre de 1575, ingresando en el Convento de Franciscos de aquella villa, en el cual se repitieron las santas escenas que en los de Horta y Reus, aunque apreciados bien diferentemente por aquella Comunidad, que le dispensó hasta el último momento de su vida la veneracion y el respeto á que tan acreedor le hacian sus eminentes virtudes. Anunció el dia de su muerte, hallándose completamente bueno. Tres dias antes de verificarse cayó enfermo casi instantáneamente, presentándose todos los sintomas de muerte cercana. Recibió con la más inefable alegría los Santos Sacramentos, y abrazado á un Santo Cristo, entregó su pura alma al Criador el dia 18 de marzo de 1577, víspera de San José, como él lo habia anunciado.

Así que se supo su muerte acudió al Convento el Virey, Arzobispo, clerecía, autoridades, y gran número de pueblo, que con la mayor devocion besaban los pies al

Santo cadáver, tocando á ellos rosarios, cruces, medallas y lienzos. Gran número de milagros tuvieron lugar durante los tres días que estuvo espuesto en la iglesia el cuerpo del bendito lego FRAY SALVADOR DE HORTA, siendo enterrado al cabo de este tiempo, aunque con gran pompa y acompañamiento, en el humilde sitio destinado dentro del Convento á sepultura comun de los Frailes.

«Treinta y cuatro años despues de su muerte se halló su bendito cuerpo entero, sano é incorrupto, y fresco como si estuviese vivo, y tratables y movibles los brazos, cuello y junturas; pues poniéndolo en pie reclinaba la cabeza sobre el pecho, y los brazos y pies se encogian ó estendian, y las espaldas rosadas y llenas de sangre fresca, que milagrosamente conserva el Señor para testigo de su admirable penitencia. Hace más escelente este milagro el conservarse el hígado, bazo, corazon, estómago y las telas de las entrañas tan frescas como si estuviera vivo. De todo fueron testigos el Arzobispo de Caller, médicos y cirujanos que se hallaron presentes el año de 1600, y declararon con juramento, segun su saber y práctica, era cosa imposible conservarse así sin particular milagro de Dios. Muchos obra el Señor por su siervo, especialmente en Caller, donde está su bendito cuerpo, y era celebrado de todos en la segunda Dominica despues de Epifania, con gran fiesta y concurso: aun antes de estar beatificado se la hacian con sermon, antífona y oracion propia. El año de 1618 el Papa Paulo V concedió su culto. El de 1711 le beatificó Clemente XI, y el de 1724 Benedicto XIII concedió el que se celebre su fiesta con rito doble el dia 18 de marzo.»

## DIA 19.

San José, Esposo de Nuestra Señora, *de la Tribu de Judá.*

## DIA 20.

San Niceto, Obispo, *Normando, y*

## SANTA EUFEMIA, VIRGEN Y MÁRTIR.

La iglesia catedral de Orense fue la agraciada y enriquecida con las reliquias de esta Santa, descubierta de un modo milagroso, que refiere el Padre Juan de Marieta en estos términos:

«Una mozuela pastora guardaba el rebaño de su padre, allí junto á donde estaba el cuerpo santo enterrado, la cual vió entre aquellos peñascos que salia fuera de la tierra, y que tenia un anillo en una mano. Viendo el anillo la pastora lo tomó, y luego enmudeció, y se fue con él á casa de su padre. El padre, como la vió venir muda, y que traia un anillo, entendió por las señas que le daba cómo hubiese aquello acontecido. Fue luego con su hija allá, y restituyole el anillo, poniéndolo en la mano de la Santa, de donde la hija lo habia tomado. Luego se le volvió el habla á la moza: oyó luego el padre una voz del cielo que le decia: «Aquí yace el cuerpo de SANTA EUFEMIA; por tanto, »pon luego diligencia en que presto se saque de aquí, y sea »sepultada honradamente en la iglesia de Santa Marina.» El buen hombre puso luego por obra esto, y le llevó honradamente al templo de Santa Marina, que estaba no muy lejos de allí. Despues el Obispo de la ciudad de Orense, Pedro Signino, queriendo honrar y ennoblecer su iglesia, pidió á Nuestro Señor con muchas oraciones, ayunos y plegarias la traslacion de este Santo cuerpo á su iglesia catedral, lo

cual alcanzó del Señor. Mucho antes de este Obispo, intentaron á traerle desde su lugar á la ciudad, y cuantas veces lo trajeron, tantas el Santo cuerpo se volvió á su lugar antiguo, hasta que este buen Obispo lo alcanzó del Señor. La cual traslacion se hizo el año del Señor de 1153, á los 7 de agosto, y las cosas que aquí se han dicho de SANTA EUFEMIA escribió el sobredicho Obispo Pedro Signino, y lo de su traslacion escribe Alonso, Obispo de la misma ciudad, sucesor de Signino, y afirma haberlo oido él de personas que ellos mismos lo vieron todo.»

#### DIA 21.

San Benito, Abad y Fundador, *Italiano*.

#### DIA 22.

San Deogracias, Obispo, *Cartaginés*.

#### DIA 23.

San Victoriano, y compañeros, Mártires, *Cartagineses*.

SANTO TORIBIO ALFONSO MOGROBEJO, ARZOBISPO DE LIMA,  
CONFESOR, ESPAÑOL.

Fue este Santo descendiente de la ilustre familia de los Mogrobejos del reino de Leon, célebre en la historia por sus gloriosos hechos, que se remontan al tiempo de la restauracion de la monarquía española por el Rey D. Pelayo, pues en la batalla con que este héroe dió gloriosa vida al trono castellano, un Mogrobejo llevaba el estandarte real de D. Pelayo, cuya asta se colocó en la iglesia parroquial de la villa de Mayorga, capilla de San Martin, propiedad de la familia de los Mogrobejos.

Nació TORIBIO en Villaquejida, diócesi de Oviedo, el sábado 16 de noviembre de 1538, siendo sus padres Don Luis Alfonso Mogrobejo, y su madre Doña Ana Robles de

Moran, que ya habia dado al mundo otro hijo, siendo TORIBIO el segundo descendiente de tan ilustre y virtuoso matrimonio.

Desde muy pequeño manifestó decidida vocacion al estado eclesiástico, la cual fue de la más completa aprobacion de sus padres, quienes le tomaron maestros que le preparasen para comenzar la carrera de la Iglesia. Preparado convenientemente, y en edad para poder salir del seno de su familia, marchó á Valladolid, donde cursó latin y artes, pasando despues á Salamanca, en cuya célebre Universidad estudió los Cánones y se ordenó de sacerdote.

La fama de la ciencia y rectitud de TORIBIO ALFONSO MOGROBEJO llegó hasta la córte, y el Monarca Felipe II, reinante á la sazón, le nombró Inquisidor de Granada, cargo que desempeñó con el más esquisito celo y justicia, enterándose prolija y detenidamente de cuantas causas se incoaron en aquel Tribunal durante los cinco años que con aplauso general desempeñó tan importante destino.

A los cinco años vacó el Arzobispado de Lima, y el Rey D. Felipe le honró en seguida con el nombramiento de esta dignidad, que rehusó fuertemente TORIBIO, pero que tuvo que admitir por las reiteradas instancias del Soberano español, partiendo por fin para el Perú en el año de 1581, á los cuarenta y tres años de su edad.

Veinte y cinco años de constantes desvelos y diarias fatigas dedicó al engrandecimiento de la Religion, al lustre y aumento del culto, y á proporcionar cuantos bienes pudo, así materiales como morales, á todos los habitantes de aquel país. Con incansable constancia le recorria trepando por las más escarpadas rocas para hacer oír su palabra á los indios, de los cuales atrajo infinito número al gremio del cristianismo, moralizando sus costumbres, españolizando su género de vida, y haciendo útiles á la sociedad aquellas familias errantes, que se diferenciaban muy poco

de las fieras entre las que habitaban. Hizo gran número de templos, que fueron viéndose mas concurridos cada dia y más respetados con franca y leal devocion.

Mucho le debió tambien la disciplina eclesiástica, la administracion pública y la patria, pues aumentó con grandes porciones el territorio que ya pertenecía á España cuando tomó posesion de la Sede.

Desde la edad de sesenta años comenzó á debilitarse notablemente; y como apenas daba descanso á su cuerpo, se quebrantó tanto su salud, que para nadie era dudoso que estaba herido de muerte el tan benemérito y querido Prelado. Sin embargo, vivió todavía otros ocho años, dejando con la mayor dulzura y tranquilidad este mundo el dia 23 de marzo de 1606, á los 68 años de edad.

Su muerte fue estraordinariamente sentida en el Perú, y especialmente en la ciudad de Lima, en la que todos sus habitantes le amaban y respetaban como á un padre, acudiendo á él en todas sus cuitas y trabajos, y las autoridades en sus dudas, para aclararlas y resolverlas con los consejos de SANTO TORIBIO, que siempre fueron justos y luminosos.

El Papa Inocencio XI le colocó en los altares en el año de 1679, y en el de 1726 fue canonizado solemnemente por el Papa Benedicto XIII.

#### BEATO JOSE ORIOL, CONFESOR, ESPAÑOL.

Con justa razon se gloria Cataluña de haber producido tantos célebres é ilustres Santos, glorioso ornamento de la Iglesia de España, pues pocas provincias pueden competir con las catalanas en haber producido escelsos y preclaros soldados de Jesus.

Barcelona fue la madre patria del BEATO JOSE ORIOL, y tambien de sus padres, Juan Oriol y Gertrudis Buguñá, de oficio tejedores de terciopelo. Nació JOSE el dia 23 de

noviembre de 1650, y contra la costumbre de aquel tiempo de tener sin bautizar los niños muchos días, ocho lo ménos por casi regla general, fue bautizado JOSE en el mismo día de su nacimiento, sin que á ello obligase el más remoto temor de muerte, porque nació bello, lozano y rebosando vida y salud. Tuviéronle en la pila de la iglesia de San Pedro de los Puellos el doctor en medicina D. Antonio Morell, en calidad de padrino, y como madrina la mujer de un fabricante para quien trabajaba Juan Oriol, llamada Maria Puigventós, recibiendo el agua del bautismo de mano del Vicario semanero D. Bartolomé Fontanals, con los nombres de JOSE, Miguel y Antonio.

Poco gozó de las caricias de su padre, pues cuando apenas JOSE contaba un año de edad, murió en una grande y mortífera epidemia, que causó tantos estragos en Barcelona, que morían las gentes por las calles sin tener quien les auxiliara ni recogiera; y clamando la poblacion por consuelos espirituales, determinaron las autoridades civil y eclesiástica llamar clérigos de diferentes poblaciones, autorizando á los de Barcelona, mientras llegaban los forasteros, para que dijeran dos Misas diarias.

A los tres años de haber muerto el primer marido, contrajo nuevas nupcias la madre de JOSE uniéndose á Domingo Pujolar, de oficio zapatero, que distinguió con el mayor afecto á su hijastro JOSE, al que colocó de acólito en la parroquia de Santa María del Mar, al cumplir los diez años.

La humildad del niño, su afán y desvelo por complacer, y su laboriosidad en tan tiernos años, hicieron bien pronto al acólito JOSÉ el predilecto de todos los Capellanes asistentes á la parroquia, y con sus auxilios pudo comenzar su instrucción para seguir la carrera de la Iglesia; pero habiendo muerto su padrastro á los trece años de su matrimonio, quedó la viuda Gertrudis y su hijo JOSÉ en la ma-

por miseria, sin contar con recursos de ninguna especie para atender á la subsistencia, ni ménos á la carrera del jóven. La viuda marchó á habitar en compañía de una caritativa mujer que le daba habitacion para recogerse; pero siendo tambien pobre, no podia apenas auxiliarla en la manutencion, que tenia que ganar la viuda asistiendo á las casas en que la llamaban.

JOSÉ dejó el servicio de la parroquia, y lo llevó á su casa su ama de leche Catalina, mujer de Antonio Bruguera, honrado menestral, pero que, gozando de muy escasa fortuna, no podia auxiliar en gran cosa á JOSÉ y á su madre: daba, sin embargo, al jóven la comida y un cuartito en lo alto de la casa, y JOSÉ continuó el estudio ayudándose con algo que ganaba dando lecciones de leer y escribir, y gramática latina, que poseia perfectamente.

Al paso que en edad crecia en virtudes y santidad el jóven JOSÉ ORIOL, captándose la voluntad de cuantos le trataban por su humilde y complaciente carácter, y por sus costumbres verdaderamente ejemplares. Pero el diablo, que nunca está ocioso en meditar perdiciones de almas, infiltró en la de Antonio Bruguera el mal pensamiento de desconfiar de la virtud de su mujer Catalina y de su protegido JOSÉ. Queríanse efectivamente estos dos con grande estrecho; pero sin considerar Antonio que ni era nuevo ni extraño un profundo cariño entre una ama de cria y un hijo de leche, y más en las circunstancias que concurrían, en estos, de compasion y amparo por una parte, y agradecimiento por la otra, se persuadió de que aquel cariño era criminal, y comenzó á vigilar á su mujer y al jóven. Nada le ocurrió que justificase las sospechas que en su mente hizo nacer Satanás; pero en lugar de tranquilizarse vivia más atormentado, porque juzgó muy difícil sorprender el secreto de las relaciones, por el gran talento del jóven. Estraño á este la reserva y frialdad que principió á notar en su pro-

lector; pero consideró que sería tal vez por comenzar á serle gravoso, y para indemnizarle en lo que podia, le ayudaba en algunas faenas y trabajos, y hasta llegó á ocuparse en barrer, encender la lumbre y otros servicios mecánicos de la casa, con lo cual iban en aumento las celosas sospechas del alucinado menestral, que creia ver en estos servicios de JOSÉ interesadas y criminales miras de complacer á su mujer, y de estar más constantemente á su lado. JOSÉ observaba tambien á su protector, y no se le ocultó que la frialdad y reserva iba en aumento, y á pesar de su inocencia y candidez, como tenia gran comprension, comenzó á sospechar la verdad, y solo esperó á convencerse de la certeza de su idea, para marcharse inmediatamente de una casa en la que su estancia podia originar serios disgustos.

Vió y oyó un dia, desde el cuartito que ocupaba en la parte alta de la casa, que el marido se habia despedido de su mujer, diciéndola que iba al trabajo, y que en lugar de salir se habia quedado escondido en un cuarto inmediato á la cocina, en la que estaba la mujer disponiendo una colada para la ropa. No le quedó duda ya á JOSE acerca de las ideas del marido, y determinó marchar inmediatamente: recogió sus libros y la poca ropa que tenia, formó un lio con ello, y bajó con ánimo de ausentarse sin decir nada; pero el comportamiento que habia tenido con él su nodriza, y el verdadero cariño que la profesaba, no le permitieron salir sin despedirse, diciéndola que iba á un pueblo inmediato á dar unas lecciones, y que volveria á Barcelona dentro de pocos dias. Entró en la cocina, y manifestóse así á su ama y protectora, que se despedia de él enternecida, cuando se presentó el marido, que quedó cortado al saber la determinacion del jóven; pero resentido al mismo tiempo por la pena que manifestaba su mujer por la marcha de JOSE, le dijo á este: «Creo que para que mi mujer esté contenta, val-

drá más que tú te quedes y yo me vaya.» A lo que contestó el jóven: «No ha de ser eso así, si Dios quiere, porque vuestra esposa es honrada y leal, y despues de Dios, lo que más ama y estima es á su marido; y es eso tan cierto, que en testimonio de verdad pongo por ella las manos en el fuego.» Acto continuo metió las manos en la lumbre, teniéndolas entre las brasas, sin recibir el menor daño. Arrepentido entonces Antonio Bruguera de sus criminales sospechas, pidió perdon al jóven, rogándole que no se ausentara de su casa, pues conocia ya el motivo de su despedida. El jóven, con la dulzura y generosidad de un Santo, le perdonó, y se quedó en la casa.

Al poco tiempo enfermó JOSE de los nervios, quedando baldado enteramente, con las piernas y los brazos encogidos, y así permaneció cerca de dos años, sin consentir en tomar remedio ninguno, diciendo que mientras fuera la voluntad de Dios el que estuviera así, serian inútiles todas las medicinas, y que cuando Dios quisiera librarle de la enfermedad, sin medicina curaria instantáneamente. Así se verificó, en efecto, amaneciendo un dia JOSE con su antigua agilidad, sin quedarle más señal de su dolencia que su estremada delgadez.

Volvió á sus estudios, continuando siempre en la casa de Bruguera, sin que este volviese á dudar de la virtud de su mujer, y en el dia 30 de mayo de 1676 tuvo el inefable placer de cantar la primera Misa en la iglesia de San Pedro de los Puellos, en la que sirvió de acólito.

Deseando atender á las infinitas necesidades de su anciana madre, que continuaba constituida en la mayor miseria, entró en clase de ayo y preceptor de los niños en la casa del ilustre D. Tomás Gamerí, sita en la plaza de la Dageria, llamada así por la fábrica que entonces habia allí de dagas y armas blancas.

Diez años permaneció en la casa, querido y estimado de

todos, hasta que, habiendo fallecido su madre, determinó pasar á Roma en traje de peregrino. Se despidió de los señores de Gamerí, que sintieron extraordinariamente les privase de su compañía, pero que no le instaron para que continuase en ella respetando su santa determinacion. Al salir de Barcelona, entregó á un pobre todo el dinero que llevaba, y emprendió la peregrinacion pidiendo limosna.

Ignórase lo que hizo en Roma, presumiéndose que solo se ocupó en actos de santidad y práctica de virtudes: únicamente se sabe que informado el Papa Inocencio XI de la vida ejemplar del sacerdote español ORIOL, le confirió un beneficio de residencia en la iglesia de Santa Maria del Pino de Barcelona. Regresó en su virtud á España y tomó posesion de su destino, captándose en seguida la voluntad, respeto y cariño de los asistentes á la iglesia á que pertenecía. «Y bien pronto se hizo admirar de todos por su desinterés, humildad y por sus grandes penitencias al par que su inocencia y santidad. En la oracion llegó á ser maestro consumado, bajo la direccion, como el Santo decia, de los Loyolas, Nedis y Teresa de Jesus. El amor de Dios y del prójimo fueron los guias perennes de su vida interior y exterior, de tal modo, que nunca en toda su vida dió el más leve motivo á nadie de queja ó de sentimiento. Ni las injurias le incomodaban, ni las alabanzas le envanecian. A todas estas virtudes unia JOSÉ ORIOL una ciega obediencia á sus superiores, cuyos preceptos eran para él emanados de Dios. La austeridad de su vida se revelaba en su rostro macilento, en su delicada salud; y su trage, aunque aseado, era el mismo en invierno y en verano. Sus paseos y diversiones más gratas eran enseñar el Catecismo en las fábricas, cárceles, presidios y hospitales, difundiendo en todas partes las luces y consuelos de la Religion. El confesonario y el púlpito fueron el principal teatro de sus hazañas, y á los que no querian ó no podian asistir á acusarse en el uno ni

á oír en el otro, les salia al encuentro y ganaba su corazón y su alma para Jesucristo. Nada se escondia á su celo; nada se escapaba al vivificante calor de su caridad; pero su caridad y su celo se creyeron limitados en Barcelona, y el edificante sacerdote adoptó la fervorosa resolución de marchar á pais de infieles á predicar el Evangelio.

Esta determinacion, si bien reconocia como primer móvil su constante anhelo por la propagacion y engrandecimiento de la Religion cristiana, estaba poderosamente impulsada por el deseo ardiente que siempre abrigó su corazón de morir Mártir por la defensa y confesion de la fé. Sabia de memoria las vidas y tormentos dados á todos los mártires, y se estasiaba refiriéndolas, comentándolas y admirando el heroismo de aquellos Santos que enajenados de gozo vertieron su sangre por Jesucristo, y que escitaban en su corazón una santa emulacion y envidia, lamentándose de no haber nacido en la época de las persecuciones. Pero existian idólatras al otro lado de los mares, y consideraba preciso, indispensable, ó convencerlos de sus errores, ó morir á sus manos Mártir de la fé. Resuelto, pues, á no dilatar más su proyecto, renunció el beneficio que disfrutaba en la iglesia de Santa María del Pino, y despidiéndose hasta la eternidad de sus amigos y devotos, se embarcó para Marsella, en donde esperaba encontrar buque que le trasportase á Tierra-Santa, pues antes de comenzar la mision á que pensaba dedicar el resto de sus dias, queria visitar á Jerusalem. Pero el Todopoderoso lo dispuso de otra manera.

Llegó á Marsella, y no encontrando proporcion para hacer el viaje, tuvo que resignarse á esperarla, y no queriendo mientras esta se presentaba permanecer inactivo é inútil á la humanidad, entró en un hospital para servir y atender á los enfermos. Al poco tiempo cayó él tan gravemente, que todos los médicos opinaron que moria, salvándose,

por fin, en el concepto de todos, por un milagro del Altísimo. Pero la convalecencia fue muy larga y penosa, habiendo quedado tan débil y achacoso, que apenas podía andar. Sin embargo de este lamentable estado de su salud, acariciaba la idea de marchar á Tierra-Santa y dedicarse luego á la mision proyectada; pero tuvo el desconsuelo de no ser admitido á bordo de ninguno de los varios buques que zarparon de Marsella con rumbo á la tierra por él tan deseada, habiéndole dicho todos los capitanes que era una temeridad emprender, en el estado en que se hallaba, un viaje que fijamente no podría resistir. En vista, pues, de esto, de los consejos de los médicos y de las personas de Marsella que se interesaban por su salud, regresó á España por tierra, para evitar el paso del casi siempre peligroso golfo de Lyon.

Imposible es describir la alegría de sus amigos y paisanos al volverle á ver, pues aunque les afligia el mal estado de salud en que llegaba, confiaban en que los aires natales le robustecerian. Algun alivio tuvo; pero no el que todos deseaban y esperaban: podía, sí, andar con alguna soltura y firmeza, pero distancias cortas, pues se fatigaba extraordinariamente.

Dedicado á visitar y cuidar enfermos pasó los cinco años que le quedaron de vida, que fueron por cierto los más abundantes de beneficios para el pueblo, por las portentosas curas que hizo, ayudado y protegido por la poderosa mano de Jesus y de su Santísima Madre, á quien consagró una especial devocion.

A pesar de su poca salud, no renunció á la penitencia y á los ayunos, que guardaba con el mayor rigor, no solo los días de precepto, sino todos los viernes del año, y varias vigiliias que él se habia impuesto para honrar á muchos Santos, especialmente Mártires.

Conoció el fin de su vida, y predijo con mucha antici-

pacion el día y la hora de su muerte. Agraváronse sus habituales dolencias, y cayó postrado en la cama para no levantarse más. Tres días antes de morir mandó disponer delante del lecho un altar, y que colocasen en él un crucifijo á cuyos pies habia una Dolorosa, delante de la que oraba muchas horas todos los días, en un cuartito que tenia destinado á oratorio y lugar de retiro y penitencia. Arreglado el altar, pidió los Sacramentos, que recibió con el mayor fervor y alegría delante de sus más particulares amigos, que habian acudido inmediatamente á su humilde habitacion.

A los tres días de recibir el Santo Viático, y seis horas antes de espirar, manifestó á sus amigos que deseaba oír cantar el *Stabat Mater dolorosa*, y que les agradecería mucho que le proporcionasen este contento. Inmediatamente salieron sus amigos y trajeron cuatro infantillos del Palau para que cantasen el himno, á los que acompañó con el arpa el maestro de Capilla, D. Tomás Milans. Concluido el himno, dió las más espresivas gracias á todos, cruzó las manos sobre el pecho, y fijó la vista en el Crucifijo, y en esta postura entregó su santa alma al Criador el día 23 de marzo del año de 1702, á los cincuenta y uno de edad.

Todo Barcelona se cubrió de luto apenas supo la muerte de nuestro Santo, y tal era el concurso de gentes alrededor de su féretro, que hubo que poner centinelas para evitar desgracias. Sus funerales fueron los más magníficos, y puede decirse que más fue triunfo que entierro, puesto que por disposición del Sr. Obispo se llevó descubierto el venerable cadáver por las principales calles de Barcelona, siendo necesario burlar las esperanzas del pueblo para darle sepultura. Su sepulcro es aun en el día visitado por toda clase de personas, que en todos sus apuros, peligros y contratiempos imploran la proteccion del Santo, manifestando el Señor con repetidos prodigios cuán agradables eran á

sus ojos las virtudes de su difunto siervo. Sin haber sido colocado aun en los altares, era invocado y venerado como Santo, y se pedia su patrocinio en todas las necesidades públicas y privadas.

«La Santidad de Pio VI, habiendo examinado detenidamente la vida, virtudes y milagros del que tan generalmente era ensalzado, espidió el Breve de su beatificación el 15 de mayo de 1806, y el del rezo y Misa para la diócesis de Barcelona el 5 de setiembre del mismo año. La iglesia de Santa María del Pino posee las venerables reliquias de tan gran Santo.»

#### DIA 24.

San Agapito, Obispo, *Frigio*, y el Beato José María Tomasi, Confesor, *Italiano*.

#### DIA 25.

La Anunciacion de Nuestra Señora y Encarnacion del Hijo de Dios, y San Dimas el Buen Ladrón, *Judto*.

#### DIA 26.

SAN BRAULIO, OBISPO Y CONFESOR, ESPAÑOL.

La invicta ciudad de Zaragoza fue la madre patria de este ilustrísimo Santo español. Ignórase quiénes fueron sus ascendientes y el apellido de su familia: hay quien le hace hermano de San Hermenegildo y de Recaredo, y quién le dá la misma ascendencia que á los cuatro Santos de Cartagena, Leandro, Fulgencio, Isidoro y Florentina; pero estas noticias son inadmisibles por carecer del más pequeño fundamento justificado. Sábese únicamente por San Ildefonso que fue hermano de su predecesor Juan, que tan grata me-

moria dejó por el tino, prudencia y santidad con que desempeñó el Obispado.

La primera educacion la recibió BRAULIO en su pueblo natal, al lado de sus padres y hermano, y aun las nociones de ciencias y letras, pues cuando salió de Zaragoza para Sevilla ya figuraba como jóven de talento y alguna instruccion.

Habiendo fundado por aquel tiempo en Sevilla el grande y Santo Doctor y Arzobispo Isidoro un Seminario para la instruccion de la juventud en letras y virtudes, enviaron sus padres á aquella notable escuela á BRAULIO, que bien pronto se hizo distinguir entre los seminaristas por sus rápidos adelantos en las letras y ciencias, y por sus costumbres puras y santas. El Arzobispo San Isidoro le profesó un particular afecto, que duró hasta el fin de su vida, sosteniendo sin interrupcion edificante y cariñosa correspondencia epistolar, y remitiéndose mutuamente diferentes regalos. Como muestra de la ternura de afecto con que distinguió el grande Isidoro á su discípulo BRAULIO, copiaremos el párrafo de una carta que le escribió á poco de haber sido este nombrado Arcediano de Zaragoza. Dice así:

«Hijo mio carísimo, cuando recibas esta carta de tu amigo, no te detengas en abrazarla como si fuese él mismo en persona. Los que están ausentes no tienen otro consuelo que abrazar las cartas de su amado. Te he enviado un anillo y una capa: lo primero en señal de la union de nuestros corazones, y lo segundo para que cubra y resguarde nuestra amistad, que es lo que significó la antigüedad en el vocablo de que usan los latinos. Ruega á Dios por mí, y el Señor quiera moverte el corazon, de manera que merezca yo volver á verte otra vez, para que sea mi alegría viéndote tanta, como es el pesar que tengo desde que estás ausente.»

Grandes goces brindaba el mundo á un jóven como BRAULIO, ilustre, alabado y admirado por su gran ciencia; pero las pompas mundanas no tenian el más pequeño atractivo para él, que solo deseaba hacerse grande en el servicio de Dios para ganar la bienaventuranza. En su virtud, pues, constituyéndose en servidor de la Iglesia, y huyendo del bullicio, se ordenó de sacerdote, haciendo una vida tan pobre, humilde y ejemplar, que era la admiracion de cuantos le conocian. Más á pesar de su retirada vida y de su humildad, eran tan conocidas su aptitud y virtudes, que á escitacion del clero de Zaragoza le confirió su hermano Juan, Obispo ya de aquella Sede, el arcedianato de su santa iglesia, dignidad de grande importancia entonces, por estar revestida de las amplisimas facultades concedidas por el cuarto Concilio Toledano.

La rectitud, justicia y tacto con que desempeñó este importante cargo, justificaron completamente el deseo del clero y la aquiescencia de su hermano, el Obispo Juan, para el que fue un auxiliar de valor inestimable.

Deseando siempre BRAULIO aumentar su instruccion, y proporcionar á la cristiandad escritos instructivos y piadosos, rogó á su maestro San Isidoro que escribiese los *Libros de las Etimologías*, obra que, como afirma él mismo, por si sola basta para formar el estudio de un hombre y hacerle instruido, tanto en las letras humanas como en las divinas. Accedió el Santo Arzobispo á los deseos de su discipulo, y á este es deudor el mundo de tan preciosa obra. Tambien lo es por iguales razones de la escrita por el mismo Santo Doctor Isidoro, sobre *los sinónimos*, en la que introduce á la razon dando consejos para ilustrar y tranquilizar los corazones agitados, y enseñar los medios seguros de conseguir la paz verdadera con que descansan las almas virtuosas.

Con notable sentimiento de toda la diócesi y el más pro-

fundo dolor de su hermano BRAULIO, pasó á mejor vida el Obispo Juan, quedando por consiguiente vacante la Silla episcopal. Desde luego designó la opinion pública al virtuoso Arcediano para ocuparla; pero más patentemente le designó el Todopoderoso. Reunióse el alto clero para la eleccion, «y cuando trataban los Obispos comprovinciales de elegir sucesor á este tan célebre Prelado, se vió descender repentinamente del cielo un globo de fuego sobre la cabeza de BRAULIO: y aun añaden algunos que al mismo tiempo se oyó que repetia aquellas palabras del Profeta Isaías: *Este es mi siervo, en quien descansa mi espíritu.* Admirados todos del prodigio no les quedó duda en la deliberacion, y penetrados de un santo reconocimiento, dieron fervientes gracias al Señor porque se dignaba manifestarles su voluntad. Rogaron á BRAULIO que predicase con tan dignísimo motivo, y lo hizo con tanto espíritu, fervor y elocuencia, que le aclamaron todos varon lleno del Espíritu Santo, bien manifestado en las prodigiosas señales que habian intervenido en su eleccion.»

A pesar de la solemne abjuracion que habia hecho España de los errores del arrianismo, todavía quedaban cenizas calientes de aquel fuego que abrasó á la nacion por tantos años, y á apagarlas, y á hacerlas desaparecer por completo, dirigió BRAULIO sus más asiduos trabajos desde que tomó posesion de la Sede. Su elocuencia, celo y sabias exhortaciones dieron el resultado apetecido, quedando completamente limpia su diócesi de sectarios de Arrio, gloria que le reconoce con particular elogio la Iglesia en la oracion de su Oficio.

Libre del cuidado que á su santo celo por el lustre de la Religion católica inspiraban los hereges, se dedicó de lleno al cuidado y auxilio de los desgraciados y menesterosos de su diócesi, á quienes socorria, cuidaba y atendia en sus trabajos y enfermedades con el cariño y dulzura del

más amoroso padre: dió gran impulso también á la instrucción del pueblo, premiando y atendiendo á los que se dedicaban á darla y á los que la recibían, habiendo sido la época de gobierno de este Prelado la más ilustrada en Zaragoza de los antiguos tiempos.

«No obstante la santidad de su vida, la inocencia de su alma y la rectitud de sus costumbres, castigaba su cuerpo y lo reducía á servidumbre, tratándole como al más execrable pecador. Su igualdad de ánimo era inimitable, bien así como su benignidad, mansedumbre y dulzura para con todos: solo se manifestaba severo y rígido con los discólos, los rebeldes y los soberbios. En las providencias era justísimo, fervoroso en los razonamientos, eficaz en las disputas, liberal en las limosnas, incansable en instruir y enseñar á los poco advertidos, modestísimo en el vestido, muy sóbrio en la comida, y sobre todo tan enérgico en confutar los errores, y tan singular en la gracia de las sentencias de la Santa Escritura, y promover las verdades eternas que en ella se contienen, que los enemigos de la fé se vieron obligados á confesar la fuerza irresistible de sus discursos, cuya vehemencia y fuego eran tan grandes, que para que no dudasen ser el Espíritu Santo quien le inspiraba, más de una vez con asombro general se observó una paloma, símbolo del mismo Divino Espíritu, sobre los hombros de nuestro Santo Obispo, en ademan de dictarle lo que predicaba.»

Y así lo representan casi todas las estampas que se han hecho de este Santo.

En los Concilios de Toledo, IV, V y VI, celebrados en su tiempo, y á los que concurrió, dió inequívocas y brillantes pruebas del gran fondo de su sabiduría y de su eximio celo por la disciplina eclesiástica. En el quinto de estos Concilios

dirigió y arregló sus cánones y decretos con tanta energía y tacto, que remitidas á Roma para su aprobacion las actas con una elegante carta dirigida al Papa Honorio I, no pudieron ménos de causar una grande admiracion en la capital del mundo cristiano su correctísimo estilo, su doctrina y su elocuencia. Si en este Concilio se celebraron los sábios escritos de SAN BRAULIO, no menor aprecio se hizo de ellos en el IV Toledano, celebrado en el segundo año del reinado de Chintila, en el cual merecieron el honor de que todos los Padres de aquellas respetables asambleas llenaran de elogios al autor, y formaran muy alto concepto de su elevada ciencia y santidad, ya notorias en toda España.

Continuando en la actividad de su celo, siempre atento á la satisfaccion de su pueblo, velaba dia y noche sobre su conducta. Embelleció estremadamente todos los templos de su diócesi, para que los Divinos Oficios se celebraran con toda pompa y magnificencia. Merced á la particular devocion que profesó á Santa Engracia, hizo edificar en honor suyo una iglesia sobre la antigua subterránea, llamada de las *Santas Masas*, donde el virtuoso Obispo deslizaba de continuo su tierno afecto, implorando la intercesion de los que derramaron su sangre en defensa de la fé.

Los Reyes Sisenando, Chintila, Chindasvinto y Recesvinto, cuyos reinados se fueron sucediendo durante los veinte años de Obispado de SAN BRAULIO, le distinguieron con gran respeto á su portentosa sabiduria, con la que no brillaba ménos fuera de los Concilios que en ellos. A él recurrían «los Obispos, los Reyes, presbíteros y todo género de personas, como á una fuente de doctrina y de prudencia, en donde hallaban la solucion de las dudas, y consejos acertados en los negocios mas árduos y difíceles.»

La grande obra de asegurar la tranquilidad del reino, haciendo que á Chindasvinto sucediese Recesvinto en la

corona, fue fruto de la sabiduría y alta consideración que BRAULIO tenía en todas las gerarquías de la nación y en la estimación del mismo Rey. Se habían experimentado varias turbaciones y escesos en las elecciones de Monarca: con previsión de la muerte de Chindasvinto, se iban ya fomentando facciones por personas tumultuarias y ambiciosas que aspiraban al trono por medio de la tiranía: los españoles fieles y sensatos, previeron que costarían mucha guerra y sangre semejantes turbulentas intenciones, y así procuraron poner en tiempo el remedio á los males que amenazaban, solicitando que Chindasvinto, no solamente declarase á su hijo heredero de la corona, sino dándole el título y potestad de Rey antes de su muerte. Pero un negocio tan árduo necesitaba para tratarse y conseguirse de una mano maestra que supiese manejar todos los medios de la prudencia, de la política y de la razón. Pusieronlo todo en las de BRAULIO, de cuya sabiduría, autoridad y santidad no dudaban que haría el Rey todo el aprecio que esperaban. En efecto, escribió el Santo Obispo á Chindasvinto una carta, en que, despues de representarle el amor y fidelidad de sus vasallos, las calamidades y turbaciones á que quedarían espuestos si no se prevenían oportunamente los artificios de la ambición, llega á proponerle temeroso y esperanzado el medio que los españoles deseaban. El efecto de esta carta fue nombrar á Recesvinto sucesor del reino, y Rey juntamente con Chindasvinto, mientras á este le durase la vida.

Despues que Recesvinto subió al trono, encargó á SAN BRAULIO la corrección de un códice que estaba tan falto é incorrecto, que aseguró el Santo que le hubiera sido de ménos trabajo el escribirlo de nuevo. Por tanto, despues de haber hecho algunas correcciones, se le volvió al Rey, alegando que sus muchos años, sus enfermedades, falta de vista, y las amarguras que le originaban los espí-

ritus díscolos é inquietos, le hacian tardar demasiado y casi desconfiar de la conclusion de la obra. Pero el piadoso Monarca, conociendo cuánto valia el trabajo de un varon tan consumado en letras y virtudes, no quiso desistir de su empeño. Consolole en sus trabajos; alentole con la esperanza de que el Señor, por cuya causa trabajaba, le infundiria nuevo vigor y nuevas fuerzas, y últimamente que solo de su elocuencia y sabiduría esperaba la conclusion de aquella obra. Cedió el Santo á las honorificas y piadosas insinuaciones del Monarca, y concluyó la obra, remitiéndola con las humildes espresiones de que, «si algun yerro se encontraba en ella, debia atribuirse á la cortedad de sus luces; y por el contrario, todos los aciertos debian atribuirse á la gracia particular del Señor, que habia sabido desatar la lengua del animal más rudo para que hablase cuando convenia.

»Unos trabajos tan pesados y tan continuos; las inquietudes y detracciones que le hicieron padecer los enemigos de la virtud; el celo y vigilancia con que miraba la salvacion de sus ovejas, y las muchas enfermedades que padeció, pusieron término á su preciosa vida, cuyo fin le obligaron á mirar con gusto las amarguras con que la pasaba, como afirma en la primera carta que escribió á Chindavinto. Sucedió su muerte por los años del Señor 651, siendo llorada de todos los buenos, que conocian que en SAN BRAULIO habia perdido la Iglesia de España un ministro fiel, un Obispo celoso, un doctor sapientísimo, un padre amoroso y un sacerdote santo. Su venerable cuerpo fue sepultado en la iglesia de Santa Maria la Mayor, que hoy se llama del Pilar, en donde por la miseria de los tiempos siguientes llegó á estar sin veneracion y desconocido por más de seiscientos años. Pero Dios, que quiere que sean veneradas las reliquias ó despojos sagrados de sus siervos, reveló al Obispo D. Pedro Garcés de Januas el sitio donde

reposaban las del Santo, desde donde, con gran veneracion, fueron trasladadas al altar mayor de la iglesia del Pilar, donde los fieles las veneran.

»Escribió la vida de San Millan, un índice de las obras de su maestro San Isidoro, la vida de los Santos Mártires Vicente, Sabina y Cristeta, muchas epístolas llenas de uncion y sabiduría, que son un depósito de instruccion para los fieles, y un testimonio de los grandes trabajos que padeció.»

#### SANTA EUGENIA, VÍRGEN Y MÁRTIR, ESPAÑOLA.

Conformes están todos los escritores que se han ocupado de esta Santa Virgen en que corria por sus venas la sangre real goda, y que sus padres, ademas de su ilustrisima estirpe, disfrutaban grandes riquezas y eran cristianos. En lo que no andan todos acordes es en el lugar de su nacimiento y sitio en que se encontró en el año de 1544 una lápida de mármol blanco de dos tercias de largo y poco más de una de ancho, en la que en un acróstico latino se consigna el martirio de la Santa. *Marmolejos* llaman todos al sitio en que se encontró la lápida, y que fue donde nació SANTA EUGENIA; pero unos quieren que este *Marmolejos* sea el pueblo de igual nombre en la provincia de Córdoba, llamado antiguamente Municipio Uriense, y otros que sea el barrio de la ciudad de Córdoba así llamado, inmediato al antiguo convento de San Pablo, siendo de esta opinion el tan autorizado Padre Roa en sus *Santos de Córdoba*, fólío 68, en que copia la inscripcion latina de la lápida.

Pero de cualquiera modo resulta que la Virgen y Mártir SANTA EUGENIA fue española, y cordobesa, ya nacida en la capital, ya en un pueblo de la provincia.

Estraordinariamente bella nos la dá la historia, y «humilde, obediente, sobria, callada; era, en suma, dice, el completo de todas las virtudes.» Su ardiente amor á Jesu-

cristo la decidió á consagrarle su alma y su cuerpo, haciendo voto de castidad en edad muy tierna.

El aumento que iba teniendo en Córdoba desde el año de 920 el gremio del cristianismo, comenzó á llamar la atención de los moros, dueños entonces del reino, y determinaron reproducir las antiguas persecuciones para contener la propaganda católica. Volvieron las prisiones, los tormentos, y la sangre de los heroicos soldados de la Cruz volvió á enrojecer las cimitarras sarracenas y teñir el suelo español.

EUGENIA era conocida de todos los habitantes de Córdoba, cristianos é infieles, y no tanto por su distinguida clase como por sus virtudes y ardiente celo en favor del engrandecimiento de la Religion de Jesucristo, y sin respeto á su juventud, á su hermosura ni á su posicion, fue encarcelada á mediados del año 922. Cuanto puede inventar la astucia y la saña para vencer agena voluntad, pusieron en juego los enemigos de la fé. Halagüeñas y seductoras promesas, espantosas y terribles amenazas, privaciones y malos tratamientos, golpes y tormentos emplearon constantemente, sin conseguir vencer la heroica fortaleza de la jóven EUGENIA, que cada dia más firme en la fé cristiana, pasaba las horas orando y entonando himnos en alabanza del Señor, de su Madre y de los Mártires en la húmeda y lóbrega prision que ocupaba, y en la que fue visitada por San Pelagio. Viendo por fin el tirano que trascurría un mes y otro sin que nada fuera capaz de debilitar lo más mínimo el heroico valor de la Santa doncella, la mandó degollar, cuyo feroz acto fue consumado el dia 26 de marzo de 923, entregando la Santa Virgen su pura alma al Criador con el rostro inundado de la más pura é inefable alegría.

## DIA 27.

San Ruperto, Obispo y Confesor, *Francés*.

## DIA 28.

San Cástor y San Doroteo, Mártires, *Sicilianos*, y San Sixto III, Papa, *Romano*.

## DIA 29.

San Eustasio, Abad, Mártir, *Francés*, y San Siro, *Griego*.

## DIA 30.

San Juan Climaco, Abad, *Arabe*, y San Régulo, Obispo y Confesor, *Francés*.

## DIA 31.

Santa Balbina, Virgen y Mártir, *Romana*, y San Amós, Profeta, *de Judea*.

SAN AURELIO Y SANTA SABIGOTO, SU MUJER; SAN FELIX Y SANTA LILIOSA, SU MUJER, Y SAN JORGE, MONGE (1), MARTIRES, ESPAÑOLES.

Quince años de guerras civiles entre los moros habian dado alguna tregua á la persecucion contra los cristianos, llamada *sarracénica*, tan sangrienta y cruel como la *gentilica* del tiempo de los romanos, y que acrisolado habia de nuevo el valor y la fé de los soldados de Jesucristo. El advenimiento al trono de Córdoba de Abderrhaman II en el año 821 por muerte de su padre Alhaca, dió por tierra con las ambiciosas pretensiones de sus tios Zulema y Abdallah, que

---

(1) Se incluye este Santo, aunque no fue español, por ser indispensable hacer mencion de él en las sucesos de las vidas de sus cuatro compañeros.

reconociendo la superioridad de valor y entendimiento de su sobrino, se resignaron á ser vasallos cuando pretendian ser Reyes.

La primer mira de Abderrhaman al sentarse en el s6lio de su padre fue halagar el orgullo del pueblo mejorando y engrandeciendo la ciudad de C6rdoba, rival entonces de las primeras de Espa1a. Hizo empedrar las calles, y por medio de ca1os de plomo llevar de los montes gran surtido de sanas y cristalinas aguas: reedific6 las mezquitas, edificando una magnifica, y rebaj6 los impuestos que pagaba el pueblo. Captada completamente la voluntad de 6ste, y estando seguro de la universal aprobacion de sus actos, comenz6 á legislar en provecho propio y de sus miras ulteriores. Fue el primero de los Reyes moros que sent6 la ley de que, sin tener para nada en cuenta á los demas parientes, sucediesen y heredasen los hijos á sus padres. Ley que satisfacía sus deseos, y que fue recibida con la mayor complacencia por sus vasallos.

Las mejoras materiales realizadas en la poblacion; el extraordinario lujo de sus mujeres y servidumbre, y el gasto del ej6rcito, reunido á la rebaja de impuestos, vació completamente sus cajas y le oblig6 á pensar en recursos, que tan necesarios le comenzaban á ser. Sin discontentar á sus vasallos no podia acudir á ellos, y determin6 que los cristianos pagasen las mejoras de la ciudad, su lujo y sus dilapidaciones; y pretestando perseguir las creencias y el culto á Jesus, se iba apoderando de todos los bienes de los cristianos, resucitando la persecucion que tantas v6ctimas habia hecho ya.

Dos párrafos del libro primero, número 12 del *Documento martirial* de San Eulogio, que sufrió esta nueva persecucion y muri6 en ella, como queda dicho en su lugar, demostrarán á nuestros lectores la situacion de C6rdoba por estos dias.

«Oprimen, dice, los cuellos de los fieles con un yugo gravísimo: pretenden esterminar de su reino el nombre de los cristianos: tal vez si nos permiten el uso de religion, es á medida de su gusto: unas veces nos oprimen con tan dura servidumbre, que, como en tiempo de Faraon, hacen que sea fastidiosa la vida: otras veces sacan á fuerza un tributo intolerable: ya forman público decreto contra los cuellos de los afligidos: ya nos quitan los bienes y las haciendas: ya realzan con crueldad los detrimentos: y, en fin, entre tanto género de opresiones, entre tan diversos modos de molestias, creen que con nuestros perjuicios obsequian á su dios.

»Los calabozos están llenos de clérigos: las iglesias privadas del oficio de sus Prelados y sacerdotes: los tabernáculos divinos puestos en una horrenda soledad: las arañas estienden sus telas por el templo: el aire calma en un total silencio: no se entonan en público los cánticos divinos: no resuena en el coro la voz del salmista, ni en el púlpito la del lector: el levita no evangeliza en el pueblo: el sacerdote no echa incienso en los altares, porque, herido el Pastor, se desparramó el rebaño: esparcidas las piedras del santuario, faltó la armonía en los ministros, en los ministerios, en el santo lugar; y en tanta confusion, solo resuenan los salmos en lo profundo de los calabozos.»

Por época tan calamitosa para la cristiandad, envió Dios á la tierra un nuevo campeon del cristianismo, una estrella refulgente de la fé católica, un héroe, hijo de la fecunda madre de tantos, la ciudad de Córdoba. Los sucesos de la vida de este enviado de Dios, llamado SAN AURELIO, están tan ligados, tan entrelazados y unidos á los de su mujer SANTA SABIGOTO, de sus primos los esposos SAN FÉLIX y SANTA LILIOSA, hijos todos de Córdoba, y del Monge SAN JORGE, natural de Belen, que es

preciso é indispensable referir á un tiempo las vidas de todos.

De padres igualmente nobles y opulentos, aunque de diferentes creencias religiosas, pues el padre era mahometano y la madre cristiana, nació AURELIO por los años de 822 al 825. Ni las erróneas creencias del padre, ni la luz del Evangelio de la madre, pudieron influir en lo más mínimo en las inclinaciones de AURELIO, pues ambos fallecieron cuando todavía se encontraba este en la infancia. A la que sí cabe una buena parte de la gloria de AURELIO es á su tia, hermana de su madre, que tomó á su cuidado al tierno infante, educándole con el mayor esmero, é inculcando en su alma los santos preceptos de la Religion cristiana, que profesaba tambien ella.

Tan profundas raíces echaron en muy pocos años en el corazon de AURELIO las sublimes máximas que de continuo emanaban de los dulcísimos y piadosos labios de su tia, que jamás pudieron ser arrancadas de él, ni ausentarse por un momento de su imaginacion. La constante presencia de la relajacion y los malos ejemplos, que tanto influyen en un corazon adolescente y sin esperiencia, en lugar de entibiar aumentaban la ferviente fé que atesoraba su pecho, aunque siempre de oculto, porque los lazos de parentesco que así por parte de padre como de madre le unian á la más alta nobleza mahometana del reino de Córdoba, le impedian, como á su tia, manifestar la Religion que profesaba.

Cursando las escuelas arábicas, y dedicado al estudio de las ciencias exactas, á que fue muy aficionado, y en que sobresalió con orgullo de toda su familia, pasó una buena parte de su juventud, y llegó á la edad en que una costumbre constituida casi en ley le ponía en el caso de admitir esposa. Iba retardándolo AURELIO, primero, porque no tenía inclinacion al matrimonio, y segundo, porque estaba

resuelto á no contraerle sino con una cristiana, y esto era muy difícil de conseguir en la posicion social que ocupaba. Cristianas ocultas habia entre las moras; pero cuanto más alta era la categoría, más velaban el secreto de su Religion, porque mayor saña concitaban contra sí, y más terrible era la persecucion de Abaderrhaman y de sus favoritos.

Instado diariamente por sus parientes y por altos dignatarios de la córte, con quienes por su nacimiento tenia que estar en continuas relaciones, comprendió que no podia dilatar ya el casarse sin dar mayor fundamento á las sospechas que comenzaba á suscitar su oposicion al matrimonio, y encargó el arreglo de este á su virtuosa tia. Esta señora supo por una amiga, cristiana como ella, que entre las nobles jóvenes mahometanas habia una de singular hermosura que profesaba de oculto la Religion católica. Hija de padres moros, nobles y ricos, habia profesado durante los doce primeros años de su vida la religion de Mahoma; pero habiendo muerto su padre, y contraído nuevas nupcias su madre con un caballero moro, cristiano en secreto, iluminó el alma de su mujer y de su hijastra con la luz divina del Evangelio, y bautizándose las dos, hacia años que habian ingresado en el seno de la Religion del Crucificado. Muy grata fue esta nueva para AURELIO, porque conocia á la joven, y reconocia en ella todas las dotes necesarias para hacer feliz á un hombre, faltándole únicamente la condicion de cristiana, que con tanto gusto sabia que tambien la adornaba.

Con el mayor contento de ambas familias se verificaron las bodas, una pública, con las ceremonias acostumbradas entre los moros, y la otra á media noche, en el templo católico, y conforme al ritual de la Santa Madre Iglesia, ligándose de esta manera con dobles lazos el virtuoso y noble AURELIO con la cristiana y pura SABIGOTO, llamada así

desde que fue bautizada, abandonando su primitivo nombre de Natalia.

Nunca matrimonio gozó de más felicidad y dicha que el de estos dos santos jóvenes, cuyo constante anhelo, después del servicio de Dios, era complacerse y adivinarse los pensamientos. Dos niñas llamadas la una Felicitas y la otra María, fueron el fruto de tan dichosa union.

Ocho años de no interrumpida paz doméstica habian pasado, aunque la persecucion contra los cristianos cada vez era más cruel y encarnizada, cuando oyendo un dia AURELIO desde su casa un grande alboroto en la calle, salió á ella para enterarse de lo que le producía, y quedó horrorizado del suceso que motivaba la alegre gritería de las gentes. El suceso que referiremos aquí en extracto, y que detallaremos en la *Vida* del glorioso Mártir, héroe de ella, en el dia 21 de agosto, era el siguiente:

«Juan, rico, generoso y caritativo mercader de Córdoba, profesaba en secreto la Religion cristiana: llegaron á sospecharlo los favoritos de Abderrhaman, y se lo dijeron á este, proponiéndole como muy buen recurso para el Erario la confiscacion de los bienes del rico comerciante. El ambicioso y cruel Abderrhaman recibió con el mayor gusto la villana delacion, y agradeció sobremanera el no ménos villano recurso que proporcionaba, y dió las órdenes oportunas para la muerte y ruina del virtuoso Juan. Hallábase este en la plaza frente al Palacio, en el sitio que después de algunos siglos se destinó á camposanto, y varios hombres, instruidos ya de antemano, se acercaron á él, y le dijeron:

«Hemos sabido que tú, para afianzar tus embustes en tus tratos, ventas y comercios, juras siempre por Mahoma, con vilipendio del Profeta, porque ignorando los demas con quién tratan, si eres cristiano ó moro, juzguen

»que eres moro, y tú no solo los engañas, sino que haces  
 »irrisión del juramento hecho por nuestro Mahoma.» No  
 sabiendo el virtuoso San Juan, Confesor, que por este nom-  
 bre le conoce hoy la Iglesia, la doblez con que estaban di-  
 chas estas palabras, contestó sencillamente negando el he-  
 cho de los juramentos: insistieron furiosos los moros, con-  
 tinuó él negando, hasta que, cansado de la controversia,  
 dijo:

«¡Maldito sea de Dios quien desea ni aun tomar en su  
 »boca á vuestro Profeta.»

Esta era la confesion que deseaban, y en virtud de la  
 cual fue en el acto sentenciado á llevar quinientos azotes  
 montado en un burro que le llevase por las calles de la  
 ciudad.

La presencia del estenuado y desfallecido Juan, á quien  
 tenían que llevar agarrado porque no podia sostenerse en  
 el borrico, la vista de sus espaldas llagadas y vertiendo co-  
 piosa sangre, conmovieron hasta lo más profundo el cora-  
 zon de AURELIO, y considerándose como un átomo del  
 cristianismo delante de héroes como Juan, determinó dar  
 tambien su vida por la fé, y purgar con el martirio el se-  
 creto que habia guardado de la Religion que profesaba.

Resuelto á esto, llegó á su casa, refirió á su amada y  
 virtuosa mujer SABIGOTO lo que habia visto, y añadió:

«Tú siempre, dulcisima esposa mia, cuando yo vivia  
 para mí, y no para Dios, me exhortabas para que publica-  
 se la fé que secretamente mantenemos: tú me instabas á  
 que dejase los regalos y delicias del mundo, dándome á  
 conocer ser más estimables los deleites del cielo que todo  
 lo que tiene fin: tú me celebrabas á los Monges, alababas á  
 los que dejan el mundo, te deleitabas con el trato y con-  
 versacion de las Religiosas, y suspirabas siempre por la

vida de los Santos: pero yo entonces, aun no ilustrado con la Divina gracia, no condescendia con tus saludables consejos. Ya, amada esposa mia, llegó el tiempo aceptable; ya llegaron los dias de la salud, en que Dios se ha dignado alumbrarme, dando á conocer por vanas todas las cosas del mundo. Ya con tu consentimiento hemos de establecer una nueva vida, vacando solo á Dios por la oracion, y cultivando en primer lugar la continencia, siendo nuestro trato de hermanos, el que hasta aquí ha sido de marido y mujer, para que, añadiendo obras de perfeccion, alcancemos de Dios merecer el martirio.»

Con el mayor contento escuchó SABIGOTO á su marido, y radiante su rostro de cristiana y pura alegría, le dijo:

«Esto es lo que sabes tanto he deseado: estos son los principios de nuestra vocacion, para que muriendo á la carne, vivamos á Dios, y pues el Señor se ha servido enviarnos tan poderoso auxilio, desnudémonos del polvo, vistamos el vestido inmortal, que es la eterna vida.»

Desierto quedó desde aquel dia el lecho marital, y suprimidas completamente todas las comodidades y regalos: dormian en el suelo, ayunaban con frecuencia, pasaban las noches en oracion, y empleaban el dia en visitar y socorrer á los pobres y á los encarcelados, pasando muchas horas en la cárcel en santas pláticas con las vírgenes, y despues Mártires, Flora y Maria, y con el Santo confesor Juan, á quien despues de dar los quinientos azotes encerraron en la cárcel, en la que permaneció hasta que fue sacado para sufrir el martirio, por confesar heroicamente á voz en grito la santa Religion del Crucificado, despreciando la del falso Profeta Mahoma.

San Eulogio se hallaba tambien por este tiempo en pri-

sion, y en ella, dice en sus escritos, que conoció por primera vez á AURELIO, con el que estrechó una tiernísima amistad : allí comunicó este á San Eulogio sus deseos de perfeccion cristiana, y de derramar su sangre por Cristo, confesando su Religion, y entregando con esto inmediatamente su cuerpo á los verdugos. Pidió consejo á tan sabio maestro sobre lo que debia hacer con sus hijas y con su grueso caudal, pues luego que padeciera el martirio, temia que, quedando sus tiernas hijas al cuidado de parientes mahometanos, ó las hicieran renegar de la fé de Jesucristo, ó las confiscasen todos los bienes. El Doctor San Eulogio, con su acostumbrada sabiduría, le respondió que, aunque para entrar en el cielo bastaba guardar los Mandamientos, para ser perfecto era necesario desprenderse de todas las cosas mundanas; y así convenia que invirtiese su hacienda en remedio de necesitados, reservando solo aquello que considerase puramente preciso para la manutencion de sus hijas, que podia confiar á la Superiora de algun Convento, donde sirviesen á Cristo, en cuyas manos están todos los mortales, y á cuya providencia se debe el remedio de los males. « Todos los hombres, decia á AURELIO San Eulogio, deben á Dios su formacion y conservacion: á su cuidado están todas nuestras cosas, pues aunque al nacer el hombre le falte quien lo enjendró, no está destituido del gobierno del Criador, Padre de huérfanos, Juez de viudas. Muchos se criaron con abundancias, y vinieron á padecer miserias mayores que los que fueron engendrados entre calamidades; muchos de padres cristianos deliraron en la fé, y otros, hijos de paganos, con la divina gracia, poseen la eterna vida. En las manos de Dios deben ponerse nuestras suertes, y si con recta intencion lo buscamos, Él es nuestra verdadera fortuna.»

Siguiendo puntualmente estos consejos, y de acuerdo con su mujer SABIGOTO, vendió AURELIO todos los bie-

nes, repartiendo entre los pobres la mayor parte del producto de la venta.

Existía por aquel tiempo un célebre Monasterio llamado Tabanense, fundado por San Jeremías, Mártir, y su mujer Isabel, en un pueblecillo llamado Tábanos, en la sierra, á dos leguas próximamente de Córdoba, y una del sitio que ocupó despues el Convento de *Scala Cali*. A este santo asilo de la Religion y de la piedad, del que salieron para el martirio tantas virgenes heróicas y tantos Monges célebres en ciencia y cristiandad, se dirigió AURELIO, y manifestó á la Abadesa de las Religiosas su deseo de que se encargase de sus hijas. Aceptó el encargo la piadosa fundadora y Abadesa Isabel, y en su virtud, saliendo una mañana AURELIO con sus hijas, sin más compañía para no llamar la atencion, fue al Monasterio, y confió al cuidado de la Abadesa aquellos dos pedazos de su corazon. Como puede presumirse, las visitas del Santo matrimonio al Monasterio Tabanense fueron muy frecuentes todo el tiempo que se lo permitieron los enemigos de la fé, que de dia en dia hacian más cruda y sangrienta guerra á los cristianos, sucediéndose casi sin interrupcion los martirios.

En estos dias dieron la vida por Jesucristo las Santas Virgenes Flora y Maria, y estando una noche SABIGOTO recogida despues de haber pasado gran parte de ella en oracion, se quedó dormida, y en sueños se le aparecieron las dos Santas Mártires, vestidas de blanco, con palmas en las manos, y rodeadas de una resplandeciente nube de preciosísimos colores. SABIGOTO, entre asustada y admirada, las dijo: «Vosotras ¡oh sacratísimas Virgenes! sabeis muy bien mis deseos, y os comuniqué en la cárcel la confianza que tengo de derramar la sangre por Cristo, á quien os supliqué le rogáseis me hiciese digna del martirio: decidme si he de conseguir esta fortuna; porque, aunque tales son mis peticiones, atiende Dios más que á las oraciones, á los mé-

ritos, que en mí son cortos.» Las Santas Virgenes le respondieron: «El tiempo que eternamente tiene Dios destinado para vuestro martirio ha de llegar presto: ocupadlo ahora en buenas obras, frecuentad los Monasterios, orad á Dios sin intermision, invocad los sufragios de los Santos, y encomendaos á los ruegos y oraciones de los Siervos de Dios y Religiosas, y para que entendais ser esto así, os aseguramos que poco antes de vuestro martirio se os añadirá por compañero un Santo Monge, que conseguirá la palma con vos.»

Alegre despertó SABIGOTO, y poniendo en ejecucion los mandatos de las Santas Flora y Maria, redobló sus oraciones, sus penitencias y sus obras de caridad: concurría con más frecuencia á los Monasterios, especialmente al Tabanense, donde estaban sus hijas, y acompañada de estas pasaba muchas horas en santas pláticas con las Religiosas y con los Monges, fortaleciendo su alma para soportar con el mayor valor posible en honra de Jesus el martirio cuya hora tanto deseaba.

Estando un dia en oracion en su humilde y retirada estancia, se le apareció una hermosísima jóven. SABIGOTO quedó sorprendida y admirada contemplando el angelical rostro de aquella vírgen, que tenia clavada en ella la vista con una espresion de inefable ternura y amor. «¿Quién eres?» le preguntó SABIGOTO. «Soy, contestó la hermosa jóven, hija de tu vecino y amigo Montesis, á quien, cuando estaba agonizando, tú visitaste: luego que sali de este mundo me reveló el Señor quién eras, y me envia para anunciarte que ya está cerca el tiempo de tu victoria, y de confesar públicamente la fé católica, y maldecir al maldito enemigo Mahoma.» Repasando en un momento su memoria, recordó SABIGOTO que efectivamente habia visitado en la agonía y auxiliado espiritualmente á la jóven que en aquel momento reconoció, aunque su rostro estaba

infinitamente más hermoso con la gloria celestial que irradiaba. Al ir á pronunciar las gracias por tan grato aviso, desapareció la jóven, y SABIGOTO, elevando su mirada y su espíritu al cielo, se las envió en sentidas y espresivas frases. Continuó despues, su oracion al Eterno, agradeciéndole con toda el alma sus infinitas bondades, y la concesion que le otorgaba de ver muy pronto cumplido su vehemente y perpétuo deseo.

No fue menor el dulce placer que esperimentó el alma de AURELIO cuando su mujer le refirió la presencia y palabras de la hija de su vecino y amigo Montesis, y no dudando ya ninguno de los dos de que el Supremo Hacedor habia oido sus súplicas é iba á concederles la palma del martirio, se dedicaron dia y noche á fortalecer su espíritu con la oracion y con el consejo de los más doctos cristianos, especialmente de San Eulogio.

Tenia AURELIO un primo llamado FELIX, natural y como él rico vecino de Córdoba, á quien siempre habia dispensado particular cariño. Los padres de este fueron cristianos públicos, y educaron por consiguiente á su hijo FELIX con las máximas y preceptos de la Religion del Crucificado, sin disimulo ni ocultacion de acto alguno. Muertos los padres, contrajo matrimonio con una bella y virtuosa jóven llamada LILIOSA, mahometana ostensiblemente, aunque cristiana en secreto, como lo eran tambien sus padres, personas muy distinguidas entre la nobleza musulmana. La ambicion, poderoso y alucinador demonio, que tantas almas ha llevado al reino de Luzbel, trastornó la mente de FELIX, y apartándole de la verdadera Religion, le hizo abrazar la de Mahoma. Este acto separó á FELIX de AURELIO y á LILIOSA de SABIGOTO. Pero no se hicieron esperar los remordimientos en el corazon de FELIX, que conociendo á los pocos meses su error, se deshacia en lágrimas dia y noche, pidiendo á Dios perdon y

misericordia. Con todo su corazon concedió AURELIO muchas cosas á su desolado y arrepentido primo, que se las pidió de rodillas, traspasado de dolor; y una buena parte de las súplicas de AURELIO y SABIGOTO al Todopoderoso, era para implorar en favor de FELIX su infinita misericordia. Reconciliados los cuatro primos, juntos oraban todos los dias, juntos iban á los Monasterios, á consolar á los afligidos, y á visitar en la cárcel á San Eulogio y á los demás presos cristianos; pero la cuchilla sarracena estaba de continuo pendiente de un hilo sobre la cabeza de FELIX, porque era ley, y ley rigurosísimamente observada por los mahometanos, que si algun cristiano dejaba su Religion y abrazaba la de Mahoma, perderia la vida en el momento en que faltase á cualquiera de los preceptos de esta, por insignificante que fuese.

Sabida por FELIX y LILIOSA la firme resolucion de AURELIO y SABIGOTO de sacrificar sus vidas en aras de la sacrosanta Religion católica, confesándola públicamente para alcanzar el martirio, formaron el mismo proyecto, suplicando á AURELIO y á su mujer que los admitieran por compañeros, para tener la gloria de dar iguales pasos, y recibir la palma del martirio en el propio dia. Habiendo accedido AURELIO, FELIX, por imitarle en cuanto le fuera posible, vendió los inmensos bienes que poseia, y repartió todo el dinero entre los Monasterios y los pobres. Agenos ya completamente los dos virtuosos matrimonios á todas las cosas é intereses de este mundo, se dedicaron á fortalecer sus almas para entregar heróicamente sus cuerpos al martirio; pero la proximidad de este no la señalaba todavía la voluntad de Dios, que era el norte y guia de todas las acciones y pensamientos de AURELIO. Las Santas Virgenes Flora y María habian anunciado á SABIGOTO la compañía de un Santo Monge, y ninguno se les habia unido aun.

Una mañana, como tenian de casi diaria costumbre,

marcharon SABIGOTO y LILIOSA acompañadas de FELIX al Monasterio Tabanense. Había en una pieza anterior al locutorio una imagen de la Virgen colocada en la pared, de la cual era devotísima SABIGOTO, y ante la que siempre oraba mientras que FELIX y LILIOSA entraban á buscar á las niñas. En esta mañana, pues, y estando orando ante dicha imagen, percibió el metal de una voz desconocida que se dirigía á sus primos; vuelve la cabeza, y ve que acompañaba á estos un Monge que no pertenecía á aquel Monasterio, y al que consideró en seguida el anunciado por las Vírgenes Flora y María, exclamando: «Este Monge será el compañero que Dios me tiene prometido que ha de acompañarme en mi certámen.» Informado acto continuo el Monge de las instrucciones de aquella piadosa matrona, se arrojó á sus pies, y pidióle que rogase á Dios le hiciera digno de acompañarla al martirio.

Este Monge, llamado JORGE, era natural de Belen, pequeña ciudad situada á seis millas al Sur de Jerusalem, y que, aunque pequeña, es la más ilustre del mundo, por ser la patria del Divino Redentor. Entre Jerusalem y Nazareth, existía por aquel tiempo en su mayor auge de gloria el famosísimo Monasterio de San Sabá, al que pertenecía JORGE desde sus más tiernos años, y en el que había llegado á la dignidad de Diácono. Aunque la austerísima vida que hacían los Monges en observancia de la Regla de su Abad David originaba pocos gastos, sin embargo, no teniendo bienes ningunos el Monasterio, y no pudiendo sufragar el producto solo de las limosnas el gasto, aunque pequeñísimo, de quinientos Monges que contaba la Comunidad, determinó el Abad que partiesen algunos á diferentes puntos para recoger limosnas, al mismo tiempo que predicasen los preceptos del Evangelio, eligiendo para esta misión á los más aptos, y á los que por sus virtudes y talento pudieran trabajar con mayor provecho de la Religión

y del Monasterio; y de los primeros elegidos fue JORGE, porque á un heróico valor para confesar y defender la Santa Religion del Crucificado, unia tan persuasiva elocuencia y tanta fortaleza para soportar los trabajos y penalidades de la vida, que no era posible que ningun otro le aventajase en felices resultados. Pasó, pues, al Africa; pero halló tan prevenidos los ánimos contra los cristianos, y tan sordos todos los habitantes á su voz, que regresó al Monasterio de San Sabá con bien poco fruto de sus grandes penalidades y tormentos. No se acobardó por esta primera contrariedad; pidió licencia al Abad para pasar á España, y, concedida, lleno de fé y caridad, emprendió tan largo y penoso camino.

Algo más feliz fue en allegar recursos en España que en Africa; mas no respondieron completamente á sus esperanzas, pues la cruda persecucion sarracénica, acobardando á muchos cristianos, les hacia ocultar sus creencias, y no eran por consiguiente conocidos para poderse dirigir á ellos en demanda de auxilios para los Monges de San Sabá. Determinó, en vista de esto, pasar á tierra completamente de cristianos, que era entonces la Francia, y regresar desde allí á su Monasterio; y al Tabanense habia ido á despedirse la mañana en que hemos dicho arriba que fue visto por SABIGOTO cuando se hallaba esta orando.

Con el mayor respeto y dulzura pidió SABIGOTO al Monge que se alzara de sus pies, pues ella era la que debia prosternarse ante él, añadiendo: «¿Cuándo, Padre, merecimos que vengas á acompañar á los pecadores?»

Regresaron los tres primos á Córdoba, acompañados del Monge JORGE, que presentó SABIGOTO á su marido como el compañero enviado por el cielo para hacer juntos el viaje al Paraiso. Con sin par alegría le recibió AURELIO, y le obligó á que se quedara en su compañía, reuniéndose de este modo en aquella feliz morada los cinco Santos, pues

FELIX y LILIOSA hacia ya tiempo que habitaban en casa de AURELIO.

Arregló JORGE lo concerniente á su mision, entregando á San Eulogio todo lo que tenia recaudado, con una carta para David, Abad del Monasterio de San Sabá, en que le referia los sucesos acaecidos hasta aquel dia, y renunciando en seguida á todo otro pensamiento que el de dar su vida por Jesucristo, se entregó completamente con sus cuatro compañeros á meditar el modo de llevarlo á cabo.

Despues de pensar con calma y madurez sobre la manera mas conveniente de dar el primer paso para descubrir su Religion y confesar su fé, decidieron de comun acuerdo ir los cinco á orar públicamente en los templos cristianos, y que SABIGOTO y LILIOSA llevasen el rostro descubierto, á uso de cristianas. Como habian pensado, extrañó esto á los moros, y al salir de un templo, preguntaron algunos á AURELIO qué significaba aquello, á cuya pregunta respondió en alta voz:

«No es de admirar que los cristianos frecuenten los templos de los Mártires, porque esta es costumbre muy sabida, y siendo nosotros cristianos, es correspondiente dar á entender que lo somos.»

Noticioso el juez de lo ocurrido, mandó que llevasen inmediatamente á su presencia aquella Santa familia, y acompañados de inmunda plebe marcharon en seguida los ministros á casa de AURELIO. Desde la calle y puerta de la casa gritaba aquella feroz muchedumbre:

«Salid fuera, miserables; salid fuera, vosotros los que aborreceis la vida y teneis por gloria la muerte: el juez os llama para vengar las ofensas del Profeta con quitaros la vida.»

Con la mayor crueldad fueron amarrados AURELIO, SABIGOTO, FELIX y LILIOSA, cuyos semblantes manifestaban la más deliciosa complacencia y alegría. Viendo el Santo Levita JORGE que le dejaban á él, dijo á los Ministros:

«¿Por qué quereis quitar á los fieles la adoracion del Dios verdadero, y quereis obligarlos á vuestra vana creencia? ¿Por qué quereis traer á vosotros los que Dios tiene predestinados para la eterna vida? ¿Por ventura no podeis vosotros ir solos al infierno, y no pretender llevar compañeros? ¿O por ventura si no vamos nosotros, sospechais que no os ha de quemar el fuego eterno? Id vosotros solos á padecer para siempre y gozad con vuestro Profeta las delicias del infierno; porque nosotros, como secuaces y amantes de Cristo, esperamos la gloria que nos ganó su sangre.»

Apenas acabó el Santo Monge de pronunciar estas palabras, le asieron los ministros con la mayor furia, y echándose sobre él la turba que habia entrado con los ministros, le arrojaron al suelo, golpeándole horribilmente.

Deseando el juez que la confesion de la fé por personas tan notables no influyera en las creencias de los habitantes de Córdoba con perjuicio de los sectarios de Mahoma, recibió con suma amabilidad á aquellos Mártires, y con blandura y cortesania les preguntó por qué motivo habian abandonado el culto de Mahoma y renunciaban á las felicidades que tenia prometidas; que si habia sido solo un extravío de momento que se arrepintiesen y todo quedaria olvidado, y ellos cada vez más honrados y considerados; á lo que AURELIO contestó:

«Ninguna afluencia del mundo, ¡oh juez! puede compa-

rarse con el eterno premio, por el que despreciamos esta vida caduca siguiendo la fé de Jesucristo, en cuya ley está solo la verdadera salud, por la cual confesamos que todo aquel que no cree la divinidad en Cristo, que no profesa la esencia de la Trinidad Santísima, reprueba el Bautismo, infama á los cristianos, y desprecia el sacerdocio, es réprobo y maldito.»

Conociendo el juez por esta contestacion que no habia lugar á transacciones, y que el hecho no partia de una ligereza, sino de una deliberada resolucion, mandó que los llevaran á la cárcel y los cargasen de cadenas. Alegres y dichosos en medio de los tormentos, entonando himnos y alabanzas al Supremo Hacedor, más ansiosos cada vez de que llegase el sublime y deseado momento de morir por confesar la Santa Religion del Crucificado, pasaron cinco dias en la cárcel, al cabo de los cuales los condujeron delante del tribunal.

Todavía intentaron los jueces vencer su virtud, haciéndoles presente la prematura muerte que iban á sufrir en cambio de las riquezas, honores y consideraciones que podian disfrutar si se retractaban de su confesion de la fé cristiana, y continuaban adorando á Mahoma; pero nada fue capaz de debilitar ni por un instante el sublime valor de aquellos héroes del cristianismo. En su vista, decretaron los jueces que inmediatamente cortasen la cabeza á aquellos cuatro despreciadores de la religion de Mahoma, declarando libre á JORGE, que no habia tomado parte todavía en la controversia, porque no habiendo nacido en Córdoba, profesado la religion de Mahoma, ni usado el traje musulman, no estaba obligado á conocer las leyes y costumbres del reino. Pero lleno de cristiano fervor, de divino espíritu y de religiosa valentia el heróico Monge, exclamó:

«¿Por qué, oh Principes, dudais de mi profesion con solo el motivo de que aquí no he hablado? ¿Juzgais, por ventura, que yo pienso bien del discípulo de Satanás, vuestro Profeta? Pues si quereis saber lo que de él entiendo, os lo diré para vuestro desengaño: Sabed que aquel ángel que trasformado en espíritu de luz se apareció á vuestro maestro creo que fue el demonio, y creo que Mahoma fue el hombre más malo del mundo, discípulo y oyente del demonio, precursor del Ante-Cristo, y laberinto de todos los vicios; y vosotros, que seguís sus pisadas, os vereis con él en el infierno.»

Frenéticos los jueces al oír estas palabras, fulminaron inmediatamente igual sentencia contra JORGE, y llevados los cinco en aquel mismo momento al *Campo Santo*, les cortaron la cabeza, primero á SAN FELIX, despues á SAN JORGE, en seguida á SANTA LILIOSA, y por fin, al mismo tiempo á SAN AURELIO y su Santa esposa SABIGOTO.

Tres dias permanecieron, por mandato de los jueces, insepultos los cuerpos de los Santos en el lugar de la ejecucion, para que fueran comidos por los perros; pero ni aun moscas se les acercaron. A la media noche del tercer dia recogieron los cristianos aquellos santos restos, y los sepultaron ocultamente en diferentes iglesias. A SAN AURELIO, SAN JORGE, y la cabeza de SANTA SABIGOTO los llevaron al Monasterio de la Peña de la Miel, llamado de San Salvador. SAN FELIX fue enterrado en el monasterio de San Cristóbal, á la otra parte del rio; SANTA SABIGOTO en la Basilica de los tres Santos Fausto, Januario y Marcial, fue colocada con los huesos de estos, y SANTA LILIOSA en el Monasterio de San Ginés.

En el año de 858, seis despues del martirio, arribaron á Barcelona, Usuardo, autor del *Martirologio* que corre con su nombre, y Olivardo, Monges ambos del Monaste-

rio de San German de Paris, con ánimo de llevar á Francia algunos cuerpos de Santos españoles. Informados de que Córdoba era la poblacion más rica en ellos, se proveyeron de cartas de recomendacion para lograr su objeto: una les dió Ataulfo, Obispo de Barcelona, y otra el vizconde Gunifredo, dirigidas ambas á Leovigildo, Abad Solomés, y otra de Unfrido, conde de Barcelona, para Aldilval, hijo del Rey Mahomad, que gobernaba á Zaragoza, con el fin de que los dirigiese y protegiese en un camino tan largo y peligroso en aquella época. Aldilval los recomendó á un convoy de mercaderes que salia para Córdoba, á cuyo punto llegaron felizmente.

Despues de adorar las reliquias de los Santos Adulfo y Juan, en la iglesia de San Cipriano, pusieron á examinar la arquitectura y decorado del templo, y conociendo que eran extranjeros, se llegó á ellos un Diácono llamado Gerónimo, y se les ofreció para lo que pudieran necesitar, preguntándoles la causa de su llegada. Así que Gerónimo lo supo, les acompañó á la morada de Leovigildo y demas personas para las que traian cartas de recomendacion. De todos fueron muy bien recibidos, y habiendo manifestado su particular deseo de llevar los cuerpos de SAN AURELIO y SAN JORGE, gestionaron inmediatamente para realizarlo. El venerable Sanson, Abad del Monasterio de la Peña de la Miel, donde estaban los cuerpos, se prestó á complacer á los extranjeros; pero los Monges se opusieron á la entrega. Recurrieron Usuardo y Olivardo á Saulo, Obispo á la sazón de Córdoba, y con espreso mandato de este fueron entregados los dos santos cuerpos, sin cabezas, y la cabeza de SANTA SABIGOTO. Babila, hermana de Leovigildo, dió unos ricos paños para envolver las reliquias, que en seguida fueron metidas en unas preciosas cajas, y puestas en camino para el Monasterio de San German de Paris, á donde llegaron sin el menor detrimento.

Las reliquias de los cinco referidos Santos que quedaron en Córdoba, han sufrido diferentes traslaciones provenidas por haber sido abandonados unos Monasterios y arruinadas otras iglesias. Los cuerpos de SAN FELIX y SANTA LILIOSA, y la cabeza de san Jorge, hace muchos años que se ignora completamente dónde descansan.

#### SAN PASTOR, OBISPO DE PALENCIA.

Ninguna noticia nos ha legado la historia acerca de la Sede Episcopal de Palencia anterior á la dominacion de los godos, siendo el Obispo SAN PASTOR uno de los Santos españoles de este dia, el primero que figura en el catálogo que de los Prelados de Palencia incluye *La España Sagrada* en el tomo VIII. Escasas noticias nos dá sin embargo de él, no siendo más abundantes y ricos de datos los Bollandos en sus *Acta Sanctorum*, pues en ninguna de las dos obras, ni en otras muchas reconocidas, encontramos noticias de sus ascendientes, ni de la clase de la sociedad á que pertenecía su familia. Solo están conformes en que fue español, y uno de los más esclarecidos y estimados Obispos de aquellos remotos tiempos.

Corria el año de Nuestro Señor Jesucristo 456, y Teodorico II había sucedido en el trono á su hermano Turismundo, muerto violentamente en una conjuracion tramada por los suevos. Reunió Teodorico un fuerte ejército, y se propuso concluir en todas partes con los suevos, para lo cual entró en España, siendo su marcha una serie constante de victorias. Pero de protector de los godos españoles se convirtió bien pronto en su tirano, produciendo este cambio recios combates y abundantes derramamientos de sangre. Tomó diferentes villas, robando cuanto poseian sus habitantes, pasando á cuchillo gran número de ellos, y entre las ciudades que tuvieron la desgracia de esperi-

mentar los furores del cruel vencedor, lo fueron Astorga y Palencia.

El Obispo SAN PASTOR puso en juego todos los recursos de su elocuencia, humildad y valor cristiano en favor de sus diocesanos, y pudo contener algo los atropellos y la efusion de sangre; pero avanzando cada dia más Teodorico en la senda de las vejaciones y del terror, hizo tambien blanco de sus furores al Santo Prelado, á quien obligó á salir desterrado, á pie y sin recursos de ninguna especie. Con el corazon traspasado de dolor, no por sus trabajos, sino por el lamentable estado en que quedaban los desdichados habitantes cristianos de Palencia, partió de ella el Santo Obispo, refugiándose en Orleans, en donde al poco tiempo dejó de existir para el mundo, volando su atormentada y santa alma á las moradas celestiales.

#### SAN RENOVATO, OBISPO DE MERIDA.

Tampoco se muestra muy pródiga de noticias la historia acerca del Santo Obispo de Mérida, SAN RENOVATO, último de los mencionados por Paulo Diácono, que es el escritor que más detenidamente se ocupa de él al tratar de la Sede Emeritense. Sangre real goda dice Paulo que circulaba por las venas de RENOVATO, y que sus padres, á su ilustre nacimiento, reunian cuantiosos bienes de fortuna. Habian adjurado los errores de Arrio, aceptados por los godos, y mucho tiempo antes de salir al mundo RENOVATO pertenecian al gremio de la Iglesia católica. Ignórase el año del nacimiento de éste, sabiéndose solo que tuvo lugar en Mérida, á principios del último tercio del siglo VI. Dicen que fue de una belleza singular, y es tenido por el hombre más hermoso de su siglo, no siéndolo menos su alma, adornada de cuantas virtudes forman la escalera para subir al cielo.

Desde muy jóven manifestó su decidida vocacion á la

Iglesia, y la asistencia á los templos, la compañía de los Monges y el estudio eran sus constantes y exclusivas ocupaciones, huyendo de cuantas pompas y placeres le brindaba el mundo, por su nobleza, su riqueza y su mérito personal. Pero no bastando á su afán de retraimiento, contemplacion y penitencia el vivir apartado de toda sociedad en su casa, pensó en entrar en un Monasterio y dedicar allí su vida por entero al exclusivo servicio de Dios y del divino culto, y habiendo merecido la aprobacion de sus piadosos padres, tomó el hábito de Monge, que tanto deseaba.

Su vida monástica fue un perenne ejemplo de santidad, que edificaba hasta á los más austeros cenobitas. La influencia é importancia que siempre lleva aparejada la verdadera virtud, hizo bien pronto del jóven y humilde RENOVATO la figura más importante de la Comunidad, que ajena á toda emulacion y envidia dispensaba el más profundo respeto á aquel admirable jóven, modelo de virtudes. Como su capacidad y prudencia estaban á igual altura que su santidad, hasta el Prelado apelaba á su consejo en la mayor parte de los negocios del Monasterio: de modo que si bien por derecho era el último, era de hecho el Abad y el alma de la Comunidad. Innecesario es por consiguiente decir que, á pesar de su fuerté oposicion, fue nombrado por aclamacion Abad al fallecimiento del que ocupaba este puesto al ingresar RENOVATO en el Monasterio.

En nada alteró su carácter ni sus costumbres la nueva dignidad: tan humilde, tan cariñoso, tan solícito y tan respetuoso con los ancianos Monges, continuó ejerciendo solo su autoridad para mayor gloria de Dios y honra del Monasterio. Ningun hecho, sin embargo, memorable y digno de mencion especial consigna la historia; solo el citado Paulo Diácono refiere el siguiente, que tuvo lugar en el Monasterio durante su prelacia:

«Tentó Satanás á uno de los Monges con el vicio de la gula y la embriaguez, y nada habia seguro de él en la cocina y dispensa, especialmente el vino, buscando siempre las vueltas al cocinero y despensero, quitándoles cuanto podia y embriagándose con mucha frecuencia. Todos los Monges estaban disgustadissimos y avergonzados de la intemperancia de su compañero, y todos le habian amonestado diferentes veces, y más que todos el Abad RENOVATO, no habiendo aprovechado de nada las más sabias y prudentes amonestaciones y los más santos consejos: todo se estrellaba ante el furor por comer, y la insaciable sed de vino del desgraciado Monge, que siempre habia sido un hombre irrepreensible, y aparte aquel defecto nuevo, era intachable. Opinaban todos los Monges por que el Abad renunciase á amonestaciones y consejos, y emplease rigurosos castigos para corregirlo; pero con notable sorpresa de todos, el Abad RENOVATO dió orden al despensero y cocinero para que nada encerrase, y quedaran todas las provisiones á disposicion del Monge vicioso, y que si se emborrachaba, no le impidieran de ningun modo hacer lo que quisiera.

»No tardó el Monge en aprovechar la ocasion, y bien pronto llenó su estómago de viandas y vino, embriagándose, pero no á términos de quedar postrado; y tomando en seguida la puerta del Monasterio se marchó á pasear por la ciudad. Al reparar su andar vacilante se le acercaron algunas personas creyéndole atacado de algun mal; más por sus palabras y modo de pronunciarlas, y por sus actitudes y gestos, bien pronto conocieron todos que iba ébrio, y produjo lo que todos los borrachos, la burla del público, especialmente la de los muchachos y la de los arrieros, que era la inmensa mayoría de la poblacion. Mareado con sus desiguales y temblorosos movimientos, con los dichos del pueblo y con su incesante charlar, cayó al suelo, principiando al mismo tiempo á arrojar por boca y narices

cuanto había comido y bebido. El vómito le despejó y le puso en estado de conocer el papel que había hecho y estaba haciendo, y muerto de vergüenza, seguido por algunos muchachos que iban burlándose de él, regresó al Monasterio y se echó inmediatamente á los pies del Abad demandando castigo por una falta que juró no volver á cometer. Y cumplió su juramento, siendo desde aquel día modelo de temperancia y abstinencia.»

Habiendo quedado vacante, por muerte del Obispo Inocencio, ocurrida en el año 616, la Silla episcopal de Mérida, fue el **ABAD RENOVATO** nombrado para ocuparla, y en ella continuó practicando sus esclarecidas virtudes y su infinita caridad, hasta que le llamó á sí el Señor el día 31 de marzo del año 632.

Fue enterrado como sus predecesores en la capilla destinada á este objeto, al lado del altar mayor de la iglesia de Santa Eulalia, en donde los sagrados restos de este y otros Santos quedaron olvidados por muchos años. En el de 1500, al hacer en aquella iglesia la obra dispuesta y costeada por los Reyes Católicos, se encontraron las cabezas y huesos de varios Santos, á quienes dió el Señor á conocer por los muchos milagros que por las reliquias obró, las cuales, metidas en un arca dorada, fueron depositadas con gran pompa y solemnidad en la capilla mayor de la misma iglesia.

---

---

## MES DE ABRIL

(Por D. Eustaquio María de Nenclares y D. Antonio Lopez-Gonzalez.)

### DIA 1.

San Venancio, Obispo y Mártir (1), y la Impresion de las llagas de Santa Catalina de Sena, *Italiana*.

### DIA 2.

San Francisco de Paula, Fundador, *Calabrés*, y Santa Maria Egipcíaca, de *Palestina*.

### DIA 3.

San Ulpiano y San Pancracio, Mártires, de *Judea*, y San Benito de Palermo, Confesor, *Siciliano*.

### DIA 4.

#### SAN ISIDORO, ARZOBISPO DE SEVILLA, ESPAÑOL.

El muy noble caballero Severiano, de calificado linage y de desahogada posicion, debida á sus considerables bienes de fortuna, vecino de la ciudad marítima de Cartagena, perteneciente á la provincia de Murcia, fue el padre venturoso de los llamados cuatro Santos de Cartagena, Leandro, Florentina, Fulgencio é ISIDORO, Santo de este dia.

---

(4) La biografía de este Santo corresponde al Apéndice.

Tanto el padre como los cuatro hijos profesaban la Religion cristiana: únicamente la madre, á quien unos llaman Turtura y otros Teodora, sin poderse asegurar cuál de estos era su verdadero nombre, ó si acaso tenia otro, como descendiente de godos, aceptaba la secta y seguia los errores de Arrio. Las ideas religiosas del padre y de los hijos escitaron la saña y la malevolencia del Monarca reinante á la sazón, Leovigildo, decidido partidario y protector de la heresia arriana; y Severiano, con toda su familia, fue desterrado de Cartagena. La madre, como arriana, pudo quedarse en su pais natal: pero la voz de la naturaleza, el cariño de su esposo y la pasion á sus hijos, la hizo preferir sin titubear el seguir la suerte que cabia á sus mas caras afecciones, consiguiéndose con esta persecucion el que ingresase en el gremio del cristianismo, aceptando de corazón y con verdadera fé la doctrina de Jesus. De modo que el destierro que debia mirarse como una desgracia, se convirtió en dicha, pues llevó al seno de aquella familia la paz, armonía y unidad de principios religiosos que les proporcionaba la Religion cristiana, cuyos dulces y consoladores preceptos observaba y seguia con el mayor acuerdo y uniformidad aquella perseguida é inocente familia.

El desasosiego, las penalidades, molestias y trabajos, consecuencia de la emigracion y destierro, resintieron y debilitaron en tanto grado la naturaleza de los padres de SAN ISIDORO, que apenas gozaron momento ni hora de salud en la ciudad de Sevilla, donde se refugiaron, y donde prematuramente sucumbieron, con el duelo y sentimiento de dejar á sus tiernos hijos solos y abandonados en el destierro, sin protector alguno ni pariente que mirase con ojos de piedad á aquellos cuatro huérfanos desconsolados.

Se ha puesto en cuestion el punto y ciudad donde vió la primera luz el inclito Padre SAN ISIDORO. Segun algunos Breviarios, y con especialidad el Cerratense, le hacen

natural de la ciudad de Cartagena, no queriendo que ninguna otra ciudad disfrute este alto honor: sin embargo, algunos escritores más modernos le hacen originario de Sevilla, asegurando nació en esta última ciudad despues del destierro de sus padres, apoyándose en que era el menor de los cuatro hermanos; pero el Breviario antiguo Hispalense sostiene habia nacido en Cartagena, y claramente lo afirma cuando dice: *Ex civitate Carthaginensi Provinciæ Hispaniæ originem duxit*. De todos modos, lo que puede asegurarse con toda certeza es que si el Santo no nació en Sevilla, por lo ménos se crió y educó en esta ciudad, donde vivió y murió; perdiendo buena parte del interés la controversia y las dudas acerca de la naturaleza del Santo, queriendo muchos naciese en Cartagena, é insistiendo otros haber nacido despues del destierro de sus padres, pues aun sin tener la certeza y las pruebas del punto en que nació, honró á las dos ciudades, entre las que se duda y disputa haber tenido aquel grande honor, á la una por el origen, y á la otra por la residencia y educacion.

Cual otro Benjamin era el hijo predilecto de aquellos amorosos padres, y desde la cuna fijaron su atencion, solitud y cuidados en aquel tierno infante, como si presagiasen que con el tiempo llegaria á ser tan Santo y eminente Prelado, nacido para el cielo, y para llenar al mundo con su nombre, virtudes y santidad.

La mayor prueba y demostracion de lo que llegaria á ser con el tiempo este varon escelso, es el prodigio referido por el autor de la vida del Santo, que precede al Cronicon manuscrito de D. Lúcas de Tuy, que se conserva en la biblioteca de la Santa Iglesia de Toledo, y publicada anteriormente por los Padres Antuerpienses con referencia al dia 4 de abril, en cuyo texto y en el Cerratense se lee: «Que habiendo dejado al Santo niño olvidado en el jardin la criada que le llevaba en brazos, viéronse y se observaron

acudir muchas abejas que entraban y salían de su boca, dejando labrado en su tierno cuerpecito un simétrico panal de miel, tomando en seguida vuelo y desapareciendo por lo alto, manifestando que su dulzura y sabiduría sería celestial.

Amábanle entrañablemente, no solo los padres, sino también á porfía sus hermanos, y con especial particularidad San Leandro, que confiesa era tan estremado el cariño que le profesaba, como si fuera verdaderamente hijo suyo: *Quem cum ego ut vere filium habeam*, etc.: y ciertamente fue el único consuelo que llevaron sus padres á la otra vida, el ver dejaban aquel niño, en que cifraban su dicha y grandes esperanzas, bajo el amparo de tres hermanos mayores, que no cedían á sus padres en el cariño que le tenían.

Constituido su hermano mayor Leandro en mentor y maestro, trató de dirigir y educar aquella tierna planta como correspondía á su sabiduría y santidad. Estaba muy versado en los escritos Sagrados de los Doctores de la Iglesia, pues como su padre gozaba de una posición desahogadísima en Cartagena, su país natal, se había esmerado en la educación de su primogénito, que á su aptitud unía una gran afición al estudio, especialmente á las letras sagradas.

A pesar de su carácter dulce y de su condescendencia con aquel hermano querido, el niño temió, como otros muchos, las amonestaciones y la sujeción, juzgándose al mismo tiempo no ser capaz para seguir los estudios y cultivar las ciencias; y así llegó un día que se emancipó, y huyó de aquella sujeción; pero la Divina Providencia le condujo á un sitio donde la misma naturaleza le enseñase lo que puede conseguirse con la constancia y una asidua aplicación. El caso, segun refieren los citados autores, que parecen ser los más antiguos, fue el siguiente: «Estando descansando

de su correría, próximo á un pozo, no muy lejos de la ciudad de Sevilla, observó una gran piedra socavada y con algunos agujeros, al mismo tiempo que un grueso madero encima del pozo, con ranuras muy hondas, admirando é ignorando la causa que habia producido aquellos efectos y deterioro en cuerpos tan duros y resistentes: á este tiempo llegó una mujer á sacar agua, é instado por la curiosidad la preguntó en qué consistia aquella destruccion en la piedra y en la madera: la buena y sencilla mujer le contestó que aquel desgaste y aquellos profundos hoyos en la piedra eran consecuencia del continuo goteo de las aguas, lo mismo que se habia verificado en el madero por el constante roce y ludimiento de la sogá. » Entonces, reflexionando y recapacitando la gran inteligencia del santo mancebo, é ilustrando Dios su entendimiento, hizo aplicacion de aquellos resultados á su actual situacion, deduciendo de aquel suceso que si las peñas y duros leños cedian al continuo embate de sustancias tan sueltas y blandas como el agua y el esparto, con mayor motivo podian las buenas doctrinas hacer impresion y fijarse en su cerebro si se aplicaba á su estudio con constancia y decision. Prontamente dió la vuelta á su casa, y firme en su resolucion, se entregó con el mayor ardor al estudio de toda clase de letras, con tal aprovechamiento, que, como dice San Braulio, no hubo ciencia en que no estuviese muy instruido, sabiendo manejar sus vastos conocimientos con tal oportunidad, que servian de enseñanza para toda clase de personas, tanto para los sabios y entendidos, como para los de poca capacidad, eligiendo, segun el lugar y las circunstancias, el estilo y el modo de cautivar á sus oyentes, pero siempre con tanta dulzura, erudicion y elocuencia, que, como se espresa San Ildelfonso haciendo su elogio, pasmaba á cuantos le oian, deseosos de volverle á escuchar repetidamente, por el deleite y fruicion que producía en las almas su grande

afluencia, su sencillo pero escogido lenguaje, y su suavidad y dulzura en el modo de expresarse.

Trasladado á mejor vida el esclarecido y gran Prelado San Leandro, su hermano mayor, era tal el renombre que ISIDORO se habia granjeado por sus sobresalientes méritos, tanto en ciencia y sabiduría, como en gravedad, prudencia y santidad de costumbres, que no hubo necesidad de deliberar para la eleccion de sucesor, no hallando el clero y el pueblo de aquella gran ciudad un sugeto más digno ni más idóneo que sucediese en la Silla á San Leandro que su menor hermano SAN ISIDORO, donde fue colocado prontamente con general aclamacion y aplauso, verificándose este feliz nombramiento para la Iglesia católica hácia el año de 599.

En cuanto tomó posesion de aquella Sede el glorioso SAN ISIDORO, se propuso gobernar su rebaño con gran prudencia, dirigiendo todos sus conatos á desterrar los vicios y malas costumbres que desgraciadamente cundian y se propalaban en aquella época, produciendo la mayor demoralizacion: pero conociendo en su alta sabiduría este varon entendido que la fuente y origen de aquellos graves males estaba en la falta de educacion, y en la más crasa ignorancia su consecuencia inmediata, fundó en Sevilla un Colegio que desde luego fue muy concurrido, donde acudian muchos jóvenes de su diócesi y aun de otras provincias, en el cual se les enseñaban las ciencias y las buenas doctrinas, guiándoles por la senda del deber y de la virtud. De esta acreditada escuela salieron varones tan aventajados, como lo fueron San Braulio y San Ildefonso, que despues llegaron á Prelados de Zaragoza y de Toledo, ambos encomiadores de su gran maestro SAN ISIDORO, á quien correspondieron con sus elogios como discípulos reconocidos.

Por este mismo tiempo era Obispo de Eciija su hermano

San Fulgencio, con el cual y con otros Obispos vino á Toledo en el año 610 á recibir al recién electo Rey Gundemaro, siendo el primero que suscribió el decreto de aquel Monarca, haciendo que la Santa Iglesia de Toledo fuese reconocida por única Metrópoli de la provincia cartaginense. Algunos autores afirman que SAN ISIDORO pasó á Roma con el fin laudable de renovar y continuar la estrecha amistad que su difunto hermano San Leandro había tenido con el Papa San Gregorio, en cuyo viaje y sucesos ocurridos á este gran Prelado mezclan ficciones y fábulas que agravan su memoria, cuya vida y memorables hechos se encargan de desvanecer todo género de calumnia. Igualmente es incierto que el Pontífice San Gregorio confirmase la elección de ISIDORO, pues en tiempo de los godos los Obispos electos de España no necesitaban más confirmación que la del Metropolitano ó de los Obispos Comprovinciales: del mismo modo, respecto á lo que se dice que San Gregorio le envió el pálio, no hay documento que lo justifique: por el contrario, consta que en aquel tiempo no se enviaba el pálio á todos los Metropolitanos, y ménos á los recién electos, pues á San Leandro, que es el único que tuvo esta honra entre los antiguos Prelados, no se le dió hasta los veinte años de su pontificado.

La prudencia y sabiduría de SAN ISIDORO ayudó en gran manera para que todo el reino se gobernase con buenas leyes y estatutos que se hicieron por su orden y dirección. Para reformar las costumbres y conservar la pureza de la fé, de la que siempre fue muy celoso, á instancia suya y por su orden se celebraron en Sevilla dos Concilios Provinciales: uno en el año 619, en el que manifestó su celo pastoral, y el torrente de sabiduría dogmática con que abatió y condenó la heregia de los Acéfalos, sostenida por un Obispo siro llamado Gregorio, segun San Braulio; pero

el Santo le convenció con tanta fuerza de razones y de textos de las Divinas Escrituras y de los Santos Padres, que abjuró públicamente de sus errores, viniendo en verdadero conocimiento de la luz resplandeciente de la fé, ganando aquella alma para el cielo.—De otro Sinodo se tiene noticia por la primera carta de San Braulio á SAN ISIDORO, en que supone haber procedido este Santo contra Sintario, mostrando deseos de ver estas Actas, pues suplicaba se las remitiese prontamente.—No adquirió menor fama el nombre de este Santo en el Concilio IV de Toledo, celebrado en esta ciudad en diciembre del año 633, presidido por tan ilustre Prelado, y que fue el tercero de Sisenando, en cuyo Cánón III se determinó que todos los años se celebrase Concilio, porque de esta omision nacia la corrupcion de costumbres, en cuya determinacion se echa bien de ver la mano de SAN ISIDORO y su modo de pensar acerca de un punto de tanto interés para la severidad de la disciplina eclesiástica y para la reforma del clero y del pueblo.

Estas y otras ocupaciones propias del oficio pastoral no le impidieron dedicarse á escribir muchas obras de gran saber y erudicion, haciendo fuese universal el nombre y la fama de este gloriosísimo Doctor, al mismo tiempo que otros libros de celestial doctrina, en que, unido á la piedad, resplandece el profundo conocimiento que tenia de las lenguas orientales, y lo muy versado que estaba en la historia antigua. Los Indices de estas obras constan y están consignados en los elogios que hicieron de su santo maestro San Braulio y San Ildefonso. Entre otras obras merece mencionarse la Coleccion de Cánones antiguos y legítimos, cuyo Indice propone *Constant* en el Proemio á las *Epistolas de los Papas*, núm. 141, que no pasa del Concilio IV de Toledo, presidido por el Santo, lo que obliga á reconocer la de aquel tiempo. Tambien es comun persuasion de los es-

critores sagrados, que dispuso el Oficio Gótico, conocido actualmente con el nombre de *Muzárabe*; así es que cuando hacen algunas citas, incluidas en los rezos propios de aquel Oficio, dan por autor al Santo. Otra de las obras más notables y que no espresan los Indices de San Braulio y San Ildefonso, es la publicada por Acheri con el título *De ordine creaturarum*.

Ilustrada la Iglesia con las numerosas obras religiosas que el Santo escribió, llenas de erudicion y escelentes doctrinas, en cuyos trabajos se le veia constantemente ocupado, y habiendo practicado y dado el ejemplo de las obligaciones en que se halla constituido un celoso y buen Prelado, lleno de méritos y virtudes, habiendo llegado á comprender se aproximaba el término de su carrera mortal, trató de prepararse y disponerse, á cuyo fin empezó ejerciendo su nunca desmentida caridad, repartiendo cuantiosas limosnas á los pobres con la mayor liberalidad, y cuyo piadoso ejercicio le ocupaba desde que salia el sol hasta que se ponía, por espacio de seis meses, dando por su propia mano de limosna todo cuanto le quedaba en su casa, en cuyo tiempo le acometió una fiebre molesta, acompañada de un malestar del estómago que no le permitia retener el alimento, y viéndose el Santo en tal peligro, acudió á la penitencia, segun la costumbre de aquel tiempo, enviando á llamar á sus dos sufragáneos, Juan, Obispo de Elepla, y Eparcio, Obispo de Itálica, varones muy recomendables por la santidad de sus costumbres, con los cuales, y acompañado de eclesiásticos, de Religiosos y de un numeroso y afligido pueblo, mandó le condujesen á la iglesia de San Vicente, y colocado junto á la barandilla del altar, ordenó que uno de los Obispos le vistiese el cilicio y otro le cubriese de ceniza, señales de gran penitencia, y en esta situacion, alzando las manos al cielo, exclamó:

«Vos, Señor, que sondeais los corazones de los hombres,

y os dignásteis perdonar al Publicano cuando heria su pecho; Vos, que resucitásteis á Lázaro despues de llevar cuatro dias enterrado, recibid en esta hora mi confesion, y alejad de vue stra vista mis culpas, que no tienen número; no os acordeis de mis maldades, ni de los delitos de mi mocedad, pues no intimásteis la penitencia á los justos, sino á los pecadores como yo, que pequé más veces que arenas tiene el mar. No permitais que el antiguo enemigo halle en mí cosa alguna que castigar. Sabeis, Señor, que desde que llevo á cuestras la carga de esta Santa Iglesia no he dejado de ofenderos; pero pues Vos mismo nos digisteis que en cualquier hora en que el pecador se aleje de sus malos pasos os olvidariais de sus maldades, escuchad mi súplica y perdonadme; porque si los cielos no son limpios á vuestros ojos, ¿cuánto ménos lo seré yo, que como agua he bebido los pecados?»

Así oró el humildísimo Padre, añadiendo con profundos gemidos el reconocimiento del *Domine non sum dignus*, al tiempo de darle los referidos Obispos la Comunion, recibiendo con sin igual devocion el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, pidiendo á todos perdon, y encomendándose á sus oraciones, exhortándoles al amor fraternal y santidad de costumbres. Despues mandó repartir á los pobres lo poco que le quedaba, y permitiendo que llegasen á besarle la mano, hizo le restituyesen á su pequeña habitacion, donde al cabo de cuatro dias, entre los gemidos y sollozos de los suyos, y el abundante llanto que casi todos los habitantes de la ciudad derramaban por su muerte, sin dejar cosa alguna de que pudiese hacer testamento, entregó su alma al Señor, subiendo su bendita alma á gozar de la patria celestial un jueves, dia 4 de abril del año 636, en que comenzó el reinado de Chintila, habiendo gobernado su Iglesia cerca de cuarenta años, como dice San Ildefonso.

Fue tan extraordinaria la aclamacion de su sabiduría y santidad, que al punto empezó á ser preconizado, no solo por sus santos discípulos Braulio é Ildefonso, sino por otros muchos Obispos y varones ilustres de aquella época. El Concilio VIII de Toledo, celebrado diez y siete años despues de su gloriosa muerte, le aclamó Doctor esclarecido de su siglo, nueva honra de la Iglesia Católica, posterior á los demás en la edad, más no inferior en la doctrina, siendo el más docto varon de los últimos siglos, y digno de que su nombre sea proferido con respeto y reverencia. En el siglo VIII inmediato renovó su memoria con los mayores elogios Isidoro Pacense, y el Metropolitano de Toledo Elipando le proclamó Doctor de las Españas, lucero del Occidente y antorcha de la Iglesia católica, siendo tanta su nombradía en el siglo IX, que no solo eran citadas sus obras con grande estimacion por los Obispos de Alemania y de Inglaterra, sino que escribiendo á estos Prelados el Papa Leon IV, aprobó la costumbre que habia en aquellas iglesias de atenerse al testimonio de SAN ISIDORO, como al de los Doctores San Agustin y San Gerónimo, en los casos extraordinarios no espresados por los antiguos Cánones.

La traslacion del cuerpo de SAN ISIDORO desde Sevilla á Leon se hizo por disposicion divina en tiempo del Rey de Castilla D. Fernando el I, el año de 1063, época en que lo era de Sevilla el Rey moro *Habeth*. Llevado aquel augusto Monarca de su singular piedad y su deseo por el engrandecimiento del culto de Dios y de sus Santos, quiso ennoblecer la córte de Leon con preciadas reliquias, cual lo era el cuerpo de SAN ISIDORO, á cuyo efecto entró en tratos con el Rey *Habeth* ó *Benabeth*, mandando al Obispo de Leon, llamado *Alvito*, acompañado de *Ordoño*, que lo era de Astorga, y del Conde *Munio*, con una buena escolta: vencidas algunas dificultades, se encontraron con la prin-

cipal, que era el ignorarse el punto donde reposaban las reliquias del Santo. Entonces recurrieron al auxilio divino preparándose con ayunos y oraciones por tres días, por ver si el Señor se dignaba revelarles el sitio en que se ocultaba aquel tesoro. Efectivamente, el Obispo Alvito tuvo la dicha de que en sueños se le presentase un venerable anciano, vestido de pontifical, diciéndole que la bondad Divina les concedía el hallazgo de aquella codiciada reliquia, y preguntándole el Obispo Alvito quién era el que así se le mostraba, le respondió: «*Yo soy el Doctor de las Españas, Prelado de esta ciudad, ISIDORO.*» Por otras veces se le apareció el Santo, y en la última le designó con indudables señales el sitio donde yacía su venerable cuerpo, añadiéndole que le serviría de la más verdadera muestra el que en cuanto se estrajera de la tierra su cuerpo enfermaría, y á muy poco se desprendería del suyo y pasaría á su compañía, cuyo vaticinio se cumplió al pie de la letra. Descubierta el sagrado tesoro, fue tanta la fragancia que exhalaba el bendito cuerpo, que todos quedaron confortados con aquel santo aroma. El Obispo Ordoño y su comitiva recogieron el cuerpo del Obispo de Leon y el del santísimo ISIDORO, y caminaron gozosos á Castilla con el tesoro franqueado por el cielo. El Rey Don Fernando le recibió con la suntuosidad y aparato que correspondía al huésped celestial que Dios le enviaba, mandándole colocar con el mayor respeto y decoro en la iglesia de San Juan Bautista, que en seguida fue consagrada en honor del Santo Doctor ISIDORO.—(L. G.)

## DIA 5.

*Santa Emilia, Romana.*

## SAN VICENTE FERRER, CONFESOR, ESPAÑOL.

SAN VICENTE FERRER, brillante y resplandeciente estrella de la Iglesia católica, vió la primera luz en la ciudad de Valencia, el día 23 de enero de 1357. Sus padres eran personas ilustres, muy conocidas por sus virtudes y honradez, tenían á Dios gran respeto y amor, y eran muy caritativos con los pobres, á los que con el mayor desprendimiento y liberalidad daban todo el sobrante de sus rentas. El padre era sugeto muy reputado, y fue escribano público de la ciudad. El Señor les concedió tres hijos, de los cuales el menor fue el renombrado y esclarecido Santo, cuya fiesta se celebra en este día: siervo escogido por Dios para realizar grandes empresas en su obsequio y para dechado de la cristiandad. Desde sus más tiernos años manifestó la solidez de juicio propia de un adulto, huyendo de las fruslerias y entretenimientos que son patrimonio de la infancia, consiguiendo el conservar pura y sin manchilla su conciencia y pensamientos. Su mayor recreo le cifraba con frecuencia en convocar á los de su edad, y desde un lugar elevado explicarles la doctrina cristiana, exhortándolos á profesar una vida santa: todo esto lo hacia con cierta gravedad, unida á una naturalidad y donaire tan piadoso, que desde entonces se presagiaba y traslucía la vehemencia y celo apostólico que despues ejercitó tan sobresalientemente en el ministerio de la predicacion.

Su gran capacidad y su alejamiento de toda mundana distraccion le favorecieron en gran manera para hacer rápidos y maravillosos progresos en los estudios, sobresaliendo entre todos sus condiscipulos, no solo en aplicacion

y aprovechamiento, sino en todo género de virtudes, especialmente en la honestidad: ninguno frecuentaba más las iglesias, ni ayunaba con tanto rigor, á pesar de sus pocos años: tres dias á la semana, y los viernes, se limitaba á pan y agua, cuya observancia guardó hasta el último dia de su vida. Oía con la mayor atencion la palabra de Dios, no concurriendo á los sermones por mera curiosidad ó pasatiempo, ni por hacer cargo de la mayor ó menor suficiencia del predicador, sino por impregnarse cada vez más en las santas doctrinas de la fé católica; celebraba infinito que todos alabasen é implorasen á la Virgen María; del mismo modo que cuando oía ó leía algunos de los hechos de la Pasion de Cristo no podia contener el llanto. Jamás quiso amistad ni trato con gentes de dudosas costumbres, temiendo que su comunicacion le entibiase en el fervor de la santa vida á que iban encaminadas todas sus aspiraciones. A esta virtud y recato unia VICENTE en el más alto grado la de la caridad, siendo indecible su amor y aficion á los pobres y afligidos, en lo cual se echaba bien de ver la senda que le habian mostrado sus virtuosos y caritativos padres. Nunca mostró su semblante señales de enfado, y mucho ménos de cólera; huyendo de toda disputa y porfia, á pesar de ser de agudísimo ingenio, sobresaliendo en modestia y mansedumbre, y evitando siempre el ofender ó dar pesar con sus palabras.

A los diez y ocho años de su edad, y habiendo terminado los cursos de filosofia y teología, tomó el hábito de la Orden de Predicadores en el Convento de Valencia, que era su mayor deseo, con gran contentamiento de sus padres, distribuyendo en limosnas toda la parte de hacienda que le correspondia. En cuanto ingresó en el Convento, á pesar de ser nuevo en la Orden, aun los Religiosos más antiguos se miraban en aquel mancebo como en un espejo de perfeccion cristiana. Era tan enemigo de la ociosidad, que

siempre se le hallaba en oracion ó estudiando, ó bien cantando en el coro con gran fervor y sentimiento; en los oficios de la obediencia era puntualísimo; dormía poco, yaun comía ménos; á los Superiores trataba con veneracion, y á los demás como hermanos, con amor y confianza, siendo tal su humildad, que se consideraba indigno de vestir el hábito de Santo Domingo. Fue lector de artes, adquiriendo sus discípulos gran instruccion y aprovechamiento espiritual: en aquel tiempo empezó su predicacion, y desde los principios era tal su fama, que desde largas distancias venian innumerables personas á oír la palabra de Dios expresada por este predilecto siervo suyo; siendo enviado á Barcelona á muy poco tiempo con aquel destino, en donde con su ejemplo y fervorosa predicacion ganó para el cielo muchas almas, habiendo aumentado el crédito de su santidad por haberse cumplido un anuncio suyo, pues careciendo la ciudad de subsistencias, y próxima á sufrir el conflicto del hambre, les manifestó no se afligiesen, pues estaban para llegar unas naves cargadas de trigo que nadie esperaba, y mucho ménos estando el mar tan alborotado y borrascoso, cuya profecia se cumplió exactamente. De Barcelona pasó á Lérida, cuya escuela estaba muy floreciente, y SAN VICENTE se perfeccionó en las ciencias eclesiásticas con la comunicacion que tuvo con aquellos grandes maestros; leia frecuentemente las obras de los Padres, y llegó á saber de memoria toda la Sagrada Escritura, pues siempre la estaba estudiando y consultando.

En el año 1384 tomó en Lérida el grado de Doctor, y obedeciendo á sus Prelados, regresó á Valencia, donde enseñó teología con indecible reputacion. Sirvió al Cardenal Pedro de Luna, Legado de Clemente VII en España, acompañándole á muchas poblaciones donde dejaba siempre señales de su paso, con su apreciada, ardiente y fervorosa predicacion. Cuando el Cardenal volvió de Aviñon, donde

residia el Pontífice, se separó SAN VICENTE y dió la vuelta á Valencia en 1394, emprendiendo con nuevo ardor la conquista espiritual de los fieles; pero el enemigo de las almas le preparaba mil lazos para hacerle caer en algun pecado que escandalizase la ciudad y le desacreditase. Entre otros fue uno el inspirar á una mujer libre una vehemente pasion al Santo, valiéndose del ardid para que se le acercase fingirse enferma, y con el pretexto de confesarse llamó á SAN VICENTE y le declaró su torpe deseo: el Santo se retiró al punto, despues de reprenderla severamente su feo delito. Igual victoria alcanzó de una mujer que de intento introdujeron en su celda algunos envidiosos de su virtud; pero sufría con firmeza y valor estos acometimientos, armándose con la oracion y la mortificacion de sus sentidos, velando todas sus acciones, pues temia su flaqueza, y temblaba las ocasiones de pecar. El Antipapa Pedro de Luna, que se titulaba Benedicto XIII, le llamó y nombró Maestro del Sacro Palacio, y aun quiso hacerle Obispo y Cardenal, á lo que el Santo se resistió siempre. Trabajó mucho para que se acabase aquel cisma que tanto afligió la Iglesia, doliéndose infinito de la gran corrupcion de costumbres que aquel estado de cosas producía, y se iba estendiendo por toda la cristiandad; y así, animado de superior celo, y en calidad de misionero apostólico, determinó predicar la palabra de Dios por todas partes, y anduvo de esta suerte por muchos reinos de Europa, sufriendo muchos trabajos y penalidades. En todas las poblaciones le precedía su gran fama, y el concurso de su auditorio apenas cabía en los templos ni en las plazas, por espaciosas que fuesen. En sus peregrinaciones apostólicas observaba un género de vida ejemplar; solamente dedicaba al sueño cinco horas de la noche; las demas las empleaba en estudiar, rezar y meditar: por las mañanas, se confesaba, y despues cantaba la Misa, como si fuera fiesta solemne, con gran de-

vocion y detenimiento, derramando en el Cónon copiosas lágrimas; en seguida predicaba con su acostumbrado fervor, en un estilo sencillo, para que fuese comprendido aun de los más rudos; pero aquella sencillez nunca degeneraba en bajeza, ajena al decoro con que debe espresarse la divina palabra. Despues de predicar, se dedicaba á la asistencia y curacion de los enfermos. Estas santas prácticas sirvieron en gran manera para la conversion de muchos moros y judíos, á los cuales hablaba con la mayor franqueza y persuasion en sus sermones, demostrando á los primeros los errores de su secta, y á los segundos la falsa creencia en que estaban esperando al Mesias, que por ellos y por todos se habia dejado crucificar en Jerusalem.

Hablaba á los pecadores al alma, y con la mayor elocuencia, mostrándoles la proximidad del juicio de Dios, su severidad con los contumaces, la actividad del fuego eterno preparado para los malos, y otras muchas verdades que, espresadas por su boca, obraban maravillas en los corazones de los que perseveraban en el pecado, no haciendo distincion en sus amonestaciones de grandes y pequeños, pobres y ricos, midiendo á todos con la misma vara. El Señor premiaba su santo celo, haciendo que sus correcciones fuesen bien recibidas, honrándole todos á porfia, siendo voz general que VICENTE era un ángel del cielo enviado por el Ser Supremo para enmendar la desmoralizacion del mundo. Se vió este valor apostólico en el siervo de Dios particularmente cuando subió al trono el Rey D. Martin de Aragon, recordándole por escrito las desastradas muertes de su padre D. Pedro, y de su hermano D. Juan I, para que escarmentase en estos castigos visibles del cielo, y con su conducta templase al Altísimo por los delitos de sus mayores, amenazándole con el azote de la ira de Dios si así no lo hacia. El Rey recibió muy bien aquella misiva, y obedeció sus consejos, satisfaciendo el daño que hizo su padre á

la iglesia mayor de Tarragona, honrando siempre á aquel Santo venerable, y observando fielmente, mientras vivió, su doctrina y advertencias.

En el trato de su persona fue sobremanera rígido: mientras vivió en la Orden no comió carne sino forzado por la necesidad: ordinariamente se contentaba con una pequeña ración; mezclaba mucha agua al poco vino que bebía, y por espacio de cuarenta años ayunó todos los días, salvo los domingos y cuando estaba enfermo. Comunmente dormía vestido sobre algunos sarmientos, guardando exactamente la Regla y las Constituciones de la Orden, agregando á su cumplimiento ásperas penitencias, que parecían insoportables en quien tenía una vida tan laboriosa. En cualquiera parte donde comía se hacía leer la Santa Biblia, observando siempre un religioso silencio, de cuya virtud fue observantísimo; así era que no había novicio en la Orden que tanto temiese quebrantar aun las más insignificantes ceremonias: en la obediencia era sumamente escrupuloso, sabiendo bien cuánto gana el Religioso obediente, y cuánto pierde el que no lo es. Su estremada pobreza confunde y avergonzará eternamente á los que en la profesion Religiosa buscan la comodidad y el regalo: nunca tuvo más que una saya, un escapulario y una capa de lana vasta, con arreglo á las prescripciones de la Orden: fuera de las cosas necesarias para la vida, no recibía ni permitía que ningun compañero suyo admitiese ninguna dádiva, y mucho ménos metálico.

Su castidad era ejemplar y espejo donde debían mirarse todos los amantes de la pureza y honestidad: treinta años estuvo sin verse otra parte de su cuerpo que las manos, recatándose del trato con mujeres, y solo en los casos en que se veía obligado por necesidad ó por caridad: en mirar, en oír, y en el uso de los demás sentidos era muy cauto y recatado: contra la vanagloria y el amor propio vivió siem-

pre muy precavido: antes de entrar en alguna poblacion, sabiendo por esperiencia que el clero y el pueblo le salian á recibir procesionalmente como si fuera á San Pablo, se preparaba contra este tormento para él con oracion y lágrimas: cuando empezaron á tratarlo con aquella reverencia los reprendió severamente, diciendo que aquellas manifestaciones eran una especie de idolatría con la que le hacian sufrir y padecer sobremanera, y mucho más con cortarle la ropa y honrarle de aquel modo, y así es que huia de las solemnes entradas en los pueblos; pero por fin hubo de ceder, considerando que la honra que le dispensaba la gente principal influia en el aumento de la devocion y en el aprovechamiento de cuantos le oian.

El gran ascendiente que gozaba SAN VICENTE por su doctrina y santidad, le hacia ser muy amado y reverenciado de toda la Iglesia, juzgándose dichoso el que tenia el logro de oirle predicar, y mucho más el que alcanzaba su direccion ó consejos en negocio propio. Apenas hubo en su tiempo asunto grave, especialmente en las cosas públicas, para cuya determinacion no fuese buscado. En las disensiones que á fines del siglo XIV hubo en Valencia entre los Obispos y las Ordenes mendicantes, aun despues de sentenciada esta causa por el Cardenal D. Jaime de Aragon, no se dieron por contentas las partes hasta que, puesta en manos de SAN VICENTE, recibieron de él leyes y capitulaciones para que á nadie se hiciese agravio.

Aun más sobresalió su santa prudencia en la eleccion del Infante D. Fernando de Castilla como Rey de Aragon, suceso de los más señalados de aquella época. Habia muerto sin herederos el Rey D. Martin de Aragon, ordenando en su testamento le sucediese en el reino aquel á quien los Estados y los Grandes juzgasen le correspondia: no resultó acuerdo, por ser muchos los que se creian con derecho á aquella Corona, originándose de esta desavenencia

trastornos y aun asesinatos, siendo uno de los más sensibles el del Arzobispo de Zaragoza, Prelado que, llevado de la mejor intencion, trabajaba por que se declarase con justicia la sucesion del reino. Los Parlamentos y Juntas, en obsequio á la paz, adoptaron el medio de nombrar nueve personas graves, tres por cada reino, que, reunidas en el castillo de Caspe, hicieran la eleccion, debiendo ser ésta acatada por todos. Dos de los nombrados por Valencia fueron D. Bonifacio Ferrer, Prior general de la Cartuja, varon muy celebrado, de singular religion y doctrina, y su hermano SAN VICENTE, á cuya diligencia se debió en gran parte la pacífica decision de aquel árduo é interesante asunto. Es indecible lo que SAN VICENTE trabajó, y la prudencia con que unió á los discordes; y seguramente lo envió el Señor para que serenase aquella borrasca. Aragon y Cataluña confiesan deber al Santo el feliz éxito de esta causa, presagio de la union de ambas Coronas, como se realizó poco despues en tiempo de los Reyes Católicos.

— Todavía fue mayor si cabe el trabajo y celo que desplegó para hacer que terminase el cisma que por entonces afligia á la Iglesia. Grande y lastimosa era la perturbacion que existia por tan sensible causa entre los mismos fieles: estaba abierto y facilitado el camino de perdicion de los vicios: los malos aprovechaban aquella licencia para corromper á los buenos, y desde los tiempos de Arrio no se vió la Iglesia tan combatida por tan contrarios elementos. SAN VICENTE no descansó, é hizo cuanto pudo por devolver á la Iglesia la deseada paz, consiguiendo inclinar el ánimo del Rey D. Fernando de Aragon, á que tanto este Monarca como sus reinos negasen la obediencia á Benedicto XIII, que, con escándalo de toda la cristiandad, habia revocado lo que tantas veces prometió por su boca, no queriendo renunciar sencillamente al Pontificado, como lo habian hecho ya Gregorio XII y Juan XXIII con alabanza y

gloria de su nombre. El Santo se halló y predicó en la solemne publicacion de este real decreto, que lo fue en la fiesta de la Epifanía del año de 1416, siendo la mayor autoridad de aquella determinacion el haber intervenido en su publicacion tan santa y venerable persona.

Predicando una vez en Ayllón, rogó al Rey D. Juan II, á la Reina y á la Infanta que mandasen separar los cristianos de los judíos y los moros, cuya inmediata comunicacion producía graves é incalculables daños á la cristiandad, y así se puso por obra en la mayor parte de las ciudades y villas de estos reinos, ordenándose entonces, dice el Cronista del Rey D. Juan II, que los judíos llevasen tabardos con una señal bermeja, y los moros capuces verdes con una luna clara, para que así pudiesen ser conocidos de todos. Igualmente, atendiendo á sus vivas instancias, se tuvo el año 1414 la célebre Congregacion de Tortosa, donde, á presencia del Papa y de los varones más señalados de aquel tiempo, disputaron los judíos con los cristianos acerca de varios puntos de religion, siendo su consecuencia y el resultado del triunfo de la fé católica el convertirse más de tres mil judíos.

En los viajes Apostólicos que emprendió el Santo por gran parte de Europa, encontró mezclada mucha cizaña de errores y de vicios con la limpia mies de la virtud y de la buena doctrina. En una carta que desde Ginebra escribió al General de su Orden, despues de referirle los muchos males que había visto, y por desgracia presenciado, hablando de sus causas, se espresa con estas notables palabras: «De esto podeis considerar, Rmo. Maestro, cuánta culpa sea de los Prelados de la Iglesia y de otros que de oficio ó de profesion están obligados á predicar á los tales, y quieren más estar descansando en las ciudades y villas principales que acordarse de sus ovejas; pereciendo las almas, que por salvarlas murió Cristo Nuestro Señor, por

falta de mantenimiento espiritual, por no haber quien á los pobrecitos se lo corte. La mies es mucha y los obreros pocos, por lo cual ruego al Señor de estas mieses que envíe obreros á su heredad.» Así pensaba aquel Varon Apostólico de la estrecha cuenta que han de dar á Dios los que por desidia ó por capricho, ó bien por antojos y miedos imaginarios, permanecen encerrados en su retiro, y dejan de velar sobre las ovejas de que son Pastores, ó descansan en la persuasion de que otro las visite y predique, haciendo con el rebaño los demas oficios de ganadero que á ellos ha encargado el Señor, si son por El llamados á desempeñar este destino.

La importante y justa idea que tenia formada SAN VICENTE de cuánto vale y cuán meritorio es un alma redimida por Cristo, le sacó y le hizo abandonar el rincón amado de su celda, y le hizo andar de pueblo en pueblo, y casi toda su vida por reinos estraños, sin reparar en riesgos ni en penalidades, pasando muy grandes trabajos; pero así tambien le salió perfectamente la cuenta, pues sobre sus sermones echaba Dios la bendicion, convirtiéndose á consecuencia de su vehemente y enérgica palabra gentes muy perdidas, contándose muchos millares de judíos y de moros, que en fuerza de su elocuencia abrieron los ojos á la verdadera fé. Habiendo cumplido con sublime constancia el fin que se propuso con sus vastas misiones, el Señor dispuso llevarsele, satisfecho de los abundantes frutos que le habia proporcionado este siervo suyo. Estando en Francia, inmediato á Vannes, bien fuese por la vejez ó por la fatiga causada de las tareas no interrumpidas por tantos años, contrajo una gran debilidad, que apenas le permitia tenerse en pie. Alarmados sus compañeros, y viéndole en aquel estado, le rogaban que poco á poco regresasen á Valencia, para morir en aquella ciudad querida; más SAN VICENTE, como era de un carácter muy franco, no sabien-

do tampoco negarse, condescendió con su ruego, y así lo tenía determinado, hasta que, entendiendo ser voluntad de Dios que muriese en Vannes, hizo que le llevasen á esta ciudad; en ella predicó, despidiéndose de sus moradores, y rogándoles que nunca olvidasen lo que les tenía enseñado. Ultimamente, conociendo que se acercaba su término mortal, redoblando los afectos devotísimos de su corazón hacia el Señor, recibidos los Santos Sacramentos, dotado de espíritu de profecía, esclarecido con muchos y muy notables milagros, habiendo sufrido con heroica paciencia los dolores y agonías de su penosa enfermedad, en el día que había anunciado, que fue el 5 de abril del año 1419, después que le leyeron la Pasión de Cristo, y rezó los siete Salmos Penitenciales, entregó su espíritu al Señor. Su bendito cuerpo fue enterrado en la iglesia catedral de Vannes por disposición de su Obispo y del duque de Bretaña. Tuvo la gran satisfacción y el gozo de dejar acabado el cisma, falleciendo después que Martín V había sido canónicamente electo en el Concilio de Constanza. El Pontífice Calixto III, natural de la ciudad de San Felipe de Játiva, le puso en el número de los Santos Confesores.

En medio de las tareas de continua predicación, escribió SAN VICENTE algunos tratados, un libro intitulado *De las Suposiciones*, que el P. Juan de Marieta dice haber visto manuscrito en la librería antigua del Convento de San Estéban de Salamanca: otro libro grande de materias morales que se llama *Distinciones Morales*: otro que se guarda manuscrito, en pergamino y papel, en la Cartuja de Scala Dei, en el Arzobispado de Tarragona, con el título: *Tratado muy útil y consolatorio en las tentaciones acerca de la fe*. También escribió en latin un excelente *Tratado de la vida espiritual*, del cual decía San Luis Bertran que en ningún libro había hallado retratadas tan al vivo las virtudes como en este libro que se publicó á principios del siglo XVI, tra-

ducido al castellano por órden del Cardenal Jimenez, Arzobispo de Toledo, y luego lo volvió á traducir con mayor claridad, y le adornó con un estenso comentario el P. Fray Juan Gavaston, del Orden de Predicadores, y lo imprimió en Valencia el año 1614. Dicen que es tambien de SAN VICENTE un *Tratado del Santo sacrificio de la Misa* que corre en su nombre, escrito en lengua lemosina. La carta que escribió á Benedicto XIII, dándole cuenta de su predicacion apostólica, se halla en la Cartuja de Val de Cristo, escrita de mano del Monge Fray Andrés Martin, discípulo del Santo. Otra carta escribió al General de su Orden, Juan de Podionucis, otra al Rey D. Fernando de Aragon, y dos al Infante D. Martin, hijo de D. Pedro el IV, que entonces era duque de Segorbe, y despues le sucedió en el trono del reino de Aragon.—L. G.

#### BEATA CATALINA DE TOMAS, ESPAÑOLA.

En la amena villa de Valdemusa, territorio de la isla de Mallorca, nació en el año de 1533 esta admirable virgen española. Fue la última de los siete hijos que tuvieron sus padres, Jaime Tomás y Marquina Gallard, más ricos de virtudes que de bienes de fortuna. Por regla general distinguen los padres con mayor afecto al hijo más pequeño, sin duda porque la naturaleza inspira la proteccion en favor del más débil, y los padres de CATALINA, no saliendo de la regla general, consagraron á su última hija mayor predileccion y cariño; pero en CATALINA habia circunstancias especiales que forzosamente tenian que producir mayor afecto, hermanado con extraordinaria admiracion.

Un hecho de la infancia de esta Beata consignado en la historia, bastará para apreciar lo legitimo de la predileccion de sus padres, y de la celebridad que acompañó á su nombre desde los pocos meses de hallarse en el mundo.

Sin percibirse la menor alteracion en su salud, y sin

interrumpir ni por un momento la dulzura de su amable rostro, dejaba de mamar algunos dias. Tratando de inquirir la causa de este hecho para combatirla antes de que pudiera dar lugar á alguna seria enfermedad, se dedicaron sus padres y un médico á una constante observacion. Su salud no se alteraba, y la intermitente desgana continuaba; y habiendo apuntado los dias, resultó ser siempre en viernes cuando la niña no tomaba el pecho de su madre. Pusieron en accion los más eficaces medios; pero ningudo bastó para que la niña tomase ninguna clase de alimento en viernes, persuadiéndose entonces los padres, los médicos y todos los habitantes de la villa de que aquella desgana era obra celestial; era una innata disposicion á la abstinencia y al ayuno en los viernes, que guardó toda su vida.

Tan admirable circunstancia colocó desde la infancia á la BEATA CATALINA en la categoria de los seres prodigiosos, categoria de que no descendió ni un momento, pues á un portento seguia otro, y á una maravilla otra maravilla. Apenas sabia pronunciar bien, y habiéndola dislocado su madre un brazo por una casualidad, acudieron inmediatamente los médicos, y cuando se disponian á operar para volver el brazo á su centro, pidió la niña una estampa de la Virgen, y rogó que se la pusieran sobre el brazo, que instantáneamente quedó curado, ágil y sin la hinchazon que comenzaba á presentarse cuando llegaron los médicos.

Asombrado Satanás de tan portentosa criatura, y temiendo que con su ejemplo fuese constante guia de virtudes, colocando en el camino de la salvacion muchas almas que él tenia ya marchando por la senda de la perdicion, determinó combatir aquel tierno pecho, presentándola unas veces adornos, galas, alhajas, escenas deslumbradoras para la mundana vanidad, y otras veces tratando de aterrarla con espectros y sanguinarias escenas; pero todo fue inútil: arrodillada, con las manos cruzadas é implorando la protec-

cion de la Madre del Salvador, la tierna CATALINA, á los seis años de edad, derrotaba á Luzbel y á su infernal ejército.

Quiso el Señor distinguir á esta admirable criatura visitándola en su retirada estancia, y se la apareció del mismo modo que estuvo en la Cruz. Conmovido hasta lo más profundo su corazón, contempló CATALINA al Divino Jesús crucificado, que permaneció largo rato en su presencia, dirigiéndola por fin con amoroso acento estas palabras: *Hija, tú has de ser mia; pero mira cuánto me cuestas.* Desapareció el Señor, y CATALINA quedó anegada en piadoso llanto, sintiéndose desde entonces tan dispuesta y esforzada para sufrir por Jesús toda clase de trabajos y tormentos, que cuantos se la presentaron en el resto de su vida la parecieron leves y ténues, recordando la muerte y Pasión del Salvador del mundo.

Una aguda enfermedad llevó en pocos días al sepulcro al padre de CATALINA, al que siguió muy en breve la madre, quedando huérfana la Santa niña á los siete años de edad. Con este motivo pasó á vivir en compañía de unos tíos que habitaban una granja de su propiedad, á una legua de distancia de Valdemusa. Bartolomé Gallardo y María Tomasa eran los nombres de los tíos, que en cambio del sustento que daban á la pobre huérfana la atormentaban de continuo, sin contar con el excesivo trabajo que diariamente la encomendaban. Bartolomé era de un carácter duro, muy irritable y poco devoto, y le disgustaban las piadosas inclinaciones y prácticas de CATALINA; y su mujer María Tomasa, poco devota también, muy vanidosa, y con el constante afán de lucir y figurar entre sus vecinas, á quienes consideraba en todo muy inferiores á ella.

Inmenso cúmulo de penalidades y disgustos tuvo la huérfana en esta morada; pero recordando constantemente la Muerte y Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, todo lo

llevaba con la paciencia y resignacion que hubiera podido emplear el más heróico Santo. Sin descuidar ni un momento las ocupaciones de su obligacion, las desempeñaba rezando de continuo, y por la noche, dando muy poco descanso al cuerpo, pasaba muchas horas de rodillas en santa contemplacion.

Obedeciendo á una idea que hacia algun tiempo la habia sugerido su piadosa mente, determinó consagrarse esclusivamente al servicio de Dios tomando hábito de Religiosa; pero ofrecíasele la dificultad de no contar con medios para poner en ejecucion su santo pensamiento. Necesitaba quien la aconsejase y le indicase la manera de llevar á cabo su propósito, y como con nadie absolutamente tenia relaciones ni confianza, y á sus tios no se atrevia á decirles nada, pasaba las noches enteras en oracion, pidiendo al Señor y á su Santa Madre que la iluminasen y enseñaran el camino para llegar al fin deseado. Estando una noche orando se le vino á la imaginacion un venerable sacerdote llamado Pedro de Castañeda, que habitaba en una ermita dedicada á la Santísima Trinidad, sita en la eminencia conocida con el nombre de Miramar, que gozaba en toda la isla de Mallorca de gran fama de prudencia y virtud; y creyendo CATALINA que la Divinidad le indicaba aquel Santo varon para protector y consejero, determinó ir una noche á consultarle. Hizolo así efectivamente, y dejó admirado á Castañeda con sus luces, infinita piedad y acendrado amor á Jesus y á su Madre; más aunque al Santo ermitaño le pareció verdadera y firme la vocacion de CATALINA, la aconsejó que lo pensase todavía algunos dias, mientras él pensaba tambien lo que debia hacerse, pues su corta edad de trece años era un gran inconveniente para la pronta realizacion de su deseo.

Regresó CATALINA á casa llena de gozo por la proteccion con que ya contaba del Santo ermitaño, deseando

con la mayor ansia trascurriese el tiempo prevenido por Castañeda para volverle á ver. Llegó por fin el anhelado día, y la dijo el Santo ermitaño: «He diferido manifestarte mi dictámen hasta consultarlo con el Señor, y me parece que tu vocacion es inspirada de Dios, quien te llama al retiro de los claustros religiosos para que te ocupes en su santo servicio, por lo que yo te ofrezco mi proteccion, bajo el seguro que no te desampararé hasta ver cumplidos tus deseos.» Inesplicable es el gozo que poseyó el corazon de CATALINA, gozo que, continuando cada dia en aumento, no pudo ocultarse á sus tios, que, enterados de la causa, se manifestaron decididamente contrarios al proyecto de su sobrina, calificando su vocacion de holgazaneria y de deseo de huir del trabajo.

Grande oposicion encontró Castañeda en los parientes de CATALINA; pero su paciencia, santidad y prudencia los fueron venciendo, y por fin logró que le entregasen la jóven, á la cual llevó á Palma, depositándola en casa de un noble caballero de su confianza, llamado D. Mateo Zaforteza, para que allí permaneciese mientras aprendia á leer y escribir, requisitos indispensables para entrar en un Convento.

Bien pronto conoció Zaforteza y toda su familia que Castañeda habia quedado muy corto en la relacion de las virtudes y relevantes dotes que adornaban á su Santa jóven protegida, y todos la dispensaban el más respetuoso afecto y el más sincero cariño, esmerándose á porfia en cuidarla y asistirla en una gravisima enfermedad que tuvo á poco tiempo de entrar en su compañía.

Los buenos deseos que animaban al venerable Pedro de Castañeda en favor de CATALINA le hicieron creer sumamente fácil reunir entre las piadosas personas de la Isla limosnas bastantes para la dote que necesitaba; pero se desengañó tristemente de que no á todos animaban los

sentimientos que á él, y se encontró con que no podia contar sino con suma tan insignificante que no merecia ni hablarse de ella en ningun Convento. En su virtud determinó dirigirse á las Superiores de los tres Conventos de Monjas que habia en la Isla, y haciéndolas presentes los deseos y virtudes de la pretendiente, rogar que la admitieran sin dote. Dirigióse primero al Convento de Santa María Magdalena, del órden de San Agustín, pero nada consiguió, porque la Superiora le dijo que el Convento se hallaba muy atrasado y no podia aumentar la Comunidad sin la ayuda del dote. Iguales diligencias practicó, y con iguales resultados, en los Conventos de San Gerónimo y de Santa Margarita, recibiendo un grave sentimiento con la negativa, que afligió lo que puede presumirse á CATALINA. Esta, sin embargo, humilde siempre, se conformó con la voluntad del Señor, resignándose á esperar su auxilio para llevar á cabo su proyecto, al que de ningun modo renunció por estas contrariedades. El Señor, que sin duda por aquilatar más la paciencia y virtud de su sierva habia permitido las negativas de las Superiores de los tres Conventos, dispuso al cabo de poco tiempo las cosas y los pensamientos de distinto modo, pues apreciando debidamente las Religiosas del Convento de Santa María Magdalena el alto honor que les proporcionaria el contar una Santa en su Comunidad, comisionaron á su confesor, el Doctor Don Rafael Bonet, para que pasase á ver á Castañeda y le manifestase que con el mayor gusto y complacencia recibirian sin dote á CATALINA. Con el más profundo agradecimiento fue admitida la proposicion de las Religiosas Magdalenas, y aun no se habia retirado el Doctor Bonet, cuando llegaron otros dos comisionados, uno de las Monjas Gerónimas y otro de las Margaritas con igual proposicion que el de las Magdalenas; pero tanto por haber dado ya la contestacion Castañeda, quanto porque la Regla de la Comuni-

dad era más del agrado de CATALINA, quedó resuelta su entrada en el primer Convento.

Con un gozo que la humana pluma no puede absolutamente espresar, tomó el hábito la Santa jóven el año de 1552, contando diez y nueve de edad.

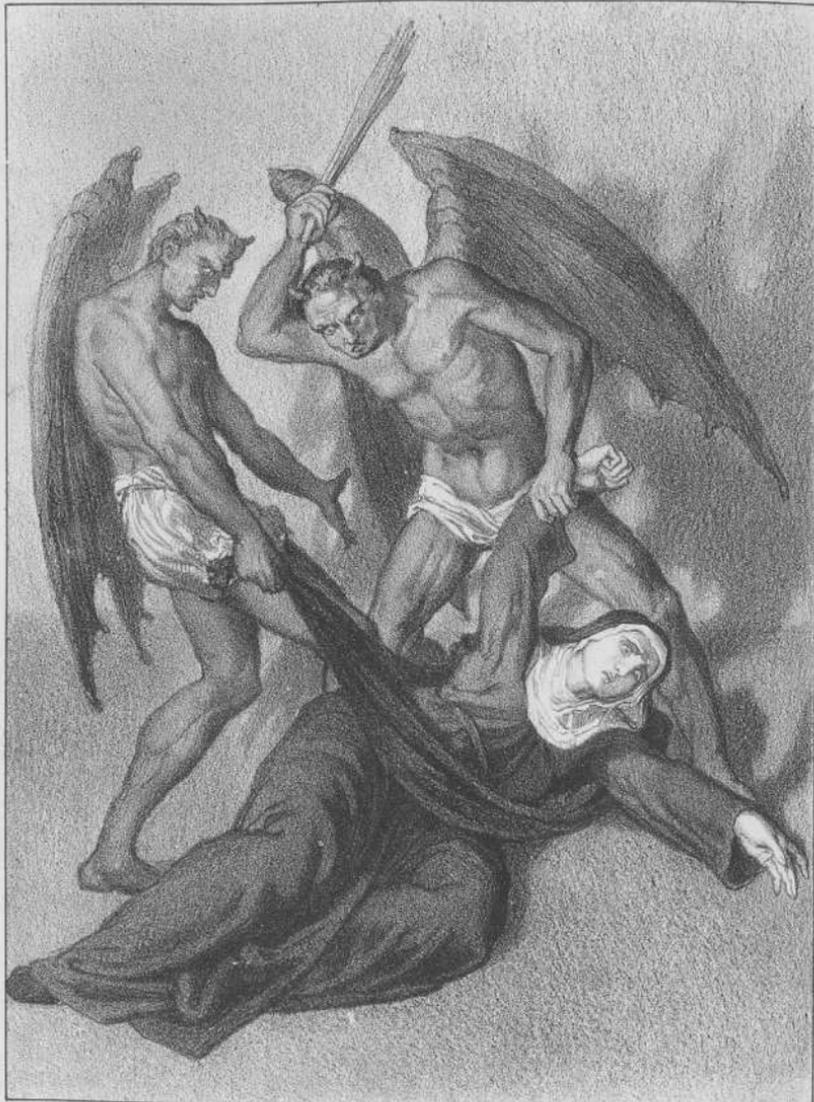
Tarea por demás larga sería el pintar á la fervorosa novicia en todos sus actos de humildad, penitencia, contemplacion y de asiduidad incansable en el trabajo encomendado á las nóvicias. Su ejemplar y admirable vida era la admiracion de toda la Comunidad, que unánime conservaba el sentimiento de haber retardado un solo dia el tener en su seno tan ejemplar compañera.

En 1553 hizo su solemne profesion, y cuando creian todos que no podia avanzar más en la senda de la perfeccion religiosa, se vió que sus humildes y penitentes prácticas de novicia no habian sido más que como ensayos de la perfeccion á que caminaba, especialmente en acendrado amor á Jesus, á su Santísima Madre, y á Santa Catalina, Mártir, de la que era especialísima devota. Llenas de admiracion notaron las Religiosas que era tal el fervor de la oracion de CATALINA, y tal su abstraccion y apartamiento del mundo cuando elevaba su espiritu al Señor, que arrobada en admirable éxtasis quedaba con la vista fija, é inmóvil todo su cuerpo, sin dar la más leve señal de vida: sin ver, sin oír y sin tomar alimento en muchas horas. Crecia la admiracion y asombro de la Comunidad porque los éxtasis iban aumentando su prodigiosa duracion, llegando hasta la de quince y veinte dias enteros sin la menor interrupcion, y por consiguiente sin tomar durante ellos alimento ninguno.

«Supo el Illmo. Sr. D. Diego Arnedo, Obispo á la sazón de Mallorca, uno de los Prelados más célebres que ha tenido la Iglesia de España, aquellos trasportes extraordina-



# SANTORAL ESPAÑOL.



Dib.<sup>o</sup> Barcala.

Lit.<sup>a</sup> de Escarpizo.

BEATA CATALINA DE TOMÁS.

rios, de cuya duracion habia tan pocos ejemplares en la historia, y creyéndose obligado á examinarlos por sí, dió orden para que se le avisase cuando la Sierva de Dios estuviese arrebatada. Hizose así, y mirando á CATALINA con el cuidado más escrupuloso, quedó lleno de admiracion al ver aquel prodigioso espectáculo que arrebatava la atencion de los presentes. Preguntó á las Religiosas que si contestaba cuando la hablaban en estos casos, y respondieron que no, á no ser que la hablase la Priora; solicitó probar Su Ilustrisima si respondia tambien á él, y haciéndola varias preguntas á todas contestó con admirable acierto. Valióse, además de esto, de cuantos medios le sugirió su prudencia para certificarse más y más, é informado de la conducta, de las costumbres y de los santos ejercicios de CATALINA, y de cuanto podia darle luz para formar juicio en negocio de tal importancia, resolvió, con dictámen de personas doctas, que aquellos síntomas verdaderamente dignos de la mayor admiracion eran efectos de amor divino, el más activo, el más fervoroso, y el más eficaz para con el Señor, cuya fuerte violencia arrebatava aquella alma dichosisima á la más interna comunicacion con Dios.

»Causan admiracion los artificios de que se valió el demonio para combatir á esta criatura, que servia de la mayor confusion al infierno; pero como Dios queria probar la virtud y la paciencia de su fidelisima sierva, permitió que el enemigo de la salvacion la atormentase cruelmente y de varias maneras, unas veces con temerosos aullidos, con gritos horribles, con visiones espantosas y con fantasmas extraordinarios: pero como todas estas invenciones no produjesen ningun efecto para inquietarla, la daba otras veces recios golpes, la arrastraba por la celda y la heria furiosamente. Tu vieron al principio las Religiosas un terror pánico cuando sintieron en la celda de CATALINA los infernales combates; pero notando la serenidad y la tran-

quilidad de ánimo con que se manifestaba despues de aquellas peleas, quedaron llenas de admiracion y de consuelo, viendo que tenian en su casa una insigne heroína que despreciaba á todo el infierno junto.»

Deseando las Religiosas ser dirigidas por persona tan santa é iluminada de la divina gracia, la nombraron su Superiora. Las más humildes escusas, los más fervorosos ruegos y hasta las lágrimas empleó para hacer desistir de su empeño á sus compañeras; pero estas estaban resueltas á que fuese su Prelada, y á nada atendieron. Fue aquella tarde el Obispo á dar la enhorabuena á CATALINA, y esta le habló con tanta eficacia, uncion y verdad, que no pudo ménos de conocer el Obispo que era tan verdadero el sentimiento de la humilde Virgen por la distincion con que sus compañeras la habian honrado, que si persistian en su determinacion hasta peligraria su vida. En virtud de esto habló á la Comunidad, que se resignó á tener otra Abadesa.

Gran número de milagros obró el Señor por intercesion de su amantísima sierva, especialmente en los tres últimos años de su vida. De todas las poblaciones de las islas Baleares acudian devotos al torno del Convento á implorar la proteccion de CATALINA, habiéndose verificado por sus oraciones instantáneas y admirables curas de tullidos, ciegos, mudos y enfermos desahuciados.

Conoció el próximo fin de su vida, y le anunció á la Comunidad, que recibió la noticia con el mayor sentimiento por verse privada de una compañera que era el consuelo de todas sus aflicciones y el seguro remedio de todos sus males. El dia 5 de abril de 1574, á cerca de los cuarenta y uno de su edad y veinte y uno de Religiosa, entregó su pura alma al Criador. «Quedóse su rostro y cuerpo hermosísimos despidiendo de sí un olor celestial que llenó de

fragancia todo el ámbito del Monasterio. Mantúvose tres días el féretro para satisfacer la devoción de las gentes que concurrían á tributarle los últimos obsequios, y fue cosa muy digna de admiración el ver á una multitud de niños que, deponiendo todos los movimientos naturales de su edad, llegaron con los brazos cruzados delante del pecho á adorar al venerable cadáver, cuya extraordinaria acción movió á ternura á todos los circunstantes. Tratóse de darla sepultura; pero apenas se oyó en el concurso, cuando levantando la voz todos, clamaban que no era justo ocultar bajo la tierra aquel objeto tan digno de veneración pública. En este apuro se discurrió el prudente arbitrio de darla sepultura en el silencio de la noche, como se hizo, debajo de las gradas del altar mayor, dentro de un arca preparada al efecto. Después se la trasladó á los tres años y dos días de su feliz tránsito á un precioso sepulcro que se labró bajo la capilla de Santa Catalina, Mártir, donde pidió la ilustre Virgen, antes de morir, que se la enterrase, en cuyo acto se halló su cuerpo íntegro, incorrupto y flexible como si estuviese vivo.

»De aquel depósito se le trasladó últimamente á la magnífica capilla que en honor suyo se erigió en el mismo Monasterio, donde se celebró su fiesta con aprobación de los Ordinarios, manteniéndose su culto por espacio de veinte y ocho años, hasta que se suspendió con gran dolor de los mallorquines con motivo del decreto de Urbano VIII, sobre que no se tributase á los Santos que no le hubiesen de inmemorial.

»Con motivo de esta prohibición, y de los muchos milagros que cada día obraba el Señor por la intercesión de su fidelísima sierva, se interesaron los mallorquines para que se tratase de su beatificación. Diose principio al proceso ordinario en el año de 1626, y, concluido, se presentó en la Sagrada Congregación en solicitud de las letras remisoria-

les para la formación del proceso apostólico. Suspendiéronse estas por el accidente de haberse quemado aquel en casa de cierto curial que murió de peste; pero habiendo resumido la causa la Sagrada Congregacion por la poderosa recomendacion del Rey D. Felipe IV, se despacharon las correspondientes letias en 25 de marzo del año 1671, cometidas al Illmo. Sr. D. Bernardo Cotoner, Obispo de Mallorca, para la formación del proceso apostólico, sobre las virtudes y los milagros de la sierva de Dios: hizose este con disposicion de muchos testigos que declararon de público y notorio sobre ambos extremos, y aprobados por la misma Sagrada Congregacion, con las formalidades que acostumbra, la beatificó el Papa Pio VI, como consta de su Breve apostólico dado en Roma á 3 de agosto del año 1772, en el diez y ocho de su Pontificado.»—N.

## DIA 6.

### San Celestino, Papa, Romano, y

#### SAN URBANO, ABAD, ESPAÑOL.

Muy escasa de noticias acerca de este Santo anda la historia. Por español sin controversia alguna le dan todos los escritores que se han ocupado de él, con inclusion del Maestro Enrique Florez en *La España Sagrada*; pero encareciendo sus merecimientos, sus virtudes y profunda ciencia, nos dejan en la más completa ignorancia con respecto á su familia y á los sucesos particulares de su vida. Lo poco que se sabe es lo siguiente:

Que fue Monge Benedictino en el Monasterio de San Pedro de los Montes, y que por su ejemplar vida y su grande ciencia y prudencia fue elegido Abad, cargo que desempeñó con el más esquisito tacto, con celo infatigable, y colocando con su ejemplo á los Monges en el verdadero

camino de la gloria. Señalan su muerte en el día 6 de abril del año 830, aunque sin gran seguridad con respecto al año. Falleció muy anciano, y el alto concepto de santidad que gozaba movió á los Monges á que depositasen su cuerpo en el Monasterio de Peñalva, en la misma capilla en donde estaba el de San Genadix, celebrándose su memoria en el Monasterio de que fue Abad, perteneciente al Obispado de Astorga.—N.

#### SAN PRUDENCIO, OBISPO DE TROYES, ESPAÑOL.

Acordes están todos los escritores que se han ocupado de este Santo en que fue español, y que acosado por la espada de los infieles huyó á Francia, donde en el año de 840, segun unos, ó en el de 845, segun otros, fue elegido Obispo de Troyes. De un sermón suyo sobre la festividad de la Virgen Santa Macera, se infiere que además de sus funciones y de su continuacion en predicar, se empleaba tambien en oír confesiones y en administrar los Sacramentos de la Eucaristía y Estremauncion. En su tiempo propaló Gotescalco, Monge abandonado de la Abadía de Orbais, en la diócesi de Soissons, los errores del predestinacionismo, asegurando blasfemamente que los réprobos fueron destinados al pecado y al infierno por el mismo Dios, sin arbitrio para evitarlo. Gotescalco fue condenado á degradacion del Sacerdocio, y aprisionado en la Abadía Hautvilliers, en la que murió despues de veinte años de encierro.

SAN PRUDENCIO escribió con gran fruto para aclarar el punto y desvanecer las dudas nacidas de la heregia.

Habiendo este Santo ejercitado tambien su celo por la disciplina eclesiástica y la reforma de las costumbres de los fieles, fue nombrado, en compañía de Lapo, Abad de Ferrieres, para la superintendencia y reforma de los Monasterios de Francia, cuya comision desempeñó con gran vigor y prudencia. Murió finalmente el 6 de abril del año

de 861, y se hace de él mencion en los Martirologios franceses, aunque no en el Romano. En Troyes es honrado con un Oficio de nueve lecciones, y sus reliquias, conservadas en una urna, inspiraron siempre á los fieles gran veneracion y devocion.—N.

### DIA 7.

San Epifanio y San Ciriaco, Mártires, *Asiáticos*.

### DIA 8.

San Dionisio, Obispo, *Griego*, y

EL BEATO JULIAN DE SAN AGUSTIN, ESPAÑOL.

Resplandecientes lumbreras del cristianismo dió la Orden del Seráfico San Francisco, una de las que más Santos cuenta, y en particular en los legos, como lo fue el héroe de esta Vida, BEATO JULIAN DE SAN AGUSTIN. Nació en la villa de Medinaceli, correspondiente al Obispado de Sigüenza, de padres humildes, muy honrados y de santas costumbres. Pasó la niñez ayudando á sus padres en trabajos mecánicos, y apenas entrado en la juventud, conociendo sus santas disposiciones, le tomó á su servicio el venerable Fray Francisco de Torres para que le acompañase á los pueblos por donde iba predicando, sirviéndole para convocar y juntar oyentes, tocando una campanilla por las calles y plazas. Los ejemplos de tan buen maestro produjeron los frutos que eran de esperar de tan bien preparada tierra, y en su corta edad era ya modelo de virtudes y perfeccion cristiana.

Tomó el hábito de San Francisco en el Convento de la Salceda, y á tal punto llevaba las penitencias y de tal modo atormentaba sus carnes, que llegaron á sospechar los Religiosos que estaba loco. Un Jueves Santo interrumpió el lúgubre silencio de los claustros del Convento un

ruido de azotes tal, que parecia que una procesion de disciplinantes recorria el claustro: acudieron los Religiosos á enterarse de lo que era, y vieron que JULIAN, no creyendo suficiente la disciplina que se habia dado en Comunidad, se habia desnudado y estaba deshaciéndose á golpes las espaldas y el pecho. Incomodado el Prior y los demás Religiosos, y persuadidos cada vez más de que el juicio de JULIAN no estaba cabal, le quitaron el hábito y le despidieron del Convento. No se turbó JULIAN por ello: bajó á la portería, é incorporado á los pobres permaneció allí, y con ellos tomó la limosna del Convento á la hora del reparto. Desde el siguiente dia comenzó á construir una cabaña en el monte cercano al Convento para recogerse y entregarse allí libremente á la oracion y á la penitencia. Todos los dias bajaba al Convento á tomar la limosna de la portería; pero no queriendo perjudicar á la Comunidad, antes por el contrario ayudarla y favorecerla, recorria los lugares inmediatos, recogiendo limosnas que entregaba completas y cabales, manteniéndose él de lo que le daba el portero.

Llegaron estos sucesos á noticia de Fray Torres, y fue al Convento de la Salceda á hablar con los Religiosos y con JULIAN, y convencidos de que lo que juzgaron locura era un abrasador deseo de penitencia y de imitacion de los admirables Santos de la Orden, volvieron á recibirle y darle el hábito, profesando al año de noviciado con la más inefable alegría. Al poco tiempo le sacó del Convento el venerable Fray Torres, haciéndole su compañero en la predicacion.

En virtudes, penitencias, raptos, revelaciones, milagros y otros dones celestiales, en vida y despues de su muerte, se igualó á San Diego, por cuyo motivo le llamaban todos SAN JULIAN. Fue grande siempre su estudio y continuo su ejercicio en la oracion, en que gastaba lo más de la noche. En los votos de su profesion fue observantísimo toda

su vida, sin conocersele en toda ella propia voluntad. En la pobreza tan exacto, que no usaba ni tenia más que el pobre y viejo hábito y el rosario. Fue virgen en grado heroico, y tan aficionado á esta virtud, que siempre persuadía á ella en sus pláticas, amenazando con castigos y reprendiendo constantemente los bailes como opuestos á esta virtud. En los demás preceptos de la Regla fue tambien observantisimo, como demostró en su última enfermedad, que cogiéndole fuera del Convento no se le pudo hacer montar á caballo, llevándole dos mozos sentado en un palo. En la fé y celo por el bien de las almas fue tal, que por la conversion de un moro trabajó lo que es indecible, llegando hasta á ofrecerle su vida cuando el moro le apedreaba porque JULIAN hablaba mal de la religion de Mahoma.

Habiendo tenido revelacion de las malas costumbres y depravada vida de un caballero, le reprendió en secreto, haciéndole presentes las obligaciones de cristiano, mala correspondencia á Dios, y el infierno que le esperaba. El caballero, en lugar de escucharle reconocido, le llenó de denuestos é injurias, y mandó ir en su seguimiento á dos esclavos para que le apaleasen con las espadas; pero al echar mano á ellas no pudieron desenvainarlas ni mover los brazos, y conociendo la superior defensa que escudaba á FRAY JULIAN, volvieron á dar cuenta á su amo, que quedó confuso y aterrado. Su celo por la salvacion de las almas le obligaba á persuadir muchas veces en secreto á los pecadores, y públicamente predicar contra los vicios, y por evitar que se cometiese una culpa no escusaba diligencia posible, y el cielo con revelaciones le ayudaba á cumplir sus santos deseos. Estando en Madrid para sentarse á comer con D. Pedro de Médicis, salió aceleradamente dejando á todos suspensos, y corrió hácia el Puente de Segovia, donde alcanzó á un hombre que, desesperado por no

tener con qué pagar sus deudas, iba á ahorcarse. El hombre disimuló y negó; pero FRAY JULIAN le quitó la cuerda con el lazo preparado que llevaba debajo de la capa, le reprendió su criminal intento, y le llevó á casa de D. Pedro de Médicis, quien con los demás convidados le dieron lo necesario para pagar las deudas y socorrerse.

A un vecino de Arganda le hizo presente muchas veces el estado de condenacion en que estaba su alma, predicándole para que mudase de costumbres, lo que el hombre oía con desprecio, y á lo que contestaba con soberbia y malas palabras. FRAY JULIAN le pronosticó que, si no se enmendaba, muy pronto perderia el alma y el cuerpo, y al poco tiempo se arrojó aquel mal hombre al rio Jarama, y su cuerpo echado á tierra por las aguas sirvió de pasto á las aves de rapiña.

No podia sufrir Satanás tanta virtud, y el fervor y maravillosa sabiduria con que JULIAN sacaba de sus garras tantas almas convirtiéndolas á mejor vida, y le acosaba con tentaciones, tormentos, golpes y apariciones terribles y espantosas que el Santo combatia con heróico valor, saliendo siempre victorioso con la oracion y el rosario, cuyas cuentas estaban hechas por él de hierro de un arca en que descansó el cuerpo de San Diego, á los que añadió una cuenta del de Santa Juana, que tenia en gran estima, por reconocer en ella eficaz virtud contra los espíritus infernales.

Como queda indicado, cayó gravemente enfermo hallándose ocupado en recoger por los pueblos limosnas, y sentado en un palo le llevaron dos mozos al Convento de Alcalá de Henares, al que entonces pertenecia. La enfermedad fue agravándose, y no quedó duda de su cercano fallecimiento. Recibió con la mayor uncion y fervor los Santos Sacramentos, pidió perdon á todos los Religiosos, y con admirable quietud y tranquilidad entregó su alma al Criador el

dia 8 de abril de 1606. Su rostro quedó sin la menor contracción ni señal de muerte, y su cuerpo flexible y con libre movimiento en todas las coyunturas. Quitáronle las argollas y cadenas de hierro que llevaba por cilicios, las cuales pesaban veinte libras, y se le dió sepultura al lado de su maestro, el venerable Fray Francisco de Torres. Después de su muerte fueron infinitos los milagros que obró el Señor por la intercesión de su Santo siervo JULIAN DE SAN AGUSTIN con los que visitaban su sepulcro, invocaban su nombre ó se valían de sus reliquias, tierra de su sepultura y aceite de sus lámparas. Tantos fueron estos, que tuvo culto público con altar y capilla, adornada de muchas lámparas, cirios y dones que le ofrecían los devotos, reconocidos á los bienes y salud que habían alcanzado; pero en virtud del decreto del Papa Urbano VIII prohibiendo los cultos que no estuvieran autorizados por inmemoriales, se le quitó de la capilla y volvió á enterrársele, con cuyo motivo se vió que su cuerpo permanecía en el mismo estado que cuando espiró.

Los vecinos de Medinaceli, pueblo de su naturaleza, revocaron con mucho esmero la casa donde había nacido su Santo paisano, y pusieron una cruz y una lámpara que ardía constantemente día y noche, habiendo ocurrido un suceso digno de mención cuando los albañiles arreglaban la fachada. Un mujer de vida libre y licenciosa, y mala cristiana, dijo á uno de los operarios que trabajaban de valde y solo por devoción, que para qué estaba gastando el tiempo allí en locuras y vanidades, pues FRAY JULIAN había sido tan Santo como ella, y en el acto castigó Dios á aquella mala mujer, dejándola completamente baldada y la boca vuelta á un lado.

Eterna memoria quedó en Alcalá, Torrejon, Loeches, Fuente el Saz, Villa del Campo y otros muchos pueblos de los milagros obrados por intercesión del BEATO JULIAN

DE SAN AGUSTIN, hallándose comprobados hasta setecientos en las informaciones hechas por la Autoridad Apostólica para la beatificación. La ciudad de Alcalá de Henares demostró su devoción y agradecimiento, llamando de SAN JULIAN á la puerta por donde entró cuando le llevaron enfermo, poniendo en ella pintada su imagen, con algunas ofrendas y una lámpara. El Sumo Pontífice Leon XII le beatificó en 1825.—N.

#### BEATO JUAN DE ORGAÑA, ESPAÑOL.

Indecisos andan los escritores antiguos en fijar el pueblo de naturaleza de este ilustre varon; natural, segun unos, de la antigua villa de Bellcayre, sita en el llamado Llano de Urgel, ó del pueblo de su apellido fue, segun otros, el esclarecido BEATO JUAN DE ORGAÑA. No hay noticias de sus ascendientes ni de los primeros años de su vida; solo se sabe que siendo todavía muy jóven se retiró al monte llamado de Malet, dedicándose á la oracion y á la penitencia, y habitando una cueva, junto á la que despues se edificó el Monasterio de Santa Maria de Bellpuig de las Avellanas, cuyo territorio donaron en 5 de febrero de 1166 los Condes de Urgel Ermengol VII y su mujer doña Dulce.

El Santo renombre del virtuoso JUAN DE ORGAÑA atraia al lugar de su retiro gran número de devotos, y sus pláticas y ejemplo decidieron á muchos habitantes de la comarca á adoptar la eremitica vida; y asi fue que tan luego como se edificó el Monasterio, se llenó de santos varones discípulos en virtudes de tan ejemplar maestro.

La iglesia estaba dedicada á la Virgen en el acto de la Adoracion de los Santos Reyes, y con este motivo habia en tal dia, tanto mientras vivió JUAN DE ORGAÑA, como despues de su muerte, gran funcion y romería al Monasterio, para cuyo sostenimiento contribuian con muchas limosnas todos los habitantes pudientes de la comarca.

Aunque fue Padre y Fundador de esta santa casa el BEATO JUAN, no consta que fuera su Abad, al ménos cuando murió no lo era, pues desde el año 1172 al de 1202 se consignan los nombres de los Abades que se sucedieron, y entre ellos no está el de JUAN, que murió el día 8 de abril de 1201, tan en opinion de santidad, que se dió culto desde luego á su cadáver, enterrado en una capilla del Monasterio.—N.

### DIA 9.

Santa María Cleofé, de Judea, y

SANTA CASILDA, VIRGEN, ESPAÑOLA.

A mediados del siglo XI reinaba en Toledo el moro Almenon, el cual tenia una hija llamada CASILDA. Tan feroz y cruel como era el padre para los cristianos, era la hija de piadosa y compasiva, hasta el punto de tener destinadas las dos terceras partes de su asignacion al socorro de los esclavos cristianos, á los que visitaba diariamente llevándoles alimentos y medicinas á los enfermos, y prestándoles cuantos consuelos y auxilios podia. A pesar del secreto y precauciones con que ejercia sus obras de caridad, llegaron á noticia de su padre, quien la reprendió duramente, prohibiéndola volverlo á hacer, so pena de incurrir en su enojo y experimentar los efectos de él. Suspendió CASILDA por algunos dias su visita á los esclavos y el socorro á sus necesidades; pero su piadosísimo corazon no pudo dilatar por mucho tiempo el abandono de los desgraciados, y aunque redoblando las precauciones, volvió á llevar el alimento y el consuelo á aquellos seres que tanto la interesaban. Encontróla su padre un dia con un gran bulto cubierto con la falda del vestido, y sospechando que conducia provisiones para los cautivos cristianos, se dirigió furioso á ella preguntándola qué llevaba. Rosas, contestó

CASILDA: y creyendo que á su padre le bastaria esta contestacion, siguió andando, temerosa de que se acercase y viera lo que llevaba, que eran efectivamente provisiones para los esclavos. Pero Almenon no se dió por satisfecho, y quiso ver las rosas, haciendo á su hija que se las enseñase. Si grande fue el primer asombro de la jóven mora al ver las provisiones convertidas en rosas, mayor fue el segundo al ver que así que se separó su padre volvieron las rosas á convertirse en las primitivas provisiones. Contó el suceso á los cristianos, que aprovecharon la buena ocasion de hablarla de la Divina Omnipotencia de Jesus y de su Santísima Madre, y de los préceptos de la Religion cristiana.

Grande impresion hizo en el alma de CASILDA el milagroso suceso y las noticias que le dieron los cristianos, y determinó buscar quien la instruyera en una Religion que comenzaba á sentirse dispuesta á abrazar. Pero cayó gravemente enferma, y se vió privada de las conversaciones con los cristianos, y del maestro que deseaba.

Su enfermedad, que era un flujo de sangre continuo, la puso á las puertas de la muerte, sin que bastase remedio alguno á contenerle, desesperando por completó los médicos de poderla curar. En vista de esto, y habiéndole dicho al Rey su padre que en el reino de Búrgos, territorio de Briviesca, habia un lago llamado de San Vicente, cuyas aguas tenian una prodigiosa virtud para aquellos males, y que cuantas enfermas se habian bañado en el lago habian curado, determinó mandar á su hija. Escribió al efecto al Rey D. Fernando I pidiéndole el permiso, y el Rey no solo se le concedió, sino que puso á disposicion de la hija del Rey Almenon su morada de Búrgos.

En breve tiempo recobró la salud CASILDA, y reproducido con mayor intensidad su deseo de hacerse cristiana, despues de enterada convenientemente recibió el agua del bautismo, y haciendo voto de castidad y pobreza mandó

edificar una pobre ermita junto al lago donde habia recobrado la salud , y olvidada del mundo y de sus vanidades se constituyó en ella para dedicarse sola y exclusivamente á la oracion y á la penitencia.

No hay conformidad en los escritores acerca del dia y año de su muerte; pero los más autorizados la colocan en el dia 9 de este mes del año 1074, cuya opinion seguimos.

Su santo cuerpo fue sepultado dentro de la misma ermita, desde donde se trasladó en 30 de julio de 1529 á una preciosa urna, y habiéndose enriquecido con sus reliquias en el año 1601 la catedral de Búrgos, partió este tesoro con la de Toledo en 7 de junio de 1641.—N.

#### DIA 10.

San Daniel y San Ezequiel, Profetas, *de la tribu de Judá.*

#### DIA 11.

San Leon I, Papa y Doctor, *Romano.*

#### DIA 12.

Nuestra Señora de la Piedad; San Victor, *Portugués,* y San Zenon, *Griego,* Mártires.

#### DIA 13.

SAN HERMENEGILDO, REY DE SEVILLA, Y MÁRTIR, ESPAÑOL.

Declarado Liuva Rey de los visigodos en el año del Señor 567, asoció á su reinado en el año siguiente, declarándole heredero, á su hermano Leovigildo, que fue reconocido por Rey á la muerte de Liuva, ocurrida en el año 572. Tenia el Rey Leovigildo dos hijos de su primera mujer Theodosia, llamados el uno Recadero y el otro HERMENEGILDO, que es el Santo Rey Mártir de este dia.

HERMENEGILDO, como toda su familia, seguía las doctrinas de Arrio: pero esceptuando la falta de luz de la verdadera Religión, era en todo lo demás un Príncipe cabal, amante de sus súbditos, dulce, amable, é infinitamente compasivo.

Al poco tiempo de haber muerto su primera mujer Theodosia contrajo nuevas nupcias Leovigildo, tomando por esposa á Goswentha, viuda del Rey Atanagildo, que les había precedido en el trono á él y á su hermano Liuva, y deseando después contraer alianzas con Soberanos poderosos, cuya protección pudiera serle útil en caso necesario, pensó en casar á sus hijos Recaredo y HERMENEGILDO. Para mujer de este se fijó en la Infanta llamada Ingunde ó Inguntha, hija de Sigiverto, Rey de Metz y Borgoña, cuyo matrimonio se verificó con satisfacción y contento de ambas familias y alegría general del pueblo. Pero bien pronto los contentos y alegrías se convirtieron en luto, llanto y desoladora guerra. Las enemistades entre cristianos y arrianos comenzaron por este año en que vamos, 580, á tomar un carácter más serio y belicoso, á causa de la pugna que por cuestiones de religión reinaba entre la familia del Soberano. Goswentha, la mujer del Rey Leovigildo, de quien dice el P. Enrique Florez, «Mala hembra, que no solo era tuerta en la vista corporal, sino ciega en el error arriano y declarada enemiga de la Religión católica,» estaba furiosamente enemistada con Inguntha, la mujer del Infante HERMENEGILDO, que profesaba la Religión de Jesucristo. Era esta jóven amable, paciente y en extremo considerada; pero los insultos, malos tratamientos y vejaciones eran tales, que, á pesar del silencio y resignación de su mujer, tuvo que tomar parte en las cuestiones su marido. Ardía el Palacio en guerras y contiendas, y para remediarlas determinó Leovigildo, aunque contra la opinión de su mujer, separar la familia, distribuyendo el reino entre

él y sus hijos, dando á HERMENEGILDO, en calidad de Rey, á Sevilla con todas sus dependencias. Inmediatamente partió HERMENEGILDO con su mujer y tomó posesion de su reino, dos años despues de haberla tomado del Arzobispado San Leandro.

Comprendió inmediatamente este santo y celoso Prelado la favorable ocasion que se le presentaba de servir á la Religión católica convirtiéndola á ella al jóven Rey HERMENEGILDO, cuyos honrosos antecedentes, bondadoso carácter y la compañía de su esposa católica eran casi seguras prendas que garantizaban un éxito feliz. Y lo fue en efecto, ingresando HERMENEGILDO al poco tiempo en el gremio del catolicismo con el más sublime gozo del catequista San Leandro.

La conversión del Rey de Sevilla produjo inmediatamente el rompimiento entre él y su padre, y más tarde una guerra larga y devastadora, pues Goswentha, que debía terciar entre padre é hijo, y procurar conciliar los ánimos, tanto por la fuerza de su carácter, como por envidia y odio á su nuera, irritaba constantemente las pasiones de su marido Leovigildo. Varias personas prudentes de la corte, aunque arrianas, aconsejaban al Rey que atrajese por la bondad á su hijo, pues el despego y soberbia no son medios adecuados para ganar las voluntades: que le escribiera, más como padre que como Soberano, procurando evitar los grandes males que irremisiblemente habia de ocasionar la guerra. Leovigildo se inclinó á escribir á su hijo, y lo hizo, pero no en los términos que le habian aconsejado. Hé aqui la carta que le remitió, y que copiamos de la *Historia de España* por el P. Juan de Mariana:

«Más quisiera, si tú vieras en ello, tratar de nuestras haciendas y diferencias en presencia que por carta, porque ¡qué cosa no alcanzara de ti, si estuvieses delante, quier

te mandara como Rey, quier te castigara como padre? Trágetate á la memoria los beneficios y regalos pasados, de que parece con tu inconstancia te burlas y haces escarnio. Desde tu niñez (puede ser con demasiada blandura) te crié y amaestré con cuidado, como quien esperaba serias Rey de los godos en mi lugar. En tu edad más crecida, antes que lo pidieses, y aun lo pensases, te di más de lo que pudieras esperar, pues te hice compañero de mi reinado, y te puse en las manos el cetro para que me ayudases á llevar la carga, no para que armases contra mí las gentes estrañas, con quien te pretendes ligar. Fuera de lo que se acostumbraba te di nombre de Rey, para que contento de ser mi compañero en el poder, me dejases el primer lugar, y y en esta mi edad cargada me sirvieses de ánimo y me aliviases el peso. Si demás de todo esto deseas alguna otra cosa, decláralo á tu padre; pero si sobre tu edad, contra la costumbre, allende tus méritos te he dado todo lo que podías imaginar, ¿por qué causa como ingrato impiamente, ó como malvado fuera de razon, engañas mis esperanzas y las truecas en dolor? Que si te era cosa pesada esperar la muerte de este viejo y los pocos años que naturalmente me pueden quedar, ó si por ventura llevaste mal que se diese parte del reino á tu hermano, fuera razon que me declararas tu sentimiento primero, y finalmente, te remitieras á mi voluntad. La ambicion sin duda y deseo de reinar te despeña, que suele quebrantar las leyes de naturaleza y desatar las cosas que entre sí estaban con perpétuos nudos atadas. Escúsaste con tu conciencia y cúbreste con el velo de la Religion, bien lo veo, en lo cual advierto que no solamente quebrantas las leyes humanas, sino provocas sobre tu cabeza la ira de Dios. ¿De aquella religion te apartas, guiado solo por tu parecer, con cuyo favor y amparo el nombre de los godos se ha aumentado en riquezas y ensanchado en poderio? ¿Por ventura menospreciarás la auto-

ridad de tus antepasados, que debias tener por sacrosanta, y por dechado sus obras? Esto solo pudiera bastar para que considerases la vanidad de esa nueva religion, pues aparta el hijo del padre, y los nombres de mayor amor muda en odio más mortal. A mí, hijo, por la mayor edad, toca el aconsejarte que vuelvas en tí, y como padre mandarte que dejado el deseo de cosas dañosas, sosiegues tu corazon. Si lo haces así, fácilmente alcanzarás perdon de las culpas hasta aquí cometidas; si acaso no condesciendes con mi voluntad y me fuerzas á tomar las armas, será por demás en lo de adelante esperar ni implorar la misericordia de tu padre.»

Dió esta carta mucha pesadumbre á HERMENEGILDO; pero determinado á no mudar de parecer, respondió á su padre:

«Con paciencia y con igual ánimo, Rey y Señor, he sufrido las amenazas y baldones de tu carta, dado que pudieras templar la libertad de la lengua y la cólera, pues en ninguna cosa te he errado. A tus beneficios, que yo tambien confieso son mayores que mis merecimientos, deseo en algun tiempo corresponder con el servicio que es razon, y permanecer en toda la vida en la reverencia que yo estoy obligado á tener á mi padre. Más en abrazar la religion más segura, que tú, para hacerla odiosa, la llamas nueva, nos conformábamos con el juicio de todo el mundo, además de otras muchas razones que hay para abonallas. No trato cuál sea más verdadera: cada cual siga lo que en esta parte le pareciere, á tal que se nos conceda la misma libertad. Atribuyes la buenandanza de nuestra nacion á la secta arriana que siguen, por no advertir la costumbre que tiene Dios de dar prosperidad, y permitir por algun tiempo que pasen sin castigo los que pretende de todo punto derribar; y esto para que sientan más los re-

veses y el trocarse su buenandanza en contrario. Y que la tal prosperidad no sea constante ni perpétua, lo declara bastante el fin en que por semejante camino han parado los vándalos y los ostrogodos. Que si te ofendes de haber yo mudado partido sin consultarte primero, séame lícito que yo también sienta que no me des lugar y licencia para que estime en más mi conciencia que todas las cosas, por lo cual, si necesario fuere, esto y presto á derramar la sangre y perder la vida: ni es justo que el padre pueda con su hijo más que las leyes divinas y la verdad. Suplico á Nuestro Señor que tus consejos sean saludables á la república; y no perjudiciales á nos que somos tus hijos; y que te abra los ojos para que no des orejas á chimerias y reportes, con que tú tengas que llorar toda la vida; y á nuestra casa resulte infamia y daño irreparable, por cualquiera de las dos partes que la victoria quedare.»

Irritado cada día más Leovigildo contra su hijo, y queriendo hacerse temer de los partidarios de este, escitó la persecucion contra los cristianos, y comenzó á levantar grandes levas para reunir un fuerte ejército y quitar á HERMENEGILDO todas las poblaciones correspondientes á su reino. HERMENEGILDO por su parte se preparó también á la defensa, casi imposible, por las pocas fuerzas con que contaba, y que emprendió solamente por ir en ella interesada la Religion católica; pero previendo el funesto resultado si la mano del Todopoderoso no le ayudaba con marcada proteccion, mandó á Africa á su mujer y un hijo que tenia hacia pocos meses, para librarlos de perecer en un desastre, y al Arzobispo San Leandro le envió en calidad de Embajador á Constantinopla á pedir proteccion y ayuda á Tiberio Augusto. Viaje que como se dijo en la vida de San Leandro, no produjo el resultado apetecido.

Se empeñó la fratricida guerra, que duró tres años: al

principio se declararon en favor de HERMENEGILDO bastantes ciudades en las que los católicos tenían influencia; pero habiendo reunido sus fuerzas Leovigildo y púestose al frente del ejército, las fue recobrando con la mayor rapidez. Puso finalmente sitio á Sevilla, el cual duró un año; pero habiéndose concluido los comestibles, y careciendo de agua por haber cortado el rio los sitiadores, fue tomada por estos, escapando de noche el Rey HERMENEGILDO en direccion á Córdoba, siendo al poco tiempo hecho prisionero por las tropas de su padre. El Abad Bidarense dice que Leovigildo desterró á su hijo á Valencia, y que murió en Tarragona; pero esto no es exacto. SAN HERMENEGILDO murió en Sevilla, y los más autorizados historiadores, entre ellos el erudito P. Juan de Mariana, lo refieren de otra manera. Dicen que huyendo HERMENEGILDO de Sevilla, se refugió en Córdoba, en donde encontró los ánimos más dispuestos en favor de su padre que de él, y temiendo traicion, se retiró con unos trescientos hombres á Oseto, plaza muy fuerte por aquellos tiempos, y cuya iglesia era singularmente célebre por el milagro que Dios obraba todos los años el día de Jueves Santo, llenándose de agua la pila bautismal, permaneciendo llena el jueves y viernes, y secándose instantáneamente el sábado. Allí se creyó seguro; pero su padre rodeó la villa y la prendió fuego por cuatro partes, y HERMENEGILDO, perdida la esperanza de poderse defender, se recogió al templo á implorar la misericordia divina, en el cual le encontró su hermano Recaredo, que marchaba en el ejército de su padre, y que deseando remediar tantos males para la patria, y tormentos á su padre y á su hermano, á quien amaba tiernamente, entró en busca de este con el fin de conseguir una reconciliacion. Con voz conmovida por el sentimiento, y surcando su rostro abundantes lágrimas, se llegó á él y le dijo: «De corazon flaco es dolerse por el desman de los suyos, y no

poner otro remedio sino las lágrimas. Tu desventura no es solo tuya, sino nuestra: á todos nos toca el daño, pues entre padres y hermanos no puede haber cosa alguna apartada. No quiero reprender tus intentos, ni el celo de la religion: aunque, ¿qué razon pudo ser tan bastante para tomar las armas contra tu padre? Tampoco me quejo de los que con sus consejos te engañaron. Las cosas pasadas más fácilmente se pueden llorar que trocar. Esta es la desgracia de estos tiempos, que por estar dividida la gente y reinar entre todos una pestilencial discordia, la una parcialidad y la otra ha pretendido tener arrimo en nuestra casa, que es la causa de todos estos daños. Resta volver los ojos á la paz para que nuestros enemigos no se alegren más con nuestros desastres. Lo que ojalá se hubiera hecho antes de venir á rompimiento; pero todavía queda el recurso de la misericordia paternal, si de corazon pides perdon de lo hecho, que será mejor acuerdo que llevar adelante la pertinacia y arrogancia pasada. Por lo de presente, y por lo que ha sucedido, debes entender cuánto mejor será seguir la razon con seguridad, que perseverar con peligro en los desconciertos pasados. Acuérdate que en la adversidad suele ser más necesaria la prudencia, y que el ímpetu y la aceleración te será muy perjudicial. De mi parte te puedo prometer que si de voluntad haces lo que pide la necesidad, nuestro padre se aplacará, y contento con un pequeño castigo, te dejará las insignias y apellido de Rey.»

Confirmó estas promesas con juramento, é hizo llamar á su padre, á cuyos pies se arrojó HERMENEGILDO con triste y conmovido semblante. Recibióle el padre con una afabilidad que indicaba disposicion al perdon y al olvido; pero por de pronto le mandó quitar las insignias reales, y le envió preso á Sevilla.

El P. Juan de Mariana continúa diciendo:

«A la puerta que llaman de Córdoba, en Sevilla, se muestra una torre muy conocida por la prision que en ella tuvo HERMENEGILDO, espantosa por su altura, y por ser muy angosta y oscura. Dicese comunmente que en ella estuvo con un *pie de amigo* atadas las manos al cuello, y que el Santo mozo, no contento con el trabajo de la cárcel, usaba de grande aspereza en la comida y vestido: su cama, una manta de cilicio; y él mismo, ocupado en la contemplacion de las cosas divinas, suspiraba por verse con Dios en el cielo, donde esperaba ir muy en breve. En esta forma de vida perseveró hasta tanto que llegó la fiesta de Pascua de Resurreccion, que aquel año cayó á 14 de abril, y fue puntualmente el de Cristo 586, segun se entiende por la razon del cómputo eclesiástico, si bien algunos de este número quitan dos años. El Arcipreste Juliano quita uno; más el Abad Biclarense señala que HERMENEGILDO murió el tercer año del Emperador Mauricio, lo cual concuerda con lo que queda dicho. El caso sucedió de esta manera: Leovigildo, con el deseo que tenia de reducir á su hijo, pasada la media noche le envió un Obispo arriano para que conforme á la costumbre que tenían los cristianos, le comulgase aquel dia á fuer de los arrianos. El preso, visto quién era, le echó de sí con palabras afrentosas. Tomó el padre aquel ultraje por suyo, y de tal suerte se alteró, que sin dilacion envió un verdugo llamado Sisberto para que le cortase la cabeza; bárbara crueldad y fiereza, que pone espanto y grima. Gregorio el Magno relató como cosa fresca la muerte de HERMENEGILDO. Allí, dice, que junto al cuerpo del mártir se oyó música celestial, cierto coro de ángeles que celebraron su entierro y sus honras, de que el cruel ánimo de su padre le privó. Añade, que corria fama, y se decia, que en el mismo lugar de noche se vieron luces á semejanza de antorchas. Estas cosas, y la muerte del verdugo Sisberto, muy fea, que le vino muy en breve, aumentó en

gran manera la devocion del mártir. Al presente se ha acrecentado notablemente, despues que el Papa Sixto V puso el nombre de HERMENEGILDO en el *Calendario romano*, con órden y mandato que en toda España se le haga fiesta á los catorce dias del mes de abril (1).»

El lugar de la prision de SAN HERMENEGILDO se convirtió más adelante en una capilla, con la advocacion del Santo. Sevilla, Zaragoza, el Escorial, y otras varias iglesias de España, poseen preciosas reliquias de este glorioso mártir.—N.

#### DIA 14.

San Tiburcio y San Valeriano, mártires, Romanos.

SAN VÍCTOR, OBISPO DE BARCELONA, ESPAÑOL.

En la tradicion escrita, ha llegado hasta nosotros la memoria de este Santo Mártir, natural de Barcelona, en donde desempeñó el alto puesto de Obispo; pero nada se sabe acerca de sus hechos ni de sus virtudes, que debieron ser sublimes, pues en aquellos tiempos la eleccion de Prelados solo recaia en favor de personas que reuniesen en el más alto grado todos los requisitos de santidad y aptitud que deben poseer los encargados de guiar al cristiano rebaño por la senda de la eterna salvacion.

No consta tampoco la fecha de su martirio; pero se cree generalmente que tuvo lugar por los años 276 ó 277, siendo Emperador Claudio Tácito ó Claudio Floriano, durante cuyo tiempo, si bien no hubo una activa y constante persecucion contra los cristianos, murieron muchos á manos de los gentiles por no prestarse á adorar y ofrecer incienso á los idolos.—N.

(1) El *Calendario* actual de Castilla le coloca en el dia 13, por cuya razon le ponemos nosotros tambien en este dia.

## SAN PEDRO GONZALEZ TELMO, ESPAÑOL.

Natural de Fromista, villa perteneciente á la provincia y Obispado de Palencia, fue SAN PEDRO GONZALEZ TELMO, conocido generalmente por San Telmo, abogado de los navegantes, el cual vió la luz primera en el año de 1185. Perteneció á una familia noble y rica, y encantado de su belleza física y moral un tío suyo, hermano de su padre, llamado D. Tello, se encargó de su cuidado y educacion, llevándole á su lado á Palencia, de cuya santa iglesia era canónigo, y despues fue Obispo.

Desde muy pequeño manifestó PEDRO gran disposicion para las letras, y sorprendió á todos los maestros con su admirable comprension y rápidos progresos. La nobleza de su familia, la consideracion del Obispo su tío, y su mérito real le dieron bien pronto grande importancia, y muy jóven todavia fue agraciado con una canongia en Palencia, á la que se siguió al poco tiempo el deanato de la misma iglesia.

Era PEDRO de carácter sumamente afable, virtuoso, compasivo y caritativo; pero vanidoso, y muy pagado de su hermosa y arrogante figura. Este defecto, que pudo haber sido causa de la perdicion de su alma, hizo con su suprema sabiduria el Todopoderoso que fuera la de su admirable santidad y heróicas virtudes, pues le colocó en el camino de la perfeccion, dándole á conocer el efimero valor de las alabanzas y aplausos del mundo.

Para celebrar su nombramiento de Dean le sugirió su vanidosa mente recorrer las calles de la ciudad vestido con el mayor lujo, montado en un brioso y ricamente enjaezado caballo, marchando escoltado, más bien que acompañado, por una cuadrilla de jóvenes, ataviados tambien lujosamente, y montados en arrogantes caballos. No podía

imaginarse manera más impropia de festejar el nombramiento de una dignidad eclesiástica, é imposible parece la concepcion de tal plan en la mente de un hombre de tanto talento como PEDRO; pero así sucedió, saliendo la lujosa cabalgata de casa del Dean, que, ricamente ataviado, caminaba al frente de ella luciendo su riqueza y gallarda figura.

Enagenado de gozo marchaba PEDRO al verse objeto de la admiracion general y de los plácemes y aplausos del público. Los balcones de la plaza estaban llenos de gente, y la plaza misma tan obstruida de curiosos que apenas podia dar un paso la cabalgata. Todos saludaban y vitoreaban al Dean, y este, henchido de orgullo y vanidad, y deseando lucirse más todavía, principió á molestar al caballo obligándole á piafar, andar de costado, encabritarse y hacer otras mil monadas, las cuales concluyeron por irritar al bruto, que comenzó á dar terribles saltos de carnero, botes, y á marchar á su voluntad sin poderlo regir el ginete, concluyendo por tirar á este en un cenagal fétido y hediondo que habia inmediato á la plaza. PEDRO no se hizo gran daño en la caída; pero salió tan horriblemente puerco, chorreando inmundicia desde la cabeza á los pies, que excitó la risa y gritería del inmenso concurso que le miraba, convirtiéndose los aplausos en pullas, sátiras y silbidos. La cabalgata se dispersó, y PEDRO llegó á su casa acompañado solamente de chusma y chiquillos; y obrándose en aquel momento en su cabeza y en su corazón un completo cambio de ideas acerca de los goces del mundo, exclamó: «Supuesto que el mundo me ha burlado de esta manera, haciendo que sus partidarios me insulten y silben en el mismo dia en que yo le hacia el mayor sacrificio, tambien yo me burlaré de él vengándome de sus falsedades y cautelas, y para que no tenga ocasion de hacer de mi nuevo escarnio, prometo dejarle desde ahora, y retirarme á donde

pase mi vida con mayor seguridad contra sus lazos y asechanzas.» Este propósito no fue una impresion pasajera, una de esas determinaciones de circunstancias que se pasan con las circunstancias y se olvidan como ellas, no; fue firme, valedero, y resolvió retirarse al claustro.

Florencia por aquel tiempo en España la Religión de Santo Domingo con gran crédito de perfeccion y santidad, y determinó PEDRO ingresar en ella. Habló inmediatamente al Prior, y con gran contento de este y de todos los Religiosos tomó el hábito en el Convento de Palencia. Durante el año de probacion fue el más ejemplar modelo de virtud y humildad, y al terminarse, profesó con el mayor placer, ofreciéndose por completo á Dios, sin reservarse nada de este mundo.

Su vida despues de profesó en nada desmereció de la de novicio: la oracion, la penitencia y el estudio de las Sagradas Escrituras eran su constante ocupacion. Pasado algun tiempo, consideró que no era bastante trabajar solo en bien propio; que debia ocuparse tambien del bien del prójimo, mostrarle el camino de la gracia y conducirle por el sendero de la gloria, y para lograrlo se dedicó al confesonario y al púlpito, haciéndose muy pronto célebre por la elocuencia y dulce persuasion de su palabra.

Habiendo llegado á la Corte la fama de este ilustre Predicador, deseó conocerlo el Santo Rey D. Fernando III, y lo mandó á llamar, quedando admirado de la ciencia y virtud de tan esclarecido Religioso. Tenia el Rey D. Fernando declarada la guerra á los moros, y persuadido de que Dios da y quita las victorias á su voluntad; que la virtud tiene más fuerza que las armas; y queriendo que sus soldados sobresaliesen en virtudes, llevose consigo á Fray PEDRO GONZALEZ para que predicase al ejército y enseñase la doctrina cristiana.

Bien pronto se notaron en las huestes del Santo Rey

los efectos de la eficaz predicacion y del celo de PEDRO GONZALEZ; pero como en ninguna parte faltan viciosos contumaces que cierran los oidos á la voz de la virtud, y que, muy lejos de respetar al que se la dirige, le pagan con fiera enemistad sus desvelos y cuidados, tenia en el campamento no pocos enemigos el virtuoso Dominico, y no solo entre la soldadesca y plebe de hombres y mujeres que siguen á los ejércitos, sino hasta entre los principales jefes. Esto produjo un suceso admirable que hallamos consignado en la historia en estos términos:

«Estaban en conversacion cierto dia algunos señores grandes de los que formaban la corte de Fernando. Entre varios objetos sobre que rodaron sus ociosos discursos, fue uno el bendito Religioso, opinando unos que su conducta irreprochable, su celo ardiente y la frugalidad con que vivia, eran dignos de la mayor veneracion. Por el contrario, otros le calumniaban notándole de atrevido, y sosteniendo con ardor que toda su vida y sus acciones se animaban unicamente de la ambicion y de la hipocresia. Oyó la disputa una mujer liviana de las muchas que suelen infestar los ejércitos, y determinándose desde luego por aquel modo de pensar, que congeniaba con sus indecentes costumbres, les pidió algun premio, y ofreció aclarar sus dudas solicitando torpemente á SAN PEDRO. Aceptaron la propuesta, como que era lo que más deseaban sus corazones. Les eran sumamente pesadas las continuas y ásperas reprobaciones con que echaba en cara sus torpezas, y contemplaban que si aquella mujer podia conseguir con sus astucias y caricias que el Religioso cayese en los mismos delitos que tanto afeaba, tendrian en lo sucesivo un [salvoconducto para emplearse en ellos con ménos embarazo.

«Concertados, pues, en el precio, salió aquella mujer diabólica á poner en ejecucion sus depravados consejos, y

armada de todos los artificios que pudo sugerirla su avaricia, su malignidad y su torpeza, pasó al sitio en donde el siervo de Dios estaba aposentado. Hizole saber por un criado que estaba allí una mujer que deseaba hablarle para descubrirle un secreto de grande importancia. Al instante creyó SAN PEDRO que se le presentaba alguna buena ocasion en que la honra de Dios y la salud de sus prójimos habian de tener algun gran provecho; y sin imaginar siquiera que podia ocultarse algun lazo contra su inocencia, mandó que entrase aquella mujer en la cámara en que estaba. Apenas se vió la astuta serpiente en presencia del Santo, comenzó á sollozar, cubriendo el atrevido rostro de fingidas lágrimas. Púsose á sus piés de rodillas, y con suspiros que hubieran engañado á cualquiera que fuese ménos cándido y sencillo, le pidió que la confesase. Era ya muy cerca de noche, y temiendo el Santo que si comenzaba á confesarla se podria seguir alguna nota, la pidió que viniese al dia siguiente, y entonces, con tiempo y comodidad, la confesaria.—Santo Padre, respondió la mujer, la fama de tu virtud es notoria por todo el mundo; yo sé muy bien el ardor con que procuras la salud de las almas y la conversion de los pecadores. Esto mismo me ha traído á tus piés á hacer una confesion ingénua de mis pecados, para de aquí adelante mudar enteramente de vida. Por tanto, te conjuro en el nombre de Dios para que me oigas al presente, y permitas que haga confesion de mis pecados; bien cierto de que si esta noche me sucediese alguna cosa miserable y horrenda, de modo que muriera sin confesion por culpa tuya, tú serás en el Tribunal de Dios reo de mi condenacion y responsable de la perdicion de mi alma.

Consternose el Santo varon viéndose conjurado de aquella manera: comenzó á escrupulizar y temer de la perdicion de aquella alma, y resolviose á oirla en confesion: para este efecto retirose á un lugar más secreto y aparta-

do, y teniendo á sus pies á aquella mujer infernal, la mandó que se persignase. Pero la señal sacrosanta de la Cruz es un signo no ménos odiado y temido del demonio que de sus ministros. En lugar de persignarse y hacer la confesion que habia prometido, comenzó á poner en ejecucion sus depravados intentos. Significó al Santo con las palabras más seductivas y encantadoras cómo tenia el alma abrasada por su amor, al cual, si no correspondia, tuviese por cierto que la era imposible vivir. A estas añadió otras razones, lágrimas, suspiros, y cuanto puede sugerir el espíritu infernal de más activo para hacer valer sus astucias y engaños. La oscuridad de la noche, lo apartado del aposento, la soledad, la hermosura, la persuasion, y un amor, aunque falso, bien ponderado por unos labios hechiceros, y mejor significado por unos ojos bellos y encendidos, eran circunstancias que hacian la tentacion de las más terribles y peligrosas. La repentina fuga parece que era el remedio más oportuno; pero ¿quién será capaz de averiguar las diversas maneras con que manifiesta la Gracia su poder, y con que quiere Dios ser admirable en sus Santos!

Quedó SAN PEDRO atónito oyendo el razonamiento apasionado de aquella infeliz mujer; pero inspirado del cielo, pensó en ver cómo podria ganar aquella alma, no con ásperas reprensiones ni terribles amenazas, sino con razones blandas, y venciendo los engaños y torpes astucias del demonio con otros blandos, pero saludables artificios. La gracia y la verdadera virtud saben trasformarse para lograr sus designios; y cuando se atraviesa la gloria de Dios y el provecho de los prójimos, son sumamente ingeniosas en sus proyectos.—No permita Dios, respondió el Santo á la propuesta de la mujer; no permita Dios, hija mia, que sea yo causa de tu mal, ni de que mueras de repente: cesen tus lágrimas y tu tristeza, que dentro de muy poco estarás libre del peligro; pero es menester que esperes un rato

mientras dispongo el lecho que está descompuesto y desaseado.—Dicho esto se apartó de ella, y juntando un gran monton de leña hizo una hoguera formidable y espantosa. Llamó á la mujer, que acudió como quien pensaba ver el triunfo de sus cautelas y hermosura; pero apenas se presentó, cuando el castísimo Religioso tendió su manto sobre la voraz hoguera, y echándose encima, decia estas palabras: —Si tan grande es el amor que dices me tienes, ven á gozar de él y satisfacerle á este lecho: tal vez el fuego material apagará el torpe y abominable que te abrasa.—Dicho esto, revolcábase el Santo en las voraces llamas, sin que estas se atreviesen á dañarle ni á chamuscarle siquiera el pelo de sus vestiduras.

»Acechaban por las rendijas de la puerta, ansiosos de ver postrada y caída en un cenagal la virtud del Santo Padre, aquellos cortesanos que habian escitado y ofrecido premios á la infeliz seductora. Pero cuando vieron con sus ojos la terrible hoguera, la confianza con que el Santo estaba entre las llamas, y en estas repetido el milagro del horno de Babilonia, ¿quién será capaz de decir la admiracion, la sorpresa, el temor y la consternacion que se apoderó de sus corazones? Abriéronse repentinamente las puertas, y avergonzados y contritos se echaron á los pies del Santo, confesaron su delito y le pidieron perdon de él, venerando de allí en adelante su santidad tanto como antes habian murmurado de ella y sospechado de su verdad y solidez. La deshonesta mujer, confusa y avergonzada, no sabia qué partido tomar; pero el Espiritu Santo iluminó su alma para que conociese toda la atrocidad de su delito, y pensase expiarle con lágrimas y penitencias. Postrose á los pies del Santo, pidióle que la perdonase, y verificó, llena de lágrimas y compuncion, en beneficio de su alma, la confesion que habia fingido para seducir torpemente la inocencia y honestidad, que salieron triunfantes y vencedoras.

# SANTORAL ESPAÑOL



Dib.<sup>o</sup> Barcala.

Lit.<sup>o</sup> de Escarpino.

**S. PEDRO GONZALEZ TELMO**

conocido generalmente por S. TELMO.



Así quiso Dios trocar esta mujer de vaso de desprecio en vaso de honor; y así quiso manifestar la santidad de su siervo con las pruebas más auténticas que tiene la virtud.»

Conquistada Córdoba, el Rey Católico determinó regresar á su corte, y FRAY PEDRO le acompañó; pero disgustándole sobremanera las costumbres de los cortesanos, se despidió del Rey así que llegaron á Castilla, y se retiró á Galicia, en donde desplegó con una actividad pasmosa su celo por el bien de las almas, ayudándole Dios con su santa gracia y proteccion visible en los infinitos milagros que por su intercesion obró. Mandaba á los elementos, y repetidísimas veces se vieron públicamente obedecidos sus mandatos por las aguas del Miño, ya deteniendo su corriente y templando su furia en las avenidas, ya sosteniendo al Santo en su superficie sin sumergirle, cuando le cruzaba andando sobre ella como pudiera hacerlo en sólido terreno, y ya dejándole vivos depositados en la playa numerosos peces para el alimento de los pobres. Las tempestades se alejaban obedeciendo su voz, cesando de verse y oirse los relámpagos y truenos.

Dedicado á la predicacion, al cuidado de enfermos y al consuelo de los desvalidos pasó el resto de su vida, dejando por todas partes sublimes ejemplos de todas las virtudes que pueden esclarecer á los elegidos del Señor. Anuncie el cielo que se le acercaba el fin de la vida, y estando predicando en Persesani el Domingo de Ramos del año 1246, reveló el secreto á sus oyentes, manifestándoles que era la última vez que oirian la palabra de Dios por su boca. «Por tanto, hermanos míos, les decia, cuando llegue á vuestra noticia que está ya pronta mi alma á presentarse en el Tribunal de Dios, ayudadme con vuestras oraciones para que me juzgue con misericordia: porque aunque no me remuerde la conciencia de haber ofendido al Señor grave-

mente después que dejé al mundo, con todo eso no me creo de tanta pureza que no necesite de los sufragios que ofrecen á Dios los fieles por sus hermanos.»

Acabado el sermón marchó á Tuy, en donde predicó los días de Semana Santa, y en el de Pascua cayó en cama con la última enfermedad. Mucho sintió encontrarse tan desfallecido de pronto, pues su deseo era morir entre los Religiosos sus hermanos, y tenia formado el proyecto de dirigirse á su Convento de Santiago en cuanto percibiera los primeros síntomas de su fin; pero la intensidad y fuerza con que se presentó el mal derribó por el suelo su proyecto. Sin embargo, habiendo sentido algun alivio, y siendo cada vez más vehemente su deseo, se levantó, y apoyado en un báculo y en el brazo de su compañero salió de la casa con ánimo de marchar al Convento; pero al corto trecho que anduvo conoció que le sería imposible llegar á Santiago. «Creo, hermano mio, dijo á su compañero, que es la voluntad de Dios que volvamos á Tuy para que yo muera allí: y así, si no lo teneis á mal, hacedme merced de que volvamos atrás de nuestro camino.» Volvieron á la casa en que estaban hospedados; agravóse la enfermedad, y conociendo que se le acercaba la última hora, llamó al dueño de la casa, y le dijo: «Amado hermano mio: sabed que nuestro misericordioso Dios quiere poner ya fin á mis trabajos: yo he procurado alcanzar de su piedad que suspendiese un terrible castigo que amenazaba á esta provincia por los delitos de sus habitantes; y, por lo que toca á vos, estoy sumamente agradecido de la caridad que conmigo habeis siempre usado, y os suplico querais recibir esa correa y ese báculo en muestra de mi agradecimiento, que no tengo otra cosa con que dároslo á entender; y tened confianza en Dios de que algun dia os podrá servir de gran provecho.» Con sumo reconocimiento y gran devoción recibió ambas cosas el amo de la casa, envolviéndolas con el

mayor esmero en un finísimo lienzo. Algun tiempo despues de muerto el Santo, cediendo á los ruegos de un amigo, iba á repartir con él el don de FRAY PEDRO; pero el cielo milagrosamente se lo impidió, y le mandó que lo depositase en la iglesia catedral, lo que verificó en seguida.

Con la mayor rapidez fue agravándose el ejemplar y santo Religioso, y habiendo recibido con inefable gozo los Santos Sacramentos, descansó en el Señor el día 14 de abril de 1246, á los 61 años de edad. El esclarecido Obispo don Lúcas de Tuy celebró las honras, cuidando de colocar el Santo cadáver en un sepulcro decente, junto al cual dejó dispuesto en su testamento que colocaran el suyo.

Diferentes veces han sido trasladados los Santos restos por deseos de los devotos de colocarlos en sitios más preferentes. El Obispo D. Diego de Avellaneda los trasladó en 22 de enero de 1529, desde el primitivo sitio en que fueron sepultados, á la capilla de los Obispos, metidos en una preciosa caja de plata; y no pareciéndole todavía el lugar bastante digno para tan esclarecido Santo, el Obispo don Diego Torrequemada mandó edificar una suntuosa capilla, á la que fueron trasladadas las santas reliquias el día 27 de abril de 1579, con gran solemnidad y regocijo del pueblo.

Su primitivo sepulcro manó por mucho tiempo un aceite maravilloso, semejante al que se dice haber sudado el precioso monumento del monte Sináí, en que por mano de los ángeles fue depositado el cuerpo de Santa Catalina.

La gente de mar, más aun que la de tierra, conoce á este Santo por el nombre de San Telmo, no estando acordes los escritores en la razon de ello. Dicen unos que fue apellido de su familia; pero es lo cierto que hasta más de trescientos años despues de su fallecimiento nadie usó el Telmo, apellido completamente desconocido. Lo aceptado por los más eruditos es que la devocion que los marineros tenían en lo antiguo á San Eramo, San Ermo ó Sant-Elmo,

originada de San Erasmo, Mártir, del tiempo de Diocleciano, cuya fiesta celebra la Iglesia el día 2 de junio, pasó despues á SAN PEDRO GONZALEZ por sus más recientes milagros, y nombrando y pronunciando Santelmo, invocaban y pedian su proteccion á SAN PEDRO GONZALEZ, al cual despues rendian y rinden todavia en tierra sus ofrendas en toda la costa, y especialmente en Vizcaya, Guipúzcoa, Andalucía y Portugal.

Tambien llaman de San Telmo á las luces ó fulgores que al fin de las tempestades suelen verse en los palos de las embarcaciones, las cuales nada tienen de milagroso, y se conocen desde la más remota antigüedad. Los gentiles las llamaban luz de Elena, si no se presentaba más que una, y de Castor y Pollux si se presentaban dos ó más. La presentacion de Elena, ó sea de una luz sola, no les tranquilizaba bastante, pues temian reproduccion del peligro. Los cristianos distinguieron á estas luces ó fuegos con varios nombres: llamáronle Estrellas del Arcángel; Estrellas de los pies de San Nicolás; luces de Santa Elena y San Nicolás; y añadiendo á estos nombres tambien Santa Clara, de San Hermeten y de los Santos de cuyo nombre se cree que procede el de San Telmo.

#### DIA 15.

Santa Basilisa y Santa Anastasia, Mártires, Romanas.

#### DIA 16.

SANTO TORIBIO DE LIEBANA, OBISPO, ESPAÑOL.

Por lo que resulta de los escritos de este Santo, de los leccionarios antiguos que usaron varias iglesias de España, y de un breviario de la de Astorga, fue natural de Galicia: pero se ignora en qué pueblo de ella nació y el nombre de

sus padres. Consta solo que pertenecian á una noble y poderosa familia, y abundante en bienes de fortuna.

La primera educacion de TORIBIO fue tan esmerada como puede presumirse y como manifiestan sus escritos, en los que, siendo todavia jóven, brilla una instruccion poco comun en aquellos tiempos.

Quedó huérfano de padre y madre muy jóven, y poseedor de un grueso patrimonio; pero las riquezas no tenian para él el más pequeño atractivo. La constante práctica de todas las virtudes cristianas y el anhelo por instruirse era lo único que le ocupaba, y al poco tiempo del fallecimiento de sus padres determinó viajar para instruirse; pero viajar humildemente, como un peregrino, constituyéndose completamente en el estado de tener que vivir de limosna.

Vuelto á España, se dirigió á su país natal, Galicia, en donde continuó con general admiracion en el ejercicio de sus piadosas y santas costumbres, demostrando el Señor cuán gratas le eran las virtudes de su Santo siervo, dispensándole el don de hacer milagros, especialmente en enfermos desahuciados, siendo una de las más portentosas curas que hizo la de la hija del Rey de los suevos, que gobernaba entonces la Galica.

Con limosnas que recogió de los fieles edificó un templo que dedicó al Salvador, en el cual depositó las reliquias que habia traído de Jerusalem; y habiendo vacado á poco el Obispado de Astorga, fue elegido TORIBIO para esta dignidad, tan contra su gusto, que tuvieron que emplear las más réndidas súplicas para conseguir que lo aceptase. Apenas posesionado de la Silla episcopal, tuvo un gravísimo disgusto originado por la maligna envidia de un ambicioso, que vió con rabiosa saña la elevacion de TORIBIO, sin tener en cuenta que no habia pretendido la Silla el Santo varon que la ocupaba, sino que la habia aceptado á la fuerza.

«Era el perseguidor, enemigo de SANTO TORIBIO, un diácono de la iglesia de Astorga, llamado Rogato, el cual, por todos los medios infames que sugiere la ambicion, habia solicitado ser hecho Obispo. Como el pueblo, desatendiendo sus maquinaciones y ambiciosas pretensiones, habia preferido la santidad de TORIBIO, se irritó la ira de su competidor en tanto grado, que determinó deshonrarle y perseguirle por todos los medios posibles. No se contentaba con abatir su mérito con palabras injuriosas, llenando todas las conversaciones de su desprecio, sino que el ódio y el resentimiento le precipitaron de manera, que se determinó al más horrendo delito á fin de conseguir la perdicion de TORIBIO, creyendo que de ella resultaria el logro de sus ambiciosos intentos. Acusó al Santo de un vicio tan feo y abominable como es el adulterio, mayormente en una persona eclesiástica, condecorada con la dignidad episcopal. Sintió el Santo, como era justo, una acusacion tan horrorosa, y levantando á Dios el corazon con fervor y lágrimas, le pedia de continuo protegiese su inocencia. Esto inspiró en el alma del Santo Obispo tal confianza en la Divina misericordia, y tal seguridad de que el Divino poder emplearia sus maravillas en la justificacion de un Pastor atribulado, cuyas exhortaciones al pueblo haria débiles é infructuosas la infamia, que determinó hacer una prueba pública de su inocencia, en que esta quedase tan victoriosa como patente la calumnia del inicuo diácono. Fuese á la iglesia Catedral en un dia de grande concurso, y habiendo manifestado al pueblo con lágrimas el estado en que se hallaba su honor, volviendo á Dios sus ojos, imploró sus auxilios para el buen éxito de su defensa.

»Hecho esto, mandó traer al altar una porcion de fuego, y tomando con sus sagradas manos muchas ascuas encendidas, las envolvió en el roquete que tenia puesto, y entonando el Salmo de David que comienza: *Levántese Dios*

y dispense sus enemigos, dió vuelta á la Iglesia cantando aquel largo Salmo, y llevando las ascuas en el roquete sin que éste ni las manos del Santo Obispo padeciesen lesion alguna. Todo el pueblo vió con sus ojos que el roquete no solamente habia quedado sin daño, sino que no tenia la menor señal ni mancha del fuego que habia contenido. Quedáronse todos atónitos y confusos de semejante maravilla, publicando á voz en grito la inocencia de SANTO TORIBIO y la perfidia de su maligno delator. Este recibió allí mismo del cielo todo el castigo que merecia su execrable delito, pues á semejanza de Judas, confesó públicamente su maldad, y sin que esto bastase para apaciguar la justa ira de la divina Justicia, reventó en presencia de todos, pagando con su muerte los escesos á que le habia conducido la ambicion.»

Por este tiempo aumentaba prodigiosamente en Galicia el número de sus prosélitos el famoso heresiarca gallego Prisciliano, cuyo noble nacimiento, grandes riquezas, genio vivo, perspicacia, elocuencia y severidad de costumbres le colocaban en la más fuerte posicion para recomendar y dar gran propagacion á sus errores, que iban cundiendo con gran rapidez. Ayudaban poderosamente á ello, acreciendo los males, varias escrituras apócrifas á las que daban los hereges tanta autoridad como á los Evangelios, y que repartian cautelosamente entre los fieles para que infiltrasen en su mente los errores y blasfemias que contenian. Las más conocidas eran las llamadas *Actas de Santo Tomé*, de *San Andrés*, de *San Juan*, y el libro titulado *Memoria de los Apóstoles*. Como es de presumir, la propagacion de la heregia prisciliana hirió dolorosamente el corazon del virtuoso Prelado SANTO TORIBIO, y determinó emplear sin tregua ni descanso todas sus fuerzas para combatir los errores que hacian ya mella hasta en el clero. Escribió

dos libros muy notables rebatiendo una por una las heregías de Prisciliano, los cuales con una carta remitió á Roma por conducto de un diácono de su Iglesia, llamado Pervinco, quien puso las tres cosas en manos del Santo Padre Leon, llamado el Grande, el cual, en una muy cariñosa carta, fecha 21 de julio del año 447, agradece á SANTO TORIBIO su celo cristiano elogiando sus escritos. Encargó al mismo tiempo el Santo Padre la celebracion de un Concilio nacional, para lo cual escribió tambien á los demas Prelados, confiando á SANTO TORIBIO el encargo de notificarles el decreto pontificio, añadiendo á este encargo: «Pero si, lo que Dios no quiera, se ofreciesen impedimentos insuperables para el Concilio general, téngase uno en la provincia de Galicia, y cuiden de su congregacion los Obispos, uniéndose con ellos vuestra solicitud, para de este modo poner cuanto antes remedio á tantos males.»

Todos los Prelados de las cuatro provincias en que entonces estaba dividida España, con los nombres de la Cartaginense, la Bética, la Lusitania y la Tarraconense, dieron cumplimiento al mandato reuniéndose en Toledo; pero no asistieron los Obispos de Galicia por evitar los graves riesgos que en el camino hubieran corrido sus vidas hasta salir de su provincia, plagada de los más obcecados y furiosos hereges. En su virtud, tuvieron Concilio provincial en Braga, aunque sin resultado beneficioso por la divergencia de opiniones. SANTO TORIBIO, sin embargo, secundado por el Obispo Idacio, y Antonino, Prelado de Mérida, continuó su celosa persecucion contra los hereges, formando causa á uno de los más célebres priscilianistas, natural de Roma, llamado Pascencio, á quien consiguieron echar de la provincia lusitana.

Se ignora el año y sitio en que dejó de existir este Santo Prelado, que gobernó su Sede veinte años próximamente; pero se cree que vivia cuando la entrada en España de

Teodorico, Rey godo, que protegido por el Emperador Merulio Avito, vino contra el Rey suevo Recriario, á quien derrotó en una sangrienta batalla dada á tres leguas de Astorga, junto al rio Orbigo, el viernes 5 de octubre del año 456. Abusando el godo de la victoria, manchó su espada con la sangre de millares de inocentes y débiles, pasando á cuchillo á los habitantes de muchos pueblos, sin distincion de creencias, sexos ni edades, y sin perdonar su rapacidad las alhajas de los templos, especialmente en la ciudad de Astorga, donde al año siguiente introdujo con engaños mucha tropa, dejándola completamente arruinada, y haciendo prisioneros dos Obispos que no nombra la historia, uno de los cuales se ha creído siempre y se cree que fue SANTO TORIBIO.

No consta tampoco el primitivo sitio que ocuparon los restos mortales de SANTO TORIBIO: solo que en el siglo VIII, con motivo de la invasion de los moros, fueron trasladados con las reliquias que trajo de Jerusalem al Monasterio de San Martin de Liébana, que con el tiempo perdió la advocacion de San Martin, tomando el nombre que ha conservado hasta nuestros dias de SANTO TORIBIO DE LIÉBANA.—N.

#### SANTA ENGRACIA, VÍRGEN Y MARTIR, ESPAÑOLA.

Hasta el año de 1775, en que se publicó el tomo 30 de la nunca bastante bien alabada *España Sagrada*, del Maestro Enrique Florez, hubo dudas acerca de la naturaleza de esta Santa, teniéndola unos por española y otros por portuguesa, aunque todos de acuerdo en que murió en España, y en Zaragoza. Los que la querian portuguesa, dicen que era hija de un régulo ó regente de este pais, sin designar punto fijo, y que contratado su matrimonio con un marqués español, la envió su padre á nuestra patria acompañada de diez y ocho sirvientes portugueses, que como ella fueron

sacrificados por profesar la Religión católica. El Maestro Enrique Florez, con la riqueza de erudición que le reconocen nacionales y extranjeros, y todavía más los segundos que los primeros, deshace el error de la naturaleza de SANTA ENGRACIA, dejando tan claro que fue española, como claro es para todo el mundo que en el siglo IV no había marqueses en España.

Era, pues, SANTA ENGRACIA natural de Zaragoza, donde vivía: jóven, hermosa de alma y cuerpo, y perteneciente á noble familia, segun se infiere de lo dicho por Prudencio, que presenci6 el martirio y leg6 á la posteridad la noticia de él. En los detalles del tormento y en las palabras de la jóven cristiana, Virgen y Mártir, se encuentran conformes todos los escritores, y lo refieren de esta manera.

Comenzaba el siglo IV, y estaba en pleno desarrollo la persecucion de Diocleciano, de que hemos hecho ya mencion en las biografias de San Vicente, Santa Eulalia y otros Mártires de la misma época. Hallábase de Presidente en la provincia Tarraconense de España, á la que pertenecía Zaragoza, el feroz Daciano, de que tambien dejamos hablado en las mismas biografias, y corrian los arroyos de sangre cristiana en la ciudad invicta de los innumerables Mártires. Nada, sin embargo, bastaba á apagar el santo fuego de los cristianos aragoneses, y del sitio en que regado con sangre caía sin vida un mártir, se alzaban ciento confesando y proclamando la ley de Jesucrisio.

Ardía en entusiasmo religioso el corazon de la jóven ENGRACIA, y determin6 presentarse á Daciano y hacerle comprender sus errores, manifestándole al propio tiempo la impotencia de su saña para concluir con la fé, y poniendo en ejecucion su her6ico pensamiento, march6 al Tribunal, y dijo al Presidente: «¿Por qué, juez inicuo, desprecias al verdadero Dios y Señor, que está en los cielos, y atormentas

con tanta crueldad á los que le dan culto? ¿Por qué tú y tus Emperadores persiguen por todo el mundo tan injustamente á los cristianos, por defender á los ídolos, que son unas vanas estátuas donde habitan los demonios?»

Atónito quedó Daciano al oír estas palabras, no pudiendo esplicarse el que una jóven de rostro dulce y simpático, y maneras finas y distinguidas, tuviera valor para arros-trar su saña en tales términos; pero sobreponiéndose á toda consideracion, y no escuchando más que la voz de su irri-tado orgullo, mandó que la azotaran en seguida, y como blasfema, la ataran á la cola de un caballo y la arrastraran por la ciudad. Llevose á cabo lo ordenado por Daciano, sin que ENGRACIA sucumbiese ni manifestara el más pequeño sentimiento ni disgusto.

Viendo Daciano que el miedo no tenia cabida en aquel heróico corazon, trató de ganarle con reflexiones, ardides y ofertas las más deslumbradoras; pero nada consiguió, y mirándole con horror y desprecio, le dijo la Santa donce-lla: «Tú, sacrilego, enséñate á tí mismo esos falsos dog-mas; pero no á mí, que ni tus ofertas me seducen, ni tus palabras me convencen, ni tus tormentos me intimidan. Sabe que soy enviada por mi Señor Jesucristo á reprender tus enormes delitos, de los que es preciso te arrepientas, si temes, como debes, la ira de Dios, que ya veo preparada á descargar sobre tí.»

Bramando de furor Daciano mandó á los verdugos que empleasen en aquella jóven inmediatamente los tormentos más dolorosos. Los verdugos dislocaron todos los miem-bros de la Santa, y con garfios de hierro rasgaron sus car-nes, descubriéndose los huesos en muchas partes del cuer-po. Hasta los gentiles que presenciaban este horroroso tor-mento estaban estremecidos y afectados: la Santa, tran-quila, y con faz radiante de suprema alegría; y Daciano, ahogándose de soberbia. Resuelto ya á concluir con su ene-

miga, ordenó que la clavasen un clavo en la frente. Pero ni aun esta inaudita atrocidad bastó para inmutar ni por un instante la dulce calma de ENGRACIA y su angelical rostro. En vista de ello mandó Daciano á los verdugos que no continuasen el tormento hasta su muerte, sino que la dejasen en el estado en que estaba, para que no acabase su vida tan pronto, y las heridas, ulcerándose, se hicieran más dolorosas y fuese mayor su sufrimiento.

Dice Prudencio en su relacion de este martirio, que, con asombro general de cristianos y gentiles, sobrevivió algun tiempo la Santa, sin dar razon de cuánto, y que, finalmente, entregó su pura alma al Criador el dia 16 de abril del año del Señor 303.

Recogieron los cristianos el Santo cadáver y le dieron sepultura ocultamente. Despues de la paz de la Iglesia fueron muy honradas y veneradas las reliquias en la capilla subterránea llamada de las *Santas Masas*, sobre la cual edificó San Braulio, como digimos en su Vida, una iglesia en honor de la Santa, subiendo á ella las reliquias, donde permanecieron hasta la irrupcion de los árabes. Verificada esta, escondieron en el subterráneo las reliquias para que no fuesen profanadas, donde permanecieron ignoradas cerca de setecientos años. Habiéndose dispuesto en el año de 1389 la reedificacion del templo, al escavar los cimientos se encontró un sepulcro de piedra que contenia dos depósitos de reliquias, uno con la inscripcion de SANTA ENGRACIA, y otro con la de San Lupercio, y en otro sepulcro de mármol las cabezas y los huesos de los diez y siete nobles mártires de que hablaremos en seguida.

Habiendo enfermado gravemente de la vista D. Juan II, Rey de Navarra y Aragon, y teniéndola ya casi perdida, se encomendó á SANTA ENGRACIA: tocó á sus ojos el clavo que los verdugos clavaron en su frente, curando con una rapidez asombrosa, y agradecido formó el plan de edificar

un Monasterio de Religiosos Gerónimos que constantemente diesen culto á la Santa. Llegole la muerte antes de emprender la obra; pero en cumplimiento de su voluntad, la llevó á cabo su hijo D. Fernando el Católico. El Emperador Carlos V tuvo gran devocion á esta Santa, é hizo importantes donaciones al Monasterio.—N.

#### LOS DIEZ Y OCHO NOBLES SANTOS MÁRTIRES DE ZARAGOZA.

En este mismo dia y año del Señor 303, furioso Daciano con el triunfo de SANTA ENGRACIA, mandó prender, segun asienta el ya citado Prudencio, narrador del martirio de SANTA ENGRACIA, el llamado por él Cándido coro de la primera nobleza de Zaragoza. Quiso Daciano aterrar á esta, en vista del valor demostrado por la jóven ENGRACIA, é hizo conducir á su prensencia á diez y ocho nobles, llamados Optato, Lupercio, Succeso, Marcial, Urbano, Julio, Quintiliano, Publio, Fronton, Félix, Cecilio, Evencio, Primitivo, Apoderno, Casiano, Matutino, Fausto y Enero. Así que llegaron al Tribunal, les leyó los decretos de los Emperadores Diocleciano y Maximiano, y les dijo, que era preciso que en el acto renegasen de la Religion cristiana, adorasen á los idolos, y dieran incienso á la estatua del Emperador. Negáronse resueltamente todos, diciendo que estaban prontos á sufrir cualquier clase de tormentos, hasta derramar la última gota de su sangre, confesando la Religion de Jesucristo. Vista por Daciano la actitud firme y resuelta de los diez y ocho nobles, de los cuales ni uno solo demostró el más pequeño temor ni tibieza, los entregó á los verdugos para que concluyeran con ellos, empleando los más dolorosos tormentos. Así lo verificaron los dignos servidores del tirano, rasgando las carnes y mutilando horriblemente los cuerpos de aquellos héroes del cristianismo.

Los fieles recogieron los cadáveres, y los dieron oculta-

mente sepultura, permaneciendo escondidos hasta que cesó la persecucion contra la Iglesia. Entonces pusieron en un sepulcro los restos de 17, y los de San Lupericio, con una division é inscripcion, en el sepulcro que contenia los de Santa Engracia, como dejamos dicho en la biografia de esta Santa.—N.

#### SAN CAYO Y SAN CLEMENCIO, MÁRTIRES, ESPAÑOLES.

El mismo escritor Prudencio, citado en las últimas biografias de este dia, hace mencion de los dos Santos mártires españoles, SAN CAYO y SAN CLEMENCIO; pero con tal concision, que solo dice que confesaron dos veces á Jesucristo, la primera ante el juez Rufino, y la segunda en presencia de Daciano. Antonio de Nebrija y Henschenio los llaman simplemente confesores; pero la opinion más admitida es la de que despues de haber confesado por segunda vez á Jesucristo, sufrieron martirio en Zaragoza por mandato del Presidente Daciano.—N.

#### DIA 17.

San Aniceto, Papa y Mártir, *Sirio*.

#### BEATA MARIANA DE JESUS.

La imperial y coronada villa de Madrid, centro de España y córte de sus católicos Reyes, fue la patria gloriosa de la admirable Virgen MARIANA DE JESUS, particularmente favorecida del cielo. En el dia 8 de diciembre del año 1564, dia dedicado á la Inmaculada Concepcion de la Reina de los Angeles, nació MARIANA DE JESUS en esta nobilísima villa, en la calle de Santiago, y casa de la Hoz: salió al mundo para nuevo esmalte de los gloriosos blasones de esta gran córte. Fueron sus padres Luis Navarro Ladron de Guevara, criado de los Reyes D. Felipe II y III, natural de la ciudad de Estella, en el reino de Navarra, y su madre

Juana Romero, natural de Villalpando, en el reino de Aragón, ambos calificados no ménos en virtud que en nobleza, como sus apellidos manifiestan. De este matrimonio nacieron MARIANA, Luisa, Juana Matías, Pedro y Justa: muerta Juana Romero, casó segunda vez Luis Navarro con María Gerónima de Pineda, y tuvieron dos hijas, Juliana y Francisca de Pineda.

Ignóranse las causas por qué se dilató por espacio de cuarenta y tres dias el bautismo de la hermosísima niña, que se verificó por fin en la parroquia de Santiago, renaciendo á la divina gracia incomparablemente más graciosa. La administró el Sacramento el bachiller Mata, cura propio, á 21 de enero del año siguiente 1565, siendo sus padrinos Pedro de Rivas é Isabel de Villalpando, dichosos en haber tenido en sus brazos á tan ilustre y ejemplar Virgen. Pusieronle el nombre de MARIANA, no muy usado en aquel tiempo, y compuesto de los dos Maria y Ana, significando gracias uno y otro, y feliz muestra de que el Altísimo la elegía para que habitase en el Tabernáculo de su protección soberana, destinando para su tutela y custodia al Arcángel Uriel, como en adelante la fue revelado á MARIANA DE JESUS en los frecuentes coloquios que en el discurso de su vida tuvo con el Señor.

En la niña MARIANA ostentó Dios su prodigioso favor y poder, franqueándola en su oriente tan grandes beneficios como á otros en el ocaso de su vida. Salió de la sacra fuente del bautismo tan hermosa en lo exterior, que claramente manifestaba los rayos y resplandores de la Divina gracia, despidiendo de su rostro peregrinas luces. Era muy afable, tranquila y sosegada; de bellísimos ojos, que velaba una gran modestia y admirable compostura, causando á sus padres el mayor regocijo y contento, y á todos los que la miraban singular afecto: nunca se observaron en ella propiedades y aficiones de niña: más bien presentaba

el aspecto de gravedad propia de una persona adulta ó anciana: la risa y el llanto estaban desterrados de sus sentimientos, porque una alegría templada y constante la alejaba de los dos extremos, manifestando la paz interior de su alma; siendo su quietud tan singular, que si su buena madre la daba ó negaba el pecho, la reclinaba en la cuna ó la sostenía en los brazos, ni esto la agradaba más, ni aquello la entristecía. Mes y medio la amamantó su cariñosa madre; pero sobreviniendo nueva preñez, buscó ama, procurando que no solo la alimentase corporalmente, sino que alentase é infundiese en su ánimo buenas inclinaciones con santo ejemplo. Felizmente encontró una muy virtuosa, que con su cuidado y el de los padres de la santa niña crecían y se desarrollaban los miembros de su delicado cuerpo y las facultades intelectuales de su purísima alma, siendo tan admirable lo que adelantaba en su crianza con el anticipado uso de su razón, que antes que todo supo MARIANA alabar á su Criador que pronunciar palabras infantiles. Se recreaba mirando las imágenes y retratos de Cristo y de su Santísima Madre, fijando en ellos la vista sin pestañear, claro indicio de que el Señor habitaba en su alma.

Siendo mayorcita, su madre la llevaba á la Iglesia parroquial de San Miguel, donde frecuentaba los Santos Sacramentos, y era tan extraordinario el gozo que experimentaba la angélica niña, que lo manifestaba en sus tiernos ademanes en presencia del Santísimo Sacramento, miraba atentamente la celebracion de este alto Misterio, y en oyendo la señal de la elevacion de la Sagrada Hostia y cáliz, no sosegaba hasta que su madre la volvía el rostro á aquella parte: pronóstico seguro de la gran devocion que siempre tuvo á este altísimo Misterio de la fé.

Avanzó su devocion, rezando en compañía de sus buenos padres y el ama el rosario de Nuestra Señora y otras devociones en que la imponían, y cuando supo andar se re-

tiraba á un desvan, donde tenia algunas estampas de la Virgen, y permanecia de rodillas con la mayor reverencia. De este santo ejercicio emanaba otro no menor de caridad que con admiracion motivaba tiernas lágrimas en los que atentamente consideraban sus acciones. Era muy compasiva con los pobres y enfermos: queriendo asistir á todos, ella repartia las limosnas, y cuando no tenia otra cosa los socorria con su comida, no quedando nunca más satisfecha que cuando alimentaba á los pobres. Cuando su madre visitaba algunos enfermos, MARIANA era su compañera, que con su gracia y angelical semblante causaba notable alivio al doliente. Si en la casa estaba alguno enfermo, con afebles palabras le consolaba y exhortaba á la tolerancia, haciendo oracion por él. No habia cumplido cinco años, cuando la sucedió un caso que manifiesta la luz que Dios la comunicaba desde luego, en premio de su caridad y amor. Fue su madre á visitar á una amiga suya, llevando consigo á MARIANA, en lo que tenia la mayor complacencia: distraidas con la conversacion, no echaron de ver que la niña habia desaparecido, y cuidadosas trataron de buscarla: despues de infructuosas diligencias, acudieron hasta un desvan inhabitado y sin uso, y en lo más retirado y oculto del zaquizami vieron á MARIANA que acariciaba á una niña muy pequeña, que, por necesidad ó malicia de sus padres, estaba á punto de espirar, yertos los miembros, pálida y desamparada de todo humano auxilio. Admirada su madre de lo en que se ocupaba su santa hija, y más de la dificultosa subida, en que tanto se habia espuesto, la dijo «que cómo habia subido á aquel desvan, y quién la habia dicho que estaba allí aquella niña, casi ya difunta.» A lo que la niña contestó confusa «que Dios la habia guiado á aquel lugar para socorro de tan grave necesidad.» Conociéndose en todo aquello la mano y la proteccion del Señor.

Empleada la tierna y Santa niña en los referidos ejer-

cicios, cumplió seis años de su edad y muchos de perfeccion, entregándose á la contemplacion, é instruida por el Espíritu Santo, crecia de virtud en virtud. La Divina Majestad aumentó en este tiempo los favores que por el resto de su vida la hizo. Se apareció á la tierna niña con cariñoso y agradable semblante, regalándola con su presencia y bañando de júbilo su alma; quedando por mucho tiempo absorta, gozando su alma de inesplicables regalos celestiales. Con estas repetidas apariciones se elevaba más y más su espíritu menospreciando todo lo que no era Dios, en quien solo hallaba quietud y bienaventuranza. Exhortaba á todos los de su casa á la oracion y recogimiento con tiernas y eficaces razones, proponiendo los medios más acertados para cumplir con las obligaciones que exige la ley cristiana. Así era que avisaba con tiempo los dias de ayuno y fiesta para que los observasen.

Con estas admirables disposiciones se prevenia para recibir Sacramentado al único Dueño de su corazon, que tanto ansiaba y pedia con humildes súplicas al confesor de su madre. Este, viendo su pequeñez, aunque admiraba su gran discrecion, le retardó la Sagrada Comunion, hasta que en tiempo conveniente se la concedió, lo que causó el mayor júbilo á su alma, no cesando en sus agradecimientos ni en las divinas alabanzas. Salió de la primera Comunion tan tiernamente devota de tan sagrado Misterio, que la mayor parte de su vida gastó en contemplar sus grandezas.

Para manifestar su flamante caridad á vista de la Pasion de Cristo, maceraba sus inocentes miembros con cilicios, ayunos y prolijas vigiliass: cuando se sentaba á comer, como no interviniese el precepto de sus padres, dejaba disimuladamente el manjar para los pobres, siendo el suyo y el más predilecto la contemplacion y alta presencia de Dios.

En ejercicios santos y espirituales, oyendo con frecuencia la palabra de Dios, que siempre la creia dirigida á su particular y espiritual aprovechamiento, perfeccionándose en toda virtud, llegó á los catorce años de su edad, siendo modelo de ejemplar vida: sus pasos eran medidos, sus acciones virtuosas, su voz tierna y devota sin afectacion, modestísimos sus ojos, el semblante grave aunque apacible; pero en lo que mostraba su mayor solicitud era en la compostura y honestidad de su cuerpo, demostrando su virginal pureza.

Con todas estas altas prendas, sin embargo, la Virgen MARIANA sufrió bastantes disgustos y tormentos, pues deseando seguir exactamente la voluntad del Altísimo respecto á estado, la Divina Majestad, para prueba de su amor, no se la manifestó. Aumentóse su desconsuelo y afliccion de espíritu porque su padre Luis Navarro determinó casarla con un jóven de igual nobleza, manifestándola su resolucion; más la afligida sierva de Dios, con amorosas lágrimas, pedia en la oracion al Esposo celestial la declarase su voluntad para seguir ciegamente sus divinos decretos. Pero el Señor se mostraba sordo á sus ruegos, y andaba dudosa, aunque algo inclinada á dar gusto y obedecer á su padre. En dudas tan acerbas recurría á la frecuente oracion, en donde encontraba la calma y quietud; y por no faltar á la perfeccion Evangélica á que aspiraba, acudia diariamente á los sermones, para ver si conseguia por este medio el fin que tanto deseaba; y así lo logró, pues por medio de un predicador Descalzo muy afamado que habia en la córte la manifestó el Señor su voluntad, infundiendo en su alma el menosprecio de las vanidades del siglo y cordial afecto á la virginal pureza, significando ser esta de su mayor agrado, y el estado en que preferia ser servido de ella, como esposa regalada. No es fácil esplicar el júbilo interior que sintió su alma con tan soberana respuesta, y así pro-

curó dar largas al término de los deseos de su padre con algunas excusas y santas palabras, dictadas por la eterna sabiduría; pero no bastaron á disuadirle de su propósito, y para más compromiso, la remitió el jóven con quien querian casarla muchas joyas y dádivas, de que no hizo caso alguno, no queriendo admitirlas, y despreciándolas como instrumentos de la imbécil vanidad humana.

Ya por este tiempo habia pasado á mejor vida su buena y querida madre, y Luis Navarro celebró segundas nupcias con Gerónima Pineda, que, aunque bien inclinada, no carecia de los resabios de madrastra, usando de términos severos con la Santa hija MARIANA, que en no pocas ocasiones la ofrecieron que merecer. Tomó la demanda la Gerónima de persuadir á la virtuosa Virgen, é inclinarla al estado del matrimonio, pintándola con los colores más vivos las delicias, regalos y libertad que le acompañan, y el gusto que á su padre daria si con prontitud le obedecia. A todo contestaba MARIANA que estaba decidida á no tener otro esposo que Jesus, y que habia determinado en su corazon perseverar virgen hasta la muerte; añadiendo que seria cansarse en balde trabajar en apartarla de su firme propósito; y para evitar nuevas sugerencias y porfias, propuso á su confesor, que entonces lo era el Cura de la parroquia de San Miguel, su ansia y deseo de hacer voto de castidad, y con su consentimiento, y con escesivo gozo de su alma, hizo aquel voto de castidad y virginidad angélica, rompiendo de una vez con el mundo y sus vanidades.

No es decible el enojo que sus padres concibieron al ver su determinacion: la injuriaron con afrentosas palabras, pasando no pocas veces á las obras, prohibiéndola los ejercicios espirituales dentro y fuera de casa, y la madrastra la atareaba con las ocupaciones domésticas, para vencer con el trabajo lo que ella llamaba rebeldia. Todos los parientes se pusieron en contra suya, combatiendo por todos los me-

dios su valerosa constancia. Pero la casta Virgen sufría todas aquellas persecuciones, contestando con el silencio y una paciencia inimitable. Duró bastante tiempo aquella cruel porfía, y MARIANA, para probar su firme decision, se cortó todo el cabello que adornaba su cabeza, arrojándole en tierra, y con él todas las esperanzas del siglo engañoso. Los padres redoblaron su furor, juzgando por gran atrevimiento lo que habia sido heroica resolucion, aumentando los castigos y malos tratamientos, dándola por cárcel un oscuro desvan, sin permitir que nadie la viese, y pan y agua, con suma escasez, por único alimento. Pero el Señor y la Reina de los Angeles se la aparecian frecuentemente, la acompañaban y consolaban, desterrando con su presencia las tristes tinieblas de la estancia.

Contentísima se encontraba en aquel retiro, donde sin impedimento alguno podia entregarse á la contemplacion de las cosas divinas y á la dolorosa Pasion de su Redentor. No amenguó á pesar de todo el enojo de su padre; y pasados algunos meses, despidieron á la cocinera, y la reemplazaron con MARIANA en aquel humilde cargo, en el que tuvo ocasion de ejercitar su paciencia, disgustando á su madrastra en todo cuanto hacia. Ultimamente, con mejor acuerdo, y reconociendo sus padres que aquella insistencia era obra de Dios, y que la mano del Altísimo estaba con su hija, desistieron de su intento, no queriendo seguir oponiéndose á la Divina voluntad, dejándola en libertad para continuar en sus ejercicios espirituales. Confirmose más en el voto de castidad: teniendo vivísimos deseos de profesar en alguna Religion, dió bastantes pasos y solicitó entrar en alguno de los Conventos de Religiosas de Madrid; pero halló cerradas las puertas á su cristiano designio: firme, sin embargo, en sus propósitos, resolvió abandonar la casa paterna, y un dia, despues de haber confortado su espíritu con la Sagrada Comunión, y recibida la bendición de su

confesor y maestro, partió para Ocaña con ánimo de servir en un Convento de Religiosas muy observante: caminó algunas leguas; pero temerosa de los riesgos á que se espone una mujer sola, como ella misma confiesa en sus escritos, dió la vuelta á su casa; y los padres, más templados de su enojo, la permitieron frecuentar en el templo los Santos Sacramentos.

Viendo frustrado su intento, quiso compensar aquella contrariedad á sus deseos, aumentando su devocion con penitencias y austeridades, y entre otras acostumbradas, dispuso una corona de agudos cambrones, que llevaba en su pecho, rasgando sus puntas las virginales carnes; despedazaba su inocente cuerpo con disciplinas rigurosas; ponía en su calzado pequeñas piedras, que herian y lastimaban sus pies; sirviéndola de lecho unas duras tablas ó el desnudo suelo, y de almohada una piedra, con otra corona de espinas fijada en su cabeza.

Habiendo cumplido los diez y nueve años en el de 1583, y estando una vez en oracion ferviente, se la apareció la Virgen bañada de resplandores, y adornada con el cándido hábito de su Orden Mercenaria, presidiendo á una numerosa procesion de Religiosos venerables, con el hábito de los Descalzos de la Merced, y percibió una voz celestial que la decia: *Con estos has de vivir si me quieres agradar*. En seguida entró la escelsa Reina de los Angeles en una fábrica que parecia Convento, desapareciendo y dejando á MARIANA llena de la mayor alegría.

En este género de vida de austeridad y penitencia llegó el año de 1586, y veintidos de su bien empleada edad, en cuyo tiempo comenzó á experimentar la mayor tribulacion y trabajo que en el discurso de su vida sufrió la castísima doncella. El enemigo de las almas la hizo cruda guerra escitándola las pasiones hijas de la débil naturaleza, que con valerosa constancia sustentó y resistió once años, hasta

que consiguió triunfar de sus asechanzas, obteniendo por último suma paz y tranquilidad. En aquel tiempo no faltó quienpreciado de docto reprendiese los ejercicios continuos de MARIANA, manifestando á su padre los riesgos que corria por una devocion mal entendida, favorecida por sugeriones diabólicas ó por instigaciones de los confesores. La bendita doncella, atribulada y afligida, y por divina inspiracion, para evitar censuras indiscretas, se sujetó á la obediencia y gobierno espiritual de Fray Antonio del Espí-  
tu Santo, varon docto y observante, Religioso Descalzo del Orden Seráfico de San Francisco, que vivia en el Convento de San Bernardino, algo distante de Madrid: llegó á sus pies la castísima doncella, haciéndole cumplida relacion de toda su vida. El Apostólico varon la consoló de sus fatigas y trabajos, infundiéndola nuevos alientos para la perseverancia. Aumentó las vigili-  
as, cilicios, mortificaciones y ayunos con otras penalidades, manifestando su insaciable deseo de padecer y sacrificar su cuerpo en aras de la penitencia: así era que en los escasos y groseros manjares con que se alimentaba mezclaba ceniza, como tambien algunas veces gustó hiel y vinagre, para experimentar lo que el Salvador del mundo padecería cuando trataron de apagar su sed con esta amarga y horrible confeccion.

Corria el año de 1596, en el cual cumplió los treinta y dos MARIANA DE JESUS, y el P. Fray Antonio, su confesor, lleno de escrúpulos y de cuidados, y temeroso de no poder dirigir convenientemente los pasos de la Santa doncella, se vió obligado á decirle que era forzoso buscarse otro maestro que dirigiese su espíritu. Despidióse la obediente hija de su Padre espiritual, y besando la tierra le pidió su bendicion y el auxilio de sus oraciones para que Dios guiase sus pasos. En seguida se encaminó al Convento de la Merced, y en la capilla de Nuestra Señora de los Remedios vió en un confesonario al venerable P. Fray Juan Bautista

Gonzalez: inspirada su alma llegose á confesar con él, y le dió detenida cuenta de su conciencia y de los sucesos de su vida: el venerable Religioso, ilustrado con luz divina, conoció el fondo de aquel diamante celestial, admitiéndola desde luego por una de sus hijas espirituales, quedando MARIANA con gran júbilo y contento persuadida de haber hallado lo que su alma necesitaba.

Por el espacio de ocho años seguidos, con muy cortas temporadas, en que disfrutó una salud regular, padeció crueles dolores y tres enfermedades graves, cuyas consecuencias la afligieron toda su vida. En una de ellas, complicada con fiebre ardiente, no pudo abandonar el lecho en muchos dias; pero abrazada á la Cruz de Cristo, le ofrecia todos sus padecimientos en holocausto de sus culpas. El Señor tuvo la dignacion de presentarse á su sierva, como cuando fue mostrado al pueblo por el juez inicuo, y un manco de admirable hermosura quitó con grande reverencia la corona de espinas de la cabeza del Salvador, y la trasladó á la de la afortunada MARIANA, fijándola fuertemente en sus sienes con intensísimos dolores y sentimientos, que al mismo tiempo producian en su alma celestiales delicias, perseverando aquellos dolores, al paso que dulces sentimientos que le causaba la invisible y misteriosa corona de espinas, todo el tiempo que duró su vida.

En el año de 1597 padeció una de las más graves dolencias, sufriendo cruelísimos dolores, llegando á tal estado, que fue preciso prevenirla se dispusiese á recibir los Santos Sacramentos de la Iglesia; nueva que ocasionó celestial gozo en su alma: los recibió con profundísima humildad y reverencia, deshaciéndose en gracias al Todopoderoso. Más el Redentor del mundo hizo una merced singularísima y favor especial, corona de sus gloriosos triunfos. Se la apareció en Trono majestuoso de gloria, y la dijo: *Hija regalada mia, te holgarás de estar en mi Cruz.* La venerable Virgen,

humillándose profundamente, respondió: «Que no era merecedora de favor tan singular; pero aunque se reconocia indigna de tanta dicha, abrazaba la Cruz con todo gusto y alegría, si era aquella su Divina voluntad.» Dichas estas palabras, y rindiendo las debidas gracias á merced tan Soberana, estendió los brazos, no sin fatiga, en forma de cruz, y al instante sintió la invisible en que el Señor la puso, sobreviniendo en sus afligidas espaldas notable peso, y en manos y pies terribles dolores, conociendo estar crucificada en una Cruz, aunque invisible, pero tan sensible á sus miembros como si realmente padeciera aquella penalidad.

Fue tal la influencia que ejerció en su naturaleza aquella extraordinaria merced, que permaneció veinte dias sin comer cosa alguna, sino algunos tragos de caldo, como ella misma dice, con tanta fortaleza y consuelo, que hasta la muerte quisiera permanecer en aquella invisible Cruz en que estuvo por espacio de diez meses, si fuera del agrado y voluntad del Señor, teniendo necesidad en todo este tiempo de alimentarse por mano ajena. Permaneció crucificada en la forma referida hasta principios de octubre de 1598, en cuya fecha el Altísimo quitó á MARIANA la amorosa Cruz, perseverando toda su vida en sus benditos pies y manos cruelísimos dolores que, comprimiendo los tendones, dejaron sus manos encogidas, casi gafas é incapaces de poder ocuparse en ninguna labor, y los pies tan inhabilitados, que con dificultad y gran penalidad apenas podia andar.

En aquel mismo año reveló Dios á su sierva MARIANA DE JESUS la fundacion y progresos de la Orden de Descalzos de Nuestra Señora de la Merced, cuyo favor impetró del Altísimo con fervorosa oracion, movida de las vivas instancias que la habia hecho su confesor y maestro el Santo Fray Juan Bautista.

Habiendo pasado las graves dolencias referidas la venerable Virgen, continuó su devota asistencia á la capilla de

los Remedios, donde el Señor la favoreció con particulares mercedes é ilustraciones. Y así todos los dias, despues de haberse empleado en oracion desde las dos de la mañana hasta la hora del alba, asistia con admirable devocion en aquel santuario, elevada en santa oracion, oyendo las Misas que allí se decian. Salia del templo despues de las doce, permaneciendo todo este tiempo como columna inmóvil y de rodillas.

En el año de 1600 volvió nuevamente á enfermar á consecuencia de sus austeridades y rigores, agregándosele otra afliccion con las murmuraciones que produjeron las visitas de su confesor para consolarla y dirigir su espíritu, agravando la castidad y pureza del bendito confesor; pero el Señor se ofreció á los ojos de su alma, ofreciéndola terminaria pronto su enfermedad y acallaria aquellas infames calumnias: con el mismo propósito se la apareció su amantísima Madre la Inmaculada Virgen Maria en forma y representacion de la Sagrada Imágen de los Remedios, en la mañana del dia de Santa Agueda, alegrando con su presencia á su tiernísima devota, calmando con suave voz los tormentos de la enfermedad, y dejándola libre de ella.

Habiendo trasladado su córte á Valladolid el Rey Don Felipe III el año de 1601, Luis Navarro, como criado suyo, tuvo que seguir á la real familia: con este motivo MARIANA pasó igualmente á Valladolid para ilustrar con el esplendor de su ejemplo y santidad á aquella ciudad nobilísima. El cambio de clima y de localidad hizo que, tanto la Santa como sus hermanas, estuviesen enfermas algunos meses, á consecuencia de aquel cambio. En esta poblacion eligió por confesor al P. M. Fray Andrés de la Puente, Religioso Dominicó, varon eminente en virtud, observancia y letras, quien penetrando el fondo de la angélica pureza de aquella bendita alma, la dió licencia para que todos los dias recibiese la Sagrada Comunion.

Continuó la bendita MARIANA sus santos ejercicios en Valladolid hasta principios del año 1606, en que la corte volvió á Madrid; pidió permiso á su padre Luis Navarro, que poco despues murió, para dejar su casa, para seguir sus devotas inclinaciones sin los impedimentos que ocasiona el humano trato; eligió una pequeña casa junto al Hospital de Santa Catalina de los Donados, donde sin registro alguno se entregaba á la oracion y penitencia, frecuentando diariamente la capilla de Nuestra Señora de los Remedios, y volviendo á la direccion de Fray Juan Bautista, recibiendo grande gozo viéndole en hábito de Descalzo. En este tiempo se unió á la sierva de Dios una mujer que deseando servir al Señor quiso acompañarla con título de criada: llamábase Catalina de Cristo, natural del Moral, en el Real de Manzanares, persona que aunque tan aplicada á la virtud, tenia asperísima condicion, haciendo una oposicion tan tenaz á todas sus acciones y palabras, que ejercitó su sublime paciencia con sus injurias y demasias, que duraron tanto como la vida de la escogida sierva del Señor. En el referido año cumplió cuarenta y dos de edad, divulgándose la fama de sus heróicos hechos y virtudes, no solo por la corte, sino por las más apartadas provincias. En el de 1607 se trasladó á una casa de campo muy próxima al Convento de Santa Bárbara, recién fundado, y en el que tanta parte tuvo MARIANA DE JESUS, eligiendo en aquella casa la peor estancia, tan pequeña y de tan miserable construccion, que sus paredes se componian de adobes, sin mezcla alguna, y el techo de teja vana, resguardando muy poco de las inclemencias del tiempo. Contenia dos tarimas muy humildes, que servian de lecho á la sierva de Dios y á Catalina de Cristo, y vestidas sus paredes de instrumentos de penitencia, ocultando debajo de su tarima un gran haz de zarzas y cambrones, y una dura piedra, sirviéndole esta de almohada, y aquellos de regalado colchon. En este

sitio modesto era visitada de grandes Principes y señores, que la buscaban con devocion por oir de sus castos labios palabras de vida eterna.

A fines de 1610, su santo confesor, con los demás Religiosos, la dieron para habitacion, en el mismo Convento, un humilde y desamparado portal que estaba en lo interior de sus muros, con puerta á la calle, y aquí se cumplió su deseo de vivir con los Religiosos Descalzos de la Merced, fabricando su pobreza, con el socorro de los fieles, una celda muy religiosa y devota, adornada con dos ó tres viejos taburetes y un poyo: el suelo tenia corcho ó estera, donde se sentaban las grandes señoras que la visitaban, y sobre una mesita tenia un Ecce Homo, y un tintero, pluma y papel, para responder á los muchos recados que recibia. Fabricó junto á esta celda un pequeño y devoto oratorio, sobre cuyo altar estaba un cuadro de la Inmaculada Concepcion, en el cual, por especial Breve de Paulo V, la decian Misa y suministraban la Sagrada Comunion. A otro costado de la celda labró un pobre aposento para habitacion de Catalina, y una cueva con su torno para comunicar con el Convento. Dispuso igualmente un huertecillo, cercado de tapia, en que por su mano plantó algunas flores para adorno del Santísimo Sacramento. En este jardin ó huerto obró el Señor grandes maravillas: aquí se paseaba por sus calles Jesucristo con MARIANA, y se le apareció diversas veces la Reina de los Angeles. Tambien la visitaron aquí el Principe de los Apóstoles, San Pedro, y el glorioso hijo de Santo Domingo, San Pedro Mártir, y otros celestiales cortesanos, festejándola el Arcangel Uriel, su custodio, y los espíritus angélicos.

En 1612 trató de fundar la Orden de Mercenarios Descalzos un Colegio en la Universidad de Alcalá de Henares, á cuya realizacion cooperó en gran manera MARIANA DE JESUS, venciendo todas las dificultades que se presentaron

á beneficio de una carta de la Santa, que operó en todos los contrarios un cambio prodigioso, terminándose aquella fábrica el día 20 de abril de 1614, día en que se puso el Santísimo Sacramento, hallándose presente la bendita Virgen MARIANA y su santo confesor.

En el día 13 de enero de 1613 la sobrevino un maravilloso éxtasis, en el que el Señor la mandó recibiese el hábito de Nuestra Señora de la Merced, que tanto había deseado. En seguida hizo las necesarias diligencias, y como su norte fue siempre la obediencia, escribió al General de la Orden determinase la calidad de su hábito. La contestó el gran Prelado, que atendiendo á sus achaques fuese el hábito de estameña basta de Segovia, y que dilatase el recibirle hasta que él fuese, porque quería dársele de su mano, como lo ejecutó en la mañana del Jueves Santo, á 4 de abril, con gran solemnidad y concurso. Observó rigurosamente la Regla y Constituciones de la Orden, haciendo la profesion con los tres votos de obediencia, pobreza y castidad, el día 20 de mayo de 1614. En todo el tiempo, desde este hasta su muerte, se ejercitó grandemente en la virtud de la fé, esperanza y caridad, pidiendo á su Divina Majestad la salud espiritual de los prójimos, y el alivio de las ánimas de Purgatorio, siendo todo lo limosnera que permitia su voto de pobreza: su humildad fue siempre profundísima, llevando al extremo sus mortificaciones y penitencias: su paciencia fue admirable, su oracion ferviente y continua. Dios recompensó su santidad y extraordinarias virtudes ilustrando á su sierva tanto en vida como despues de su muerte con infinitos prodigios y milagros, hechos por su intercesion, como tambien con el don de profecia, del que se conservan innumerables pruebas; concediéndola además la gracia especial de hacer muchas conversiones y de acarrear al camino de salvacion á muchas almas extraviadas.

A principios de 1624 sobrevino á la incomparable

MARIANA DE JESUS una penosa enfermedad. Asistianla sus afectos Religiosos, no sin sobresalto, temiendo su muerte; pero la enferma los alentaba, si bien por aviso celestial sabia el dia y la hora de su dichoso tránsito. Pasó, aunque con bastantes trabajos, los meses de febrero y marzo, y el 11 de abril recibió la sagrada comunión, con su afectuosa y acostumbrada devoción, en la Iglesia de Santa Bárbara, acometiéndola poco despues un agudísimo dolor de costado, con fiebre alta, complicándose con la renovación de todas sus ansias y fatigas. Lleváronla á su pobre lecho en la tribuna. Los progresos de la dolencia no pudieron contenerse á pesar de la medicación, pues hasta una ventosa sajada le fue aplicada en la region del corazón; y recibidos de nuevo y con el mayor amor los Santos Sacramentos, falleció el miércoles 17 de abril, á las nueve de la noche del año 1624, siendo su edad de cincuenta y nueve, cuatro meses y nueve dias.

En cuanto se divulgó por la capital el estado de gravedad de la sierva de Dios, fue numeroso é indecible el número de personas de todas clases y gerarquías que acudian á recibir su bendición, siendo universal la aflicción que producía el próximo tránsito de MARIANA, por los muchos beneficios y milagros que el Señor dispensaba por sus súplicas y oraciones.

El célebre pintor Vicencio Carducho sacó un retrato al vivo de su inalterable semblante al día siguiente de su fallecimiento, y tres cabezas vaciadas en su venerable rostro para eterna memoria, y conservar los rasgos y santa belleza de las facciones de la bendita Mercenaria. Despues se la colocó en las gradas del altar mayor de la iglesia de Santa Bárbara, en una caja forrada de raso blanco, donde permaneció dos dias de manifiesto al numeroso concurso su venerado cuerpo con públicas aclamaciones, obrando portentos y maravillas con las que el Señor quiso ilustrar

las virtudes y santidad de su sierva predilecta, á vista del virginal cadáver, que exhalaba suavísimo olor que se difundía por todo el templo. El día 19 en su noche fue enterrada debajo del altar mayor, y el día 1.º de setiembre del mismo año fue trasladado el incorrupto cuerpo de la sierva de Dios á la capilla de la Concepcion y de la Buena Dicha á sepultura propia.

En 18 de enero del año de 1783 el Pontífice Pio VI colocó á MARIANA DE JESUS en el catálogo de las bienaventuradas Vírgenes: en el reconocimiento que hizo aquel mismo año del bendito cuerpo el Cardenal Arzobispo de Toledo, D. Francisco Antonio Lorenzana, fue hallado incorrupto y sus carnes casi flexibles, y despedía de sí un suave licor como sangre, que calaba los lienzos y algodones en que envolvieron una parte de su carne.

En el año de 1815, de orden del Rey D. Fernando VII, estuvo espuesto el Santo cadáver en la iglesia parroquial de Santiago, habiendo sido inmensa la concurrencia que acudió á verle.—L. G.

SAN PABLO Y SAN ISIDORO, MONGES, ESPAÑOLES, Y SAN ELIAS,  
PRESBITERO, PORTUGUES (1), MÁRTIRES.

La persecucion sarracénica contra los cristianos, como todas las demas, tuvo sus periodos de mayor ó menor rigor, segun la mayor ó menor crueldad de los Soberanos que se sucedian, y sus delegados ó representantes. Terrible fue en Córdoba durante el reinado de Abderrhaman; pero su hijo Mahomat, que le sucedió en el Trono, si no hizo bueno á su padre, porque tanto era imposible, dió tales muestras de sanguinaria ferocidad, que hizo echar de ménos á su antecesor. Los cristianos huian diariamente en bandadas de

---

(1) Los hechos de este Mártir están tan enlazados con los de sus dos compañeros, que aunque Portugués, tiene que dársele cabida entre los Españoles.

Córdoba y su reino, y los que por circunstancias particulares no podían huir ó no tenían valor para sufrir los trabajos de la emigracion, compraban su libertad á costa de hacer donacion de su alma al diablo, renegando de la fé y aumentando el número de los sectarios de Mahoma.

Pero como la potente palabra del Evangelio no puede ser completamente acallada por nada ni por nadie, á pesar de los lagos de sangre cristiana con que Mahomad pretendia ahogarla, resonaba en Córdoba emitida por algunos héroes del cristianismo, que con sus sublimes ejemplos procuraban hacer revivir el valor católico en los amedrentados corazones.

Del número de estos esforzados campeones de la Cruz eran: un anciano, célebre sacerdote lusitano, llamado ELIAS, y dos jóvenes Monges, naturales de Córdoba, llamado PABLO el uno é ISIDORO el otro. La identidad de sus miras y pensamientos, el santo ardor que igualmente inflamaba el corazon del anciano que el de los jóvenes, les hizo tomar la heroica resolucion de presentarse en el Tribunal, confesar su fé y hacer patentes los bárbaros absurdos de la religion de Mahoma, para contener la dispersion de los cristianos. Poniendo en ejecucion su proyecto, se presentaron al juez, que sin dejarlos concluir mandó que los sacaran de su presencia y los decapitasen en seguida. Echáronse sobre ellos los verdugos, y golpeándolos horriblemente los hicieron salir del Tribunal, y los degollaron acto continuo, en la mañana del 17 de abril del año 856. No satisfecho el juez con la muerte de los tres Santos, dispuso que se clavaran sus cuerpos en unos palos muy altos, para que al contemplar así los cadáveres se aterrassen los cristianos que habia en la ciudad. Pasados algunos dias, arrojaron los cadáveres con los palos al rio, para que los fieles no tuvieran de aquellos tres Santos ninguna reliquia que adorar.—N.

## SANTA POTENCIANA, VÍRGEN Y MÁRTIR, ESPAÑOLA.

Inmemorial es el culto que en el territorio de Andújar, provincia y Obispado de Jaen, se ha venido rindiendo por los fieles á SANTA POTENCIANA, Virgen y Mártir, tenida unánimemente por hija de aquel pueblo, y muerta en su territorio en el siglo I del cristianismo: pero ni de la vida ni muerte de esta Santa existe noticia alguna; solo la encontramos acerca de su sepulcro y sus reliquias.

Hallándose de Obispo de Jaen, por los años de 1634, el piadoso é ilustrado D. Baltasar de Moscoso y Sandoval, supo que en una ermita titulada de los Santos, sita en la ribera del Guadalquivir, á media legua del punto donde se veian las ruinas de la antigua Illiturgi ó Andújar la vieja, habia un sepulcro en forma de túmulo algo elevado sobre la tierra, con una inscripcion que decia: *Aquí yace el cuerpo de SANTA POTENCIANA*, la que era tenida en tanta veneracion por aquellos naturales, que de todos los pueblos de la comarca acudian á implorar el favor de la Santa con fervorosas oraciones y religiosos votos.—«Quiso inspeccionar por sí mismo lo contenido en aquel sepulcro, y mandóle abrir: halló en él los huesos íntegros de un cuerpo humano, que despidieron al tiempo de la apertura una fragancia exquisita, que consoló á los circunstantes, indicio nada equivoco de la santidad del alma de quien eran aquellas venerables reliquias. Reconoció además su Ilustrísima la antigua pintura de SANTA POTENCIANA, entre las de San Bartolomé y de San Ildefonso, compatronos de la misma ermita, con otras antiquísimas que hay en Andújar, en la que está pintada la Santa, con insignias de Mártir; á la siniestra San Eufrasio, vestido de Pontifical, ambos en ademan de sostener aquella ciudad, como patronos y titulares suyos, como lo espresan unos versos latinos que se

hallan en la parte inferior de la misma pintura, sobre la que se lee lo siguiente: *Año 45 de la Natividad del Señor, vivió San Eufrasio, Mártir, apostólico Obispo de Illguri, colega de la SANTISIMA POTENCIANA.*»

En vista de todo, el Obispo D. Baltasar hizo una informacion judicial del culto inmemorial tributado á la Santa, y de los milagros obrados por su intercesion, y en 11 de mayo de 1636 aprobó la continuacion del culto en una capilla que mandó hacer á su costa en la ermita. Las reliquias se dividieron en dos partes en 15 de abril de 1640; la una quedó en el sepulcro, y la otra, metida en una preciosa urna, se colocó debajo del altar de la capilla.—N.

### DIA 18.

San Eleuterio, Obispo y Mártir, *Romano.*

SAN PERFECTO, PRESBITERO Y MARTIR, ESPAÑOL.

El primero que en la persecucion sarracénica de Córdoba, de que ya dejamos hecha mencion, nos refiere San Eulogio haber dado la vida en testimonio de la fé católica, se llamó PERFECTO, justificando con sus hechos la propiedad de su nombre. Fue natural de Córdoba; pero nada se sabe de su familia ni de los primeros años de su vida, pues la historia nos le presenta jóven ya educándose en la iglesia de San Acisclo, cuyos Ministros le sirvieron de maestros para instruirse en las ciencias eclesiásticas, y poder ser revestido, como lo fue, con la dignidad de presbitero.

Poseía el árabe con la mayor perfeccion, y pasando un dia por una plaza en que habia un gran corro de moros, le llamaron y pidieron que les esplicase los principales preceptos de la Religion de Jesucristo. Hízolo en seguida PERFECTO, y cuando concluyó le pidieron los moros que les dijera tambien lo que pensaba de las doctrinas de su Profeta Mahoma. Recelose PERFECTO de esta solicitud, y

temiendo alguna traicion, les dijo que, si querian que manifestase su opinion, habian de empeñarle su palabra de oír sin enojo su dictámen. Juraron hacerlo así, y que ningun daño se le seguiria por lo que dijese, fuese lo que quisiera. Garantizado con este juramento, les hizo patentes los absurdos de su religion, la inmoralidad que encerraba, y las penas á que estaban destinados los que la seguian.

Ardiendo interiormente en ira oyeron los moros las concluyentes razones del Ministro cristiano; pero contenidos por el juramento que habian hecho, le despidieron sin ofenderle, remitiendo para otra ocasion la venganza. No tardaron en tratar de tomarla, pues á los pocos dias encontraron en la calle á PERFECTO, y comenzando á insultarle en alta voz, concitaron contra él al populacho, que furioso y amenazador le rodeó en seguida, y apoderándose de él lo llevó al Tribunal, conduciéndole con tan violenta celeridad, que casi no ponia los pies en el suelo.

Sobrecogido el Santo con el fiero tumulto, llegó al Tribunal, donde le acusaron de haber hablado mal públicamente de la religion de Mahoma, lo cual negó el Santo; pero el juez, sin embargo, mandó que le condujeran á la cárcel, con ánimo de sacrificarle para la Pascua, y celebrarla con la sangre de un cristiano. Entró PERFECTO con la mayor alegría en la prision, considerándose muy dichoso en dar la vida por Jesucristo, y se preparó á ello con ferrosas oraciones, rigurosos ayunos y mortificaciones.

Llegado el dia de la Pascua de los moros, que fue del *Calendario cristiano* viernes 18 de abril del año del Señor 850, llevaron á PERFECTO delante del juez, que le preguntó la religion que profesaba y lo que pensaba de la de Mahoma. Sin temores ni dudas contestó el Santo presbítero lo mismo que dijo á los moros en la plaza, y en su virtud le sentenció á ser degollado, cuya sentencia se ejecutó en seguida.

Antes de salir para el lugar de la ejecución, se dirigió SAN PERFECTO al juez, que era un moro llamado Nazar, muy querido del Rey, y le dijo, que en igual día del siguiente año moriría miserablemente. Y así se verificó. Pocos días antes de llegar la siguiente Pascua cayó enfermo Nazar, sintiendo un fuego abrasador dentro del cuerpo, que nada bastaba á templar, y en el mismo día primero de la Pascua falleció como el herético Arrio, arrojando las entrañas por la cámara.

Era costumbre entre los moros de Córdoba celebrar aquella Pascua con una romería á la otra parte del río, en el sitio llamado *Campo de la verdad*, y desde muy temprano habia marchado gran número de ellos; pero habiendo corrido la voz de que habia sido condenado á muerte el Sacerdote PERFECTO, y que se iba á ejecutar en seguida la sentencia, alegres y regocijados dejaron muchos el *Campo de la verdad* para regresar á Córdoba á presenciar la muerte del enemigo de Mahoma; pero pagaron bien caro su regocijo, pues encrespándose instantáneamente las olas del río cuando estaban en medio cayeron en él, muriendo bastantes ahogados y salvándose los otros á nado.

Recogieron los cristianos el Santo cadáver, sepultándolo con la posible solemnidad al lado del de San Acisclo, en la iglesia de éste, y donde el Santo presbitero se habia educado é instruido.

Hasta la muerte de este primer Mártir de la persecucion sarracénica estaban contenidos y medrosos los cristianos con las rigurosas leyes promulgadas por los moros; pero tan luego como SAN PERFECTO rompió el silencio y levantó su voz confesando la fé, se alentaron de tal modo los cristianos, que hasta los que se habian retirado á los montes con ánimo de dedicar el resto de su vida á la oracion en el yermo, regresaron á la ciudad ansiosos de alcanzar la

gloria de morir defendiendo y confesando la Religión de Jesucristo.—N.

BEATO ANDRES IBERNON.

La bella y fértil provincia de Murcia fue la venturosa patria del virtuosísimo y ejemplar BEATO ANDRES IBERNON. Por los años de 1526, Ginés Ibernon, natural de Cartagena, casó en esta ciudad con María Real, natural de un pueblo de la sierra de Cuenca, en quien constantemente lucieron las dotes de virtud y cristiandad. Era más bien conocida por *la Buena y la Piadosa* que por su propio nombre, y fue toda su vida el ejemplo de las esposas y de las madres, y el amparo de desvalidos y menesterosos: su esposo Ginés descendía de familia hidalga, á la que dieron lustre en diferentes épocas sujetos muy notables en letras y armas, siendo todos de reconocida honradez y probidad, aunque de escasos bienes de fortuna en lo general. No contaba con muchos Ginés cuando se casó, poseyendo solo alguna hacienda en el campo de Cartagena.

Los muchos hijos que el Señor dió á este matrimonio, su infinita caridad en medio de sus mayores escaseces, y la pérdida completa de algunas cosechas sucesivas, precisó á Ginés á arrendar su corta hacienda á bajo precio, y renunciando á vivir en Cartagena, marcharon á Alcantarilla, pueblo ménos costoso, situado en la deliciosa huerta de Murcia, en el que tenían algunos parientes, con cuya proteccion contaban para poder emprender alguna especulacion que les proporcionase lo que les faltaba para atender á la precisa subsistencia de sus hijos. Cuando llegaron á Alcantarilla no encontraron por cierto grandes motivos de consuelo, pues si bien sus parientes no los desdeñaron, no los auxiliaron como ellos esperaban y necesitaban, y solo á fuerza de velar y trabajar podia Ginés ir dando el pan á su virtuosa mujer y á sus hijos.

Hallábase en cinta María y próxima á parir, cuando recibieron noticia de Murcia de hallarse enfermo un hermano suyo, beneficiado de aquella Iglesia Catedral. Pusiéronse inmediatamente en camino Ginés y María, sin tener esta en cuenta para nada lo avanzado de su embarazo, y sin duda por la precipitacion con que pasó á Murcia se adelantó el parto, y á los dos dias dió á luz un robusto y hermoso niño, que fue bautizado en la Catedral.

ANDRES IBERNON se llamó este niño, nacido y bautizado en Murcia en el año de 1534, siendo Pontífice Clemente VII y Rey de España el Invicto Emperador Carlos V, al cual nadie podia ni sospechar entonces que tanto habian de desear despues tener por suyo tres ciudades y un pueblo. La de Cartagena le pretendió como suyo por haber sido concebido en ella; la de Murcia, por haber en ella nacido y sido bautizado; el pueblo de Alcantarilla, por haberse criado y educado en él; y la ciudad de Gandia, por haber muerto en ella, conservar sus reliquias, y haber sido el principal teatro de sus glorias y milagros.

Restablecido el hermano de María de la enfermedad que habia motivado el viaje, como ésta tambien de su parto, regresó con su marido y su hijo á Alcantarilla, para dedicarse á sus habituales cuidados y trabajos, y atender á la educacion de sus hijos, de la que siempre fueron muy celosos, especialmente María, porque profesaba la sana y verdadera doctrina de que Dios da los hijos para que los padres formen de ellos unos seres virtuosos, cristianos y sabios para servir al Señor, á su patria y semejantes, dando ejemplo de estas virtudes. Por estos principios puede calcularse cuáles serian los cimientos de la educacion de ANDRES. No necesitaba tanto el niño para llegar á ser lo que fue, pues parecia hecho á propósito por el Señor para ejemplo de modestia, dulzura y complacencia desde los primeros meses de su infancia. Risueño y alegre, paciente y

sufrido, permanecía largas horas en el lugar que su madre le colocaba, sin llorar, llamar ni incomodar en lo más mínimo, encantando á cuantos le conocian por su angelical carácter, al que se unia una hermosura poco comun. Las primeras palabras que pronunció clara y distintamente su infantil boca fueron *Jesus* y *Maria*; bien es verdad que tan dulces nombres no podian ménos de ser de los primeros que aprendiese, porque continuamente los oia invocados por su virtuosa madre. Desarrollábanse al mismo tiempo, y con igual rapidez, en ANDRES las fuerzas físicas que las intelectuales. Robusto, hermoso y gentil jóven se hizo, al mismo tiempo que daba á conocer su vivo ingenio, su feliz memoria y su admirable prudencia, añadiendo á tan relevantes dotes la más estremada tolerancia para las faltas y flaquezas del prójimo. Su aficion á la iglesia llegó á convertirse en una verdadera pasion: en cuanto se levantaba, marchaba al templo á ayudar á Misa, y sin número fueron los dias que se privó del desayuno por no perder el servicio del altar, que constituia toda su felicidad y su contento.

Viendo los padres la decidida é invariable vocacion de ANDRES, le tomaron un maestro que le fuera preparando para emprender la carrera del sacerdocio; pero debilitada la salud de Ginés por los trabajos corporales y por la pena constante de ver á su adorada familia asediada de privaciones, quedó casi inútil para atender al trabajo, con lo que la triste y desconsoladora pobreza fue avanzando más rápida en su casa. Tuvo que renunciar á la instruccion de ANDRES por no poder costearle los libros indispensables ni pagar al maestro. Pero queriéndole proporcionar algun bien para el porvenir, le envió á Valencia, bajo el amparo y proteccion de un tio suyo, llamado D. Pedro Jimeno, que vivia con alguna holgura. Recibió muy bien á ANDRES; pero contra lo que él y sus padres esperaban, le dedicó á su servicio propio, encomendándole el cuidado del ganado: el

virtuoso jóven aceptó el encargo, no solo sin quejarse ni murmurar, sino hasta agradecido por el beneficio que su tío hacia á su padre manteniéndole á él.

La vida solitaria tenia por otra parte grande atractivo para ANDRES, pues en ella podia entregarse completamente al cultivo espiritual de su alma, ejercitándose en la contemplacion de los sagrados Misterios de la Religion cristiana. Compuso varias oraciones para determinadas horas del dia y de la noche, que rezaba siempre de rodillas. Visitaba muy á menudo y con tierna devocion las muchas iglesias y ermitas que habia por las inmediaciones de Valencia, frecuentaba cuanto le era posible los Santos Sacramentos, y oia Misa diariamente. Mortificaba con ayunos, vigiliias y otras privaciones su cuerpo, para conservarle puro y tenerle sujeto á la razon y al espiritu. Sus raras y ejemplares virtudes, tanto más admirables y edificantes, cuanto que dificilmente se hallan en la edad que contaba ANDRES, eran el asombro de todos los que le trataban, y tal efecto llegaron á producir en muchas personas, que, arrepentidas de sus faltas y vicios, entraron de nuevo en la recta senda de la vida cristiana. Nunca se le vió reñir con nadie ni se alteró por ofensa alguna, que perdonaba en el acto de recibirla, para que en cambio el Todopoderoso perdonase las suyas.

Al cumplir los veinte años consideró con madura reflexion que de continuar en aquella vida, sin más perspectiva ni esperanza que ser pastor de su tío mientras éste viviese, nada podía hacer por su padre, ni nada tampoco para conseguir el pertenecer en algun tiempo á la Iglesia, que era su constante anhelo y el delicioso ensueño de su imaginacion. Para poder conseguir ó lo uno ó lo otro, determinó despedirse de su tío y regresar á Alcantarilla, y segun el estado en que hallase á sus padres y hermanos, resolver el género de vida que habia de emprender.

Gran disgusto tuvo D. Pedro Jimeno por la determinacion de su sobrino, pues perdia con su ausencia un servidor cuerdo, noble y leal, que habia cuidado su hacienda con el mayor interés. Con gran pena y estrechos abrazos le despidió, regalándole ochenta ducados. Marchó á pie á Alcántarilla, y en el camino fue acometido por unos salteadores que le robaron el dinero, un saquillo con ropa que llevaba á la espalda, y varias reliquias, rosarios y estampas para sus padres y hermanos. Pero en vez de afligirse por esta desgracia, se la ofreció gustoso á Dios, como todas sus penas, en pago de sus culpas; y le sirvió para persuadirse más y más de la poca seguridad de los bienes de la tierra, y de que solo son permanentes é imperecederos los que atesora la virtud para ganar el cielo.

Pidiendo limosna llegó á casa de sus padres, que le recibieron con la mayor ternura y alegría. No fue muy grande esta en el cariñoso ANDRES, despues de enterarse de las muchas privaciones que experimentaba su familia, comprendiendo respecto á él lo imposible que le era volver á dedicarse á la instruccion necesaria para la carrera del sacerdocio por falta de recursos; pero no pudiéndose resignar á no pertenecer á la Iglesia, formó el proyecto de hacerse Religioso. A nadie comunicó su pensamiento por lo que pudieran influir en su determinacion, dejando esclusivamente al Todopoderoso la gloria de haberle señalado la senda que debia seguir en el mundo. En los puntos en que residió era muy estimado y querido de todos: pero quien más le distinguió tratándole con un cariño verdaderamente paternal, fue D. Pedro Casanova, regidor de la ciudad de Cartagena, quien le tuvo largas temporadas en su casa, porque le encantaba el dulce trato y amena conversacion de tan prudente y cristiano jóven. Teniendo necesidad este caballero de pasar á Granada á negocios importantes de la ciudad de Cartagena, tuvo la satisfaccion de que ANDRES,

con el beneplácito de sus padres, se prestara á acompañarle. Señalado el dia de la partida, le entregó D. Pedro las llaves del equipaje, confiándole el dinero, alhajas y papeles interesantes que llevaba.

No agradaron á ANDRES las costumbres demasiado libres que por entonces habia en Granada, temiendo por la pureza de su alma; pero la terminacion de los asuntos de D. Pedro se dilataba mucho, y continuando descontento por los peligros que le rodeaban, pasó muchos dias ANDRES sin resolverse, bien á hablar á su amigo y protector, ó bien á alejarse de Granada sin despedirse de él; pero optó, finalmente, por lo último, para evitar que los ruegos de Don Pedro inpidieran su determinacion.

Una noche faltó ANDRES, y D. Pedro, impaciente, pues la última ocupacion de aquel era asistir al Rosario, que se rezaba en un templo inmediato, y hacia más de dos horas que habian cerrado la iglesia, temiendo le hubiese sucedido alguna desgracia, se paseaba agitado, cuando fijando la vista en la mesa en que solia escribir ANDRES, reparó en las llaves del equipaje, que aquel llevaba siempre consigo. Esto le hizo comprender que se habia ausentado voluntariamente, no sabiendo cómo esplicarse aquella especie de fuga. En angustiosas dudas pasó la noche, unas veces culpando la ingratitud de ANDRES, y otras disculpándole. A los doce dias recibió una carta de su esposa desde Cartagena, participándole que ANDRES habia salido en aquel mismo dia para Albacete á tomar el hábito de San Francisco, y que le suplicaba en nombre de aquel dispensase su partida sin previo aviso ni despedida, porque temió que las palabras de su querido protector pudieran debilitar algo el firme propósito de hacerse Religioso, que la Divina Providencia le habia inspirado.

El dia de Todos los Santos de 1556, á la edad de veinte y dos años, tomó el hábito de San Francisco en el Convento

del Noviciado de Religiosos Menores observantes de la provincia de Cartagena, Obispado de Murcia, sito en la villa de Albacete. Se dedicó con singular anhelo y humildad á los servicios más bajos del Convento, juzgándose indigno de servir á los Religiosos hasta en cosas viles y despreciables. Pasado fervorosamente el año de prueba, hizo la solemne profesion en manos del Padre Guardian Fr. Alonso Pacheco, en igual dia al de su entrada en el año 1557.

Sabia perfectamente de memoria la Seráfica Regla, y se decidió á su observancia y á la de los votos solemnes con tanta eficacia y exactitud, que todos comenzaron á mirarle y considerarle como fundamento glorioso de un gran edificio de santidad. No contento ANDRES con aspirar á la perfeccion de la vida monastica, fijó su vista en el rígido Instituto creado por el admirable portento de penitencia, Pedro de Alcántara, en el reino de Valencia, bajo el título de San Juan Bautista. La aspereza de la Regla, y el esquisito rigor con que se observaba, encendieron en su pecho los más vehementes deseos de abrazarla, y así, con licencia de la Silla Apostólica y la bendicion de sus superiores, que sentian en extremo perder la compañía de un Religioso que tan evidentes muestras daba de santidad, pasó á vestir el hábito de Descalzos en el año 1563, á los siete de haber tomado el de Menores observantes de Cartagena, y á los veinte y nueve de su edad.

Benignamente le recibió el Guardian y Custodio provincial, Fr. Alonso de Llerena, varon de entera perfeccion, y verdadero discípulo de San Pedro Alcántara, en el Convento de San José de la villa de Elche, Obispado de Orihuela. Se propuso ANDRES desde luego llevar al más alto grado el desprecio de sí mismo, escediendo, si le era posible, las más rigurosas prescripciones de la nueva Regla, procurando imitar á su Santo Fundador. Consiguió su deseo del mismo modo que su amigo y compañero, el enamorado del Sa-

ramento, Pascual Bailon, que un año despues que ANDRES ingresó en el propio Convento de San José de Elche, siendo imposible asegurar cuál de los dos sobresalió más en cristiano heroísmo.

El principal alimento de su alma fue la oracion, pues decia que nada sustentaba y vivificaba tanto su espíritu como la contemplacion de su Dios y Señor, cuando le dirigia la palabra mental ó pronunciada. De aquí su incesante oracion, de la que ningun negocio ni trabajo pudo nunca distraerle. Caminando, trabajando, comiendo, pidiendo limosna, oraba, andando, de pie ó sentado, y siempre que sus quehaceres se lo permitian, de rodillas, ya en la celda, en la iglesia, en el coro ó en el campo. Jamás pasó por delante de un templo ó santuario sin arrodillarse y orar. Enlazó de tal manera la continua y fervorosa oracion con la soltura y destreza para todo trabajo corporal, que ni este le distraia de su fervorosa contemplacion, ni esta le impedía cumplir con todos sus deberes y ocupaciones. El objeto principal de su meditacion fueron los Sagrados Misterios de nuestra Redencion, para dirigir sus pasos entre los tormentos, penas y dolores de la Vida, Pasion y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Aunque lleno de achaques en los últimos años de su vida, acompañaba á los Religiosos jóvenes cuando iban á recoger leña y sarmientos, aventajando á todos en tan penoso trabajo, y cuando fatigados los jóvenes tomaban algun descanso, ANDRES, teniendo hinchadas las piernas y llagadas las rodillas, las hincaba en tierra y permanecia en fervorosa oracion hasta que volvian al trabajo, que emprendia de nuevo con extraordinario vigor, como si se le aumentasen las fuerzas con algun confortativo eficaz, conociéndose claramente la proteccion y gracia del Supremo Hacedor.

En el Convento de Elche, numeroso de Religiosos, por

haber aulas para la enseñanza, desempeñó por espacio de algunos años el cargo de cocinero y hortelano: quitáronle estos, y se encargó del servicio simultáneo de refitolero, portero y limosnero. En lo más avanzado de su edad, y acosado de dolencias penosísimas, sirvió también simultáneamente, y con la más completa satisfacción de sus superiores, los cargos de refitolero y portero en el Convento de San Juan Bautista de Valencia, obligaciones ambas penosas, de muchísimo trabajo y cuidado, por ser muy numerosa la Comunidad, y aun no contento marchaba algunas horas al monte á hacer leña y carbon, á recoger sarmientos en las viñas, sin desdeñarse de llevar la carga sobre sus espaldas al Convento. Con los juncos que recogía hacia espaldas, y con el esparto esteras, sandalias y sogas. Lavaba hábitos y los remendaba; cortaba y cosía los nuevos para los Religiosos; barria, limpiaba y blanqueaba la Iglesia y el Convento interior y exteriormente: en las obras que ocurrían servía de peon, cargando y conduciendo mortero, tierra, piedras y cuantos materiales se necesitaban. De todo entendía, y era tan mañoso y activo, que en cuantos Conventos estuvo fue de grande utilidad para sus compañeros y superiores, siendo su servicio tanto más agradable por la espontaneidad y mansedumbre con que lo prestaba.

Siendo cocinero, si notaba que algun Religioso comia poco, achacándolo en seguida al mal condimento, corria á él y le suplicaba perdonase sus faltas, que procuraria remediar en lo sucesivo. La cocina era la admiracion de cuantos la visitaban, por la estraordinaria limpieza y órden con que todo estaba dispuesto; y en las que estuvieron á su cargo colocó un altar con la imágen de la Virgen, pareciendo más bien una cuidada y pulcra sacristia que una cocina.

Dos horas solamente, de nueve á once de la mañana, era lo que necesitaba para disponer la refaccion del Convento.

to, añadiendo á esta grande economía de tiempo, luz y lumbre, el mayor cuidado para que no se desperdiciara cosa alguna, aprovechando todo lo útil para la holla de los pobres, de quienes cuidó siempre con la mayor solicitud. La Divina Providencia dispuso un dia, sin duda para demostrar la proteccion que dispensaba á su amantísimo siervo, que olvidase la cocina y continuara ayudando á las Misas hasta hora tan avanzada, que faltaba poco más de media para la de comer. Advirtióselo un Religioso al Guardian, y llamando éste á ANDRES, le reprendió su descuido, y le mandó que fuera inmediatamente á disponer la comida. Hincó ANDRES una rodilla en tierra, besó humildemente los pies al Guardian, y le dijo: *No se turbe, P. Guardian, ni se tome la menor pena, porque ahora iré á la cocina, y la comida quedará servida á su hora, sin que sea necesario se detenga un solo punto por mi descuido.* La paz y seguridad con que pronunció estas palabras llamaron la atencion al Guardian y á otros Religiosos, y siguiéndole se pusieron á mirar lo que hacia por las rendijas de la puerta de la cocina, que habia cerrado al entrar, y vieron sorprendidos que le ayudaba con la mayor destreza y agilidad un hermoso y gentil mancebo, á quien nadie conoció. Aguardaron se abriese la puerta para reconocer al mancebo y preguntarle quién era; pero quedaron burlados y atónitos, porque al abrir ANDRES la puerta para servir la comida á la misma hora que los demas dias, desapareció su ayudante con asombro general.

El esmero y pericia con que cuidaba las huertas de los Conventos, siempre que de ellas estuvo encargado, multiplicaba de tal modo los productos, que no solo habia abundancia de ellos para el consumo de la Comunidad y de los pobres, sino que todavía quedaba para regalar á los bienhechores del Convento. En el cargo de refitolero que desempeñó en el de San José de Elche, en el de San Roque de Gandía, y en el de San Juan de la Ribera de Valencia, fue

una verdadera providencia para las Comunidades. Destinaba lo mejor para los enfermos y el Prelado, seguian los ancianos, á estos los Religiosos de Misa, despues los legos, dejando para sí siempre lo más malo. La fruta la repartia en número significativo: tres en honor de la Santísima Trinidad, cinco en honor de las Sagradas Llagas del Redentor, siete en memoria de los gozos de la Santísima Virgen, ó nueve en obsequio de los nueve coros de los Angeles.

Fue tanta la escasez de grano que se esperimentó en la provincia un año en que se hallaba ANDRES de refitolero y portero en el Convento de Gandia, que los limosneros no recogian el suficiente pan para los Religiosos, y ménos para socorrer á los pobres, cuyo número se habia aumentado. Llegó una mañana en que no habia ni un solo pan en el Convento para comer aquel dia, sin poderlo esperar de otra parte, por no ser dia de limosna. Afligida se hallaba la Comunidad, más que por ella, por ver el ánsia con que un gran número de pobres esperaban á la puerta del Convento algun consuelo á su apremiante necesidad. Pero ANDRES sufría sobre todos con aquella escena. Se puso en fervorosa oracion delante de un Crucifijo que habia en la porteria, derramando copiosas lágrimas de dolor. En este momento cruzó por medio de la muchedumbre de pobres un gallardo jóven, que traía sobre su cabeza un enorme cesto de pan, que dejó delante de ANDRES, desapareciendo en seguida. Este visible y palpable don del cielo bastó para socorrer completamente aquel dia la necesidad de los Religiosos y de los asombrados pobres, espectadores de aquel prodigio.

Su infinita caridad, paciencia y bondad atraía de tal modo á los pobres de las inmediaciones, que siempre se hallaba rodeado de desgraciados en demanda de socorros corporales y espirituales, consolando á todos con gracia especial. Instruía á los ignorantes y á los niños en la doctrina.

crisiana y principales Misterios de nuestra Santa Religión; les enseñaba oraciones, y los disponía á la devoción; limpiaba á los desaseados, remendaba á los mal vestidos, curaba á los enfermos, sufría á los impertinentes, y reproducía muchas veces el milagro del Divino Redentor en el desierto, multiplicando el pan para alimentar á los pobres hambrientos. Tenía especial respeto y miramiento á los sacerdotes pobres, á los que socorria en secreto dentro del claustro, exhortándolos piadosamente á sufrir por amor de Jesucristo las incomodidades, trabajos y miserias de la vida humana.

Una vez recurrió á él un vecino de Valencia, esponiéndole el deplorable estado de su madre, enferma de tanto peligro, que ya había recibido los Santos Sacramentos, á cuyo estado la había conducido una invencible inapetencia. Solo deseaba comer camuesas de Aragon, y creyendo que la satisfaccion de aquella inspiracion natural la salvaria, y no pudiendo conseguir ninguna en toda la comarca, por no ser tiempo de fruta, le rogó que si había alguna en el huerto del Convento se la diese por gracia y caridad, y aunque daría cuanto poseía por proporcionar aquel remedio á su madre. Enternecido ANDRES le mandó esperar: en el huerto no había fruta; pero, sin embargo, entró en la Iglesia, y á poco salió con un pañuelo de camuesas tan frescas como si acabaran de ser cogidas del árbol. Loco de alegría voló el jóven á su casa, y a los ocho dias fue con su madre, milagrosamente sana, á darle gracias.

A pesar de su amor al retiro, desempeñó casi constantemente el cargo de limosnero, con notable ejemplo y edificacion. Nunca cubrió su cabeza con cosa alguna para defenderla del agua, nieve, granizo, ni de los rayos del sol, recibiendo la limosna siempre de rodillas. Antes de volver al Convento visitaba cinco iglesias ó altares, para ganar las indulgencias de la Cruzada. Su ánimo incontrastable, y

siempre fiado en la bondad y clemencia del Altísimo, le hacia mirar con impavidez lo que á los demas producía terrores: así es que se le vió tranquilo y sin alteracion alguna, permaneciendo en su acostumbrada y santa oracion, en un desborde del rio Turia, verificada en 1589, que inundó el Convento hasta bastante altura, y en el terremoto de 1599, en cuyo tiempo se hallaba en Gandia, que se repitió de doce en doce horas por espacio de veinte dias, arruinando muchos edificios, torres y el campanario de aquella colegial: en medio del espanto general que producian los sacudimientos, ANDRES permanecia, como siempre, sereno y complaciente, sin abandonar el cuidado de la iglesia y Convento.

Su caridad era infinita; nada tuvo suyo; todo para los pobres: consideraba como propias las penas ajenas; alegraba y consolaba á los tristes, no cesando, cuando echaba de ver alguna disension ó discordia, hasta que lograba unir y reconciliar los ánimos. Era esclavo en la asistencia y cuidado de los enfermos, medicinandolos y limpiándolos con el mayor amor; siendo innumerables los que asistió en el curso de su vida, y los socorros que proporcionó á los desgraciados, no limitándose muchas veces á remediar la necesidad del momento, pues á muchas personas proporcionó el bienestar para el resto de su vida, como se vió milagrosamente en infinitas ocasiones. Una de ellas fue con motivo de habérsele helado una viña á Maria Lopez, vecina de Gandia, viuda, con dos hijos de menor edad. Estaba esta una tarde á la puerta de su pobre casa contemplando la viña y rogando al Todopoderoso la proporcionase algun recurso para satisfacer el dinero que le habian prestado sobre el fruto de la viña, cuando vió por el camino al BEATO ANDRES. Toma en seguida de las manos á sus dos hijos y se dirige al encuentro del Religioso, le refiere su angustioso compromiso, suplicándole que implore en su favor el auxi-

lio del Altísimo, y enternecido ANDRES echa su bendición á la viña, que comenzó á brotar en seguida, y que llevó aquel año más fruto que nunca.

No era menor, por cierto, la caridad que mostraba por socorrer las necesidades espirituales, que le puso diferentes veces en situaciones sumamente difíciles y peligrosas. Con licencia de su Prelado visitaba con frecuencia los lugares y castillos habitados por moros; predicaba con afabilidad y cariño, procurando instruirlos en nuestra fé. Pero si bien tuvo el consuelo de lograr muchas veces traer al gremio de la Iglesia católica á familias enteras, en más de una ocasion se vió en inminente riesgo de morir entre las feroces manos de los partidarios del Korán.

El Omnipotente se complació sin duda en reunir en su siervo ANDRES las más altas cualidades y virtudes para que sirviese de modelo á los presentes y de edificante ejemplo á los futuros, desde su más tierna infancia, hasta la edad de sesenta y ocho años, en que murió. Nadie pudo culparle con razon de la más leve falta ni omision en el ejercicio de todas las virtudes Teologales y Cardinales; aumentando Su Divina Majestad los envidiables dones con que engalanó el alma de su elegido con el del espíritu profético, comprobado en mil ocasiones con sus seguros y ciertos vaticinios.

Fueron tantos y tan señalados los milagros que Dios obró por conducto de ANDRES IBERNON, durante su permanencia en este mundo y despues de su muerte, que la más ligera reseña y enumeracion de ellos ocuparía un grueso volumen, siendo tan grande y dilatada la fama de su santidad, y tan sabidos en España sus portentosos milagros, que de los pueblos, villas y ciudades más lejanas acudían infinitos enfermos y menesterosos al Convento en que vivía para conseguir la curacion de sus dolencias y el socorro para sus necesidades. El glorioso San Pascual Bailon,

su compañero de Religion y más cordial amigo, le tenia en tal concepto de santidad, que puede decirse que la alta opinion que de él tenia le canonizó en vida.

Dios condescendió á sus ardientes deseos de dejar esta vida, y un año antes le reveló el dia y hora de su tránsito. Le acometió un agudísimo dolor de costado que anunció á toda la Comunidad una pronta muerte. Recibió con inesplicable devocion los Santos Sacramentos, mostrando tanta alegría mientras se le administraban, como si estuviera gozando el más delicioso placer. Despidiose amorosamente de todos sus hermanos, pidiéndoles perdon de las faltas que pudiera haber cometido contra ellos, y aniquiladas por completo sus fuerzas, tomando en sus manos un Crucifijo, al que besaba fervorosamente, sin hacer el más pequeño movimiento, entregó su pura alma al Criador al comenzar el miércoles 17 de abril de 1602, á la edad de sesenta y ocho años.

En 7 de setiembre de 1790 tuvo lugar la Congregacion general para la beatificacion de este gran siervo de Dios, y en 18 de enero del año de 1791, llenadas las formalidades de costumbre, espidió su Santidad el Pontífice Pio VI el decreto final, declarando en él *que podia procederse con seguridad á la beatificacion del venerable Siervo de Dios FRAY ANDRES IBERNON*, dando orden para que se estendiera el Breve de su beatificacion, que debia celebrarse, y se celebró, en el Vaticano el dia 22 de mayo.

#### DIA 19.

- San Vicente, *Francés*, y San Hermógenes, *Siciliano*, Mártires.

#### DIA 20.

Santa Inés de Monte-Pulciano, *Virgen, Italiana*.

**DIA 21.**

San Anselmo, Obispo y Doctor, *Piamontés.*

**DIA 22.**

San Sotero, *Napolitano*, y San Cayo, de *Dalmacia*, Mártires.

**DIA 23.**

San Jorge, Mártir, de *Capadocia.*

**DIA 24.**

San Fidel de Sigmaringa, Mártir, *Aleman*, y

**SAN GREGORIO, OBISPO Y CONFESOR, ESPAÑOL.**

En la antigua ciudad de Iliberi, situada, segun unos, en un monte próximo al punto que hoy ocupa Granada, y segun otros, en el mismo terreno que en la actualidad se halla esta ciudad, dió al mundo perpétuos ejemplos de todas las virtudes cristianas en el cuarto siglo el virtuoso y sabio Prelado SAN GREGORIO. No hay noticia de su familia, ni de los hechos de los primeros años de su vida; pues todos los escritores que se han ocupado de él solo han tomado acta de sus hechos, como Prelado, desde el año de 359 hasta el 392.

La proteccion que dispensaba el Emperador Constancio á los sectarios de Arrio propagaba la heregía de un modo tan asombroso y rápido, que amenazaba concluir con el catolicismo, que iba menguando á pasos agigantados, abandonándole unos por miedo, y otros por medrar con la proteccion de los hereges, dueños entonces del poder y de las riquezas.

Los Prelados católicos que restaban fieles á la fé traba-

jaban sin tregua ni descanso para conjurar la heregía; pero sus esfuerzos heróicos no producian los resultados apetecidos, y trabajaron para que se reuniese un Concilio general en el cual se controvertiesen las doctrinas y se dilucidase la verdad. No tuvieron que trabajar mucho para conseguir la reunion, porque los arrianos, confiando tambien en el triunfo de sus doctrinas, admitieron gustosos la idea. En su virtud se reunió en Rimini el Concilio en el año de 359, asistiendo más de cuatrocientos Obispos, siendo uno de los notables por parte de los católicos nuestro Santo GREGORIO, que sin temor de ninguna especie, y despreciando las amenazas y peligros de que estaban rodeados, combatió con su palabra y con su pluma la doctrina arriana contra los dos tristemente célebres campeones de ella, Uracio y Valente.

Siete meses duró el Concilio sin poderse poner de acuerdo los Prelados, porque los católicos ni podian ni querian dejar empañar el lustre de la verdadera fé, y los arrianos cerraban sus oidos á las voces de la verdad, contestando con artificiosas frases á las concluyentes razones de SAN GREGORIO y de San Eusebio de Vercelli, principales campeones de la doctrina del Evangelio en este Concilio, en el que querian conservar la fé católica en los idénticos y precisos términos que se habia definido en el Concilio general de Nicea.

Sin acuerdo, y enemistados cada dia más los partidos, se terminó el Concilio de Rimini, regresando los Prelados á sus Sillas, tantos meses abandonadas.

SAN GREGORIO se dedicó á combatir en su diócesi la herética doctrina, y á dispensar su paternal y tierna solicitud á los pobres y menesterosos de auxilios espirituales y temporales. Escribió diversos tratados y un elegante libro sobre la fé, que mereció grandes elogios de las personas competentes, y en particular de San Gerónimo, en su tratado de *Varones ilustres*.

Después de un Obispado de cerca de cuarenta años, lleno de virtudes y merecimientos, respetado y querido como un padre por todos sus diocesanos, descansó en el Señor al terminar el siglo IV. Su santo cuerpo, incorrupto, ha sido siempre muy venerado en Granada, y el Todopoderoso le ha hecho célebre por los numerosos milagros que ha obrado por la intercesión de su Santo siervo.—N.

### DIA 25.

San Márcos, Evangelista, *Judio*.

### DIA 26.

San Cleto y San Marcelino, Papas y Mártires, *Romanos*, y la Traslación de Santa Leocadia.

### DIA 27.

San Anastasio, Papa, *Romano*, y

#### SAN PEDRO ARMENGOL, ESPAÑOL.

Muy distinto de los anteriores es el principio de la vida de SAN PEDRO ARMENGOL. Ni su infancia ni su juventud dejaron ejemplos dignos de imitar, y por algunos años empañó con sus vicios y hasta crímenes el preclaro blason de la ilustre casa de los condes de Urgel y Barcelona, á que pertenecía. Nació en Cervera por los años de 1258, hijo del esclarecido Arnaldo Armengol, célebre por los gloriosos hechos de armas con que justificó el valor de los Armengoles y su amor á la patria y al Rey.

Desde muy niño manifestó PEDRO un carácter duro y altivo, y tratando su padre de modificarlo, le rodeó de sabios y prudentes maestros, que con sus constantes amonestaciones y ejemplo corrigiesen sus malos instintos. Pero sin embargo de ser Arnaldo de Armengol muy querido, de reportar grande utilidad y grande honra á los maestros, el

serlo del hijo de tan principal personage, todos se despedian al poco tiempo, no encontrándose, finalmente, quien quisiera á ningun precio encargarse de la educacion de un niño tan discolo, soberbio y altanero, que no solo no hacia caso de amonestaciones, sino que más de una vez habia levantado la mano á sus ayos y maestros.

Sin saber apenas más que manejar armas y caballos llegó PEDRO á la juventud, en que sus faltas se hicieron más trascendentales y de peor género, sin que su padre pudiera conseguir dominar sus inclinaciones, cada dia más denigrantes y afrentosas, á lo que contribuia poderosamente la amistad de los jóvenes disolutos que PEDRO no solo preferia, sino que buscaba con empeño, siendo para él la mayor recomendacion de un joven el que no tuviera escrúpulo de cometer cualquier delito, y fuera valiente y vicioso.

Por respetos á su honrado y noble padre toleraron algunas personas las malas partidas de PEDRO; pero iban estas tan en aumento, que determinaron los vecinos de la poblacion no sufrir más, y castigar por su mano los desmanes del joven; y más de una vez se vió en grandes peligros, y tuvo que huir, á pesar de su pericia en las armas y de su valor. Pero en lugar de acobardarle estas derrotas y contrariedades, le irritaron, y formó el plan de contrarrestar la fuerza con la fuerza; más comprendiendo que solo y con pocos amigos nada lograria, reunió una especie de compañía de jóvenes perdidos y temerarios, poniéndose él al frente para vengarse de sus enemigos, y poder impunemente consumir toda clase de atropellos. Un proceder tan audaz llamó seriamente la atencion de todos los habitantes de la ciudad y de la justicia, que determinó perseguir y castigar ya sin consideracion ninguna á esta inmoral compañía, y en particular á su temerario jefe.

Comprendieron PEDRO y sus secuaces que les era imposible vencer la situacion, y que tenian que, ó pedir perdon de

sas faltas, que hubieran conseguido fácilmente, y entrar en la buena senda, ó ausentarse de la ciudad; y como inspirados y dominados que estaban todos por Satanás, eligieron el marchar á los montes y constituirse en salteadores de caminos. Así lo verificaron, siendo al poco tiempo el terror de la comarca.

Arnaldo de Armengol, traspasado de dolor el corazón, y avergonzado por la conducta de su hijo, dejó también la ciudad, y marchó á Valencia, recién conquistada por el Rey D. Jaime, á emplearse en el servicio de este Monarca y distraer sus penas combatiendo contra los moros.

Determinó el Rey D. Jaime pasar á Montpellier á conferenciar con el Rey de Francia sobre asuntos interesantes á ambas Coronas, y siendo de todos conocido lo peligroso del paso de los Pirineos por las partidas de bandoleros que los infestaban, encargó el Rey á Arnaldo, cuyo valor y experiencia conocia, que marchase con fuerzas suficientes á batir y ahuyentar á los malhechores, y dejar destacamentos convenientemente situados.

Ocurriósele inmediatamente á Arnaldo que su hijo estaría entre los bandidos, y quizá capitaneándolos, si no habia muerto ya en algun encuentro; más por lo mismo no quiso declinar el cargo para no hacer más conocida su afrenta, y coger él y castigar á PEDRO sin demasiada publicidad. Marchó en seguida, y despues de haber practicado un prolijo reconocimiento del terreno por donde habia de pasar la real comitiva y de sus avenidas, fingió retirar la tropa, quedándose oculto con bastantes fuerzas en un cerrado bosque, y dispuso que á la mañana siguiente echasen con muy poca escolta por aquel camino unas acémilas cargadas con apariencia de rico porte, y que hicieran alto para almorzar en el sitio que él designó. Tal cual lo habia pensado dió el resultado su plan, y los ladrones acometieron al convoy; pero se vieron inmediatamente rodeados

por los soldados de Arnaldo. Valientes hasta la temeridad, todos los bandillos se pusieron en desesperada defensa, prefiriendo morir á ser presos por la tropa: trabose un horroroso combate, sin que ninguno cediese sino cayendo muerto ó herido por el acero contrario.

Horriblemente padecía el corazon de Arnaldo: veloz y convulsivo marchaba de un punto á otro mirando á los combatientes en busca de su hijo: vió por fin que un grupo de bandidos peleaba con un denuedo y brio tal, que tenia ya tendido en el suelo más de doble número de soldados que los hombres que componian el grupo, y presumió que allí debía estar el capitan, y por consiguiente su hijo, si todavía lo era. Apeose del caballo, y empuñando colérico el acero, se precipitó sobre el grupo de los bandidos descargando terribles cuchilladas. Los bandidos, al ver encima al jefe de las tropas, queriendo sin duda ceder á su capitan la gloria de matarle, se apartaron y le dejaron el campo libre, continuando ellos su combate con los soldados. Vivo como un rayo tiró el capitan de los bandidos una formidable cuchillada á la cabeza de Arnaldo, que la paró con destreza, quedando inmóvil delante de PEDRO. Al reconocer este á su padre le entregó la espada, y puesto de rodillas le pidió que le perdonase sus culpas y le matara en seguida. El rendimiento del hijo habló al corazon del padre: la saña se convirtió en dolor, y la furia en lágrimas de ternura. Levantóle del suelo, le perdonó y le llevó consigo.

Con gran contento se supo este suceso en Aragon y Cataluña, y con tanta más alegría, cuanto que el arrepentimiento sincero de PEDRO fue un ejemplo altamente beneficioso para la juventud estraviada. Gran lucha, sin embargo, tuvo que sostener PEDRO ARMENGOL con Satanás, que le presentaba el suicidio preferible á presentarse ante la sociedad despues de su criminal conducta. Pero fuerte en la lucha contra el infierno, como fuerte habia sido

antes para seguir sus inspiraciones, no solo desechó la criminal idea de atentar contra su vida, sino que en lugar de ir á esconderse en un punto desconocido, marchó á Barcelona, hizo confesion general, tomó el hábito de Religioso en el Convento de la Merced, siendo tan penitente y ejemplar su noviciado, que con gran contento de los superiores profesó al año.

Continuó despues de profeso los estudios que habia comenzado á su ingreso en el Convento, porque queriendo el Prelado utilizar su gran talento, le previno que se instruyera para tomar las Ordenes y predicar, á lo que al principio opuso algunas observaciones PEDRO, diciendo que despues de lo que habia hecho se consideraba indigno de tan sagrado ministerio: pero el Prelado le manifestó que el arrepentimiento sincero y la penitencia purifica las almas, rehabilitándolas para con Dios y con el mundo.

A los ocho años de su profesion le dieron el importante cargo de la redencion de cautivos, cuya comision desempeñó recorriendo todos los puntos de España en que dominaban los moros, y concluida su mision en el interior, pasó á Africa acompañado de Fr. Guillermo Florentino, Religioso del mismo Convento, muy piadoso, instruido y dispuesto siempre á sacrificarse en honra de la Religion cristiana. Desembarcaron en Argel, y en Bugia rescataron ciento diez y nueve cautivos, que embarcaron sin accidente alguno, y cuando iba FRAY PEDRO y su compañero á pasar ya á bordo para regresar á España con los rescatados, les avisaron que tenian los agarenos en su poder diez y ocho niños, hijos de cristianos, que probablemente renegarian, ya atraidos por dádivas y promesas, ya intimidados por el castigo.

Marcharon inmediatamente los dos Religiosos al sitio en que les digeron que tenian cautivos á los niños, para asegurarse de la verdad y ajustar el rescate. Se convino en

el precio; pero los Religiosos habian concluido el dinero, y queriendo PEDRO ARMENGOL librar cuanto antes de padecer á aquellos tiernos esclavos y apartarlos de la tentacion, se ofreció en reenes mientras no llegase el importe del rescate. Aceptaron los moros, á condicion de que si no llegaba el dinero en el plazo señalado, le harian sufrir las más horribles penas. Fray Gillermo se embarcó con los niños, y FRAY PEDRO fue metido en una mazmorra.

Horrible trato le dieron desde el primer dia, aumentándole constantemente, porque solícito siempre FRAY PEDRO por la salvacion de las almas, predicaba de continuo á los agarenos, habiendo logrado la conversion de algunos. Le privaban por muchos dias del alimento y hasta del agua, y solo la Omnipotencia del Ser Supremo pudo sostener la vida de tan resignado y santo varon. Finalmente, fue acusado de blasfemo y maldecidor del Profeta Mahoma; y estando además cumplido el plazo para la entrega del importe del rescate de los diez y ocho niños, y creyéndose burlados los moros, condenaron á PEDRO á morir en horca, debiendo quedar colgado el cuerpo para pasto de las aves carnívoras. Ejecutose la sentencia, y con admiracion de los moros pasaban los dias sin que el santo cuerpo diera señales de descomposicion, exhalara mal olor, ni le dañasen las aves de rapiña.

Llegó á este tiempo su compañero Fray Guillermo con el importe del rescate, y fácil es de presumir el dolor que tuvo al saber el triste fin de su amado compañero. Pasó inmediatamente con algunos esclavos cristianos á venerar el cadáver, y estándole todos contemplando con los rostros anegados en lágrimas, le oyeron decir que cesasen en su pena, que no estaba muerto, porque la Virgen le habia sostenido y conservádole la vida en aquella disposicion para que publicara sus maravillas, y que ya podian bajarle del cadalso. Hizolo inmediatamente Fr. Guillermo ayudado

por los esclavos, quedando todos asombrados del milagro, especialmente los moros, de los cuales se convirtió gran número á la fé católica.

Con los que pudieron rescatar, con los fondos que llevaba Fr. Guillermo, regresaron éste y FRAY PEDRO á Barcelona, y habiéndose sabido en esta ciudad, por otro buque que llegó antes, el milagro obrado por la Virgen en FRAY PEDRO, así que se avistó la embarcacion que le conducía, acudió toda la poblacion á recibirlo en el puerto, llevándole en triunfo á su Convento. La humildad y modestia de este Santo varon le contenian para referir á nadie el milagro que habia merecido de la divinidad; pero reclamada la obediencia por el Prelado, dijo: «La Virgen Maria, Madre de Dios y nuestra, pidió á su Santísimo Hijo la conservacion de mi vida, y conseguido este favor, la misma Soberana Reina me sostuvo con sus santísimas manos, para que con el peso del cuerpo no me ahogase el cordel de que estaba suspenso.»

Quedóle hasta el fin de su vida el cuello torcido y el rostro muy lívido; sin embargo, afirmaba que nunca tuvo dias de placer tan inefable como los ocho que permaneció pendiente de la cuerda.

Dos años moró despues en el Convento de Barcelona, dedicado á la predicacion y conversion de infieles; pero, sufriendo extraordinariamente su humilde espíritu con los constantes aplausos y veneracion del público, con licencia de sus superiores se retiró al pobre Convento de Nuestra Señora de la Guardia de los Prados, en el Obispado de Tarragona, en el cual pasó el resto de su santa vida edificando á toda la Comunidad con sus imponderables virtudes y penitencia. Finalmente, con la paz y dulzura de Santo, entregó su alma al Criador el dia 27 de abril de 1304, á la temprana edad de 46 años, siendo enterrado en la iglesia del Convento, y habiendo manifestado el Señor antes de

que la tierra ocultase el cuerpo la santidad de su siervo con siete milagros de prodigiosas curaciones que se verificaron delante del cadáver en tres hombres y cuatro mujeres.

Su Santidad Inocencio XI aprobó su culto en 1686.—N.

## DIA 28.

San Vidal, Mártir, *Milans.*

### SAN PRUDENCIO, OBISPO, ESPAÑOL.

En Armentía, pueblo correspondiente á la provincia de Alava, vió la luz primera el ilustre Prelado español SAN PRUDENCIO. Disfrutando sus padres una gran fortuna, y estando adornados de esclarecidas virtudes, educaron á su hijo con el esmero más solícito, procurándole desde la niñez toda la instruccion posible del siglo VI en que vivian.

Era PRUDENCIO de carácter sumamente dulce y compasivo, no pudiendo jamás ver un pobre sin socorrerlo, guardando muchas veces su comida para llevarla á algun vecino necesitado; pero en lo que se distinguió con particular gracia toda su vida, fue en componer discordias y en reconciliar enemigos.

A los quince años era la persona más instruida de su pueblo, pues ademas de su grande aplicacion, le habia dotado el cielo de una extraordinaria facilidad para comprender y retener todo lo que estudiaba; pero encendido en vivísimos deseos de dedicarse solo al servicio de Dios en la soledad, determinó dejar las comodidades de su casa y los estudios, y sin decir nada á sus padres ni á persona alguna, se ausentó del techo que le vió nacer, para consagrarse en el desierto á la oracion y á la penitencia. Marchó en direccion del rio Ebro, guareciéndose en una cabaña de pastores: la primera noche la pasó esplicándolos la doctrina cristiana, y al amanecer del siguiente dia tomó el camino de Sierra-Blanca, hospedándose aquella noche en un molino situado

en la ribera del Duero. Oyó allí hablar con grande elogio de un Santo ermitaño, muy querido y respetado en toda la comarca, que habitaba cerca de aquel punto, al otro lado del río. Tomó PRUDENCIO las señas de la morada del ermitaño, y determinó marchar en su busca. Hizolo así á la mañana siguiente, y vió con la mayor alegría la cueva; pero estaba al otro lado del río, y lleno de sentimiento se puso á orar, rogando al Señor le proporcionase medio de pasar el río. «Salió el ermitaño á la puerta de su cueva á bendecir al Señor, segun tenia de costumbre al aparecer el sol, y notando el empeño del jóven, condolido de que incautamente se pudiera anegar, le dió voces para que desistiese de aquella temeridad. Pero apenas oyó PRUDENCIO sus ecos, lleno de confianza en Dios, sin temer el peligro se arrojó sobre las aguas, pasándolas á pie enjuto, y subiendo á la gruta con velocidad, se postró á los pies del siervo de Dios.»

Admirado el ermitaño, llamado Saturio, de aquel prodigio, y presumiendo hallarse en presencia de algun enviado del cielo, se prosternó á su vez ante PRUDENCIO, pugnando ambos por venerar el uno al otro; pero la insistencia de PRUDENCIO obligó á levantarse al ermitaño y comenzaron las esplicaciones. Saturio admitió con el mayor gusto por discípulo al jóven PRUDENCIO, y éste, lleno de júbilo y reconocimiento, vió colmados sus presentes deseos.

Siete años permaneció en la cueva con su venerable maestro, haciendo ambos la más ejemplar y penitente vida, alimentándose únicamente de yerbas silvestres, y empleando el día y la mayor parte de la noche en oración y entonar cánticos de alabanza á Dios. Al cabo de este tiempo murió Saturio, y PRUDENCIO dió sepultura al cuerpo de su amado maestro en la misma cueva, de donde se ausentó luego, dejándola cerrada.

Marchó á Calahorra, cuya Silla episcopal ocupaba á la

sazon el Obispo Sancho, con licencia del cual se incorporó al clero de aquella iglesia, haciéndose notable al poco tiempo por su celo en convertir hereges y moralizar las costumbres con sus consejos y predicacion. Tal fama consiguió de elocuencia y santidad, y tan repetidos prodigios obró el Señor por su intercesion, que de todos los pueblos y castillos de la comarca acudia diariamente en busca del Santo PRUDENCIO infinito número de desvalidos y enfermos, implorando consuelo y curacion. No pudiendo resistir la humildad de PRUDENCIO tal veneracion y constantes aplausos, determinó ausentarse de Calahorra, y una noche, sin despedirse de nadie, salió secretamente y se dirigió á Tarazona, en donde se agregó al sacristan de aquella iglesia para ayudarle en el servicio de ella. Muerto el sacristan al poco tiempo, fue PRUDENCIO agraciado con aquel cargo, y habiendo recibido las Sagradas Ordenes y héchose admirar por su ciencia y apreciar por sus esclarecidas virtudes, fue nombrado Arcediano, dignidad de muy grande importancia en aquellos tiempos por las prerogativas y amplias facultades que entonces disfrutaba, y que despues le han ido cercenando.

Habiendo muerto el Obispo de Tarazona, desde luego designó la opinion pública á PRUDENCIO para ocupar la Silla episcopal, que por aclamacion le fue acordada, y que desempeñó por muchos años, siendo constantemente el padre de los pobres, el consuelo de los afligidos, el alivio de los enfermos y el refugio de todos, tanto para las necesidades corporales como espirituales.

Suscitáronse varios disgustos entre el Obispo de Osma y su clero, y la especial gracia y tacto que siempre distinguió á PRUDENCIO para arreglar controversias y conciliar enemistades, hizo que pensasen en él los habitantes de Osma, y le rogasen tomara á su cuidado el volver la paz á aquel Obispado. Solicito como siempre por el bien del

prójimo, aceptó el encargo el Santo Prelado PRUDENCIO, y marchó en seguida á Osma, habiendo tenido lugar el prodigio de que las campanas de esta ciudad, al acercarse á ella el Santo Prelado, repicasen solas, no cesando de hacerlo hasta que se postró ante el altar de la iglesia, que fue el primer sitio á que se dirigió.

Al segundo dia de hallarse SAN PRUDENCIO en Osma estaban arregladas las diferencias, y perfectamente acordes y conformes el Obispo y su clero, y en la noche del tercer dia, á poco de haberse retirado á su estancia, fue acometido de tan grave accidente, que con infinito trabajo pudo hacerse oír de los clérigos que le acompañaban de su diócesi, entre los cuales estaba el Arcediano Pelagio. Acudieron solícitos los servidores del Santo Obispo y mandaron inmediatamente por médicos; pero el Santo aseguró que todo cuanto hicieran seria inútil, pues su fin estaba próximo, designando en seguida el dia y la hora. Convinieron los médicos en que le restaba poco de vida, y en su virtud se le administraron los Santos Sacramentos, que recibió con tal ternura y devoción, que cuantos se hallaban presentes no pudieron ménos de verter copiosas lágrimas. Preguntóle el Arcediano Pelagio en dónde era su voluntad que se sepultase su cadáver, á lo que respondió: «Pelagio: mi Señor Jesucristo sabe donde mi cuerpo ha de ser sepultado; yo te ruego y mando que puesto mi cuerpo sobre la mula en que he acostumbrado á montar, le deis sepultura donde ella pare.»

No consta el dia fijo de su glorioso tránsito; pero se verificó por los años de 850, y en el dia y hora que habia predicho. En seguida que espiró, deseando todos poseer el Santo cadáver, comenzó una fuerte contienda entre el clero de Osma, que alegaba derecho por haber muerto allí el Santo, y los clérigos de éste, que querian llevarse el cuerpo á Tarazona. «Para sosegar la contienda les ofreció Pelagio

fuese de aquellos que le pudiesen mover con facilidad. Agradó la proposicion á los de Osma, y conduciendo en solemne procesion el féretro, no lo pudieron mover aunque insistieron todo el discurso de un dia y una noche en el empeño: quedaron convencidos con tan visible prueba de que no era voluntad de Dios quedase el tesoro en aquella ciudad. Libre ya el clero de PRUDENCIO de todo impedimento, pusieron el cuerpo del Santo sobre la mula, segun su disposicion, y la dejaron marchar sin conductor alguno. Caminó todo el dia el animal, y habiendo descansado al ponerse el sol, juzgando Pelagio que seria aquel lugar el elegido para sepulcro, queriendo deponer el cadáver no pudo conseguirlo. Volvió la mula á caminar al otro dia antes de romper el sol por parajes escabrosos, y habiendo pasado el arroyo de Lecia, que se junta en Soria con el rio Duero, comenzó á subir por una sierra encumbrada, y separándose hácia la parte de la derecha donde estaba una cueva, entrándose en ella se arrodilló é hizo pausa. Depuso entonces Pelagio el venerable cuerpo, y le dió sepultura en aquel sitio, que está en el Monte de Clavijo, donde despues se fundó una iglesia dedicada á San Vicente, la que luego tomó el nombre de SAN PRUDENCIO, y habiendo sido antiguamente Convento ó Cabildo de canónigos, se trasladaron á él en el año 1181 los Monges Cistercienses.»

Los vecinos de Nájera y los de Clavijo han controvertido larga y reñidamente sobre el derecho de propiedad y posesion del cuerpo de SAN PRUDENCIO. Los de Nájera, despues de la traslacion de sus reliquias á aquella iglesia por D. García, Rey de Navarra, en el año 1052, alegan tenerle, fundándole en las concesiones de Berehuno, Arzobispo de Toledo, en 1175, y en las de los Obispos Asnar y Bibiano, de Calahorra, en 1246 y 1277. Los de Clavijo fundan su derecho en la cédula del Rey D. Ramiro, año 856, el qué con motivo de la célebre victoria que al-

canzó de los moros en aquel término, hizo donacion de varias posesiones á la iglesia de SAN PRUDENCIO, reconociendo allí el derecho de existencia del cuerpo del Santo; y en los privilegios de D. Sancho de Navarra, librados en los años de 1064 y 1065, por los cuales hizo donacion á la iglesia de SAN PRUDENCIO del Monasterio de Nalda y de los diezmos del valle de Arnedo.

La provincia de Alava celebra con gran pompa la fiesta de su patrono SAN PRUDENCIO, y desde el presente año de 1864 la celebrará todo el pais vascongado, pues Su Santidad reinante, el Papa Pio IX, se ha dignado conceder en el año próximo pasado que SAN PRUDENCIO, Obispo, y San Ignacio de Loyola, Confesor, sean hábidos compatronos de la diócesi de Vitoria, y celebrados en ella con todo el rito correspondiente; obteniéndose por esta gracia que tan ilustres Santos, hijos del pais vascongado, reciban en sus tres provincias el distinguido culto que les corresponde como patronos.—N.

### DIA 29.

San Pedro de Verona, Mártir, *Lombardo*.

### DIA 30.

Santa Catalina de Sena, Virgen, *Italiana*; San Indalecio, Obispo y Mártir, *Romano*; San Peregrin, *Italiano*, y

SAN AMADOR, SAN PEDRO Y SAN LUIS, MÁRTIRES, ESPAÑOLES.

Entre los heróicos españoles que dieron su vida por confesar la fé durante la persecucion llamada sarracénica, de que repetidamente hemos hablado ya en esta obra, se hallan los tres Santos AMADOR, PEDRO y LUIS. El primero fue natural de la villa de Martos, perteneciente á la provincia y Obispado de Jaen, y con objeto de instruirse en las ciencias sagradas y disciplina eclesiástica para ser revesti-

do de la dignidad sacerdotal, pasó á Córdoba con su padre y hermanos, fijando allí su residencia. Al poco tiempo hizo amistad con dos hijos de Córdoba, llamado el uno PEDRO, Monge del Monasterio de San Salvador, conocido más generalmente con el nombre de Monasterio de la Peña de la Miel, por llamarse así el sitio donde estaba edificado, á causa de las muchas abejas que en él anidaban, y el otro LUIS, hermano del Mártir San Pablo, Diácono, pariente de San Eulogio. La identidad de Religion, virtudes y pensamientos, estrecharon la amistad de estos tres jóvenes, que se propusieron alentar con su ejemplo á los cristianos, propagando sin temor de ninguna especie la doctrina de Jesus, y dando la vida por Este.

Animados, pues, de tan santos pensamientos, salieron un dia, que fue el 30 de abril de 855, predicando por las calles de Córdoba los preceptos del Evangelio, y dirigiéndose á la presencia del juez agareno, ante el cual continuaron la predicacion en favor de la Religion cristiana, manifestando los errores, falsedades y embustes del Alcoran. Furioso el juez al ver el religioso heroismo de los tres cristianos, sin proceder á las formalidades que tenian de costumbre, mandó que inmediatamente fuesen degollados y arrojados sus cuerpos al rio, sentencia que fue ejecutada inmediatamente.

El cuerpo de SAN AMADOR no fue hallado por más diligencias que hicieron los cristianos; pero si lo fueron á los pocos dias los de SAN PEDRO y SAN LUIS. Al primero le dieron sepultura en el Monasterio de San Salvador de la Peña de la Miel, y al segundo en el pueblo más próximo al sitio en que le depositaron las aguas del rio, que fue la villa de Palma, la cual conserva hoy el mismo nombre, dándole á los condes de su título, muchos de cuyos primogénitos han llevado el de Luis por devocion á este Santo Mártir.

La villa de Martos ha honrado siempre la memoria de SAN AMADOR, y sus habitantes la celebran con fiestas y regocijos: la Iglesia le tiene señalado día propio, el 5 de mayo, en el cual fijó también la fiesta en su obsequio la noble cofradía fundada en su honor.—N.

## MES DE MAYO

(Por D. Eustaquio María de Nenclares y D. Antonio Lopez Gonzalez.)

### DIA 1.

Los Santos Apóstoles San Felipe y Santiago, y

SAN ORENCIO Y SANTA PACIENCIA, ESPAÑOLES.

La antigua y célebre ciudad de Huesca, perteneciente al reino de Aragon, tuvo la alta honra de ser la madre patria de SAN ORENCIO, padre feliz del glorioso Mártir San Lorenzo.

A mediados del siglo III vivia en su pueblo natal ORENCIO, distinguido por su noble nacimiento y abundantes bienes de fortuna. Pero si generoso se mostró el Señor con él, dándole nobleza y riqueza, todavía lo fue más adornándole de todo género de esclarecidas virtudes, mandándole al mundo como modelo de ellas, y para aumentar con su ejemplo el número de fieles observadores de los santos preceptos del Evangelio.

Dedicado á ayudar á su padre en el cuidado de su hacienda, llegó á la edad acostumbrada en aquellos tiempos para contraer matrimonio, y por indicacion de su familia lo contrajo con una jóven llamada PACIENCIA, la que á su nobleza y bienes de fortuna, unia una esclarecida virtud que igualaba á la de su esposo. Hechos por el Señor el uno para el otro, parecian los jóvenes ORENCIO y PACIENCIA:

las mismas inclinaciones, los mismos gustos, la misma caridad y el mismo ardiente amor á Dios y á su Santísima Madre. Eran el constante amparo y consuelo de pobres y desvalidos, en cuyo auxilio y socorro empleaban sus bienes y sus criados, asistiendo á los enfermos y consolando con sus dulces y santas frases á los afligidos.

Dos hijos, llamados, el uno Orencio como su padre, y Lorenzo el otro, ambos ilustres por su heroica santidad, fueron el fruto de este dichoso matrimonio, que separó la muerte prematuramente. Cayó gravemente enferma PACIENCIA, y tanto justificó su nombre en los acerbos dolores de su enfermedad, y con tan admirable resignacion sufrió toda clase de penalidades, que unidos estos méritos á los infinitos que ya atesoraba con sus constantes virtudes, aun antes de morir era venerada como Santa, opinion que se robusteció con su ejemplar muerte. Su esposo ORENCIO la dió sepultura en el oratorio que tenia en una hacienda de su propiedad, llamada Loret, sita á media legua de la ciudad, consolándose solo de la pérdida de tan dulce compañera con la persuasion que alimentaba de que la virtuosa PACIENCIA era feliz habitante de las moradas celestiales.

Hallándose una noche en oracion se le apareció un ángel, y le dijo, que era la voluntad de Dios que dejara á Huesca y marchase á vivir con su hijo Orencio al punto que él le designase. Obedeciendo inmediatamente ORENCIO el mandato divino, llamó á su hijo, y tomándole de la mano marchó en pos de una luz que se le presentó de guia y que le condujo al valle llamado Lavidan, en la diócesi de Torba. Allí desapareció la luz, y ORENCIO comprendió que aquel valle era en el que debia habitar, y allí fijó su residencia; pero no queriendo ser gravoso ni molesto á los vecinos implorando su caridad para obtener el sustento necesario, determinó dedicarse á labrar la tierra y vivir con el producto de

su trabajo. Para esto tenia necesidad de yunta, y no habiendo encontrado otra cosa que dos novillos montaraces y furiosos, hizo sobre ellos la señal de la cruz, y en el instante quedaron tan mansos que se dejaron uncir sin la menor oposicion.

La santa obediencia y constante virtud de ORENCIO la recompensaba diariamente el Señor, aumentándole los productos de su labor, é inutilizando las malas artes y perversas intenciones de un criado que tomó llamado Esperto. Era éste muy poco devoto, y no muy buen trabajador: al poco tiempo de tenerlo á su servicio, conoció su índole ORENCIO, y lo poco para que le servia; pero consideró que el despedirlo era ponerlo más cerca de la perdicion, y para apartarle de ésta, resolvió retenerlo á su lado, proponiéndose corregir sus malos instintos, y hacer de él un hombre laborioso y útil. Pero los consejos, las santas pláticas de ORENCIO, y su constante y santo ejemplo, ningun fruto producian en el rebelde mozo, que cada dia empeoraba de condicion. Todo lo hacia al revés; estropeaba la tierra, en lugar de prepararla; arrancaba lo útil, dejando lo dañino, y sembraba cizaña donde habia de nacer trigo; sin que hicieran eco en su mente ni en su corazón los patentes favores que el Señor dispensaba á la laboriosidad y virtudes de su amo. Estando un dia en el campo, sintió sed ORENCIO, y marchó á beber agua á una fuente algo distante del sitio en que estaba labrando con su criado Esperto. A poco de separarse ORENCIO, soltó los novillos el criado, y habiéndose dirigido uno de ellos á una selva próxima, salió de ella un furioso y hambriento lobo, que lo mató en seguida, devorando una buena parte de su cuerpo. Al regresar ORENCIO de la fuente, vió el triste estrago que estaba haciendo el lobo, y dirigiéndose á él le mandó en nombre de Jesucristo que hiciese los oficios del animal que mató y se estaba comiendo. Grande fue la ad-

miracion de Esperto al contemplar la instantánea obediencia del tremendo lobo, que como una mansa oveja se dejó uncir, y ayuntado al otro novillo, comenzó mansamente á labrar la tierra; y no menor que la de Esperto fue la de los vecinos que contemplaron el prodigio, el cual, para perpétua memoria, fue despues trasmitido al lienzo en dos cuadros, y colocado el uno en un altar de la iglesia metropolitana de Zaragoza, y el otro en el altar mayor de la de Huesca. Esperto, sin embargo, no modificaba su perverso instinto y su holgazanería, y viendo que de salir al campo con su amo no tendria más remedio que trabajar, pues no habia medio de dejarle sin yunta, se fingió enfermo al siguiente dia, y se quedó en la cama; pero así que salió su amo de la casa, se apoderó del maligno cuerpo de Esperto el espíritu de Satanás, atormentándole horrorosamente é impeliéndole á que se arrojara al fuego. Volvió ORENCIO de la labor, y compadecido de la triste situacion de su criado, rogó á Dios en su favor, y haciendo sobre él la señal de la cruz, le libró del infernal huesped.

«Tuvo noticia por este tiempo del glorioso martirio que padeció en la capital del mundo cristiano su hijo San Lorenzo; derramó muchas lágrimas por la pérdida de aquel insigne héroe de la Religion cristiana, que daba tanto honor á sus venerables canas; pero apareciéndosele el Santo entre gloriosos resplandores, le dijo que no llorase su muerte, puesto que Jesucristo le habia premiado con su gloria por la confesion que hizo de su fé delante de los infieles. Quedó el venerable anciano lleno de consuelo con tan agradable noticia; y amonestado por su hijo que volviese á su patria, porque por sus oraciones socorrería el Señor la necesidad que padecía, se puso en camino inmediatamente con grande sentimiento de todos los habitantes del valle de Torba, que sintieron en el alma su ausencia,

conociendo que ella les privaba de los innumerables beneficios que les concedia el cielo por la poderosa mediacion del siervo de Dios. Presentose ORENCIO en Huesca, y fue recibido con aquellas demostraciones de veneracion que son muy fáciles de creer en unos ciudadanos que tenian formado anticipadamente el más alto concepto de su eminente santidad, tan merecido y tan justificado por su conducta y por sus piadosas obras. Rogáronle que se condoliese de la grande esterilidad que padecia toda aquella comarca, y habiendo recurrido á Dios con fervorosas oraciones, fue socorrida la tierra con lluvias abundantísimas.»

Por el año de 260, á los dos del glorioso martirio de su hijo San Lorenzo, dejó la ciudad de Huesca el Santo anciano ORENCIO, y se retiró á su hacienda de Loret, en donde pasó el resto de su vida dedicado á la oracion y contemplacion de lo divino, entregando finalmente su santa alma al Criador pocos años despues. La gloria de que gozaba su alma, la anunció el Señor en el acto de exhalar ORENCIO el último aliento, rodeando su cuerpo de una resplandeciente luz que duró tres horas. Su cuerpo fue depositado con la mayor solemnidad en el mismo Oratorio de Loret, al lado de su esposa SANTA PACIENCIA, eligiéndole la ciudad de Huesca por su particular intercesor para con el Supremo Hacedor, y por su Patron.—N.

#### SAN SATURNINO, MÁRTIR, DE MERIDA.

Tan pocas noticias hay de este Santo, que ni aun está completamente averiguado el sexo á que perteneció, pues hay quien le nombra Saturnina; y *La España Sagrada*, al citarle en este dia, dice SATURNINO ó Saturnina. Ignórase la época en que floreció y murió, pudiendo solo consignarse como verdadero que en un dia 1.º de mayo sufrió en

Mérida el martirio por confesar á Jesucristo, alcanzando en su virtud la corona de Mártir.—N.

## DIA 2.

San Atanasio, Obispo y Doctor, *Egipto*.

## DIA 3.

La Invencion de la Santa Cruz, y

SANTA JUANA DE LA CRUZ, VÍRGEN, ESPAÑOLA.

En el pequeño pueblo llamado Hazaña, situado entre Madrid y Toledo, á una legua de Illescas, nació el día 3 de mayo del año 1481 *Juana Vazquez y Gutierrez*, conocida hoy por SANTA JUANA DE LA CRUZ. Sus padres, Juan Vazquez y Catalina Gutierrez, eran ricos de virtudes y honradez; pero poco favorecidos de bienes de fortuna, y vivian humildemente con los cortos productos de una pequeña labor que tenian arrendada.

Desde la infancia manifestó JUANA una dulzura, humildad y paciencia, que presagiaban las grandes virtudes que más tarde habian de distinguirla. Y era notable la fijeza y plácido rostro con que contemplaba largas horas el cielo, demostrando en las impresiones que se percibian en su mirada y semblante que veia alguna cosa que deleitaba extraordinariamente su alma infantil.

Fue creciendo en belleza y virtudes, y haciéndose admirar de todos los vecinos del pueblo por su piedad cristiana y su infinita caridad para con los pobres, á los que socorria todo lo que la era posible en su situacion poco sobrada de recursos.

Once años contaba, cuando una hermana de su madre, obedeciendo á una antigua vocacion, determinó meterse monja, y habiendo reunido la cantidad suficiente para el dote, ingresó en el Monasterio de Santo Domingo el Real

de Toledo. JUANA, á pesar de su corta edad, tenia ya hacia tiempo formada la intencion de hacerse tambien Religiosa, y alguna vez lo habia indicado á sus padres; pero sin insistir, porque no los encontró muy propicios á su deseo: más con motivo de la toma de hábito de su tia, y habiendo sabido que en aquel Monasterio se recibian en clase de aspirantas á novicias niñas de sus años, que iban ejercitándose en las prácticas de la Regla hasta cumplir la edad prescrita para tomar el hábito, pidió á sus padres el consentimiento para ingresar desde luego allí. Pero sus padres, á pesar de su amor á la Religion, su piedad y su virtud, la negaron el consentimiento, porque no podian resignarse á vivir sin la compañía de una hija que era su delicia y el consuelo de las muchas penas que siempre van unidas á la escasez de recursos y á la falta de salud que comenzaba á experimentar Juan Vazquez.

Por la tia de JUANA supieron la Priora y Monjas del Monasterio de Santo Domingo las esclarecidas virtudes y el deseo de ingresar de Religiosa que tenia aquella admirable jóven, y tambien la oposicion de sus padres á que lo realizara. Deseosas ellas en seguida de que la sobrina de su compañera perteneciese á su Comunidad, y por si la oposicion de sus padres dimanaba de falta de recursos para pagar el dote, determinaron recibirla sin él, mandándosele á decir así; más tanto el padre como la madre persistieron en su negativa, aunque muy agradecidos á la deferencia de aquella Comunidad.

Aliviose Juan Vazquez de sus dolencias, y no siéndole tan necesaria su hija, le pidieron el favor unos parientes de que les permitiese llevar á su casa á JUANA por algun tiempo para que cuidase del arreglo interior. Consintieron los padres, tanto por corresponder al cariño y favores que debian á sus parientes, cuanto porque siendo estas personas más acomodadas, podrian servir de apoyo y protec-

cion á su hija cuando ellos la faltasen. Pasó, pues, JUANA á vivir con sus parientes, que no cesaban de dar gracias al Todopoderoso por la feliz idea que les habia hecho concebir, pues si admirable era la jóven en virtudes y santidad, no lo era ménos en celo, laboriosidad é inteligencia para el gobierno interior de la casa de un labrador. JUANA, sin embargo de su asiduidad al trabajo, y de no descuidar la menor cosa de sus cargos, no omitia ninguna de sus prácticas religiosas, de sus oraciones, de sus penitencias, ni se entibiaba por solo un instante su deseo de consagrarse sola y exclusivamente al servicio de Dios en el claustro. Este era su anhelo constante, su deseo perenne, su idea fija; y sus oraciones, sus rígidos ayunos, sus duras penitencias, eran siempre dirigidas al Todopoderoso y á su Santísima Madre juntas á la rendida súplica de que la proporcionasen cuanto antes la dicha de ser Monja.

No pudiendo dar más tregua á sus deseos, resolvió dejar la casa de sus parientes, y marchar á pedir el hábito en un Convento. Comprendió los riesgos á que se esponia en el camino en su edad, falta de conocimiento del mundo, y marchando con su traje; y por esto le pareció conveniente disfrazarse de hombre. Decidida firmemente á poner por obra su plan, se vistió la ropa de un mozo de labor, guardó en un saquillo su traje de mujer, y colgándose una espada para infundir respeto, y que no se le acercase nadie, cargó con su saquillo, y á media noche, despues de haberse encomendado de todo corazon á Jesus y á su Madre, salió de la casa, y se dirigió al Monasterio de Nuestra Señora de la Cruz, sito á una legua de Toledo, inmediato á Cubas.

A la mañana siguiente estuvo muy cerca de tener un gran susto, aunque no dejó de tenerle, y no pequeño para ella, pues habiéndose llegado á una fuente que habia en el camino á apagar la devoradora sed que llevaba, se acercaron, cuando estaba bebiendo, unos jóvenes que iban

de camino, y mirándola fijamente uno, exclamó, dirigiéndose á sus compañeros: «Chicos, este mozo es mujer.» JUANA, sin recoger la espada que habia dejado en el suelo, echó á andar temblando de miedo, y los jóvenes, ya fuese porque no creyeran que era efectivamente mujer, ya porque no fuesen gentes de mala intencion, ni la molestaron ni siguieron, aunque sí los oia JUANA reir burlándose del paso que llevaba. Sin más tropiezo ni contratiempo llegó al Monasterio de Nuestra Señora de la Cruz, é inmediatamente entró en la iglesia á dar gracias al Todopoderoso y á su Sacratísima Madre, por haberla conducido con felicidad hasta allí, y despues les rogó dispusiesen en su favor el ánimo de la Superiora del Monasterio para que la recibiese en él. Reconoció en seguida la iglesia, y viendo que estaba completamente sola, se metió en un rincon, se puso el vestido de mujer que llevaba en el saquillo, y se dirigió á hablar á la Superiora. Hizo presente á esta sus antiguos y constantes deseos; la refirió sus pasos, y la suplicó que la admitiese, aunque fuese solo de obregona ó criada de la Comunidad. La madre Abadesa la admitió desde luego, pero con condicion de avisar á sus padres, y pedir la aprobacion del Provincial de la Orden. Acordola éste; más los padres de JUANA tuvieron un gran disgusto, y trabajaron con todas sus fuerzas para que dejase el Convento, lo cual no pudieron conseguir; y cada día, más feliz y contenta la jóven, pasó el tiempo de noviciado, profesando al año de su ingreso, contando solo catorce de edad.

Pero si contenta se hallaba JUANA en su nuevo estado, no lo estaban ménos de ella todas las Monjas, y en particular la Priora, que no cesaba de dar gracias al Todopoderoso por la distincion que les habia dispensado enviándolas una jóven que tanto lustre y honra prometia dar á aquel Monasterio.

Largo por demás sería el referir los actos de perfeccion cristiana con que diariamente aumentaba la admiracion de la Comunidad, y la penitente vida que hacia, pues habiéndose propuesto imitar á todas las Santas que la habian precedido, y cuyas vidas conocia, ninguna de las duras penitencias, maceraciones y rigores que aquellas ejercitaron dejó de practicar constantemente la admirable  
**JUANA DE LA CRUZ.**

Habiendo fallecido la Priora, por unanimidad la confrieron este cargo las Religiosas. No quiso en algunos dias aceptarlo; pero tantas súplicas y humildes ruegos emplearon las Monjas y gran parte del alto clero de Toledo, que se resignó á tomar el gobierno del Convento, venciendo la oposicion que la hacia su humildad.

Grandes bienes reportó al Monasterio su nombramiento, pues siéndole muy afectos y devotos todos los habitantes de la comarca, así que comenzó á trabajar en el mejoramiento del local, y manifestó sus deseos de dar más esplendor al culto divino, la auxiliaron con grandes limosnas, contándose entre los bienhechores del Convento al Gran Capitan D. Gonzalo Fernandez de Córdoba, que la remitió quinientos mil maravedís para las obras de ensanche del Monasterio. El Cardenal Arzobispo de Toledo, D. Fr. Francisco Jimenez de Cisneros, además de las limosnas con que la auxilió tambien, la concedió la renta del curato de Cubas, facultándola para nombrar sacerdote que le sirviera con la dotacion que ella tuviera por conveniente abonarle.

Los ayunos tan continuados, las duras penitencias, y los trabajos y disgustos que la originó su cargo de Priora, concluyeron con su naturaleza, á tal punto, que parecia una decrepita anciana de ochenta años á los 53 que contaba de edad y cuarenta de Religiosa, cuando dispuso el Señor llamarla á sí. Conociendo su próximo fin, se preparó con la

mayor uncion y fervor, y despues de haber recibido todos los Sacramentos, y de haberse despedido amorosamente de la Comunidad, descansó en el Señor á las seis de la tarde del 3 de mayo de 1534, dia de la Invencion de la Santa Cruz, siendo notable, que en igual dia nació, tomó el hábito y profesó.

Cinco dias estuvo espuesto al público su cadáver, sin que dejase de ser á todas horas inmensa la concurrencia de devotos que de muy lejos acudian á venerar los santos restos. El último dia por la tarde, y para contentar á la muchedumbre que rodeaba el Monasterio, sacaron procesionalmente el féretro, dando despues sepultura al Santo cuerpo en el coro bajo, poniéndole sin caja en tierra, en donde permació hasta el año de 1614. En este año observaron las Monjas que una niña de 6 años de edad, hija de los condes de la Puebla, que llevaban con mucha frecuencia al Monasterio sus devotos padres, escarbaba siempre en el sitio en que estaba sepultada JUANA DE LA CRUZ, y se llevaba algo de tierra. Preguntáronla por qué hacia aquello, y contestó, que porque le gustaba mucho el olor de aquella tierra. Oliéronla las Monjas y los condes, y todos quedaron sorprendidos de la suave y deliciosa fragancia que exhalaba: cundió la noticia, súpose en Toledo, y se dispuso por el Arzobispo el reconocimiento de la sepultura: se halló el cuerpo de la Santa y sus vestiduras tan perfectamente conservadas como si la acabaran de depositar, y exhalando un aroma delicioso que embalsamó el coro y la iglesia. Se determinó inmediatamente trasladar el santo cadáver á lugar más digno y encerrarlo en una caja. Construyose esta en Toledo, de plata, forrada de terciopelo, por valor de cinco mil ducados, y colocado en ella el cuerpo, fue depositado debajo del altar del coro alto el dia de Todos los Santos de dicho año de 1614. Al año siguiente, por el mes de mayo, pasó al Monasterio el Rey D. Felipe III, con toda la familia

Real y gran número de señores de la Corte, á venerar el cuerpo de la bienaventurada JUANA DE LA CRUZ, que vieron todos incorrupto y sin la menor señal de descomposicion. Fue tanta la devocion que esto produjo en España, que las Cortes que se celebraron poco despues concedieron por unanimidad la suma de cuatro mil ducados para los gastos de la canonizacion de esta esclarecida Santa Española.—N.

#### DIA 4.

Santa Mónica, Viuda, *Africana*.

#### DIA 5.

La Conversion de San Agustin.

#### DIA 6.

San Juan Ante-Portam-Latinam, *Galileo*.

#### DIA 7.

San Estanislao, Obispo y Mártir, *Polaco*, y

SAN EOVALDO Y SAN SIXTO, MARTIRES, ESPAÑOLES.

Del nombre únicamente, y de las reliquias de estos Santos Mártires españoles nos podemos ocupar, pues ni la *España Sagrada* del maestro Florez, ni la *Acta Sanctorum* de Bolando al colocarlos en este dia, ni Dorca en sus *Santos de Gerona* nos dan á conocer los hechos de su vida, que tuvo fin en glorioso martirio á la entrada del siglo IV, como los de varios Santos y Santas de que ya nos hemos ocupado, durante la persecucion decretada contra los cristianos por los Emperadores romanos Diocleciano y Maximiano, tan ferozmente llevada á cabo en España por el Presidente Daciano.

De las reliquias se ocupó el Sr. Pétano y Mazariegos en los términos siguientes:

«Las venerables reliquias de estos ilustres Mártires estuvieron ocultas muchos años, hasta que por un prodigio maravilloso quiso el Señor demostrarlas. Vivía en Celdrau, pueblo del obispado de Gerona, un labrador de conocida virtud, á quien en sueños dijo un angel: «Vé, siervo de Dios, á la viña que tienes en Valtorta, cerca de la iglesia de la bienaventurada Santa Tecla, Virgen y Mártir, y allí encontrarás dos cuerpos Santos, que padecieron martirio por defensa de la fé, los que ocultaron los cristianos por temor á la tiranía de Daciano.» Despertó el labrador todo asustado; pero no despreciando el aviso del cielo, fue á la viña en la siguiente noche, y vió sobre un monton de espinos que estaban en la misma heredad un globo de luz tan resplandeciente, que alumbraba con su claridad todos los campos inmediatos. Quiso observar si se repetía igual prodigio para más certificarse, y habiendo observado segunda y tercera vez, no le quedó duda de que en aquel sitio estaba el insinuado tesoro. Quemó las malezas, y cavando encontró dos arcas de madera trabajadas con tal artificio, que apenas se hallaba en ellas cisura alguna.

»Refirió el labrador todo lo ocurrido á un sacerdote de la iglesia de Celdrau; y habiendo éste dado parte de todo al Sr. Obispo de Gerona, pasó aquel Ilustrísimo Prelado con su clero y mucha parte del pueblo al reconocimiento de aquellos depósitos. Mandó á todos los circunstantes que se pusieran en oracion, para que el Señor se dignase manifestar de quién eran las santas reliquias contenidas en aquellas cajas; y abriéndose por sí mismas las dos arcas, luego que demostraron ser las de SAN SIXTO y SAN EOVALDO, se cerraron con el mismo prodigio.

»Quiso el reverendo Obispo llevarlas á Gerona para en-

riquecer su Iglesia con alhajas tan preciosas; pero al llegar á un arroyo donde finalizaba el término de la parroquia de Celdrau, se quedaron inmóviles los conductores. Conoció entonces claramente el Prelado que era voluntad de Dios permaneciesen en la misma parroquia, donde hizo construir dos magníficos altares para colocarlas, y ejecutado así, son veneradas en ella por todos los pueblos circunvecinos, á quienes concede Dios muchos favores por la intercesion de los dos Santos.»

#### DIA 8.

La Aparicion de San Miguel, Arcangel.

#### DIA 9.

San Gregorio Nacienceno, Obispo y Doctor, *Armenio*, y la Traslacion de San Nicolás de Bari, Arzobispo de Mira, *Italiano*.

#### DIA 10.

San Antonino, Arzobispo de Florencia, *Florentino*.

#### DIA 11.

El Patrocinio de San José; Gozos de la Virgen Santísima; Nuestra Señora de los Desamparados, y San Mamerto, Obispo, *Austriaco*.

#### DIA 12.

SANTO DOMINGO DE LA CALZADA, ESPAÑOL.

De los singulares beneficios y señaladas mercedes recibidas por nuestra España de manos del Altísimo, una de las que más la ensalza é ilustra es haberla enriquecido con tantos y tan gloriosos Santos. Entre los varios que resplan-

decieron en la Rioja, sobresalió como astro refulgente **SANTO DOMINGO DE LA CALZADA**, natural de aquella parte de España y del pueblo de Villoria, próximo á su ciudad de la Calzada. Sus padres fueron nobles, y más calificados que por su nacimiento, por su virtud y santidad; dotes que resplandecieron en el hijo, acrecentados con señaladas ventajas. Pusieronle en la pila el nombre de **DOMINGO** ó **DOMINICO**, que espresa cosa del Señor, sin duda por divina inspiracion, deseando que las obras, pensamientos, vida y ejercicios de aquel niño correspondiesen al nombre de **DOMINGO**.

Sus padres le educaron cristianamente, descubriendo **DOMINGO** desde sus primeros años su inclinacion y amor á las cosas santas, y su gran vocacion á dedicarse al servicio de Dios, huyendo de los peligros del mundo, y aspirando á la vida retirada y contemplativa, que era el colmo de sus deseos. Decidido y firme en esta determinacion, en cuanto tuvo la edad propia para hacerse Religioso, se presentó al Abad de Valvanera, de la Orden de San Benito, única que existia en aquel tiempo, y le pidió con la mayor humildad le concediese el Santo hábito y le admitiese bajo de su obediencia, en la cual, y haciendo los demas votos que en la Orden se profesan, pensaba vivir y morir. Tuvo el disgusto de no ser admitido, no queriendo el Abad darle el hábito, ni tampoco el de San Millan de la Cogulla, casa de la misma Religion, á tres leguas de la de Valvanera. Con el mayor desconsuelo partió **SANTO DOMINGO**, viendo que no hallaba entrada, para poner en ejecucion sus intentos. Pero Dios le descubrió nuevo camino, haciéndole adquirir noticia de que cerca de San Millan vivia un Santo ermitaño, en una ermita aislada y solitaria, varon de grande espíritu y gran siervo del Señor. En este santo retiro creyó hallaria mejor acogida que en los Monasterios, y que aquel virtuoso solitario podría guiarle por el camino

de la perfeccion, que tanto deseaba. Se le acercó, y con la mayor compostura y humildad le pidió le admitiese en su compañía como discípulo, pues sus deseos no eran otros que el servir á Dios para siempre. El ermitaño le recibió muy bien, quedando prendado de la buena traza, modestia y buen natural que presentaba, y mucho más de los santos intentos que allí le habian conducido. Despues de haber permanecido gran rato en santa conversacion, le dijo que ni á uno ni á otro convenia la compañía, porque el ermitaño debe vivir solo, teniendo trato únicamente con Dios; pero que atendiendo á sus deseos, y queriendo servirle, le cederia aquella estancia y ermita, que parecia haberle agradado tanto, y que él iria á buscar otro desierto donde tuviese la seguridad de poder atender al provecho de su alma. Agradeció infinito DOMINGO sus ofrecimientos y estremada caridad; pero no quiso admitirlos, por ser tan á costa del Santo ermitaño; le dió gracias por sus consejos, y pidiéndole su bendicion se despidieron, no sin lágrimas, y ofreciendo visitarle algunas veces.

Partió en seguida, y trató de buscar lugar donde pudiese servir al Señor en la soledad. Discurriendo de este modo llegó á la Bureba, tierra que confina con la Rioja, y en el sitio que le pareció más á propósito edificó una pequeña ermita, con celdilla contigua, iglesia con campanas, y altar dedicado á la Virgen Santisima, cuyo curioso santuario ha desaparecido despues á impulso del estrago de los tiempos. Allí comenzó gozoso su nueva vida de ermitaño, viendo cumplidos sus deseos por haber conseguido tratar á solas con Dios los negocios de su alma.

Con pensamiento puesto en el Señor, y con santas reflexiones, se animaba y alentaba para perseverar en su servicio, haciendo asperisimas penitencias, lastimando su cuerpo con rigurosos ayunos y fuertes cilicios, quebrantando de este modo los brios de la juventud, sujetando las

pasiones de la carne, y, por otra parte, ocupando su espíritu en la contemplacion de las cosas celestiales: acudia, para atender á las precisas necesidades de la vida, al trabajo corporal, sembrando algunas verduras y hortalizas, labrando un pequeño huerto junto á la ermita, y otro pequeño cercado que plantó de viña, con cuyos frutos se sustentaba, sin pan y sin otra vianda de carne ni pescado; llevándose el fin de evitar todo trato y comunicacion con los seglares con ocasion de pedirles limosna, que muchas veces suele ser perjudicial para la vida monástica; consiguiendo, por el contrario, con su laboriosidad sacar gran provecho para su alma, evitando la ociosidad, fuente y manantial de todos los males. Esta procuraba escusar constantemente el Siervo de Dios, ocupándose en labrar su huerta y sus pocas cepas, gastando en este ejercicio el sobrante del que dedicaba á la sagrada oracion, trabajando alternativamente con el espíritu y con el cuerpo.

Cinco años vivió SANTO DOMINGO en la ermita que construyó en la Bureba, ocupado en los ejercicios dichos y en los de oracion y contemplacion, en los que salió tan aprovechado, que aunque pensaba pasar allí toda su vida, el Señor quiso que sus virtudes fuesen conocidas y no perdidas para el mundo, disponiendo, para castigar los pecados de la humanidad, el mandar por todo aquel pais una espantosa y terrible plaga de langosta, en tanto número, que cubria toda la tierra, dejándola talada y destruida. Los navarros y riojanos, viendo ser insuficientes los recursos humanos para hacer cesar aquella devastacion, acudieron al Sumo Pontífice Gregorio VII, quien, como tan santo, les sacase de tan grande aprieto con su intercesion poderosa con el Señor. Condolido su Santidad, llamó al santo Gregorio, Obispo de Ostia, y le encomendó aquella empresa, pasando á España á predicar, procurando con su doctrina y ejemplo reducir á los hombres al servicio de Dios, apar-

tándolos de sus vicios y pecados. Así lo hizo, consiguiendo el resultado que deseaba, y Dios también puso término á su castigo cesando aquella plaga destructora.

Llegó á noticia de SANTO DOMINGO la santidad y virtud del Obispo Gregorio, y juzgando que le daría mayores luces para mejor servir y agradar á Dios, llevado de este pensamiento fue en su busca, y le suplicó humildemente le recibiese en su servicio y compañía. Admitiolo el Santo Obispo con el mayor gusto, pues ya tenia nuevas de la gran virtud y santidad del ermitaño DOMINGO, y que, aunque hombre sin letras, tenia otras muchas apreciables prendas. Acompañó al santo Obispo por toda la tierra de Cantabria y riberas del Ebro, obrando maravillosos efectos con su predicacion y santos ejercicios, y de este modo llegaron á Logroño.

Créese generalmente que San Gregorio anduvo predicando por España durante cinco años, siempre acompañado de SANTO DOMINGO, quien le ayudaba en sus altos ministerios. Habiendo llegado á Logroño, enfermó el santo Obispo de Ostia, y Dios lo llamó para sí. Lloró y sintió mucho DOMINGO la pérdida de aquella compañía, y trató de volverse á su ermita de la Bureba; pero recordando los consejos de su maestro San Gregorio, encargándole, sobre todo, ejerciese la hospitalidad con los pobres, no pensó más que en ocuparse en este ministerio, juntando á la vida contemplativa, que antes habia profesado, la activa del servicio de los pobres. Para este fin le pareció á propósito el desierto que su maestro también le habia designado, junto al lugar de Fagal ó Fajola, que estaba próximo á la ciudad de Santo Domingo, y por donde pasaban continuamente los peregrinos de casi todo el mundo que iban á visitar el cuerpo del glorioso Santiago: aquel sitio ofrecia mil peligros é incomodidades por los riesgos de una selva inmediata, llena de pantanos y lagunas, y nido de salteado-

res: además pasaba por allí el río Hoja, á veces muy furioso, y donde peligraban muchos transeuntes. A todos estos peligros acudió y trató de remediar SANTO DOMINGO con ánimo invencible, edificando una ermita y una celdilla donde recogerse y hospedar á los peregrinos, mientras hacía otras obras en mayor escala. Desmontó toda aquella espesura, cegó los pantanos y desahogó las lagunas, abriendo un camino llano, y haciendo una calzada de piedra, que, por ser obra tan insigne, dió renombre al Santo y á la ciudad que despues allí se fundó. Los foragidos y salteadores, que vieron destruir aquellas espesuras que facilitaban sus sorpresas, lo llevaron á mal, y se conjuraron contra el Santo; pero el Señor les inspiró el mayor respeto á aquel virtuoso varon, y jamás osaron poner en él las manos ni ultrajarle de otra manera.

Unicamente se adolecia, despues de haber remediado tantos males, de la falta de un puente; pero puesta su consideracion en Dios, y animado con su infatigable deseo de procurar el bien, emprendió aquella vasta obra, que vió terminada en un año. Convocó para que le ayudasen los habitantes circunvecinos, los cuales, movidos por impulso divino, acudian todos con lo que cada cual podia, unos con bueyes, otros con carros, y muchos con sus personas y bienes. Por este tiempo principió á estenderse por toda España la fama de su santidad, porque por más que procuraba esconderse en ermitas y desiertos, no podia tener encubiertos tales y tan grandes resplandores de virtud y santidad, y especialmente por los muchos milagros que hacía, y que llegaron á los oidos de Santo Domingo de Silos, que entonces era Abad del Monasterio de Silos, y así acordó el pasar á visitarle. Tambien fue á verle, encaminado por su fama, el virtuoso Anacoreta San Juan de Ortega. Los dos fueron recibidos con el mayor placer y ternura por el siervo de Dios, ayudándole el último

con el mayor fervor y eficacia á la conclusion del puente.

Ocurrió antes de su terminacion que un carro cogiese y atropellara á un pobre peregrino, destrozándole y dejándole sin vida. El vulgo ciego, que siempre busca causas materiales en todos los acontecimientos de la vida, empezó á murmurar, diciendo que Dios mostraba en aquel suceso lo poco que le agradaba la obra. San Juan de Ortega trató de sosegarlos, y lo consiguió, y en seguida fue á la celda donde SANTO DOMINGO estaba orando, y le dió parte de todo lo que pasaba. Grande dolor experimentó el Santo con aquella mala nueva: acudió á su ermita, y derramando muchas lágrimas, suplicó á la Madre de Misericordia la tuviese de él, y se sirviese quitar de su obra la antipatía que la gente habia concebido con aquel desastre: en seguida, en medio del concurso que rodeaba al cadáver, se llegó el Santo al difunto, y puesto de rodillas, alzando los ojos al cielo, suplicó á la Divina Majestad se sirviese manifestar su poder, haciéndole la señalada merced de resucitar á aquel infeliz, aumentando la gloria de su clemencia y de su Santo nombre. Hecha esta oracion, y tomando la mano de aquel cadáver, dijo: «Levántate, hijo, en nombre de Dios Todopoderoso, y prosigue tu camino y peregrinacion.» No bien lo habia acabado de decir, cuando el jóven, como si despertara de un profundo sueño, se levantó sano y sin lesion alguna, y acompañando al Santo con todos los que se hallaron presentes, pasaron á la ermita de la Virgen, donde rendidamente dieron gracias al Altísimo por tan extraordinario favor y maravilla. En memoria de este tan célebre milagro, se dice que SANTO DOMINGO edificó la capilla de la Madre de Dios, que se encuentra en medio del puente.

Se estendió tanto la fama de este milagro, que fue innumerable la gente que acudió á visitar al Santo, ofrecien-

do á su servicio sus vidas y haciendas, para concluir la obra del puente, en vista de lo cual creyó San Juan de Ortega innecesarios ya sus servicios en aquel punto, y llamándole á otro las obras que anteriormente tenia emprendidas, pidió permiso á SANTO DOMINGO para ausentarse. Mucho sintió el Santo la separacion; pero de ningun modo manifestó oponerse á aquel deseo : se despidieron tiernamente, no desmayando SANTO DOMINGO por verse solo, y pendiente de su direccion y cuidado obra tan dificultosa. Todos los domingos y fiestas iba á los lugares comarcanos, donde solo con presentarse allegaba gente suficiente, que trabajaba toda la semana con el mayor ardor : sin embargo, no faltó quien quisiese burlarse del Santo. Tenia un rústico dos toros tan montaraces y bravos, que creyó no podrian nunca domarse, y viendo que el Santo pedia bueyes para acarrear materiales, le dijo como de chacota, que tenia dos muy buenos que él mismo conduciria, pero con la condicion de que el Santo los unciria. El siervo de Dios le contestó con semblante risueño, que admitia de muy buena gana el ofrecimiento y la condicion : señalado dia, acudieron donde estaban las reses, y con el mayor asombro del rústico se vinieron á la mano del Santo, y bajaron sus cervices para ser uncidos y en señal de obediencia, y tiraron del carro cargado de materiales con tanta mansedumbre como si fuesen los más domados y acostumbrados á aquel trabajo. El aldeano quedó tan corrido y avergonzado de su atrevimiento, que lastimado su corazon de su gran culpa, lleno de la mayor pena, pidió al Santo, con la más profunda humildad, perdon de su gran locura y atrevimiento, y al mismo tiempo le concediese la gracia de servirse de él y de sus bienes, porque de allí adelante todo se queria emplear en su servicio. El siervo del Señor le perdonó, y acogió amorosamente su súplica, y recibéndole en su compañía, acabó en ella su vida santamente.

Fueron tantos y tan innumerables los milagros que el Señor obró por la intercesion de este gran siervo suyo, que se necesitaria ocupar un grueso volúmen para narrarlos y enumerarlos. En un altar de San Sebastian en la iglesia del Santo, hay un retablo antiquisimo, en el que están entallados los siguientes: «En la construccion del puente, falseó un arco, y se hundió, destrozando completamente á dos trabajadores; el Santo pidió á Dios por ellos, y en seguida resucitaron: lo mismo ocurrió con otro infeliz, que atropellado por un caballo, quedó muerto en el acto, y sus deudos acudieron al Santo, quien con solo su bendicion volvió á la vida: igual suceso tuvo un niño, hijo de unos peregrinos, pues condolido del inmenso sentimiento de sus padres por la muerte de aquel tierno ser, le volvió resucitado á sus brazos, despues de haber hecho oracion. Otros muchos casos de heridas y caidas mortales se verificaron en que no hubo más necesidad de médicos ni de medicinas que su bendicion para curar instantáneamente á los dolientes.»

Terminada la famosa obra del puente, admiracion de las edades futuras, y no dando tregua SANTO DOMINGO á su inmensa caridad en provecho de sus semejantes, emprendió la de edificar un hospital para el abrigo y consuelo de los pobres y peregrinos. No le desanimaron las muchas dificultades y faltas de recursos: pidió licencia á los de Fagal para edificar allí mismo el hospital, facilitándole la madera necesaria de que abundaban sus montes: á esto último no accedieron; pero el Santo insistió proponiéndoles le diesen la que pudiera cortar con una hoz de segar que allí les mostró. Pareció á los villanos que bien poco pudiera conseguir por sí solo y con aquel débil instrumento, y por lo tanto le dieron la licencia, con la precisa condicion é imponiéndole penas, de que no habia de valerse de otra segur, destral ó instrumento que el que les habia enseñado.

El Santo se despidió muy contento, después que le designaron sitio para la planta del hospital: en seguida fue al monte, y comenzó á cortar con su hoz de los más gruesos y crecidos robles y encinas con tanta facilidad como si segara mieses; siendo de tal suerte, que en muy poco tiempo cortó toda la madera necesaria para su obra, desmontando un gran pedazo de aquel monte. Los concejales de Fagal se incomodaron y pusieron furiosos, le trataron malamente, echándole en rostro el destrozo de maderas, pareciéndoles imposible que con su simple hoz hubiese conseguido aquellos resultados. A todo contestó el Santo con una mansedumbre celestial, diciéndoles que no había pasado la raya de la licencia que le dieron, y que no se había valido más que de su hoz, como verían la prueba. Esto diciendo, se aproximó con su hoz al tronco de un grandísimo roble, y lo cortó como si fuera una paja. Quedaron todos admirados, reconociendo ser obra del cielo, y depusieron su enojo. Dos trozos de esta madera que cortó el Santo con su hoz se manifiestan todavía en su hospital, de más de una vara de grueso, y la hoz con que se cortaron está colgada delante del sepulcro del Santo, en memoria de tan célebre milagro.

A tan felices principios correspondieron los fines del grandioso edificio, viendo el Santo en poco tiempo coronados sus afanes y deseos. Su arquitectura, aunque sencilla, era sólida y de las mejores de aquella época, fundada sobre linda sillería, con todas las oficinas correspondientes y necesarias; observándose siempre en su refectorio la gran maravilla de no acudir á aquel sitio jamás ni una sola mosca. Cuando el Siervo de Dios vió terminada su obra, se llenó de gozo, y se propuso continuar ejerciendo toda su vida en aquel establecimiento hijo de la caridad todos los servicios necesarios á los pobres y transeuntes, sometiéndose á ciertas reglas que él mismo se impuso para ob-

servarlas con el mayor rigor. Estas fueron aun de más aspereza que las que hasta entonces habia guardado, porque sobre frecuentes y rigurosos ayunos, oracion y penitencia, se ocupaba en recoger á los peregrinos, acariciándolos y sirviéndolos. Jamás se cansó de los oficios bajos y humildes, siendo por el contrario su contento y su regalo acudir á todo aquello á que le llamaba la piedad y cristiana misericordia. Aseaba y lavaba los pies á los romeros, dejaba la comida para dársela á los pobres, sirviéndole el suelo de cama muchas veces, para que á aquellos no les faltase.

El Santo pensó una vez, para comodidad de los peregrinos, el abrir un pozo junto al hospital, de que tambien tenia necesidad el establecimiento: en cuanto empezó la escavacion, los de Fagal se alborotaron de tal modo, como si les usurpasen sus haciendas, ó hubiera cometido algun grave delito: ciegos de cólera, resolvieron desterrarle de su país por la fuerza: resueltos á apedrearle, salieron en su busca y no tardaron en hallarle: les salió al encuentro recibéndolos de la suerte que su Maestro y Señor recibió la noche de su Pasion los ministros de Satanás que venian á prenderle, y les dijo: «que para qué venian tan prevenidos contra un hombre solo y desarmado.» Más el populacho prosiguió en su intento, cargándose de piedras para conducir con el siervo de Dios, quien cual otro Estéban, se puso de rodillas y comenzó á implorar el perdon para los que deseaban su martirio y derramar su sangre. No permitió Dios que en aquella ocasion se llevase á cabo tan cruel martirio, y así es que inspiró á los verdugos el conocimiento de lo que iban á hacer, y corridos y avergonzados soltaron las piedras, y pidieron perdon al Santo.

Su gran paciencia, valor y entereza de ánimo, oscurecia á los más aventajados en estas virtudes. Toda su vida fue un martirio prolongado de injurias, de murmuraciones, de

intentar apedrearle, ejercitando su grande paciencia; pero en donde se manifestó más notable fue en una ocasion en que llegaron dos pobres ó disfrazados de tales, hombres de intenciones perversas, en un dia de los frios de invierno: el Santo tenia hecha una grande lumbre para el amparo y consuelo de los transeuntes. Los dos pobres se acercaron á calentarse, mientras que el siervo de Dios arreglaba el hogar y componia el fuego, aderezando lo que tenia allí puesto para darles de comer á los dos y á los demas que llegasen, y cuando más desprevenido estaba, uno de ellos le dió tan fuerte empellon que le echó en medio de las ascuas, y no contentándose con aquella traicion, le dieron allí mismo de palos. A pesar de no poderse levantar el Santo tan pronto como debia por su debilidad y flaqueza, efecto de sus grandes abstinencias, salió de aquella hoguera sano y sin lesion, y la venganza que tomó fue manifestárseles placentero, regalándoles y hospedándoles en su casa. Pero aquellos perversos, firmes en su maldad, se marcharon sin tener siquiera la atencion de despedirse de nadie, y mucho ménos de quien tanto habian agraviado y les habia regalado. Sin embargo, Dios tomó la demanda en el castigo de aquellos protervos, y á poco trecho del Hospital el espiritu de discordia produjo una reyerta entre ambos, terminando con herirse mutuamente y quedar los dos muertos.

Determinó el siervo de Dios echar el sello á sus obras, fabricando una iglesia dedicada al Salvador. El Señor le reveló que con el tiempo aquella iglesia llegaria á ser mucho mayor, y por lo tanto, aunque no la fabricase muy grande, procurase tomar el sitio necesario para lo que habia de ser. Temiendo la negativa de los de Fagal para que accediesen á su nueva peticion, se valió del mismo medio que Dido para la fundacion de Cartago: les pidió le diesen la tierra que pudiese ocupar el cuero de un buey. Al pronto se repararon, acordándose del caso de la hoz; pero el Santo

les aseguró no mediaría ningún milagro, limitándose exactamente á lo que simplemente pedia. Le dieron un cuero seco y pequeño, que despues puso en remojo, cortándolo en una tira sutil y tan larga, que pudo cercar con ella todo el sitio que actualmente tiene la catedral de la Calzada, con su claustro, el Palacio episcopal, con todo el barrio llamado Margubete: luego puso estacas ó mojones de trecho en trecho, y señalándolo por suyo, comenzó á abrir los cimientos de la iglesia del Salvador, que deseaba construir. Con la más constante eficacia dió término á aquel edificio, y en seguida acudió á D. Pedro de Nazar, Obispo de Calahorra, y le suplicó se sirviese consagrar la iglesia que acababa de hacer en honra del Salvador. El Prelado, viéndole con aquella pobreza, vestido de buriel, con un cayado en la mano, no hizo el mayor aprecio, y se escusó con el Santo como pudo, sin querer escuchar sus humildes ruegos. El Siervo de Dios se despidió entonces, y aunque harto triste y desconsolado, no desconfiaba de que Dios cumpliría su buen deseo. Así se verificó, porque en seguida acometió al Obispo una grave enfermedad que le duró muchos meses, sin que nada le aprovechase. Era sugeto muy religioso, prudente y pensador, y meditando sobre los principios y causas de su padecimiento, no halló otra que el haber negado á SANTO DOMINGO lo que con tanta instancia le pedia. Cerciorado de ello, inmediatamente mandó decir al Santo queria ir á consagrar su iglesia, viendo confirmado su acierto, pues muy luego sanó.

No puede espresarse el contento y alegría que experimentó SANTO DOMINGO viendo consagrada su iglesia y cumplido su deseo: entonces, y siendo ya muy anciano, se entregó con más ardor á los ejercicios de la oración más fervorosa y á la contemplacion, no olvidándose tampoco de sus pobres y peregrinos. Los recibia y agasajaba, y si veían enfermos, los asistia y curaba con el mayor esmero y

solicitud, disponiéndose con sus santos ejercicios y virtudes á su deseado tránsito. Era ya muy viejo, habiendo vivido muchos años, y como con la vejez y las grandes aspe- rezas de su cuerpo le faltasen ya las fuerzas corporales, quiso suplir con arte lo que faltaba á la naturaleza, ha- ciéndose unas muletas, con las cuales sustentaba aquellos miembros cansados, no ocupándose ni consolándose más que con prepararse para su cercana muerte, término que siempre tenia presente. Siete años antes de que esta llegase labró su sepulcro de piedra, inmediato á la iglesia, y en el camino por donde pasaban los peregrinos, para que se acordasen de él y le encomendasen á Dios. Mientras vivió lo tuvo siempre lleno de trigo, profecía ó pronóstico cierto de lo mucho que habia de valer andando el tiempo, siendo de grande utilidad para los venideros. En esta y otras mu- chas ocasiones descubrió el siervo de Dios el espíritu pre- fético que el Señor le habia comunicado.

Sin embargo de haber sido la vida de SANTO DOMINGO una muerte continua y un martirio prolongado, con tantas persecuciones, penitencias y austeridades, le concedió Dios más largos años que á la mayor parte de los hombres que viven con más holgura y comodidades; y aunque no existen datos para determinar su mucha edad, sábese que pasó de los noventa años. En esta edad tan avanzada y decrepita, le acometió una fiebre aguda, que en una naturaleza tan destruida por los trabajos y mortificaciones, poco tuvo que hacer para acabarle de destruir. Sufrió con su nunca des- mentida resignacion y paciencia las incomodidades y acci- dentes de su enfermedad, dando gracias á Dios con sem- blante alegre y sereno, por ver tan cercano el término de todos sus trabajos y padecimientos. Recibió con la mayor devocion el consuelo incomparable de los Santos Sacra- mentos; despues encomendó á Dios con afecto paternal á todos sus amigos y familiares, como tambien á los pobres

y menesterosos, por quienes tantos trabajos habia padecido, y sabedor todo el pais de su mal estado tan cercano á la muerte, acudió mucha gente, afligidísima porque perdian en aquel predilecto siervo del Señor su descanso en las tribulaciones, su remedio en las necesidades y su alivio en todas ocasiones. Les consoló con santas y sabias razones, y despidiéndose amorosamente de todos, entregó el espíritu á su Criador. Cuantos se hallaban presentes se deshacian en llanto; se arrojaron á los pies del difunto, y descubriéndoselos se los besaban mil veces. Le enterraron con la solemnidad posible en el mismo sepulcro que el Santo se habia construido, y desde donde tantas maravillas ha obrado siempre el Señor en obsequio de su siervo. Murió el Bienaventurado á 12 de mayo del año de 1109. Era de noble apostura, hombre venerable, de rostro agraciado y simpático, algo rojo, de dulces maneras, y de muy elevada estatura. Era igualmente muy discreto y de mucha penetracion. El hábito que siempre llevó era túnica blanca, manto y escapulario pardos de buril, y casi el mismo que despues usó la Orden de San Gerónimo.

Como habia predicho el Santo, tuvo su iglesia la honra de erigirse en catedral, y de ser comprendido su sepulcro en el recinto del templo, muy favorecido é ilustrado con el favor y limosnas de los Monarcas y Prelados, obrando Dios por su poderosa intercesion y en todos tiempos innumerables milagros, cuya narracion seria interminable, limitándonos á referir el muy particular, conocido generalmente por el milagro del gallo y la gallina que llaman de SANTO DOMINGO, y sobre el que han variado las versiones. Todo el mundo está lleno de las plumas de este gallo y gallina, porque los peregrinos que de todas partes pasan por la ciudad de Santo Domingo no quedan contentos ni satisfechos de su peregrinacion si no llevan á su país alguna pluma de estas: por lo tanto, para cumplir con su devo-

cion, se les da á todos los que las piden por el capellan de la capilla del Santo, cuyas plumas son tomadas de las aves que se conservan para este objeto, y que son de la casta de las del milagro; no siendo cierto lo que supone Marineo Sículo, de que todos los peregrinos las toman del gallo y la gallina que están delante del sepulcro del Santo, permaneciendo las aves tan vestidas como si no las quitaran pluma alguna.

Aunque los autores convienen en lo sustancial del suceso, difieren en la forma, sin ser por eso ménos cierto. Unos lo refieren diciendo, que habiendo preso los moros un mancebo de Rioja le sepultaron en una cárcel muy oscura, encadenado y maltrado de sus guardias. El jóven suplicaba á Dios le mirase con ojos de misericordia y lo librase de aquel trabajo, poniendo por intercesor á SANTO DOMINGO, patron y abogado de su patria ó país. El moro que le tenia cautivo, pasados unos dias, tuvo un convite, y para regalo de sus convidados, entre otros manjares, tenia un gallo ó capon bien preparado. Sentados á la mesa y dispuestos á trinchar aquella ave asada, se le dijo la continua oracion del preso, llamando en su auxilio al glorioso SANTO DOMINGO. Pero el amo contestó al criado que le llevó aquella noticia: «que viviese descuidado, que si le custodiaba como debia, tan difícil era saliese de las prisiones, como que aquel gallo asado se pudiese levantar y cantar.» No bien lo acababa de decir, cuando el gallo que tenia delante se levantó vivo, vestido de plumas blancas, y comenzó á cantar. Todos quedaron asombrados, y bajando en seguida al calabozo, le encontraron vacio, aunque lleno de luz y resplandor del cielo que allí habia dejado el glorioso SANTO DOMINGO cuando vino á soltar al preso. Procuró hacerse la ciudad con aquel gallo, que encastaron con una gallina, cuya continuada prole suministra las muchas plumas que reclaman la devocion de los romeros.

Pero créese con mayor seguridad, que esta casta fuese más bien de otro gallo y gallina que resucitaron tambien en la misma ciudad de Santo Domingo, cuyo suceso milagroso refieren del siguiente modo:—Un matrimonio francés que iba de romería á Santiago, llevaba un hijo, jóven muy agraciado. Se detuvieron en Santo Domingo una noche, y en la posada donde se hospedaron, una hija del mesonero se prendó perdidamente del mancebo, y le solicitó por todos los medios que le sugirió su mal deseo: más el santo y jóven peregrino no la escuchó, pues sobre todas las cosas temia ofender á Dios. Aquel desaire trocó todo el amor de la libre y desenvuelta moza en odio y aborrecimiento, y trató de vengarse, para lo cual con sutileza ocultó en la capilla del inocente jóven una taza de plata, y en cuanto partieron los peregrinos manifestó faltaba aquella alhaja, que en seguida fue encontrada por la justicia en el vestido del mancebo: los prendieron á todos, y le condenaron á muerte en horca. Afligidísimos sus padres con aquella inicua ejecucion, prosiguieron su romería á visitar al Apóstol, y á la vuelta, pasando por Santo Domingo, la madre, atravesado el corazon, quiso ver si el cadáver de su querido hijo permanecía aun en la horca, el cual todavía estaba colgado: pero se sorprendió agradablemente cuando el hijo la habló con voz alegre, diciéndola: «que no le llorase por muerto, que por la misericordia de Dios, de la Virgen y el bienaventurado SANTO DOMINGO DE LA CALZADA, habia conservado la vida hasta entonces.» La madre acudió al Corregidor á decirle lo que pasaba, el cual estaba sentado á la mesa, donde se veian asados un gallo y una gallina. Oyó con atencion lo que aquella mujer le decia, y pensando seria alguna ilusion, efecto del amor de madre, la dijo que sin duda estaba engañada, y que tan difícil era que viviese su hijo, como que resucitasen aquel gallo y gallina que estaban asados, y de los que iba á comer. En cuanto dijo es-

tas palabras, saltaron vivas de la fuente entrambas aves, vestidas de pluma blanca, comenzando el gallo á cantar. Admirada aquella autoridad, suspendió la comida, y acompañado del clero y muchos vecinos, se cercioraron de la verdad, hallando al jóven ahorcado vivo y sano. Le bajaron del suplicio, y llevándole en su compañía delante del sepulcro del Santo, dieron rendidas gracias á Dios y á su glorioso intercesor SANTO DOMINGO.

El Corregidor mandó que las dos aves del milagro fuesen colocadas en la capilla del Santo, metidas en una jaula. Suceso inolvidable, que ha dado armas á su Iglesia y á su ciudad.—L. G.

### DIA 13.

#### SAN PEDRO REGALADO, CONFESOR, ESPAÑOL.

Ocupando la Silla de San Pedro en Roma el Sumo Pontífice Bonifacio IX, y el trono de Castilla el Rey D. Enrique III, vino al mundo el año de 1390, en la entonces villa y hoy ciudad de Valladolid, el preclaro siervo de Dios SAN PEDRO REGALADO, patron en la actualidad de su pueblo natal. Sus padres, descendientes ambos de muy nobles y ricas familias, se llamaban D. Pedro de la Regalada entonces, hoy Regalado, y doña María de Costanilla, personas piadosas y caritativas á tal punto, que dice la historia: «Era tanta su piedad y misericordia con los pobres, que parecían más bien procuradores ó despenseros, que dueños de sus riquezas.»

Hallándose todavía PEDRO en la infancia, pasó el padre á mejor vida; pero el talento y virtud de la madre suplió aquella dolorosa pérdida, que en nada afectó á la esmerada y santa educacion del niño, que con el ejemplo perenne de su virtuosa madre, manifestaba diariamente prodigioso de-

sarrollo de los gérmenes de santidad que atesoraba su alma.

Frecuentaba las iglesias, especialmente el Convento de San Francisco, á cuya Religion se aficionó tanto, que á los trece años de edad determinó ingresar en ella; pero antes de decir nada á su madre lo consultó con su confesor. Aprobó éste el pensamiento, y en su virtud lo comunicó PEDRO á su madre, que, aunque sintiendo privarse de la compañía de tan virtuoso y amado hijo, lo aprobó y le dió la licencia para ingresar en el Convento.

Poco despues de cumplidos los trece años de edad tomó el hábito, dando desde el primer dia de su noviciado patentes muestras de la santidad á que el Señor lo tenia destinado. Aumentando de dia en dia sus admirables ejercicios de virtud, obediencia y humildad, terminó el año de probacion, profesando á los catorce de su edad, segun permitian los Cánones de aquel tiempo. En nada disminuyó su humildad el estado de profeso, y como el último novicio desempeñaba los oficios más penosos y bajos, siendo sin embargo su más predilecta ocupacion asistir á los enfermos.

Pero su alegría por pertenecer ya de hecho y derecho á la Religion de San Francisco, la amenguaba en algun tanto el ver que la Seráfica Regla estaba bastante modificada, habiendo perdido mucho de su primitiva autoridad y regidez. Pedia incesantemente á Dios la Reforma de ella, porque él no se atrevia á observarla solo en la Comunidad por no singularizarse y atraerse enemistades. Dios favoreció sus deseos por conducto de otro virtuoso varon que abundaba en los mismos hacia mucho tiempo.

Veinte años antes de esta época, el Religioso franciscano Fr. Pedro de Villacreces, impulsado por iguales pensamientos que el jóven PEDRO, se habia retirado á un sitio solitario y escabroso, en término de Covarrubias, con el fin de practicar la verdadera y primitiva Regla de San Francis-

co. Después de haber pasado en una cueva los dichos veinte años, volvió á presentarse al público, que quedó atónito al contemplar un esqueleto viviente, pues no otra cosa parecía Villacreces, á quien los ayunos y penitencias habian completamente consumido. El objeto de su presentacion fue pedir licencia al General de la Orden para plantear la reforma en alguna Comunidad, licencia que le fue acordada en seguida, señalándole el pequeño Convento de Nuestra Señora de la Salceda, en la Alcarria, para comenzarla. Por razones que no están bastante averiguadas, renunció Fray Villacreces al poco tiempo á permanecer en este Convento, y pensó en establecerse en otro punto, fijando su pensamiento en la ermita sita en la Aguilera, á dos leguas de Aranda de Duero, muy célebre en aquel tiempo por la causa que motivó su construccion, que fue el haberse visto por espacio de muchas noches bajar del cielo unos globos de apacible y preciosa luz, que llamaron la atencion de toda la comarca, y habiendo el Obispo de la diócesi reconocido por sí mismo con gran parte de su clero la realidad del hecho, mandó hacer en aquel punto la referida capilla. En esta, pues, fijó su mirada Villacreces, y se la pidió al Obispo para realizar en ella su constante pensamiento de la Reforma, y el piadoso Obispo no tuvo el menor inconveniente en concedérsela.

Mientras daba todos estos pasos Villacreces, moraba PEDRO, haciendo la más ejemplar vida, en el Convento de Valladolid, en el que se presentó el Santo iniciador de la Reforma preguntando si habia alguno que le quisiera acompañar en la austera y penitente vida, pues por la licencia del General de la Orden, y la concesion de la ermita por el Obispo, estaba facultado para llevar los Religiosos que desearan asociarse á su santo pensamiento. Por demas está el decir, que con inefable alegría se unió á Fray Villacreces el penitente joven FRAY PEDRO REGALADO, dan-

do infinitas gracias al Todopoderoso por el singular favor que le dispensaba, otorgándole la realizacion de su más ardiente deseo.

Marchó á la ermita de la Aguilera con el ejemplar Villacreces, y otros cuatro Religiosos, amantes tambien de la Reforma, y fijaron su residencia en aquel punto, construyendo, contiguas á la ermita, una especie de chozas que les servian de celdas. Tanto en este eremitorio, como en el igualmente pobre de los Abrojos, consagrado tambien á la Reforma, fue aumentando el número de humildes Religiosos, partidarios de ella, que hacian la vida mas ejemplar y penitente que se habia visto desde la estancia en el mundo del Seráfico Fundador de la Regla.

A los once años de su estancia en la ermita murió el santo Villacreces, dejando perpétua memoria de sus esclarecidas virtudes; y reunidos los Religiosos de los dos eremitorios, la Aguilera y los Abrojos, por unanimidad nombraron su Superior á SAN PEDRO REGALADO. Aceptó éste el cargo como un deber y obligacion de trabajar en la propagacion de la Reforma, la que, teniendo muchos contrarios, proporcionaba á sus servidores grandes contrariedades, disgustos y trabajos, que siempre anhelaba sufrir el Santo siervo de Dios, PEDRO REGALADO, para tener más que ofrecerle, y á su Santísima Madre.

Durante los once años que llevaba de retiro, habia estudiado con grande aprovechamiento las Sagradas letras; pues ardiendo su pecho en caridad por la salvacion de sus prójimos, pensó que para lograrla mejor seria conducente el sacerdocio, y que debia adquirir la ciencia necesaria, no solamente para ordenarse de Sacerdote, como se ordenó, sino para conseguir frutos de las almas por medio de la palabra.

Puesto, pues, al frente, como jefe, de los Religiosos que componian la seccion de la Reforma, comenzó sus enérgicos

trabajos para conseguir su propagacion, con el engrandecimiento de los dos eremitorios, y creacion de otros, llevando su deseo hasta introducir la observancia de la primitiva Regla en todos los Conventos de Franciscos. Escribió varios Reglamentos y Constituciones de humildad y pobreza, que han llegado hasta nosotros, incluidos en las Crónicas de la Orden Seráfica, de las cuales tomamos como muestra las siguientes :

*«Constituciones del Santo Regalado para la exacta observancia de la pobreza.*

»Los hábitos de los Religiosos sean de sayal basto, de lo que usa la gente más pobre, que en la villa de Aranda cuesta á cuatro ó cinco maravedís la vara: los paños menores sean del mismo sayal ó de cáñamo toско.

»Las celdas, edificios y oficinas del Convento, sean pequeñas y fabricadas de barro ó madera en bruto, sin alguna labor ni moldura: y las cercas de las huertas sean tapias de tierra ó piedra tosca, sin betun de cal, de modo que sean suficientes para la clausura, sin ostentacion ni ornato.

»Las iglesias sean devotas, aliñadas con pobreza, y no se admitan ornamentos ricos, aunque los den de limosna, ni cosa de plata, sino los cálices y vasos para el Santísimo, y no haya en cada Convento más que dos cálices. No se pidan para el año provisiones de trigo, vino, carne ni pescado; ni se admitan limosnas supérfluas de estas especies: solo se puedan pedir las precisas para cada dia, de pan, frutas, legumbres, huevos y algo de pescado para el sustento comun de los Religiosos; vino para las Misas y huéspedes, y carne la que baste para los enfermos.

»No se admitan limosnas por Misas, ni provechos, funerales, ni ofrendas de entierros; sino que todos los sacrificios se han de aplicar por los bienhechores. No se reciba

en manera alguna dinero ó pecunia, ni se recurra á tercera persona ó síndico para eso, ni se solicite cosa en que haya de intervenir compra ó venta; sino que todas las cosas necesarias sean mendigadas en propia especie por el amor de Dios: y si no se hallaren, se tolere la falta por la santa pobreza.

»Ninguno pueda tener ropa multiplicada en la celda; más en la enfermería y hospicio, se permita la ropa necesaria para curar los enfermos y recibir los huéspedes. En el refectorio, no se use de manteles ni alifios de mesa; y para cada uno solo se pondrá una servilleta sobre la tabla desnuda, y para todas algunas jarras de barro toscas, y un salero de corcho ó de madera.

»Ninguno tenga luz en la celda, ni se permita más lámpara que la del Santísimo y la de alguna imagen devota; ni en las celdas haya más que un trojecillo para cama, una mesita pequeña, un banquillo, una cruz ó alguna imagen de papel. Más, para los predicadores y confesores, tendrá la Comunidad algunos libros de los más necesarios, escuchando siempre los supérfluos.»

Muy pocos imitadores de su profunda humildad ha tenido este glorioso Santo en el mundo, y nadie le escedió jamás: despues de haber ejercido el cargo de Prelado volvió al de simple Religioso, ocupándose en los trabajos más penosos, constituyéndose en el criado del último novicio ó lego: fue portero, cocinero, refitolero y limosnero. Iba por leña, por agua, y caminaba cargado de un Convento á otro con grandes pesos, ya de provisiones, hábitos ó efectos que habia necesidad de trasladar, y siempre cariñoso, afable y solícito por servir y auxiliar al prójimo.

Su caridad para con los pobres era tal, que tuvo el Prior que hacerle presente la pobreza del Convento, y la imposibilidad de dar tanto sin privar del indispensable sustento á

la Comunidad, encargándole que se contuviera en las limosnas. A los pocos dias llegaron al Convento unos transeuntes, y fueron convidados á comer. Hallábase por entonces de portero FRAY PEDRO, y fue á pedirle limosna una viuda con tres hijos, á quien socorria con frecuencia; pero en aquella ocasion nada tenia que darla. La pobre viuda comenzó á llorar al ver que sus hijos morian de necesidad, y conmovido estraordinariamente el corazon de PEDRO REGALADO, la manda aguardar y marcha al refectorio. Acababan de comer los convidados, y el caritativo PEDRO toma con precipitacion varios pedazos de pan y carne, y echándolos en la falda del hábito se dispone á salir del refectorio, cuando se presenta el Prelado y le pregunta qué lleva oculto en la falda. Turbado PEDRO, le contesta que lleva rosas; quiere verlas el Prelado, y le manda que se las enseñe: obedece el Santo Religioso, y queda estraordinariamente sorprendido al contemplar un buen número de rosas blancas y encarnadas, tan aromáticas, frescas y lozanas como dificilmente podrian encontrarse en el mes de mayo, y este prodigio tenia lugar en enero.

Queriendo el Señor dotar á su amantísimo Siervo de todas las gracias que adornaron á otros Santos, le concedió tambien el don de ver el porvenir y de profetizar cosas fuera del alcance de la humana comprension. Acabados los maitines una noche, mandó ponerse las sagradas vestiduras á algunos Religiosos, que precedidos de la cruz y guiados por él marcharon á la ribera del Duero. Admirados iban todos de tan estraña salida; pero más admirados se quedaron al poco rato al ver que las aguas depositaban en la orilla el cadáver de una jóven, que segun dijo SAN PEDRO, y se supo despues, se habia arrojado al rio por defender su castidad, el cual recogieron, dándole luego honrada sepultura.

En otra ocasion mandó tocar á comer, á pesar de haber-

le dicho el despensero y cocinero que nada absolutamente habia. Acudieron los Religiosos y se sentaron á las desocupadas mesas, y enseguida llamaron á la porteria: acudió el portero, y solo vió una mula cargada de pan y otras viandas, que entró en seguida y se dirigió al refectorio, donde la descargaron. El portero fue á cogerla para llevarla á la cuadra y cuidarla; pero en aquel instante desapareció, sin ver ni saber nadie por donde.

Tan repetidas maravillas, aunque acaecidas en el retiro y soledad del Convento, se hacian públicas más tarde más temprano, aumentando extraordinariamente la veneracion en que el pueblo le tenia, y que llegó á muy elevado punto por otros prodigios públicos, entre ellos el conocido por el milagro del toro, cuya memoria ha llegado hasta hoy en Valladolid y su provincia.

Dirigiase SAN PEDRO REGALADO desde el Convento de Abrojos al de Valladolid, acompañado de otro Religioso, un dia que en esta poblacion habia corrida ó juego de toros, como allí entonces decian. Uno muy bravo y de gran poder, despues de haber arrollado á los rejoneadores de á caballo y de á pie, irritado y furioso con el dolor que le producian los hierros que llevaba metidos en sus carnes, venció la salida atropellándolo todo, y se escapó. Seguianle muchos á caballo y á pie, tanto por ver si conseguian hacerle volver á la plaza, cuanto por ir avisando con sus voces á las gentes para que huyesen del peligro. PEDRO y su compañero caminaban rezando, y, distraídos, no oyeron las voces, hasta que el toro estaba tan próximo á ellos que les era imposible evitar su encuentro. Párase el Santo, y espera al toro, que corre hácia él, y poniéndole la mano en el testuz, cuando llegó, le dijo: *Tente, bobo, que somos amigos*. El toro no solo se paró, sino que se echó á los pies de SAN PEDRO, quien le acarició, le quitó los hierros que le atormentaban, le limpió las heridas, y le mandó despues que

marchase al río y se metiera en él para que las aguas curasen sus heridas. Mandato que obedeció el toro en seguida, á presencia de la inmensa multitud de pueblo, que contemplaba asombrada semejante prodigio.

Llegole, por fin, á este admirable Santo la última enfermedad, que le acometió á principios de la Cuaresma del año de 1456, en su Convento de la Aguilera. Presentose la enfermedad con una desgana y asco tal á todas las viandas, que absolutamente podia comer nada. Deseoso el médico de buscarle el apetito, le fue preguntando si comeria algunas cosas, y solo una codorniz le pareció al enfermo que tomaria de cuanto el médico habia nombrado. Dificil era encontrarla en aquel tiempo; «pero Dios, que queria glorificar á su Siervo de diversas maneras, hizo que al salir el médico del Convento se le viniese á la mano una á quien acosaba el milano. Cogiola, y fue muy contento al Santo, lisongeándose de que ya habia encontrado con qué satisfacer su apetito y prolongar su vida. SAN PEDRO tomó la codorniz, y haciéndola muchas caricias y componiéndola las plumas, dijo: «Preciosa avecita, Dios te ha librado de las uñas crueles de tu enemigo, ¿y será razon que mueras ahora en las mias? No, de ninguna manera: anda, y alaba á Aquel que te crió y que te libró de la muerte.» Y diciendo esto, la echó á volar, admirando todos la dulzura de su genio, y aquella generosidad con que preferia la vida de un ave á su propia conveniencia.»

Acercabásele la muerte por momentos, y con admirable devocion recibió el Sacramento de la Eucaristia, y queriendo los Religiosos administrarle el de la Estremauncion, les dijo que aguardaran un poco, porque estaba próximo á llegar el Obispo de Palencia, y confiaba en que le dispensase el honor de administrársela. Y así sucedió, llegando, sin prévio aviso, al poco tiempo el referido Obispo, que á la sazón lo era D. Pedro de Castilla, sobrino del Rey Don

Pedro. Rodeado de los Religiosos, que vertian copiosas lágrimas, levantó las manos al cielo, y diciendo: «en tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu,» exhaló con la mayor paz y tranquilidad el último aliento el día 30 de marzo del referido año de 1456, á los sesenta y seis de su edad, siendo sepultado, como terminantemente habia prevenido, en el enterramiento comun de los demas Religiosos, sin distincion de ninguna clase.

«Pero Dios, á cuyo cargo está el cuidar de que sean honrados y venerados sus siervos, le ensalzó con tantos y tan estupendos milagros, que por su multitud no pueden referirse aquí. Muchos que habian muerto violentamente ó de enfermedad recibieron vida poniendo sus cadáveres sobre su sepulcro. Iguales beneficios recibieron cojos, mancos, ciegos, tullidos, apestados, heridos y enfermos de cualquier peligrosa dolencia: de manera que ninguno llegaba á implorar su proteccion á su sepulcro que se fuese desconsolado.»

Entre los pobres á quienes solia socorrer el Santo á la puerta, habia uno que por su virtud y ancianidad merecia su prefencia. Al poco tiempo de morir FRAY PEDRO, descuidose un poco el anciano y llegó á la portería despues de haberse distribuido la limosna, y le dijo el portero que nada habia ya para él. Afligido el pobre anciano por no tener otro recurso aquel dia, se entró en la Iglesia, y puesto de rodillas junto á la sepultura del Santo, le dijo llorando estas palabras: «¡Oh Padre mio REGALADO: cómo se conoce que ya has muerto! Si tú vivieras, de otra manera me trataran. A buen seguro que, por tarde que viniera el pobre viejo, no le faltara limosna. Más ahora, ¡qué he de hacer, Santo mio, que aquí perezco de hambre y no hay quien me remedie!» No bien acabó

de pronunciar estas palabras, vió removerse la tierra y sacó un brazo SAN PEDRO, llevando en la mano un pan que entregó al pobre anciano.

Hasta el año de 1492 permaneció en el humilde enteramiento en que fue colocado primeramente, aunque constantemente visitado y honrado por altos personajes y gran número de devotos. En este año y día 15 de mayo fue trasladado el santo cuerpo á un precioso sepulcro de alabastro, mandado construir por la Reina Doña Isabel la Católica, que fue desde Granada á presenciar la traslación. Se encontró el cuerpo completamente incorrupto y tan flexible como si estuviera vivo; y deseando la Reina enviar una reliquia al Rey su esposo, mandó que cortasen una mano al Santo, y al verificarlo, salió sangre tan encarnada y líquida como si fuese de un cuerpo vivo. Sangre en que se empaparon varios lienzos que fueron guardados con la mayor veneracion. El sepulcro de SAN PEDRO REGALADO ha sido uno de los más visitados por Reyes, altos Prelados y dignidades de todas clases, y ante el cual ha obrado el Señor más número de milagros. En el año de 1683 aprobó su culto el Papa Inocencio XI por su decreto espedido á 13 de mayo, en cuyo día se celebra su fiesta.—N.

#### SANTA ARGENTEA Y SAN VULFURA (1).

Hasta el siglo XVIII han sido desconocidos estos Santos, sin tenerse ninguna noticia de sus Actas. En el año de 1719 las insertó Berganza en la *Historia del Real Monasterio de Cardeña*, por haberlas encontrado en un Santoral de letra gótica en el archivo de aquel Monasterio, adonde le llevaron desde Córdoba los Monges que fueron á recoger el

---

(1) La íntima relacion que tienen los hechos de estos dos Santos, especialmente en su muerte, obli á dar cabida en este lugar á San Vulfura, aunque fue de nacion francés.

cuerpo del conde Garci Fernandez. Posteriormente, en 1753, el maestro Enrique Florez las publicó, insertándolas integras en el tomo X de la *España Sagrada*, del que nos hemos servido para redactar esta biografía.

Fue SANTA ARGENTEA natural de una ciudad llamada Bigastro, sita en España, territorio de Andalucía, que fue arrasada por los moros, y de la cual eran los padres de la Santa tan principales personajes, que el autor de las Actas los califica de Reyes de aquella ciudad. Llamábase el padre Samuel, y la madre Columba, quienes criaron á su hija con el esmero y regalo correspondiente á su elevada posicion: pero cuanto más avanzaba en edad ARGENTEA, tanta más aversion mostraba á las riquezas, al lujo y á los goces del mundo, manifestando su predisposicion á ocuparse solo de los negocios celestiales y de la salvacion de su alma. Relevó á sus doncellas del cargo de vestirla, asistirla, y arreglar la habitacion y el lecho, ocupaciones que tomó á su cuidado, sin molestar á los criados con peticiones, pues renunció tambien por completo á que la sirviera nadie, constituyéndose ella en servidora de todo el mundo, especialmente de los enfermos y de los pobres.

Habiendo fallecido su madre, puso su padre el cuidado de la casa á cargo de la santa doncella; más como esto la obligaba á distraerse de sus rezos y contemplacion de lo divino, y la precisaba á estar más en contacto con la sociedad, de la que huía con el mayor cuidado, por juzgarla muy ocasionada á la pérdida de la virtud, rogó humildemente á su padre que nombrase un mayordomo, y la relevase á ella del encargo, suplicándole al propio tiempo la hiciese un cuarto en el punto más retirado de la casa, para habitar aislada del bullicio, y acompañada solo de dos santas jóvenes, que con ella se dedicaban á orar y entonar cánticos de alabanzas al Señor. Samuel, respetando tan virtuosos pensamientos, complació en un todo á su hija, y

confió la administracion de la casa y el cuidado de los otros hijos á persona apta y de confianza.

Florencia por aquel tiempo un varon esclarecido y religioso, que ejercitándose en la práctica de todas las virtudes cristianas, anhelaba alcanzar la corona del martirio, y habiendo llegado su fama á noticia de ARGENTEA, se inflamó en iguales deseos y determinó preguntar á aquel Santo varon si la haria Dios á ella y á las dos jóvenes que la acompañaban la suprema merced de morir Mártires. El Religioso la contestó que una de sus compañeras padeceria martirio antes que él y que ella, y que la otra no conseguiria aquella suerte; pero ella sí, aunque pasaria algun tiempo.

Grande fue el contento que recibió ARGENTEA con esta contestacion, redoblando sus santas obras y sus penitencias, y rogando incesantemente á Dios que abreviase el plazo de su martirio.

Así las cosas, llegó el año 928 de Jesucristo, año terrible, de muertes y devastacion en casi toda España con motivo de la sangrienta guerra de los descendientes de Mahoma entre sí por sus derechos de supremacia. Hubo sangrientos combates, y muchos pueblos, villas y ciudades quemadas y destruidas por completo, entre las cuales lo fue Bigastro, habiéndose tenido que refugiar los moradores de ella que quedaron con vida á la ciudad de Córdoba, á donde tambien marchó ARGENTEA con sus hermanos, creyéndose generalmente que su padre murió en la destruccion de la ciudad, pues las Actas no vuelven á nombrarlo.

En Córdoba se unió ARGENTEA á otras jóvenes cristianas, viviendo durante tres años dedicadas á la oracion y á la contemplacion de lo divino.

Residia por aquel tiempo en Francia un santo varon llamado VULFURA, iluminado de igual celestial luz que

ARGENTEA. Una noche, hallándose durmiendo, se le apareció el Señor y le mandó que pasase á España, donde le tenia prevenido morir por su amor en compañía de una Virgen llamada ARGENTEA. Partió VULFURA inmediatamente, y guiado por el espíritu divino llegó á Córdoba y encontró á la Santa Virgen, á quien comunicó el objeto de su viaje, en virtud de la revelacion y mandato del Señor. ARGENTEA, poseida del más supremo contento, exclamó: «¿Pues qué hacemos? ¿Qué nos detiene? Armémonos con el escudo de nuestro Rey celestial, y pasemos desde luego á rebatir los escuadrones de Mahoma.»

Admirado quedó VULFURA del sublime entusiasmo y valor de esta doncella, y resuelto él por su parte á llevar adelante sin tardanza sus propósitos de morir Mártir, salió al punto á la calle predicando la verdadera fé. Prendiéronle en seguida y le condujeron á presencia del juez: procuró éste ganarle con promesas y arteras palabras; pero viendo que nada conseguia por este medio, mandó que le condujeran á una prision, á ver si con el mal trato y las privaciones podian reducirle á renegar de Jesucristo.

En cuanto ARGENTEA supo que estaba ya en la cárcel el heroico VULFURA, pasó á visitarlo, y á fortalecerle, si preciso fuese, en su santo propósito. Llegada la noche se retiró, ofreciendo visitarle diariamente, como lo verificó, hasta que una mañana al entrar en la cárcel se llegaron á ella varios soldados moros de los que aquel dia estaban de guardia, y la preguntaron: «No eres tú la hija del Principe Samuel? ¿Pues cómo te has atrevido á entrar aquí? ¿Por ventura pretendes neciamente mezclarte en la muerte de este malvado?» La Santa, gozándose de la ocasion tan oportuna para lo que tanto habia deseado, respondió con valor, que no solo era hija de aquel padre, sino cristiana. Oida esta confesion, la cogieron furiosos y la llevaron al juez. Este la preguntó sobre su profesion, y la Santa dijo:

«¿Qué me andais tentando con preguntas? ¿No he dicho ya que soy cristiana? Pero por cuanto segun el dogma apostólico, con el corazon se cree y con la boca se hace la confesion, confesaré en presencia de todos, que mi fé es adorar un Dios en Trinidad, indivisible en la sustancia, y sin confusion en las personas.»

«Enfurecido el juez con esta celestial respuesta, mandó iracundo que cargasen de cadenas á la Sierva de Dios: y allí la santa doncella se purificaba más en los ayunos, sin desistir de meditar en las palabras de Dios por el espacio de algunos dias en que estuvo en la cárcel, hasta que bajó el decreto del Rey, en que dió la sentencia siguiente: Que si los dos no abrazaban la secta de Mahoma, fuesen degollados, y que á ARGENTEA, como insolente y rebelde al culto y a los premios del Rey, despues de mil azotes, se la cortase el cuello.» Oida esta sentencia por la Santa, dió las gracias á Dios, gozando de llegar al suplicio, por donde habia de subir á los brazos de su Divino Esposo; y arrojándose como buen soldado á la palestra, salió con ánimo diciendo al Presidente: «¿Qué importa, Príncipe el más cruel, que cortes el órgano de mi cuerpo, si el instrumento invisible de mi ánimo no deja de resonar á Cristo? Aumenta, infeliz, aumenta crueldades, con las que á mí me multipliques triunfos y amontones para tí castigos sempiternos; pues en lo que á mí me toca, mientras más penas me cerquen, me gozo de que seré más feliz.»

Ciego de furor el juez, no quiso dar más treguas, y mandó que acto continuo fuese ejecutada la sentencia, que sin demora se llevó á cabo, siendo degollados los dos Santos, cuyas almas volaron á las moradas celestiales en la mañana del dia 13 de mayo del año del Señor de 931. Los cristianos recogieron por la noche los santos cadáveres, dando decorosa sepultura al de SANTA ARGENTEA en la iglesia

de los tres Mártires, que luego tomó la advocacion de San Pedro, y al de SAN VULFURA lo enterraron en un cementerio, cuya situacion y nombre no nos revelan las Actas.—N.

#### DIA 14.

San Bonifacio, Mártir, Romano.

#### DIA 15.

SAN ISIDRO, LABRADOR, PATRON DE MADRID, ESPAÑOL.

Uno de los más preciados florones de la coronada villa y corte de Madrid, es el haberla cabido la alta honra, á la vez que ilustrado y favorecido el Todopoderoso, concediéndola la señalada merced de haber sido la patria y cuna de su glorioso Patron SAN ISIDRO, inestimable don que engullece no solo á la capital, sino á toda la monarquía española.

Nació este Santo memorable en la misma, alrededor del año 1080, último tercio del undécimo siglo, ocupando la Silla de San Pedro el Pontífice San Gregorio VII, y siendo Rey de Castilla y de Leon D. Alfonso VI, denominado el *Bravo*. Sus padres eran cristianos muzárabes, así llamados por morar ó vivir avecindados entre los árabes. El reino de Toledo estaba entonces dominado por los infieles y gobernado por Almenon ó Ali-Maimon, cuyo nieto, llamado Tariph, hijo de Hisen, era alcaide de Madrid. Pertenecian aquellos á la humilde clase de labradores; pero en medio de sus privaciones y pobreza, permanecian fieles y constantes en la fé católica, siendo muy temerosos al Señor. Pusieron en la pila al venturoso niño el nombre de ISIDRO, dícese que por su gran devocion á San Isidoro, Arzobispo de Sevilla, y desde aquel momento Dios der-

ramó sus bendiciones sobre él, infundiéndole el amor á la virtud, y dotándole de un candor y una inocencia que toda su vida conservó inalterable.

Ignórase la parroquia en que se le administró el primer Sacramento: sus más antiguos biógrafos callan sobre el particular, disputándose varias aquel honor, entre ellas Nuestra Señora de la Almudena, San Andrés, San Salvador y Santa Cruz, comprendidas en el recinto de Madrid; y fuera de él, San Martín y San Ginés; pero la opinion más admitida es que la favorecida fue la de San Andrés, contribuyendo á autorizar este parecer, la particular devocion que tuvo el Santo á esta iglesia, de la cual fue muy asistente, y en la que sus sagrados restos descansaron despues de su muerte.

Criose, aunque bajo de humilde techo, á la sombra de las virtudes domésticas, creciendo con la razon en su alma el horror al pecado, y el amor á todo género de piedad y virtud; imitando y siguiendo en todo el cristiano ejemplo de sus padres, que desde su más tierna edad le enseñaron á temer y amar á Dios, á guardar sus Mandamientos, á obedecer á los mayores y reverenciar á los eclesiásticos, ministros del Señor; recibiendo sus ideas religiosas el mayor brillo con la docilidad de su carácter, y el candor angelical que revelaba en su rostro la inocencia de su bellísima alma. Sus padres se gozaban observando sus buenas disposiciones y su decidida inclinacion á las cosas sagradas, asegurándoles el aumento que recibirian con la edad y una reflexion más madura: en esta atencion, acordaron enviarle á la escuela á que aprendiese á leer, determinacion que en aquella época escedia á las pretensiones de un pobre labrador, y supo aprovecharse tan bien, que hizo notables progresos en el estudio de los deberes cristianos. Con un corazon grande y una fé inestinguible, no necesitó ISIDRO otra ciencia para iniciarse en la de los Santos, á

cuya senda le encaminaban las piadosas lecciones de sus padres, los que siendo muy devotos de Nuestra Señora de la Almudena, concurrían con frecuencia á este santuario, donde halló SAN ISIDRO un director espiritual, que aumentó el tesoro de sus virtudes, y le enseñó la costumbre de orar y amar dignamente á aquella Reina de los Angeles. Su íntima comunicacion con el Altísimo no se veía interrumpida con las labores del campo, pues aunque su padre le ocupase á su lado en los diferentes quehaceres de la labranza, absorbían perennemente su imaginacion las bondades celestiales y el amor á su Criador.

Aun no habia cumplido los veinte años cuando faltaron los autores de sus dias, á quienes como hijo sumiso y obediente ayudó cuanto pudo, empleando sus infantiles fuerzas en el trabajo del campo acomodado á su edad. Huérfano y desamparado, se dedicó para ganar la subsistencia al trabajo igualmente penoso de abrir pozos de agua potable y bodegas, cuya peligrosa ocupacion fue ilustrada en varias ocasiones con los milagros que el Señor obró para favorecerle. Cuando exhaustas sus fuerzas y bañado en sudor estaba á punto de desfallecer, la mano de Dios le protegía, ablandando las rocas que impedían sus escavaciones, haciendo manar chorros de agua tan copiosos como ricos en virtudes medicinales.

El casco de la villa de Madrid que existía entonces se hallaba fundado sobre un suelo seco y árido, no conociéndose las fuentes, que las necesidades y el trascurso de los tiempos establecieron, con la traída y conduccion de aguas de las sierras de Guadarrama, siendo preciso valerse y surtirse de aquel tan indispensable elemento abriendo muchos pozos y cuidándolos con el mayor esmero. Como resulta de las informaciones y pruebas que se hicieron para la Beatificacion de este Santo, y que conserva la tradicion, se saben los sitios en que abrió algunos. Uno, que cita y

señala Gerónimo Quintana como obra del Santo, fue en la calle Mayor, en una casa sita en los portales llamados de San Isidro, próximos á la *Puerta del Sol*, que habitó Jaime Bordador, quien la reedificó hácia el año 1628. En vida del Santo la habitaba una señora muy virtuosa y cristiana, llamada Nufla, la que le encargó el rompimiento de aquel pozo, que por estar abierto en peña viva se reconoció y consideró como un prodigio del cielo, dando la piedad religiosa un valor milagroso á sus aguas, por cuya virtud, y la viva confianza en el Santo, sanaron muchos de las dolencias que padecian. Otro hizo en la casa de doña Maria y doña Isabel Falconi, hermanas, en la calle de Toledo, antes campo extramuros de Madrid. Con motivo de practicar iguales escavaciones en casa de un caballero llamado D. Felipe Vera, regidor que fue de la villa de Madrid, situada al lado del Colegio Imperial de la estinguida Compañía de Jesus, en la calle llamada de los Estudios, y ademas una cueva en dicha casa de los Caballeros Veras. Prendose tanto el dueño del carácter afable y modesto de ISIDRO, que le propuso confiarle el cultivo de una heredad suya. Gozoso el jóven, aceptó el partido con el mayor placer, y se consagró sin descanso á las nuevas faenas, con tanto mayor gusto, cuanto que aquella fue su primitiva ocupacion y oficio, consiguiendo con su laboriosidad aumentar los rendimientos y utilidades á su amo.

Era admirable en este Santo la estremada sencillez de costumbres, y el desprendimiento de los mundanos intereses. Los pobres eran sus amigos, y su vida, practicar la caridad hasta para las aves del campo. Grande y constante fue su devocion, principalmente á Nuestra Señora de Atocha, á cuya ermita acudia diariamente, como tambien á la iglesia de San Andrés, y á Nuestra Señora de la Almudena, que eran sus templos predilectos. A este último Santuario

pertenecía el director espiritual de ISIDRO, varon evangélico, con quien consultaba cuantas dudas le ocurrian sobre la perfeccion de su vida. Era clérigo lector, y por su ministerio, y segun la costumbre de aquel tiempo, leia públicamente á los fieles la Sagrada Biblia, siendo escuchado por ISIDRO con la mayor atencion y el mas firme propósito de observar toda su vida aquellos santos preceptos.

Su gran devocion al Santisimo Sacramento la antepuso constantemente á todo: volviendo un dia de la fragua, de aguzar la reja del arado, al pasar por una iglesia oyó tocar la campanilla á la elevacion de la Hostia. Llevado de un raptó de profundo amor y adoracion, entró en el templo, dejando la reja á la puerta; pero al salir vió con la mayor pena y sentimiento que se la habian hurtado. Puso en noticia de su amo este acontecimiento, y reconociéndose culpado de aquella falta, le propuso que descontase el valor de la reja del importe de su salario.

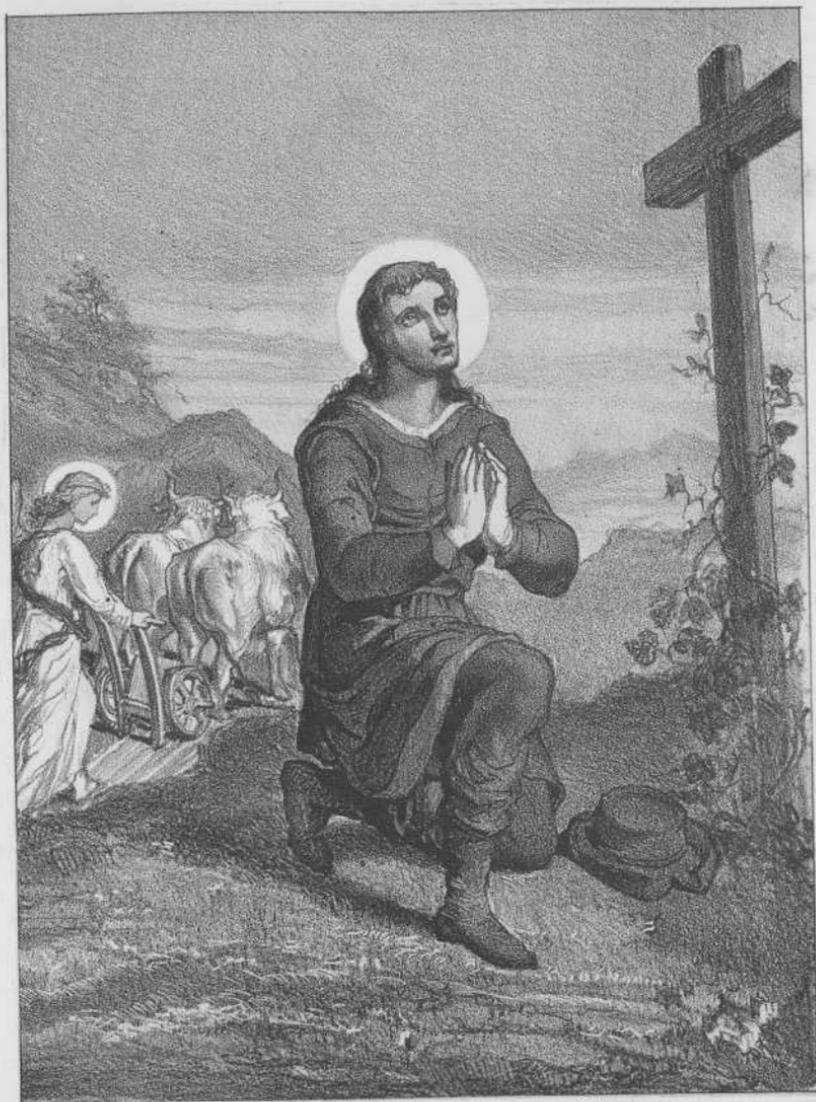
Cuando salia á sembrar no le permitia su corazon compasivo dejar sin socorro á los pobres que hallaba al paso, siendo á veces tan extraordinaria su caridad, que se extendia hasta las aves, particularmente cuando estas se hallaban acosadas del hambre en estacion de nieves. Refiérese que yendo al molino, y viendo muchas en un árbol, despejó una porcion de tierra que aquella cubria, y esparciendo unos puñados de trigo, les dirigió la palabra, diciendo: *Pajaritos, comed, que para todos da Dios abundantemente*: en seguida bajaron aleteando las avecillas á recibir el alimento de aquella mano generosa. En otra ocasion que le envió su amo al molino con un costal de trigo, encontró en el camino unos pobres, cuyo semblante revelaba una horrorosa miseria, y escitada en gran manera su caridad, se acercó á aquellos infelices, y les dijo: *Hermanos, ¿quereis un poco de este trigo para remediaros, puesto que no tengo otra cosa que daros?* Esta oferta inesperada reanimó el valor de aquellos

desvalidos, que se apresuraron á llenar sus monteras y zurrónes, y se despidieron tiernamente de ISIDRO, colmándole de bendiciones. Naturalmente el contenido del costal debió resentirse de aquellas liberalidades, de modo que cuando llegó al molino estaba muy menguada la cantidad de trigo que sacó de casa. Cuando le tocó el turno se empezó á moler su corta porción; y la caridad de SAN ISIDRO se vió recompensada con tanta abundancia de harina, que no cupo en el costal. El molinero, dudando de su buena fé, le dijo: *que precisamente habia tomado de los otros lo que le faltaba para llenar su saco, pues que no cabia la harina; pero ISIDRO le contestó con la mayor dulzura y prudencia: que no era ladron, ni Dios lo permitiera nunca; y si creía habia hurtado aquella harina, la tomase toda y le volviese el trigo en la cantidad que habia traído.* Así lo hizo el molinero, puesto que no estaba en la posibilidad humana hacer que de tan poco grano resultase tanta harina; pero fue grande su sorpresa y la de todos los presentes, cuando al molerle la porción de trigo devuelta, dió aun más harina que la que acababa de quitar al Santo. En vista de una manifestacion tan visible de la proteccion divina, cayó el molinero confuso á los pies de ISIDRO y le pidió perdon de la injuria y de su mal pensamiento. Pero no fue esta la sola prueba de que Dios le favorecia en sus obras. Mientras estuvo á su cargo la hacienda de Vera, se advirtió que sus sembrados estaban más limpios, las espigas más granadas y lozanas, su yunta más lucida, y en los aperos y en todo se echaba de ver una notable diferencia. Esto escitó la envidia y emulacion de sus vecinos, y tratando de dañarle le acusaron á su amo de negligente y descuidado, y de que por atender á sus intempestivas devociones robaba mucho tiempo al trabajo y al cultivo, como podria convencerse por sus propios ojos. El amo, para averiguar lo que hubiese de cierto en la acusacion, subió un dia á una colina que dominaba el

campo donde araba ISIDRO, y se puso en acecho. No tardó mucho en verle orando arrodillado bajo unos árboles, al mismo tiempo que la yunta araba sola, y tan bien como si la mano del labrador la guiase. Bajó Vera al sitio, admirado de este prodigio, y apenas le vió ISIDRO, se levantó y fue á disculparse de haberle hallado sin trabajar. *No importa*, le dijo su amo; *nada se ha perdido*, *Isidro*: y en efecto, el cielo suplía su trabajo y recompensaba con abundantes frutos de la tierra las oraciones que el buen labrador dirigía al cielo. Su amo estaba bien penetrado y satisfecho del trabajo, costumbres y de todos los pasos que daba ISIDRO. Así fue que para llegar al grado de perfeccion que alcanzó nuestro Santo, bastaba observar todas sus operaciones: se levantaba al amanecer, rendía gracias á Dios mientras se vestía y limpiaba; echaba de comer al ganado, y puesto de rodillas en un rincon de la caballeriza, hacia sus oraciones mentales, ínterin las bestias comían su pienso. Despues de haber empleado una hora ó más en meditar sobre las cosas santas, iba á oír una ó dos Misas, regresaba á su casa, tomaba el almuerzo y salía con los bueyes uncidos á labrar el campo. En su labor continuaba pensando en Dios hasta que era hora de terminar el trabajo: entonces recogía el hato y volvía á su casa rezando oraciones á la Virgen: daba el pienso á los animales, y mientras le preparaban la cena aprovechaba el tiempo yendo á visitar al Santísimo Sacramento si había templo abierto á aquella hora.

Corría el año de 1110, y despues de la muerte del bravo Rey D. Alonso, el feroz Ali, Rey de los Almoravides, hijo de Juseph, Rey de Marruecos, entró por el reino de Toledo con un ejército numeroso y aguerrido, llevando su conquista á sangre y fuego, poniendo cerco y apoderándose de Madrid á fuerza de armas. El terror que inspiraban los infieles obligó á muchas familias á emigrar y abandonar sus hogares, y SAN ISIDRO, para quien la presencia y ve-

# SANTORAL ESPAÑOL



Dib.<sup>o</sup> Barcala.

Lit.<sup>a</sup> de Escarpizo

SAN YSIDRO, LABRADOR,  
Patron de Madrid.



ciudad de los hijos de Mahoma no podía ser agradable, resolvió retirarse á Torrelaguna, distante nueve leguas de Madrid, donde tenia algunos parientes. El pueblo pudo en seguida admirar su piadosa sencillez, su santa humildad y ejemplar paciencia, unida á una cortesía y candor en sus acciones, que le distinguian sobremanera entre todos los de su condicion. Allí se ajustó por criado en casa de un hacendado cuyas tierras continuó cultivando del mismo modo que lo habia hecho con las de Vera, pero sin olvidar sus acostumbradas devociones, y estas le hacian comenzar el trabajo algo tarde. Nuevamente la pasion de la envidia de otros labradores intentó malquistarle con su amo, dándole quejas de su criado por el abandono en que decian que dejaba la labor. Llegaron á tanto incremento estas hablillas, que su amo quiso poner remedio de una vez, mandando á ISIDRO que arase mucha más estension de tierra que la que razonablemente podia. El Santo obedece y calla: se levanta al amanecer como siempre, cumple con sus ordinarias devociones, oye Misa y sale para el campo. El amo va por la tarde y da vuelta á sus heredades en tiempo que ya ISIDRO habia rematado su tarea: admirado quedó el amo, pero no satisfecho todavía. El Señor reservaba para más tarde vencerle de la rectitud y sinceridad de su criado. Era costumbre en Castilla y en otras provincias dar los amos ó dueños, á cuenta del salario, un pedazo de tierra para que la cultivase el mozo y del valor de los productos se vistiese: dicha tierra la llamaban *pegujal*. ISIDRO sembró el suyo, y á su tiempo recogió tanta mies como el amo en toda su hacienda. Sospechó este de la fidelidad de su criado, y empezó á tratarle con mal semblante y desabrimiento, diciéndole con enojo: «¿Cómo es posible que cojas más trigo de solo tu pegujal, que yo de todo lo que he sembrado?» A lo que ISIDRO contestó con la mayor templanza: *Dios es el repar-tidor de sus bienes, y así reparte como quiere y es servido. Pero*

porque salgais de esa duda, tomad, Señor, todo el grano de mi monton, que contento quedare con la paja de mi pegujal. Aceptó el amo, y habiendo vuelto ISIDRO á trillar y limpiar la paja que le habia quedado, sacó de ella más trigo que el que antes habia dado de sí; pero reconocido á la Providencia, antes de encerrarle en su casa repartió una gran parte entre los pobres.

Sus parientes de Torrelaguna, que tuvieron ocasion de admirar más de cerca sus virtudes, desearon verlo establecido, y se propusieron asociarle una compañera digna de compartir con él los trabajos del campo y los tesoros de una santa vida: á este fin le indicaron una hija del pueblo, jóven honrada, de buenísimas cualidades y conocida virtud. Los autores están discordes sobre el lugar del nacimiento de Maria. Unos la dan como hija de Cobeña, otros de Caraquizó Torrelaguna; pero los que parece van más acertados son los que la tienen por natural de Uceda, hija de padres muzárabes, que la habian dejado al morir una heredad que podía proporcionarla un mediano pasar. El sobrenombre de *la Cabeza*, con que se la distingue en nuestros tiempos, no fue apellido suyo, y se le empezó á dar cuando se trasladó su cabeza á la ermita de Nuestra Señora, que está junto á Caraquiz, entre el rio Jarama y Torrelaguna. Consultó ISIDRO punto de tanta consideracion, y como en todas sus cosas, dirigió principalmente sus oraciones y humildes ruegos al Todopoderoso para que le ilustrara y manifestase si aquel estado le seria agradable y la compañera reunia las virtudes necesarias. Contando con el favor del Señor, y convencido de que la esposa que le ofrecian era la que más le convenia, se decidió á abrazar el estado de matrimonio. De este modo unió Dios con sagrado vínculo dos seres formados el uno para el otro, por haber tanta semejanza en su vida, virtud y costumbres.

Unidos y felices aquellos esposos, buscaron una casita

proporcionada, y la arreglaron segun costumbre de aquella serrania: más al poco tiempo arrendaron algunas tierras del término de Uceda, y se trasladaron de la alqueria de Caraquiz á la hacienda de Maria. El Santo tomó á renta además algunas fincas, sirviéndole un par de bueyes que aportó su consorte al matrimonio. La paz santificaba aquella dichosa pareja, y la caridad embellecia con sus atractivos sus tranquilos y apacibles dias; ganaban el pan con el sudor de su rostro, primitivo destino del hombre. ISIDRO cuidaba de la faena del campo, y la virtuosa Maria, atendiendo á los quehaceres domésticos y gobierno de la alqueria, cuidaba al mismo tiempo de una ermita de la Virgen, situada en una pequeña eminencia al otro lado del rio Jarama. De este modo se deslizaban sus dias dichosos, y cada uno procuraba hacerse más grato al otro, endulzando con su cariño las molestias de una vida trabajosa, y practicando la virtud constantemente. Trazar los rasgos de caridad de ISIDRO y de Maria, y consignar las bondades que el Señor derramaba sobre su humilde casa, seria recorrer uno por uno todos los dias de su existencia. Si la Reina de los Angeles se complacia en hablar á Maria, el Señor guiaba con mano invisible el arado de ISIDRO, y multiplicaba sus frutos, mientras que su caridad vaciaba sus trojes, procurando ejercerla siempre, aun con cosas bien pequeñas. Refiere Gerónimo Quintana, que hallándose un dia á la puerta de su casa, que despues fue ermita de su nombre, en la quinta de Caraquiz, vió venir unos galgos en seguimiento de una liebre, á quien llevaban ya muy fatigada y acosada. El Santo, movido de su natural piedad, se compadeció de aquel azorado animal, y con su natural sencillez y santidad alzó la voz, diciendo: *Galgos, en el nombre de Dios os pido que dejeis esa pobrecilla y no la hagais mal.* Al punto pararon los perseguidores, obedeciendo á la voz de ISIDRO, y la liebre continuó corriendo, poniéndose en sal-

vo. En otra ocasion se vió muy apurado para pagar en agosto la renta de la heredad, por haber sido un año generalmente muy estéril: sin consideracion ni compasion apremió el dueño hasta el punto de llevarse todo el grano existente en la era. María le ruega y suplica que se haga cargo de la esterilidad del año; pero mostrándose aquel inflexible, añade la Santa: *Señor, dejadnos siquiera la paja, para que tengan que comer estos bueyes.* A esto último condesciende el dueño, llevándose en seguida todo el grano, y María consuela á su esposo, diciéndole: *Hermano, tengamos paciencia, y pongamos esta paja en cobro, pues que el Señor nos la ha dejado.* Efectivamente, el Santo bielda ó limpia nuevamente la paja, y la encuentra mezclada con tanto trigo, que pudieron ocurrir á sus más precisas necesidades.

Como una de las primeras obligaciones que se habia impuesto Maria era el aseo y cuidado de la ermita de la Virgen, se vió un dia muy afligida y apurada por no poder atravesar el rio por el vado acostumbrado, por la gran crecida de aguas, que le impedian cumplir con su devocion; y cuando permanecia desconsolada en la ribera, se le apareció la Virgen, y tomándola por la mano la pasó á la orilla opuesta. De este favor singular fue igualmente participe su esposo ISIDRO en otra ocasion, pues marchando juntos á hacer sus acostumbradas estaciones y rezos, y habiendo ocurrido una grande avenida, la Santa, inspirada del Señor, tendió su manto sobre las aguas, y puestos de pie en él los dos esposos pasaron sin mojarse á la otra orilla. Así lo cuenta su historiador Jacobo Bleda, y de las informaciones de muchos testigos resulta que Maria pasó de este modo diferentes veces el rio.

Un dia que araba ISIDRO en las cercanias de la alquería de Caraquiz, llegó un hombre á caballo, fatigado de la sed, y le pidió agua. El Santo le indicó desde la heredad

un pequeño cerro ó altura donde pudiera encontrarla. El hombre sediento se dirigió al sitio designado; pero por más diligencias que hizo en busca del agua, no halló manantial que apagara su ardiente sed. Se vuelve muy airado donde estaba ISIDRO, y con descompuestas voces le denosta, llamándole villano, que trataba de hacer burla de su sufrimiento, puesto que le habia engañado. ISIDRO, con corteses razones, procuró templarle, y le acompañó al lugar indicado. Llegados que fueron, puesta su confianza en Dios; hiere en una piedra con la arrojada, y dice: *Pues aquí ha habido agua, y la hay, y la habrá para siempre jamás.* Al momento empezó á brotar un manantial, que por su salubridad y por la invocacion sincera del Santo, es llamado *Valdesalud*. El pasajero satisfizo su gran sed, y humillándose rendidamente ante ISIDRO, le pidió perdon de su demasia, sorprendido y confuso á vista del no esperado prodigio.

Terminado el arriendo que ISIDRO habia hecho con su amo de Torrelaguna, y sosegados algun tanto los habitantes de la villa de Madrid, despues de restablecida la paz turbada por las correrías de los sarracenos, pensaron los esposos regresar y vivir en ella en la misma condicion de labradores; pero antes se les proporcionó el hacer un nuevo arriendo con un caballero de Madrid, llamado Iban de Vargas, el cual, noticioso de la virtud de aquel labrador, le dió en arrendamiento una heredad en término de Talamanca, llamada *Eraxa*, á donde pasaron á vivir entrambos consortes. La llegada de los dos forasteros escitó la atención y curiosidad de los vecinos del lugar, tan natural en los pueblos de reducido vecindario; más se volvió en asombro cuando observaron las costumbres angelicales de aquel sencillo matrimonio, que derramando el bien á manos llenas hacian patrimonio del pobre la mayor parte de sus bienes. No se contentaba María con proporcionar albergue al desvalido y

socorrer en su puerta al necesitado, sino que acudia solicita á donde la caridad la llamaba, cuidando á los enfermos del pueblo, suavizando con palabras de amor y de Religion sus padecimientos, y agotando todos sus recursos para que nada les faltase. Las bendiciones del pobre llovian en abundancia sobre la casa de ISIDRO, aclamada por todo el pueblo como el verdadero asilo del indigente. Las bondades de Maria la hicieron célebre en todos aquellos contornos; de modo que cuando iba á buscar á su marido al sitio en que estaba labrando, salian á saludarla los pastores de la ribera y los quinteros que cultivaban aquellos campos. Viendo Iban que ISIDRO mejoraba tan extraordinariamente su hacienda, deseó llevársele á Madrid, donde tenia la mayor parte de sus tierras. Consintió gustoso en ello su inimitable colono, realizando su viaje por los años 1119, á los treinta y ocho ó treinta y nueve de su edad. Y como el Señor de Vargas poseia en la villa una casa junto á San Andrés, en el barrio llamado Morería Vieja, destinada para la familia y mozos de labranza, colocó allí á ISIDRO, dándole un aposento bajo, algo hondo, que despues ha sido convertido en pequeña capilla y oratorio, en cuyo altar se venera la imágen del Santo. Constante siempre en sus virtudes ISIDRO, siguió en las propias costumbres que habia observado en Talamanca, Torrelaguna y antes en el mismo Madrid. La oracion y el trabajo eran todo su placer, su predilecta ocupacion; y no debió pesarle al señor de Vargas que su colono pasase largos ratos en la iglesia, puesto que sus campos se hallaban de este modo cultivados con tal esmero y prontitud, que solo podia esplicarse con el auxilio de un poder sobrenatural.

Sin embargo, la envidia se apoderó de los actos de ISIDRO para censurarle y calumniarle, atribuyendo sus frecuentes devociones las personas de poca fé á hipocresía

ó sobra de simpleza. El amo, á quien llegaron aquellos rumores, le hizo algunas advertencias; pero aumentándose las intrigas y maquinaciones para desconceptuarle, quiso Iban desengañarse por sí mismo y poner en claro la verdad, á cuyo fin subió á una atalaya que habia en la plazuela, que hoy se llama Puerta de Moros, desde donde se dominaba y alcanzaba á ver sus posesiones, y divisó dos yuntas de bueyes estraordinariamente blancos, y en medio la de ISIDRO, arando todas á la par. Confuso Vargas, y escitada su curiosidad por lo que habia visto, se apresuró á tomar un caballo, corriendo á escape á cerciorarse de lo que allí ocurría, y al tiempo de aproximarse á la heredad, desaparecieron de su vista las dos yuntas colaterales, quedando solamente la de ISIDRO. En cuanto llegó, saludó á su criado con cariño, y le dijo con agrado: « ISIDRO, dime con ingenuidad, quiénes eran los dos que estaban arando contigo, y desaparecieron cuando me iba aproximando. »— Yo, Señor, respondió el Santo, *no sé que me ayude otro que Dios, á quien invoco cuando me pongo al trabajo, y no le pierdo de vista en todo el dia.* Comprendió entonces Iban lo que significaba la vision; y conociendo tambien la santidad de su criado, le exhortó á que prosiguiese en sus diarias devociones, y más cuando estaba bien persuadido de que en todo el término no habia tierras mejores, mejor laboreadas que las suyas, ni que prometiesen más pingües cosechas.

Llegó el dia en que Maria fue madre: un niño robusto, fruto tan deseado por los dos esposos, acabó de colmar la dicha que rebosaba de aquel santo matrimonio. ISIDRO corrió á la iglesia á rendir gracias al Señor por este beneficio, y anegados sus ojos en lágrimas de contento ofrecerle su hijo. Su amo se asoció á su satisfaccion, sacando al niño de pila, al que pusieron su nombre. Cuando apenas sabia andar, estando ISIDRO en el campo, por un descuido, ó mejor por providencia de Dios, que sin duda quiso probar los

quilates de la fé y constancia en las adversidades de su favorecido siervo, el niño cayó en el pozo de la casa, ahogándose en seguida. Muy afligida y atribulada su amorosa madre no sabia qué determinar, cuando en aquel punto llegó SAN ISIDRO. Cayeron ambos postrados en tierra, y dirigieron sus clamores y ferviente oracion al cielo, para que el Señor se sirviese socorrerlos en tal conflicto, poniendo por intercesora á Nuestra Señora de la Almudena, de quien eran muy devotos. El Altísimo, que siempre oye con benignidad los ruegos de los humildes, se conolió de su penosa angustia y les resucitó su hijo, y para complemento de su grandeza y poder, obró la maravilla de acrecer las aguas del pozo hasta el brocal, é hizo flotar sobre ellas el niño vivo: sus gozosos padres no tuvieron más que asirle de la mano para recogerle sano y salvo cuando le consideraban cadáver. Este portentoso consta en las informaciones para la beatificacion, y se halla tambien pintado en la Iglesia de Santa Maria de la Almudena.

Los dos esposos, viendo tan señalada prueba de la bondad divina y el extraordinario favor que el Señor les habia dispensado, le dieron las más rendidas y espresivas gracias, y le ofrecieron de comun acuerdo observar una vida limpia, de eterna castidad, y para completar su voluntario voto determinaron separarse, aspirando á más perfecto estado. Maria de la Cabeza marchó á Caraquiz, junto á Torrelaguna, donde siguió ocupándose en su antiguo ejercicio de cuidar con el más pulcro esmero la ermita de la Virgen Santísima, haciendo los demas ejercicios propios de las personas que se alejan del mundo y se entregan á la soledad y penitencia. Volvió á Madrid ISIDRO con su hijo, á quien trataba de inspirar las máximas que él practicaba.

Las eminentes virtudes de este Santo glorioso quiso Dios fuesen universalmente conocidas, autorizándole para hacer prodigios y milagros. Poco tiempo despues de regresar

de Caraquiz, donde quedó su mujer cumpliendo el voto de continencia, ocurrió que la hija de Iban de Vargas se viese acometida de tan grave enfermedad que falleció á muy pocos dias. Todo era llanto, afliccion y tristeza en la casa, y condolido ISIDRO de la pena de su amo, se dirigió á donde se hallaba la difunta, y poniendo su confianza en Dios, dijo: *Señora Doña Maria, ¿qué hace? ¿duerme?* A lo que contestó la hija de Iban: *¿Qué quieres, ISIDRO?* Y el santo replicó: *Manifestar que no estábais muerta, y sí dormida.* En otra ocasion, viviendo en compañía de Maria, llegó un pobre cuando acababan de comer y pidió por Dios á su esposa le diese de limosna el sobrante de la olla. La Santa quedó parada por no poder complacer los deseos de aquel necesitado, pues no habia quedado ningun sobrante de la comida: entonces la dijo ISIDRO: *Por Dios, hermana, que si quedó algun resto de la olla, deis limosna á este pobre.* La Santa obedeció por costumbre, pues bien sabia no habia quedado nada sobrante; pero agradablemente sorprendida, encontró llena la olla como antes de comer, quedando socorrido aquel necesitado.

Todos los que han escrito la vida del Santo hacen mérito de la apertura de la fuente en el alto que hoy se llama de *San Isidro*. Su amo Iban de Vargas salió un dia á ver las heredades, y molestadado de gran sed pidió al ISIDRO un poco de agua, en la creencia de que la tuviese en la botija. Más como no la hubiera en aquel momento, y por otra parte ISIDRO tratase de complacer y mitigar la sed de su señor, confiando en Dios, dió un golpe con la hijada en el suelo, diciendo: *Cuando Dios queria, aquí agua habia,* y brotó al punto un manantial que se conserva aun en los tiempos presentes.

En algunas ocasiones, el enemigo de las almas inquietó el corazon de ISIDRO con sospechas de que su esposa Maria faltaba á las obligaciones de su estado. Nada es compa-

parable á los tormentos que produce la pasion de los celos: es la que más lacera las fibras del corazon, y la que con más rapidez destroza la naturaleza mejor constituida, produciendo un cambio tan completo en los sentimientos, que aun en las personas dotadas de prudencia, benignidad y tolerancia, se desenvuelve y se desencadena un furor insólito, y desenfrenado deseo de venganza. Recien casados, y cuando estaban los santos esposos en Caraquiz, habia empezado á inquietar á ISIDRO el diablo tentador, porque Maria era de poca edad y de tan buen parecer, que llamaba la atencion de todos; pero bien pronto la virtud de la Santa esposa desvaneció las sospechas que habian pasado por la imaginacion del esposo: y más desde que fue testigo presencial del paso milagroso sobre las aguas del Jarama, premiando el Señor de aquel modo la pureza, virtudes y santidad de Maria.

Despues de su separacion, y cuando más descuidado y ageno se hallaba ISIDRO de que la paz de su alma pudiera alterarse, un malvado, antiguo vecino, con capa de amistad y de interés por el honor, trató de alarmar con embozadas frases el corazon de ISIDRO. Aunque cruelmente sorprendido, y lastimado en lo que más estima y aprecia el hombre de bien, que es la honra, hizo por serenarse, recordando las pruebas evidentes que tenia de la intachable pureza y conducta de su esposa, y más bien para confundir al calumniador, que para cerciorarse él celando los pasos de su mujer, partió con el delator á donde esta residia, llegando en ocasion que la Santa pasaba el rio Jarama sobre su manto, llevando en una mano una luz, y en la otra la alcuza con aceite, para alimentar la lámpara de la ermita de Nuestra Señora. De este modo confundió Dios al vil calumniador.

Despues de aquel suceso vivió SAN ISIDRO bastantes años con grande quietud y sosiego, y segun la mayor par-

te de sus historiadores , pasó de los noventa. Llegado el tiempo en que el Señor quiso premiar al Santo con la gloria de los justos , cayó gravemente enfermo, y para su asistencia se apresuró á venir desde Caraquiz su esposa Maria : recibió con profunda devocion los Santos Sacramentos ; dió escelentes y cristianos consejos á su hijo, exhortando á todos los presentes ; se despidió tiernamente de Maria, y con los ojos fijos en el cielo, y las manos levantadas en alto, entregó plácidamente su espíritu al Señor el dia 30 de noviembre del año 1172 , reinando en Castilla D. Alfonso IX, y siendo Sùmo Pontífice Alejandro III.

Fue SAN ISIDRO de estatura más que mediana , sano, fuerte de complexion, robusto y abultado de cara, aunque algo flaco por su continuo trabajo y mortificacion. Sepultósele pobrementemente en el cementerio de la Parroquia de San Andrés, en el sitio que es hoy presbiterio, donde está señalado el de su primitiva sepultura con una reja. Allí permaneció su cuerpo enterrado por espacio de cuarenta años, sin distincion alguna. Maria, despues de haber asistido á su esposo con la mayor piedad, solicitud y cariño, regresó á Caraquiz, donde continuó su ejemplar vida, sobreviviendo á SAN ISIDRO ocho años.

Pasados los dichos cuarenta años, se apareció el Santo á un labrador, y le dijo «que hiciera sacar su cuerpo del cementerio de San Andrés, y que se le colocase en lugar más decente dentro de la misma iglesia.» Descuidose de cumplirlo, y al punto fue invadido de una grave enfermedad, de la que no sanó hasta el dia de la exhumacion. Apareciöse despues el Santo á una virtuosa señora vecina de Madrid, y esta fue más puntual. Diose cuenta al clero y á las autoridades, y dispuesta su traslacion, ocurrió el prodigio á vista de muchas personas, de que al descubrir su sepultura se tocaron por sí mismas las campanas de San Andrés, anunciando con su alegre toque la gloria que dis-

frutaba aquel Bienaventurado: á este se siguió otro milagro no ménos admirable, y que actualmente subsiste, que fue el hallarse el cuerpo con la sábana en que le habian envuelto, entero, y sin la más leve señal de corrupcion, á pesar de llevar enterrado cuarenta años en un sitio sumamente húmedo. Colocáronle entonces en la iglesia, entre el altar mayor y el colateral de San Pedro. Pocos años despues fue trasladado á la capilla que le edificó el Rey D. Alfonso despues de ganada la batalla de las Navas, y por mandato de este Monarca se le construyó una preciosa urna, en cuya superficie estaban perfectamente cincelados los milagros más notables que Dios hizo por la mediacion del Santo: en ella fue colocado el domingo de Cuasimodo á 1.º de abril del año 1212. En el de 1535 se concluyó otra capilla más digna, que D. Francisco de Vargas, tesorero de Cárlos V, facultado por el Papa Leon X, habia comenzado á labrar quince años antes, junto á la misma iglesia.

Desde que fue colocado en ella el santo cuerpo, ha tenido la capilla capellanes propios para el servicio de su altar. Llamábase esta capilla primero del Cuerpo de San Isidro, luego de San Juan de Letran, y ahora se conoce con el nombre del Obispo que la concluyó. En 1620 fue encerrado en el arca de plata que labraron los plateros de Madrid para celebrar su beatificacion. El 15 de mayo de 1669 se le trasladó á la magnífica capilla, que en medio de la iglesia se edificó, en tiempos de Felipe IV y de Cárlos II, nombrándose doce capellanes y uno mayor, que lo era el Arzobispo de Toledo. En el año de 1769 se colocó el cuerpo de SAN ISIDRO junto con el de su esposa en la iglesia de San Andrés. Muchas son las veces que sus restos se han espuesto á la veneracion pública á fin de alcanzar gracias del cielo, y seria interminable la relacion de milagros que ha obrado el Señor por su intercesion. Uno

de los más notables fue el que obró el día 16 de noviembre del año 1619 con el Rey D. Felipe III. Volviendo este Monarca de Lisboa, cayó tan peligrosamente enfermo en Casarrubios del Monte, que los médicos llegaron á desconfiar de salvarle la vida. Siendo inútiles todos los remedios, se recurrió á la intercesion de SAN ISIDRO LABRADOR. Estábase celebrando la Misa en honra del Santo en San Andrés, con asistencia de toda la clerecia de Madrid, cuando llegó un correo con la triste nueva de que el Rey quedaba casi en la agonía, perdido ya del todo el conocimiento. Fue general la consternacion; pero la confianza en el Santo moderó el sentimiento, sobre todo cuando se divulgó por la villa que se iba á conducir el santo cuerpo al gabinete del Monarca. Desde que la caja salió de la iglesia se halló el Rey muy mejorado y limpio de calentura, recobrando enteramente la salud en cuanto entró en su estancia. Esta procesion á Casarrubios del Monte se verificó con la mayor pompa y solemnidad. Colocose la caja sobre una carroza magníficamente adornada, acompañando á caballo toda la nobleza y el clero, llevando en las manos cirios encendidos: seguia una prodigiosa multitud de coches y carrozas, con coros de música, y un inmenso pueblo aumentaba continuamente el acompañamiento. Media legua antes de llegar á la Casa Real se incorporaron más de seis mil personas, así eclesiásticas como Religiosas y seculares, que habian concurrido de los pueblos circunvecinos. El Príncipe heredero salió con toda la córte á recibir la santa reliquia hasta la entrada del parque, y la acompañó al cuarto del Rey, su padre, donde estaba toda la familia Real. La caja, conducida en hombros de los cuatro eclesiásticos más autorizados de la Iglesia de Madrid, fue colocada en una especie de trono debajo de un magnífico dosel.

Restablecido completamente el Monarca, se restituyó el sagrado cuerpo á Madrid el 4 de diciembre, con igual pom-

pa, acompañado del Rey, y entrando en la villa entre el estruendo de la artillería y el repique general de todas las campanas. A ningún Monarca se le hizo jamás recibimiento más solemne que á aquel pobre labrador; justo homenaje rendido á su santidad y virtudes. El 14 de junio del mismo año, el Pontífice Paulo V le colocó en los altares, y en 12 de marzo de 1622 le canonizó solemnemente Gregorio XV, á instancias del Rey Felipe IV, satisfaciendo los deseos del reino, y después de hechas con la más severa escrupulosidad todas las informaciones, pruebas y justificaciones prevenidas para estos casos. Fueron muy célebres los festejos y aparato con que la villa y corte de Madrid solemnizó aquel glorioso acontecimiento, celebrándose simultáneamente, y en el mismo día 19 de junio de 1622, las canonizaciones de Santa Teresa de Jesus, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier y la de San Felipe Neri. La festividad fue tanto mayor cuanto que de los cinco Santos cuatro eran españoles, y los tres tan modernos, que aun podían vivir algunas personas que los habían conocido.

Varias veces ha salido en rogativa el santo cuerpo, y ha sido llevado á la Iglesia Mayor de Santa María, y á su ermita, hoy majestuosa Basílica, de Atocha, como se verificó en el año de 1272, en el mes de marzo, por la gran sequía que se experimentaba hacia muchos meses.

Delante de la imagen de la Virgen se sacó el santo cuerpo de la urna, y con asombro universal al punto comenzó á llover abundantemente. Este público milagro se conserva, para memoria eterna, pintado en un cuadro en la capilla mayor de Atocha.

En el año de 1528, para solemnizar la memoria del Santo labrador, se mandó construir una ermita á expensas de la Emperatriz Doña Isabel, esposa de Carlos I de España y V de Alemania. Este santuario se halla situado en una pequeña altura á la orilla derecha del río Manzanares,